

EMANUEL BERGMANN

El truco



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

1. El mundo tal como debería haber sido
2. El final de todo
3. El milagro
4. Sus mejores trucos
5. El águila y el cordero
6. La dulce vida
7. Todo lo que queda
8. Amor eterno
9. Misterios
10. La búsqueda
11. La princesa persa
12. El mentalista
13. Un artista
14. Mil luces
15. La hermosa mentira
16. El creyente
17. Algo surge de la nada
18. Max y el mago
19. Huesos de niño
20. El ladrón
21. La oscuridad que se aproxima
22. ¿Quién recitará el kadish?
23. El final del Circo Mágico
24. Retablo de marionetas
25. Mundialmente famoso en Berlín
26. El Clown Room
27. Una visita nocturna
28. La última actuación
29. Un kilo de azúcar
30. Mickey's Pizza Palace
31. La despedida de Sherezade
32. Su último combate

33. La fábrica de maletas

34. Los vivos

35. El truco

36. Cae el telón

37. El mundo tal como es

Agradecimientos

Créditos

Notas

1. EL MUNDO TAL COMO DEBERÍA HABER SIDO

A comienzos del siglo xx vivía en Praga un hombre llamado Laibl Goldenhirsch. Era una persona modesta, un rabino, un intérprete de la ley que se había propuesto entender los misterios que nos rodean. Una tarea a la que se consagraba en cuerpo y alma. Día tras día, hora tras hora, se devanaba los sesos cavilando sobre la Torá, el Talmud, el Tanaj y otras lecturas igual de fascinantes. Tras haber estudiado y enseñado durante años, tenía una idea aproximada de cómo era el mundo, pero sobre todo de cómo debería haber sido. Porque existían, al parecer, ciertas discrepancias entre el luminoso esplendor de la creación y la molesta y lluviosa rutina diaria que hemos de arrastrar los humanos. Sus discípulos le apreciaban, en cualquier caso los menos torpes. Sus palabras iluminaban las tinieblas de la existencia como la luz de una bujía.

Vivía con Rifka, su esposa, en una pobre casa de vecindad cerca del Moldava. La vivienda, que constaba de una única habitación, no contenía mucho más que una mesa de cocina, una estufa de leña, un fregadero y una cama que cada sabbat por la noche crujía rítmicamente, como era obligación y estaba escrito.

Entre los pisos había un prodigio de la modernidad, a saber, un retrete. Los Goldenhirsch habían de compartirlo, para su fastidio diario, con el vecino del piso de arriba, un cafre llamado Mosche, que era cerrajero de oficio y que se peleaba constantemente y a voz en grito con su mujer, una sargentona indecorosa.

El rabí Goldenhirsch vivía en una época de progreso técnico, que a él sin embargo le interesaba poco. Los relevantes cambios del nuevo siglo le concernían solo de un modo marginal. Así, unos años atrás, las lámparas de gas de las calles habían sido sustituidas por otras eléctricas, lo que muchas personas tenían por arte diabólico, y otras, en cambio, por socialismo. También habían tendido a orillas del río carriles de acero por los que circulaban tranvías soltando cantidad de chispas.

De modo que esa era la magia de la nueva época.

A Laibl Goldenhirsch todo aquello no le decía nada. Sí, había tranvías,

pero la vida seguía siendo onerosa. Sobrio y tenaz, afrontaba la vida diaria como venían haciendo los judíos de Europa desde hacía siglos y como probablemente seguirían haciendo a lo largo de los siglos. El rabino pedía poco y, por consiguiente, también recibía poco.

Su rostro, sobre la negra barba, era delgado y pálido, los ojos oscuros y vivos observaban el ajeteo que le rodeaba con cierta dosis de desconfianza. Concluido el trabajo diario, el rabino ponía la cabeza sobre la almohada junto a su querida Rifka, una mujer fuerte y hermosa de manos ásperas, mirada suave y cabellos castaños. A veces, en los breves momentos antes de que lo venciera el sueño, creía ver a través del techo de la habitación el cielo nocturno. Entonces se dejaba llevar como una hoja al viento, se elevaba a las alturas y bajaba la mirada hasta el pequeño mundo. Por fatigosa que fuera la vida diaria, tras el delgado velo de lo cotidiano había un esplendor que cada vez le embelesaba.

«Ya solo estar aquí, ya solo vivir», solía decir Laibl, «es una oración.»

Pero en los últimos tiempos yacía más a menudo sin dormir y mirando al vacío. Le desazonaba que, al parecer, en la era de los milagros tecnológicos ya no tuvieran cabida los milagros auténticos. Porque el rabí Goldenhirsch estaba necesitado a ese respecto.

Faltaba algo en su vida: un hijo. Pasaba innumerables horas educando a los hijos de otros –idiotas, todos ellos–, y siempre que los miraba a la cara se imaginaba que un día podría contemplar el rostro de su propio hijo. Pero hasta ahora sus oraciones no habían sido escuchadas. El sol salía para otros, pero no para Laibl y Rifka. No pocas noches se afanaba sobre su mujer, pero era inútil. Así, con el tiempo, la cama chirriaba cada vez con menos frecuencia.

El nuevo siglo era todavía joven cuando estalló una guerra. Eso, en sí, no era insólito. Guerras había de vez en cuando, lo mismo que en ocasiones reaparecía con fuerza la gripe. Pero esta vez era distinto, aunque Laibl y Rifka no se percataron en un primer momento. Comenzaba la Gran Guerra, que pronto acabaría con la vida de millones de personas. No era la gripe sino la peste. Los alumnos del rabino Goldenhirsch empezaron a hacer preguntas y a pedirle una explicación, y él se vio confrontado por primera vez en su vida con algo para lo que no tenía respuesta. Hasta entonces siempre había

podido recurrir en tales casos a los positivamente enigmáticos caminos del Señor, pero la guerra no era en absoluto de origen divino, sino obra de los hombres. El rabino estaba perplejo. De pie ante sus alumnos, con la boca abierta, tartamudeaba. Los hechos eran familiares para él, pero su sentido más hondo se le escapaba. Sabía por supuesto que el archiduque Francisco Fernando había sido asesinado alevosamente por una mano cobarde. Pero Sarajevo estaba en lo más recóndito de los Balcanes, muy lejos del centro del mundo: ¿qué le importaba a la sociedad civilizada quién mataba a quién allí? Los *goyim*¹ disparaban constantemente en todas direcciones. ¿Qué más daba que caminara sobre la tierra un archiduque más o un archiduque menos? Para él, naturalmente, estaba claro que todas las vidas humanas eran de infinito valor, la muerte violenta de un ser humano, un sacrilegio ante Dios, etcétera, y sabía también que Su Majestad, el emperador de Austria y rey de Hungría, a quien el rabí Goldenhirsch y los habitantes de Praga debían fidelidad, estaba apesadumbrado, como era lógico. Pero, para ser sinceros, ¿eso qué nos importaba a la gente de nuestra condición?

Mucho, al parecer. En el curso de pocos meses, la excitación había tomado las calles de Praga. En los cafés, los viejos paseaban nerviosos, apretaban los puños y agitaban los periódicos estrujados. Cada cual trataba de entender y de interpretar el último estado de cosas en este o en aquel frente. En la Wenzelsplatz se arremolinaban las mujeres e intercambiaban informaciones sobre sus hijos y esposos, sobre sus hermanos y padres, que habían ido con fervor a la guerra. Muy pocas tenían claro que una gran parte de los hombres nunca volverían a casa. Quienes aún eran jóvenes para el combate leían las listas de los inválidos y de los caídos como si se tratara de los resultados de un campeonato de fútbol. ¿Cuántos de ellos? ¿Cuántos de los nuestros? Los jóvenes estaban deseosos de combatir y pronto tendrían ocasión de hacerlo. Porque la carnicería de la guerra duró muchos años y no hacía distinciones: los devoraba a todos.

También a los judíos.

Y así fue como un soleado día Laibl Goldenhirsch se alistó en el ejército imperial y real del anciano Francisco José. Cuando Rifka volvió del mercado a casa y vio a su esposo, encorvado y con sus flacas piernas, embutido en un uniforme, vertió amargas lágrimas. Él estaba delante del único espejo y se contemplaba, a sí mismo y a su uniforme, con evidente perplejidad. Luego le presentó su bayoneta.

«¿Qué voy a hacer yo con esto?», le preguntó.

«Clavársela a un ruso», respondió Rifka, que luchaba inútilmente contra un nuevo golpe de lágrimas y que, dando media vuelta, escondió el rostro.

Así se puso en camino Laibl Goldenhirsch y marchó a una guerra que él seguía sin comprender.

Rifka tuvo que arreglárselas sin su esposo, lo que resultó extraordinariamente fácil. Comprobó con asombro que, en cuanto al gobierno de la casa, él había sido un perfecto inútil. Sin embargo, notaba su falta. Nunca había echado tan apasionadamente de menos algo tan inútil.

Rifka salía casi a diario de la ciudad y se dirigía a los bosques, muy lejos de Praga. Llevaba cubos llenos de carbón que cambiaba en las granjas de los campesinos por mantequilla y pan, pues prefería pasar frío a sentir cómo la consumía el hambre.

En verano, con los días más largos, su empresa resultó más difícil. Tenía que buscar otros objetos de canje y tenía que esconder la mantequilla debajo de su falda, pues por todas partes acechaban peligros. A menudo regresaba a casa con las manos vacías, sobre todo cuando había combates en la región y ella se escondía en el bosque hasta que todo había pasado. Entonces no quedaba sino un surco caliente de mantequilla derretida que le bajaba por los muslos.

Una tarde de septiembre llegó a casa y vio a Mosche, el cerrajero, sentado en la escalera. Llevaba un uniforme sucio de recluta y lloraba. Ofrecía un extraño aspecto, aquel gigante que lloriqueaba. Sus enormes hombros temblaban, y su cabeza se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Hondos y dolorosos sollozos salían de su pesado cuerpo. Ella se le acercó y le preguntó qué le ocurría. Él le contó que había llegado con unos días de permiso y que, nada más entrar en la casa, su mujer le había declarado que le dejaba. Llevaba ya bastante tiempo sin saber de ella, añadió. Ni cartas ni nada, dijo sollozando. Rifka tuvo compasión de él, la mujer del cerrajero nunca le había sido muy simpática, y no la sorprendía que esa mujerzuela lo hubiera plantado así, sin más.

Lo rodeó con los brazos y lo consoló. Todavía tenía pegada en las piernas la mantequilla húmeda.

Un luminoso miércoles por la mañana Laibl Goldenhirsch volvió a casa.

Cojeaba, pero por lo demás estaba de un humor excelente. Rifka estaba ocupada cosiendo una camisa cuando se abrió la puerta. Levantó la vista y lo vio de pie en el vano de la puerta. Había adelgazado mucho. Rifka dejó caer aguja e hilo y se lanzó a sus debilitados brazos. ¡Qué flaco estaba! Podía palpar cada uno de sus huesos. Él la sostuvo en sus brazos lo mejor que pudo. A Rifka le resbalaban lágrimas de alegría por el rostro.

«Buenas noticias», dijo él levantando su bayoneta. «El ruso me clavó primero la suya. He estado en el hospital militar.»

Afortunadamente la herida de Laibl no era de gravedad, él le enseñó a Rifka una cicatriz en el muslo. Su superior, le contó, había intercedido para que no volviera al frente y acabase de curar la pierna en un sanatorio de Karlovy Vary. Le había quedado la cojera, y Laibl era ahora oficialmente mutilado de guerra. Se sentó. Rifka le dio pan y le pidió que le hablara de la guerra. Entonces la sonrisa se le heló en los labios y pareció mirar a través de ella. Le tomó las manos en las suyas y le besó con ternura las puntas de los dedos. Ella le miró inquisitivamente a los ojos, pero solo encontró en ellos tinieblas. Él negó con la cabeza y así llegaron al acuerdo tácito de no hablar de eso.

Menos de tres semanas después, llegó por fin, al cabo de cuatro años, la paz. La guerra que debía haber acabado con todas las guerras había acabado. En las calles la gente lo celebraba. ¡Había llegado la paz, la paz! Pero sin la gloriosa victoria con la que habían soñado. Era como despertar de una pesadilla. Los supervivientes bebían y cantaban, aliviados, porque seguían vivos. Se cantaba a gritos, se bailaba, se rompieron algunas ventanas como suele ocurrir cuando hay faustos acontecimientos, pero sobre el país planeaba una suerte de vergonzoso agotamiento. Los pueblos de Europa estaban hartos de luchar y de matar y de morir, al menos de momento. En Alemania y en Rusia habían estallado revoluciones. Habían masacrado al zar y a su familia. El káiser estaba de vacaciones y decidió no volver. El reino de Bohemia se convirtió en la república de Checoslovaquia. En conjunto, eran buenas noticias, pero no tan buenas como la que tenía Rifka para Laibl Goldenhirsch:

«Estoy embarazada.»

El esposo de Rifka se quedó asombrado, apenas podía comprenderlo. ¿Cómo era posible? Bueno, la cama había chirriado mucho varias noches después de su regreso, pero ¿no era muy pronto para notar ya los síntomas de

un embarazo? Sin embargo, bajo el vestido de Rifka el vientre empezaba a redondearse.

Laibl iba de un extremo a otro de la habitación, su caftán ondeaba como las alas de una paloma asustada. Y Rifka tuvo una idea, cuando miraba por la ventana. ¿Qué era eso en lo que creían los *goyim*? ¿Qué había dicho la pretendida virgen María a su esposo José?

«Es un milagro», exclamó Rifka.

«¿Un qué?», preguntó Laibl.

«Dios ha realizado un milagro para nosotros.» Y al decir eso bajó la mirada esperando que su actitud resultara adecuadamente piadosa. Logró arrancar un temblor a sus labios y a sus manos, pues recordaba vagamente que los milagros van acompañados de cierta agitación.

«¿Un milagro?» Laibl estaba sorprendido y receloso. En su calidad de rabino se veía a sí mismo como una especie de experto en materia de milagros. Y este le resultaba sospechoso. «Oj, *Gewalt*»,² exclamó.

«Mira a tu alrededor», dijo Rifka en tono suplicante. «Todo lo que tenemos se lo debemos a Dios. ¡Todo! ¿Por qué no iba a realizar entonces un milagro para nosotros? Él sabía cuánto deseabas un hijo.»

Y que iba a ser un niño, eso creía notarlo. Se acercó a Laibl y le puso la mano en el hombro. Luego le susurró al oído, en un tono tan dulce como la miel: «Dios ha satisfecho tu deseo.»

El rabí Goldenhirsch seguía trastornado por el presunto milagro. Sentía también un desagradable ruido de tripas.

«Ha sido una concepción sin concurso de varón», declaró Rifka con tono de entendida.

«Absurdo», dijo el rabí. «En toda concepción interviene un hombre; y en esta me temo que las cosas no son distintas. ¿Quién es el padre?»

«El padre es Dios», insistió ella con terquedad. «Ha venido un ángel a verme.»

El rabí alzó las manos y reanudó los paseos por el cuarto. Cuando llegó la noche y él seguía sin adelantar un solo paso en la solución del misterio, decidió que se había ganado una tregua. Su ruido de tripas era ya un estruendo.

«Vuelvo enseguida», dijo. Descolgó del clavo la gran llave del retrete, salió disparado del piso y cerró de un portazo. Subió a toda prisa la escalera, donde entre los dos pisos le esperaba el milagro de la modernidad.

Estaba ocupado.

Tras varios minutos de espera más o menos paciente y de balanceo sobre las puntas de los pies, el intérprete de la ley ya no pudo reprimir su febril agitación y llamó a la puerta. Oyó una bronca voz que salía del interior. Algo crujía dentro. Finalmente, tras un siglo en la oscura y fría escalera, se abrió la puerta.

Salió su vecino de arriba, Mosche el cerrajero. Murmuró algo ininteligible que seguramente era un saludo. Desvió presuroso la mirada. Luego pasó furtivamente junto a Laibl en dirección a la escalera. El hombre era demasiado grande para su cuerpo. Tenía un aspecto andrajoso y movimientos desmañados, como sus pensamientos. Un hombre como un golem. El rabí le siguió con la mirada.

Entonces le vino una idea. «¡Oiga, vecino!», gritó.

«¿Sí?» El cerrajero clavó la vista en el rabí. Entre los dos hombres siempre había habido cierta animadversión mutua. El rabí tenía al cerrajero por un idiota, y este tenía al rabino por un mentecato y un engreído. Laibl miró a Mosche a los ojos y esperó descubrir algo en ellos, tal vez un amago de culpa.

«Quería preguntarle una cosa», empezó con prudencia el rabí.

Mosche seguía mirando fijamente al rabí. Comoquiera que sea, sentimientos de culpabilidad no se le veían.

«Bueno, la cosa es...» Laibl Goldenhirsch no siguió adelante. Sus palabras se perdieron como el agua en la arena.

«¿Sí?»

Laibl hizo un esfuerzo. «Se trata de una cerradura.»

«¿Qué pasa con ella?»

«No logro abrirla», dijo el rabí. «Meto la llave y le doy la vuelta, pero...» Puso sus ideas en orden: «No ocurre nada.»

«Tiene que ser cosa de la llave», dijo Mosche con la superioridad de un diligente artesano que habla con un lego.

Laibl Goldenhirsch se quedó solo en la penumbra de la escalera.

De pronto oyó que Mosche le llamaba desde arriba: «¿Rabí? ¿Sigue usted ahí?»

«Sí», dijo.

Durante unos segundos reinó el silencio. Luego sonó de nuevo la voz de

Mosche. Temblaba. «Perdóneme», dijo el cerrajero, en voz tan baja que sus palabras casi se las había tragado la oscuridad.

«Pero ¿por qué?»

Otra pausa. Luego el rabí oyó un solo y desesperado sollozo que parecía venir de la nada.

«La echo tanto de menos», dijo Mosche. Luego subió a zancadas los últimos peldaños de madera, se refugió en su casa y cerró de un portazo.

El rabí estaba totalmente perplejo.

Miró por la ventana redonda de la escalera y vio brillar a la luz de la luna los tejados cubiertos de nieve. El espectáculo era tan hermoso que rayaba en el milagro. El rabí hubo de pensar que era solo la fe la que convertía en realidad los milagros.

Vio que una nube se ponía delante de la clara y pálida luna. El rabí reflexionó. Si la nube cubría por completo a la luna, él lo consideraría una señal de Dios. Entonces aceptaría el embarazo y lo vería como un milagro.

Tenso e inmóvil, miraba cómo la nube flotaba apaciblemente en el cielo nocturno.

Y luego cubrió a la luna. Por un breve instante, el rabí se encontró en una total oscuridad, como al principio del mundo.

Poco después la nube siguió avanzando y la luz lechosa de la luna le cayó a Laibl sobre el rostro. La tensión cesó. Así se quedó, temblando en el frío. Sus sentimientos le parecieron de pronto como un mar sin fondo. Olas de gratitud y de amor emergieron a la superficie e hicieron resbalar lágrimas saladas por sus mejillas.

Respiró hondo y abrió la puerta del retrete. Entró, cerró con llave la puerta, se desabrochó el pantalón, levantó el caftán y se sentó. Cada hijo es un regalo, pensó el rabí, y se decidió a aceptarlo. A caballo regalado no le mires el diente. Tendría un hijo.

2. EL FINAL DE TODO

Mucho tiempo después, a comienzos del siglo XXI, vivía en el Nuevo Mundo, en la ciudad de Los Ángeles, un niño llamado Max Cohn. Tres semanas escasas antes de su undécimo aniversario sus padres fueron con él a un restaurante japonés en Ventura Boulevard y le dijeron que iban a divorciarse. Por supuesto, no se lo soltaron enseguida. Pasaron la mayor parte de la tarde haciendo como si todo fuera igual que siempre. Pero Max barruntaba que algo pasaba. Simplemente, eran demasiado afables con él. Él había tenido una sospecha desde el principio. Su mejor amigo del colegio, Joey Shapiro, había pasado hacía unos meses por algo muy parecido, lo que le convirtió, en la clase, en una especie de héroe de tragedia, admirado y compadecido al mismo tiempo. Joey había probado el néctar agrídulce de la tragedia y por eso estaba un paso más cerca de la edad adulta que el resto de la 4 A.

Joey le había dado entonces un sabio consejo a Max: «Irán a comer contigo y te preguntarán qué te apetece.» Se aproximó más a Max y susurró: «Yo dije: Pizza. Ese fue mi error.»

«Bueno, ¿y qué?», preguntó Max pensando para sí: ¿Cómo puede ser la pizza un error?

«Fuimos a Mickey's Pizza Palace.»

Max conocía Mickey's Pizza Palace. Una cadena de comida rápida para niños, en la que no solo había enormes pizzas sino también un pequeño espacio para bebés, videojuegos y mucho más. Allí quería celebrar Max su cumpleaños.

«Bueno, ¿y qué?»

«Yo pedí una pizza de tamaño mediano con salami y mucha mozzarella.»

«¡Sí, qué más!»

«Y entonces me dijeron que se divorciaban. Y yo allí sentado, con mi pizza...»

Entonces Joey hizo un ruido extraño, como una tos, y volvió la cabeza.

«Mientras viva», dijo, «no volveré a comer pizza.»

Max estaba conmocionado. Claro, hay padres que se divorcian, esas cosas

pasan, pero él había creído que la pizza era una de las pocas cosas fiables de la vida. De las cosas a las que uno podía atenerse.

Max estaba convencido de que sus padres nunca harían algo así. Le querían, se querían los dos, querían seguramente también a Hugo, el conejo de casa, un gracioso animal de piel blanca y nariz rosada que solía limitarse a estar en la jaula mirando gentilmente al vacío. Y eso era todo. Pensaba él, al menos. Sin embargo pronto le pareció que había algo que se le escapaba a primera vista, pequeños indicios de una verdad oculta. Veía a mamá respirando con fuerza por la nariz y dándose unos toques con el pañuelo en los ojos, cuya sombra, que ella se aplicaba por lo general con tanto cuidado, estaba ligeramente corrida. Le llamaba la atención que papá ya no estaba tanto en casa. Se quedaba más tiempo en la oficina y durante los fines de semana también tenía «cosas que hacer». A veces dormía en el sofá del salón y dejaba puesto el televisor toda la noche, cosa que a Max jamás le habrían permitido. Las puertas que antes estaban abiertas ahora se cerraban por sistema. Algo pasaba, él lo percibía.

Y cuando un día llegó del colegio y, tras dejar tumbada despreocupadamente en el césped su bicicleta, entró corriendo en la casa, vio a sus padres que, sentados en el sofá rígidos como una vara, parecían estar esperándole. Le sonrieron de un modo artificial.

«¿Qué te parece si salimos a cenar?», dijo papá, y su voz era un poco demasiado alegre, demasiado alta. En la cabeza de Max tocaban a rebato las campanas. «... a donde quieras», oyó aún decir a papá.

«¿Qué?», preguntó Max.

«¿Qué te apetece comer?»

Max reflexionó un momento, luego dijo: «¿Qué os parecería sushi?»

Sus padres le miraron estupefactos.

«¿Estás seguro, cariño?», preguntó mamá.

«Sí», dijo Max. Le daba completamente igual no volver a tomar nunca más pescado crudo.

Así pues, fueron a comer sushi. Max pidió atún, pez espada y huevas de erizo de mar, aunque papá opinaba que el erizo de mar no era kosher. Eran tan asquerosos que casi habría vomitado, y cuando sus padres se rozaron de pronto las manos y le dijeron que le querían mucho, muchísimo, y que para él no cambiaría nada en absoluto, enrojeció y tuvo que luchar contra las lágrimas. Empezó a temblar. Su boca estaba llena de esperma de pescado, o

lo que fuera aquello, y se decía una y otra vez: Pizza, al menos me queda la pizza.

Hasta hacía poco, la vida de Max Cohn había transcurrido por plácidos caminos. Era un niño normal de diez años, desgarbado; tenía la piel pálida, el pelo hirsuto y rojizo. Llevaba unas gafas que mamá había reparado con cinta aislante cuando un día papá, por equivocación, se sentó encima. Max vivía con su familia en una casita de Atwater Village. Su papá era «abogado de licencias de música», lo que quiera que fuese aquello, y su madre tenía una pequeña tienda en Glendale Boulevard, donde vendía muebles de Asia y todo género de objetos de ornamentación. En su familia había también la usual amalgama de tías, tíos y primos. Los peores eran sin duda el tío Bernie y la tía Heidi, que se peleaban constantemente. Y luego estaba también la abuela, una mujer neurótica y agotadora que vivía al otro lado de los montes, en esos parajes intransitables del valle de San Fernando, en un lugar llamado Encino.

En el colegio, la noticia del inminente divorcio de los padres de Max se propagó con la rapidez del rayo, sobre todo en la 4A. Joey Saphiro hasta dio un abrazo a Max, y no pensaron que eso fuera gay. Hasta las chicas le miraban ahora de otra manera, y Miriam Hyung –con la que hasta ahora él no había tenido en realidad ninguna relación– se acercó a él en el recreo y dijo:

«Siento de verdad lo de tus padres.»

Memeces y nada más, pensó él. Pero era solo una chica y no tenía mucho juicio, él no quería rechazar sus pobres esfuerzos por mostrarse solidaria. Por eso aceptó generosamente sus condolencias y dijo: «Bueno, así son las cosas.»

Desde aquel día, era un hombre. El divorcio de tus padres, eso Max ya lo sabía, es tu verdadero *bar mitzvá*. Un rito de iniciación que convierte en hombres a los niños. Se daba cuenta de que muchos de sus compañeros de clase venían de «familias rotas», como solía decir la rabina Hannah «la lesbiana» Grossman.

Al principio fue estupendo tener una familia rota. De momento todo quedó igual, solo que mamá dormía ahora en el dormitorio principal y papá en el sofá del salón, lo que era un poco molesto porque en el salón estaba también el televisor y Max lo había considerado hasta ahora de su propiedad. Ahora papá veía constantemente emisiones deportivas. Pero también había ventajas.

En cualquier caso, Max podía involucrarse en la capa del mártir. Tenían atenciones con él y le regalaban tebeos en cantidades superiores a todo lo que él conocía. Su padre le compró el nuevo *Spider-Man* y de un golpe varios volúmenes de *Batman*. Antes, Max siempre había tenido que decidirse: tebeos de Marvel o de DC. Papá decía que en la vida había que tomar decisiones. Una perfecta estupidez, como se veía ahora. Uno podía tenerlo todo. Así que eso significaba llegar a la edad adulta. La separación de sus padres era sin duda lo mejor que había podido pasarle a su colección de tebeos.

Sin embargo, en lo más hondo, estaba preocupado. Llevaba consigo un secreto. Y es que sabía por qué se divorciaban sus padres: ¡él tenía la culpa! Mamá había dicho, eso sí, que el motivo del divorcio era «esa golfa de profesora de yoga», pero Max sabía la verdad.

Había ocurrido unas semanas antes de la fatídica cena del sushi. Max tenía que limpiar una vez más la jaula del conejo. Mamá le había recordado repetidas veces que al fin y al cabo era él quien había querido tener aquel condenado conejo. Max había pedido a papá que se encargara él en su lugar, solo esa vez, por favor, por favor, por favor, porque le gustaría tanto ir al cine con Joey Shapiro. Pero papá había dicho que no. Se enredaron en una discusión, a Max se le agotó la paciencia, se puso furioso con papá, y papá entonces se mantuvo aún más firme en su posición.

Así que Max, en lugar de engullir palomitas y bombón helado en el cine climatizado, tuvo que limpiar la porquería del conejo. ¡Qué injusticia tan grande! Cuando por fin –rezongando y protestando– sacó la bolsa de la basura, su padre estaba en la puerta y le miró con desaprobación. «¡Con ese tono, no, jovencito!», dijo. «Aquí no se hacen así las cosas. Si vuelves a armar otra escena semejante, nos deshacemos de Hugo.»

Max echó reglamentariamente la porquería del conejo en el contenedor, sintiendo cómo le crecía la rabia en su interior. Deshacerse de Hugo, ¡qué repugnante amenaza!

De pronto, Max vio en el suelo, junto al contenedor de la basura, un penique. Su abuela había dicho una vez que cuando uno encontraba un penique podía pedir un deseo. Solo había que cogerlo, cerrando los ojos, y el deseo se cumpliría. Pero no se podía revelar el deseo a nadie, añadió.

Así que cogió la moneda, cerró los ojos con todas sus fuerzas y deseó que papá desapareciera. Así, sin más. Cuando abrió la mano, el penique estaba,

con toda inocencia aparentemente, en la palma de la mano. Max oyó el lejano retumbar de un trueno en los montes de San Gabriel. Enseguida empezaría a llover. De pronto se sintió culpable. Miró alrededor y se obligó a pensar enseguida en otra cosa, pero ya era tarde. Alguien –¿Dios quizá?– tenía que haber oído sus pensamientos.

Durante unas semanas no sucedió nada, y Max pensó que a lo mejor se libraba del castigo. Hasta la tarde del sushi, en el restaurante. Allí supo Max que había hecho caer una maldición sobre su familia. Menos el conejo; ese, al parecer, seguía estando bien.

Al principio, Max trataba de no cavilar mucho sobre su culpa en la tragedia. En su lugar saboreaba los frutos de la separación. Mamá también empezó a colmarle de regalos, probablemente porque quería superar a papá.

«Puedes pedir lo que quieras para tu cumpleaños», dijo mamá.

Un claro intento de comprar sus sentimientos. Pero cada persona tiene su precio, y el de Max no era demasiado alto.

«¿Lo que sea?»

Cada nuevo regalo, cada nuevo juguete que le daban sus padres era una prueba de cariño. Pero las pruebas pronto perdieron su fuerza probatoria. En su vida ya no había nada firme. Todo empezaba a cambiar, y a Max no le gustaban demasiado los cambios. No, no era tan *cool* vivir en una familia rota. Al contrario, veía con claridad que eso tenía consecuencias. Que estaba aprendiendo algo importante, una lección que sus modelos –Spider-Man y Joey Shapiro– también tuvieron que aprender, y además de manera bien dura.

Para Harry y Deborah Cohn fue muy difícil hablar a su hijo del divorcio. Harry en particular tenía miedo de ese fatídico momento. En la vida privada, él evitaba confrontaciones de todo género. Deborah tenía menos problemas en ese terreno. Aunque oficialmente profesaba el budismo, cuando había conflictos parecía hallarse en su elemento. Harry siempre la había llamado «budista furiosa». A ella eso no le parecía gracioso. En los últimos tiempos no le parecía gracioso nada de lo concerniente a su futuro exmarido. Su mera presencia la enfurecía. ¡Cómo arrastraba los pies por la casa! Peculiaridades que antes consideraba llenas de encanto la sumían en la desesperación. No veía el momento en que se marchara de casa.

Pero también estaba Max, claro. Hasta habían considerado seguir viviendo

juntos por él. En rigor, era Harry quien había considerado esa posibilidad, Deborah no.

«Quiero que te marches», había dicho con voz firme. No quería castigarle, o por lo menos no solo. Su aventura la había herido en lo más hondo. Quería deshacerse de él, simplemente. Ni siquiera quería mirarlo. Era como un esparadrapo que tenía que arrancar. Cuanto antes, mejor.

«¿Pero qué pasa con Max?», decía Harry con voz llorosa.

«Max», replicaba Deborah, «estará mucho mejor sin ti.»

Y entonces todo volvía a empezar. Procuraban tener un trato civilizado, pero casi todas las conversaciones degeneraban en una discusión estridente.

«¿Y cómo se lo decimos?», preguntó Harry en algún momento.

«Deberíais informarle con mucho tiento», les aconsejó Mrs. Shapiro, que ya tenía experiencia en ese terreno. «Y otra cosa: id con él a un restaurante.»

Deborah inclinaba la cabeza en señal de aprobación y hasta anotó algo en su móvil.

Y así fue como, un día soleado por la mañana, Deborah Cohn enfiló la autopista en dirección a Woodland Hills. El bufete Gutierrez & Partners estaba en un acristalado inmueble de oficinas de tres pisos, un monumento al mal gusto. Por dentro no era mucho mejor. En la recepción colgaba un cuadro que mostraba unos perros jugando al póquer. ¿Quién se compra algo así?, pensó Deborah. Luego la llamaron al despacho de Mr. Gutierrez, el socio de más edad y especialista en divorcios.

Mr. Gutierrez era un hombre de una alegría poco natural para su oficio, un verdugo del amor, gordezuelo, siempre de buen humor y con un apretón de manos flojo.

«¿En qué puedo servirle?»

Ella le explicó la situación y él escuchó en silencio y asintiendo con la cabeza. Tras algunas vacilaciones Harry y Deborah se habían decidido por un procedimiento de divorcio de mutuo acuerdo, un concepto que Deborah había encontrado en internet y que significaba, hablando claro, que se avendrían por vía extrajudicial en lo concerniente al derecho de guarda y a la repartición de bienes. Mr. Gutierrez parecía un poco disgustado, porque se había alegrado pensando en el montón de horas que iba a poner en la cuenta.

Un divorcio de mutuo acuerdo era en el fondo muy sencillo, explicó. Deborah presentaría al tribunal los papeles, que luego pasarían a Harry. Si las partes estaban de acuerdo en las condiciones básicas, la demanda de divorcio

se presentaba al Tribunal Supremo del condado de Los Ángeles, donde un juez se encargaba de la causa. Si todo era aceptable, las partes firmaban los papeles, y eso era todo.

Podían estar divorciados en pocas semanas y poner punto final a su vida en común.

La boda fue mucho más laboriosa, pensó Deborah.

Una cosa estaba clara para Harry y Deborah: no querían que Max lo pasara mal prolongando durante años las batallas judiciales. Tampoco querían que tuviera que elegir entre ellos dos. Habían acordado incluso cómo iban a organizarlo cuando Harry se marchara de casa, lo que de todos modos, en opinión de Deborah, estaba tardando demasiado. Deborah se ocuparía de su hijo durante la semana y Harry siempre de viernes a domingo. Él iría a buscarlo al colegio y el lunes volvería a llevarlo allí, para limitar el contacto con Deborah a un mínimo.

Eran tiempos difíciles para todos los implicados. Harry empezó a beber otra vez y Deborah a fumar. El trabajo también empezó a resentirse por culpa de sus problemas. Deborah dejaba escapar encuentros con mayoristas y clientes, aunque se lanzaba como una posesa a la comunicación digital, y Harry llegaba constantemente tarde y a menudo con resaca a la oficina. Sus compañeros se mostraron indulgentes durante un tiempo, Harry comprobó que le tenían lástima y que el elemento femenino de la oficina velaba cariñosamente por él. Pero no se concentraba en el trabajo y su rendimiento disminuyó de manera notable.

Ambos tenían la sensación de que la vida se les escapaba, como arena que les resbalase entre los dedos.

3. EL MILAGRO

Rifka Goldenhirsch maldecía al mundo. Se maldecía a sí misma, a su marido, pero ante todo maldecía al ángel que la había dejado preñada. Yacía en la cama de su pequeño cuarto de estar. Laibl, su marido, estaba sentado junto a ella y le sostenía la mano, el mentecato.

«Todo irá bien», dijo con torpeza, acariciándola.

Las piernas de Rifka se apoyaban en dos sillas desvencijadas, sobre el fogón había una olla con agua caliente, junto a la cama toallas limpias, y Hedvika, la comadrona, se había sentado entre las piernas de Rifka y esperaba el resultado.

Rifka se había criado en el campo, en un pueblecito cerca de Pilsen. De jovencita había presenciado más de una vez cómo una vaca paría un ternero, un proceso angustioso por demás que a menudo podía durar varios días e iba acompañado de dolorosos e indignados mugidos. Ahora comprendía bien el martirio de aquellas vacas. Y el mameluco de su marido, ese inútil, estaba allí sentadito y le hacía caricias.

Hedvika miró hacia abajo y dijo: «Ya veo la cabeza.»

Rifka lanzó un quejido.

«Empuje», dijo Hedvika.

«¿Qué te crees que estoy haciendo?», gritó Rifka.

Hedvika era una joven *goyete* que vivía fuera de Josefov, el barrio judío de Praga. Pasaba por ser una de las mejores comadronas de la ciudad, lo que significaba que la mayor parte de los niños que ella traía al mundo llegaban a este con vida. El rabí Goldenhirsch había ahorrado cada mes pacientemente varias monedas para asegurarse sus servicios. Y ahora había llegado el momento. El verano que acababa de comenzar saludaría a un nuevo ser humano. Hedvika enjugó con un paño la frente de Rifka, mientras Laibl seguía acariciándola. El nuevo ser humano se tomaba su tiempo.

Pero al final llegó.

Hedvika levantó al bebé por las piernas, cortó el cordón umbilical con un cuchillo de cocina caliente y dio al pequeño un azote en el *tuches*.

El niño empezó a llorar, un sonido penetrante, que rompió nítidamente el

silencio denso y sudoroso del cuarto. Hedvika limpió al niño frotándolo con paños limpios y poniendo el mayor cuidado en no hacerle daño.

Hedvika dio el niño a su madre. «Un buen mozo», dijo.

Rifka tomó en sus brazos al niño, le dirigió una mirada y se enamoró. Era lo más hermoso que había visto jamás.

«¿Cómo vamos a llamarle?», preguntó Rifka jadeando. Estaba agotada, pero por lo demás contenta consigo misma y con el mundo.

«¿Qué te parecería Mosche?», propuso Laibl con un asomo de sarcasmo en la voz.

«¿Mosche?», dijo su mujer. «¿Por qué precisamente Mosche?»

«Cómo, ¿no te gusta Mosche?», replicó el rabino. «Es un nombre bonito, ¿no crees?»

«¿Como el cerrajero?», preguntó ella con desconfianza.

«Como el profeta», dijo Laibl. «Moisés.» En su mirada había una tenacidad que no permitía réplica.

Rifka cedió. Y así el niño se llamó Moisés Goldenhirsch. Y aunque Laibl a veces, cuando había bebido uno o dos vasos de más, le daba vueltas a su ascendencia, el rabino se alegraba de tener por fin un hijo. Trataba de convencerse a sí mismo de que le daba igual quién era el padre, y cada noche daba gracias a Dios por el milagro.

Mosche Goldenhirsch era un niño pequeño y enfermizo. Pocos meses después de su nacimiento pareció querer despedirse de la vida. Mosche estaba en su pesebre al lado de la estufa, tenía la piel del color de la cera. No se movía apenas, solo le salían de cuando en cuando unos tristes sonidos guturales. Rifka estaba sentada junto a la cuna y le cantaba una canción:

En el cielo, allá en lo alto,
vuela un águila, tranquila y libre,
oye un grito lejano

Pero su canto tampoco hacía bajar la fiebre de Mosche. Finalmente, Rifka estaba tan preocupada que salió de la casa en plena noche en busca de un médico. Laibl se quedó con el niño. Él era quien le había hablado del médico, un hombre llamado Ginsky. Rifka corrió durante todo el camino, desde Josefov hasta la otra orilla del Moldava y después la cuesta del castillo. El aire de la noche era helado y húmedo, y cuando llegó a lo alto, tenía un sudor

frío en la frente. Las aceras estaban cubiertas de hojas rojas y amarillas, y por todo el suelo había castañas caídas de los árboles. Por fin encontró la casa, cerca de Hradčany. Podía ver las torres del castillo recortadas en el cielo y creía sentir en la piel la mirada inmóvil de las gárgolas de la catedral de San Vito. El médico vivía en una elegante villa de estilo modernista. Al cabo de unos minutos de insistentes golpes con el llamador abrió la puerta una criada de aspecto algo desgredado. Tenía la cara enrojecida y con la mano izquierda se arreglaba las enaguas. Cuando vio a Rifka, sudorosa y trastornada, su fría mirada la recorrió de arriba abajo.

«Doctor Ginsky», murmuró Rifka.

«Ya se ha retirado», dijo la sirvienta sin dejarla continuar.

«Me envía mi marido.» Rifka apuntó que su marido no era una persona cualquiera sino el rabino de la sinagoga Staronová.

«¿Un judío?», preguntó sorprendida la criada.

«Me ha encargado que diga al doctor que le prestó ayuda en una ocasión.» Y luego imploró: «Se lo ruego. Mi hijo se muere.»

Eso ablandó el corazón de la criada. «Entre», murmuró, «espere aquí.»

Llevó a Rifka al vestíbulo de la villa y cerró la puerta con llave, luego subió corriendo la escalera.

Rifka miró con respeto alrededor. La pieza estaba amueblada con suntuosidad. El tictac de un pesado reloj de péndulo sonaba amenazadoramente. Del perchero colgaban sombreros y costosas pieles. En un paragüero sobresalían bastones de caoba. El doctor Ginsky, pequeño y regordete, bajó resollando por la alfombrada escalera. Llevaba un camisón, que alisaba nerviosamente. Tenía enrojecida la cara y los escasos cabellos que enmarcaban su cabeza casi por completo calva, tiesos como la cresta de un gallo. Las gafas estaban empañadas. A Rifka se le ocurrió que tal vez había interrumpido al médico y a su criada durante algo importante.

Rifka se adelantó con mirada suplicante y le tendió la mano.

Ginsky clavó la mirada en ella. «Me temo», dijo, «que no puedo estrecharle la mano. Comprenderá que, siendo adepta a la ley mosaica...» Miró apurado al suelo.

«Comprendo», dijo Rifka, y asintió con aplicación. No quería hacer nada que pudiera disgustarlo. Al cabo de unos segundos de penoso silencio se limpió la mano en su falda empapada.

«¿A qué circunstancias debo el placer de su inesperada visita?», preguntó

el médico con evidente sarcasmo.

«Mi hijo está enfermo.»

«¿Y soy yo el único médico en toda Praga?», preguntó él.

«Mi marido me ha dicho que viniera a verle a usted, solo a usted.»

«¿Y por qué, si puede saberse?»

«Nosotros...» Hizo una breve pausa y tragó saliva. «Nosotros no tenemos dinero», dijo en un susurro bajando la vista.

«¡Vaya!», dijo el doctor. «¿El judío está falto de dinero?»

«Mi marido es un hombre de letras. No tenemos mucho.»

«¿Y ese marido suyo cómo se llama?»

«Goldenhirsch. Laibl Goldenhirsch.»

El médico, de pie y con la boca entreabierta, permaneció inmóvil durante un momento. Luego cogió las gafas, las frotó en la camisa y preguntó: «¿Por qué no lo ha dicho antes?»

Rifka no había subido nunca a un automóvil. Si no hubiera estado tan preocupada por su hijo, sin duda habría disfrutado mucho con el viaje. Pero dadas las circunstancias, esa clase de transporte le pareció incómodo. Podía sentir cada bache en el *tuches*, el motor exhalaba vapores malolientes, y cuando el coche del doctor Ginsky llegó a la casa de vecindad en la que vivían ella y Laibl, la búsqueda de un aparcamiento resultó difícil. Rifka estaba convencida de que esos automóviles no lograrían imponerse.

Condujo al médico escaleras arriba. Él respiraba con dificultad y después de un solo piso ya había perdido el aliento. Cuando llegaron por fin a la puerta de su piso, Rifka temía que al médico le diera un infarto. Llamó con los nudillos y Laibl abrió la puerta con el niño enfermo en los brazos. La escena conmovió a Rifka, no solo porque su hijo estuviera muy pálido, sino también por la evidente ternura con la que su marido sostenía a esa criatura pequeña y desvalida. Nunca le había visto tan cariñoso con aquel hijo de sus entrañas. Y también hijo *de él*, se advirtió a sí misma.

Laibl tenía lágrimas en los ojos. Rifka le cogió el niño con cuidado.

El doctor Ginsky entró en el cuarto y echó una ojeada estimativa alrededor. Laibl y él se miraron. Ambos se enderezaron y tomaron un porte algo más marcial. Luego hicieron el saludo militar.

«¡Descanse!», dijo el doctor Ginsky.

«Mi coronel», dijo el rabino.

Y luego, ante el asombro de Rifka, los dos hombres se abrazaron. Permanecieron largo tiempo en esa posición. Entre ellos hubo un intercambio de algo que no se expresaba con palabras.

Luego, el doctor Ginsky examinó al niño. Le tocó la frente, le miró en el interior de la boca y le tomó la temperatura. Rifka y Laibl oyeron con alivio que no era nada serio. Fiebre, probablemente por el frío. A Rifka se le quitó un gran peso de encima, porque desde el último año de la guerra muchos niños, y también personas mayores, habían muerto víctimas de la gripe. Mosche, sin embargo, sobreviviría. Rifka preparó una botella de agua caliente, y el doctor Ginsky dio al pequeño una medicina. Laibl ofreció al médico unas monedas, pero él las rechazó indignado. El niño se durmió pronto en su cuna.

Cuando Laibl y el doctor Ginsky se despidieron uno del otro, se abrazaron de nuevo y se besaron en las mejillas, como es habitual entre hombres amigos. Pero Rifka no era del género tonto, veía cómo se miraban los dos, y comprendió lo que había habido entre su marido y el médico.

Laibl abrió la puerta al doctor Ginsky y, cuando el médico hubo salido, se quedó un momento parado con la mirada fija en la oscuridad.

«¿Laibl?», preguntó Rifka.

Él se dio despacio la vuelta. «¿Sí?»

Ella le miró y notó que se quedaba sin fuerzas. Le temblaban los labios.

«¿Qué sucedió en la guerra?», preguntó en voz baja.

Laibl se acercó a ella y se sentó a su lado. Le cogió la mano y la retuvo firmemente entre las suyas. Ambos tenían la mirada clavada en el tosco suelo de madera.

«Si tú no me preguntas por la guerra», dijo él con suavidad, «yo no te pregunto por el milagro.»

4. SUS MEJORES TRUCOS

Cuando Max Cohn volvió del colegio un martes por la tarde, había un camión de mudanzas delante de la casa. Aquello le intranquilizó. ¡Un camión de mudanzas! ¿Había llegado ya el momento? Por todas partes había pilas de cajas y de muebles. Hugo, el conejo, estaba hecho un ovillo en su jaula en una esquina de la habitación y parecía tenso, le temblaban las orejas. Los mozos de la mudanza eran dos latinoamericanos fortachones. Uno de ellos llevaba vaqueros y una camiseta de Shakira, el otro, más tradicional, un mono azul y una camisa a cuadros.

«*Buenos días*», dijo el hombre de la camiseta de Shakira, e hizo un saludo con la cabeza a Max. Llevaba en las manos un cajón lleno de papeles y de carpetas colgantes.

«Hola», dijo Max. Notó que le temblaba la voz. «¿Dónde están mis padres?»

«¿*Qué?*», preguntó el hombre de la camiseta de Shakira.

«*Los padres*», dijo Max. «Papá y mamá.»

El hombre le miró perplejo y se encogió de hombros. Max clavó la vista en la caja que tenía en las manos. Los papeles y las carpetas colgantes eran seguramente de papá, como era abogado siempre estaba rodeado de cosas así. El papeleo era para él tan imprescindible como el batmóvil para Batman.

El hombre del mono se acercó a él, cargado con dos cajas.

«Al lado», dijo.

«¿Qué hacen ustedes aquí?», preguntó Max, y su voz tenía ahora un timbre estridente.

«Estamos cargando las cajas», dijo el del mono. Tenía un acento claramente mexicano.

«Vuelvan a descargarlas», exigió Max. En ese momento salió papá de la cocina. Llevaba también una caja. Tenía el pelo revuelto y no se había afeitado. La camisa estaba mal abotonada y tenía los ojos vidriosos. Su aspecto era alarmante. La última vez que Max se había asustado por el aspecto de su padre fue cuando él, a la edad de cuatro años, decidió limpiar con la lengua la terraza de detrás de la casa. Había llegado ya a la mitad

cuando su padre salió corriendo de la casa en cueros vivos y lo levantó del suelo. No hay nada peor que ver desnudo a tu propio padre. Cuando corría hacia Max, el pene le bamboleaba de izquierda a derecha. Una parte del cuerpo que Max no había observado de modo consciente hasta entonces. ¿Pero eso qué es?, se había preguntado fuera de sí. Aquello no auguraba nada bueno.

Esa misma idea le pasaba ahora también por la cabeza.

Aquello no auguraba nada bueno.

Su padre parecía haber despertado de un sueño profundo, como si a lo largo de toda su vida hubiera avanzado torpemente por una espesa niebla y ahora, parpadeante, mirase por primera vez a la luz.

«¡Papá!», gritó Max corriendo hacia él. «¡Aquí hay mexicanos por todas partes!»

Papá salió fuera con Max. Puso la caja en el suelo y se sentaron en la pequeña escalera que llevaba a la puerta de entrada. Los peldaños de piedra estaban calientes por el sol. Max oyó las voces de otros niños que jugaban por allí cerca. A lo lejos veía las cimas nevadas de los montes de San Gabriel. Era un día claro y soleado.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Max y su papá estaban sentados allí, sin más, y miraban al horizonte, como si allí estuvieran las respuestas que ambos deseaban con tanto anhelo.

«Ya hemos hablado de todo esto», dijo por fin papá.

«¿De qué?»

«De hoy. De que hoy me cambio de casa.»

«Dijiste el jueves.»

«El martes», le corrigió papá. «Dije el martes.»

Pese al sol, Max tuvo de pronto frío. No le abandonaba la sensación de que su padre había tratado de quitarse de en medio mientras él estaba en el colegio. El miedo de no volver a ver nunca más a su padre se apoderó de él. Su padre, nada más marcharse, le olvidaría. Max notó que se le saltaban las lágrimas, pero luchaba por evitarlo. ¿Qué iba a ser de él ahora?

«Max», dijo papá. «No cambiará nada.»

Max sabía que eso era una mentira. Una de las duras lecciones de la vida es que todo cambia. Tanto Spider-Man como Batman habían perdido a seres queridos, por lo que tenían que ir pegando saltos por ahí en trajes de licra y

pasar las noches luchando contra el crimen en lugar de viendo la tele como cualquier persona normal.

Papá quiso abrazarle, pero Max se quedó rígido ante su abrazo. Reflexionaba febrilmente: como él tenía la culpa de que papá se marchara de casa, a él le tocaba enderezar las cosas. Cerró con fuerza los ojos y deseó con mucha, con muchísima fuerza que papá se quedara. Negoció en su interior. Se arrepentía de haber deseado que papá se marchara. Limpiaría a diario, durante el resto de su vida, la porquería del conejo.

Papá se levantó. «Sabes que te quiero», dijo.

«¡Papá!», exclamó Max presa del pánico. «¡Quédate con nosotros! Nunca más tendrás que limpiar la jaula del conejo.»

«Eso, por desgracia, no es posible», dijo papá. Estaba claro que la fuerza de los pensamientos de Max no había bastado. Papá quiso darle otro abrazo, pero Max se enfureció y le golpeó con los puños. Papá le soltó. Max bajó corriendo los escalones, pero no llegó muy lejos. Tropezó con una caja de la mudanza y cayó de bruces al suelo. La caja se volcó y su contenido se esparció por el jardín delantero de la casa.

«Max, ¿te has hecho daño?», preguntó papá.

Max se puso de pie. «No pasa nada», dijo disimulando su irritación.

Se había lastimado la rodilla. Pero él no se dio ni cuenta. Miraba fijamente uno de los objetos tirados por la hierba.

Era un disco liso y negro que se había medio salido de una especie de funda de cartón. Max sabía a qué atenerse, su papá le había hablado de aquello. Esos chismes existían en los remotos tiempos anteriores a su nacimiento. Los llamaban discos fonográficos. La foto que había en la funda despertó su interés al momento. Un hombre de mediana edad, vestido con un turbante y un sari. Llevaba unas gruesas gafas de concha, y en la frente tenía profundas arrugas. Parecía estar muy concentrado en algo. En la mano izquierda sostenía una varita mágica negra, en la derecha un lindo conejo blanco. A Max la postura del brazo le pareció poco natural a primera vista, pero no se explicaba por qué. El brazo estaba casi totalmente envuelto en el sari. ¡Y qué sari! Max Cohn no había visto jamás tal suntuosidad. Enseguida vio con claridad que ese hombre, quienquiera que fuese, era el prototipo de la elegancia. ¡Un sari plateado! ¡Uy! Ese hombre era más *cool* aún que James Bond. Max se sentía como un arqueólogo que hubiera descubierto el tesoro escondido de una civilización desaparecida hacía largo tiempo. Con manos

temblorosas acabó de sacar el disco negro de su funda. En el centro del disco estaba el título en grandes letras amarillas:

Zablatini: sus mejores trucos.

5. EL ÁGUILA Y EL CORDERO

Mosche Goldenhirsch era un niño enfermizo. Su madre lo cuidaba cariñosamente, ella lo llamaba «mi pequeño milagro». La desazonaba que Mosche tosiera y jadeara constantemente. Era siempre el primero en atrapar un resfriado y el último en superarlo. Rifka estaba tan ocupada con la inestable salud de su hijo que descuidaba su propio cuerpo. En su interior había algo al acecho que la consumía, pero estaba demasiado atareada para hacerle caso. Ella vivía solo para Mosche.

A menudo estaba silencioso, era un niño retraído. Igual que su padre, pensaba Rifka. Mosche podía pasar horas sentado al sol a orillas del Moldava, echando piedras al agua o simplemente tumbado en la hierba mirando las nubes que, cuando soñaba despierto, se convertían en castillos y en caballeros. Era joven, el tiempo no significaba nada para él, su vida estaba sin formar, y aún no conocía el miedo. El mundo que le rodeaba era gris y monótono, pero su mundo interior era grandioso. Un hueco en una pared se transformaba en un camino por el que su tocayo Moisés había conducido a los israelitas a la libertad; el aliento de un caballo en una noche helada de invierno se convertía en el fuego de un dragón. A veces pasaban días enteros sin que hablara una palabra con sus padres. No era en absoluto que no les tuviera cariño, no; simplemente su espíritu se hallaba a menudo a una distancia inalcanzable, aunque estuviera sentado con ellos a la mesa de la cocina. Mosche miraba a la nada, sus movimientos se volvían lentos y mecánicos, y se ausentaba. Así, juntos pero a kilómetros de distancia, tomaban la cena. «Te estoy perdiendo», decía entonces su madre con una sonrisa triste.

Una tarde, cuando Mosche y su padre –el niño tenía ocho años– llegaron a casa a cenar, vieron a Rifka apoyada en el fogón frío, como si estuviera agotada. En el suelo había una vasija de barro hecha pedazos y patatas. Rifka respiraba con dificultad. Su frente estaba sudorosa.

«¿Te encuentras bien?», preguntó Laibl lleno de preocupación.

Ella asintió. «Muy bien», dijo. «Todo normal.» Respiró hondo, luego se inclinó para recoger los fragmentos.

Mosche la miró con desconfianza. Sabía que estaba mintiendo, lo sentía. Nada era normal. El mundo tenía grietas, había cosas que se sustraían a la mirada y verdades que no se expresaban con palabras. Buscando consuelo se volvió a su padre. Laibl observaba fijamente a su mujer, que parecía tener fuertes dolores. Le tendió la mano, pero ella rechazó el gesto llena de impaciencia.

«¿No deberías ir al médico?», dijo Laibl vacilante.

«Quizá deberías ir *tú* al médico», replicó Rifka sarcásticamente.

Mosche sabía que el doctor Ginsky le había salvado la vida en el pasado, poco después de su nacimiento. Desde entonces era el médico de cabecera de la familia Goldenhirsch, y Laibl se quejaba a menudo de este o aquel pequeño achaque para poder reclamar asistencia médica.

Rifka agarró una escoba y recogió los fragmentos que quedaban. Luego cenaron, había patatas y requesón con hierbas frescas. Mosche observaba a su madre y sentía un miedo inexplicable. Antes le parecía mucho más alta y grande, en los últimos meses había enflaquecido de un modo alarmante.

Rifka temblaba.

«¿De verdad que no te pasa nada?», preguntó Laibl.

Rifka reprimió un sollozo y sacudió la cabeza. Laibl se levantó. El movimiento fue tan brusco que su silla cayó al suelo con estruendo. Corrió hacia su mujer y la estrechó contra su pecho. Mosche pensó que seguramente dolía si a uno lo apretaban tan fuerte, pero Rifka no se defendió. Laibl la llevó con cuidado a la cama y la ayudó a acostarse.

«¡Oh, Dios mío!», gimió Rifka.

«¿Pero qué pasa?», preguntó Laibl.

«Nada», dijo Rifka, y ahogó un quejido. Parecía estar librando una batalla en el interior de su cuerpo.

«¡Mosche!», dijo Laibl. «Ve a buscar al doctor Ginsky.»

«¡No!», dijo Rifka con sorprendente energía.

Tomó a su marido entre sus brazos y lo atrajo hacia ella. Tenía el rostro cubierto de sudor.

«¿Te acuerdas», dijo en un susurro, «de cuando me pediste en matrimonio?»

Él asintió. «En un campo de labranza. Estabas echada en un sembrado,

boca arriba, como ahora.»

«¿Todavía me quieres?»

«Sí», dijo él.

Y ella le creyó.

En el otoño su estado de salud empeoró rápidamente. Cada vez estaba más débil y su antaño robusto cuerpo se consumía. Le costaba trabajo levantarse por las mañanas. Tenía náuseas a menudo y vomitaba en un cubo de metal que Mosche le había colocado junto a la cama. Cuando terminaba, Mosche iba con el cubo al río, lo vaciaba y lo lavaba cuidadosamente. Al principio lo hacía una o dos veces al día, pero pronto tuvo que correr cada vez con más frecuencia al agua, casi de modo ininterrumpido. Sin embargo, no se quejaba. Deseaba con toda su alma poder hacer más, deseaba tener poderes mágicos para curar a su madre. Pero era impotente. Y Rifka estaba tanto más amargada cuanto más empeoraba. Estaba resentida con su marido y su hijo por que los dos siguieran viviendo, pues ella sentía que se acercaba su fin. Las noches se volvían más largas y los días más cortos, también los suyos propios, y miraba extenuada por la ventana, con su espíritu cubierto de nubes. Su hijo vería la primavera. Ella no.

Finalmente su debilidad era tan grande que ya no podía levantarse. En contra de sus deseos, Laibl fue a buscar al doctor Ginsky. Rifka lo miró con desconfianza cuando entró en el cuarto. El médico examinó a la paciente e hizo lo que pudo, pero no fue mucho.

Laibl sufría como si fuera él quien estaba agonizando y no Rifka. Ella había estado siempre en el centro de su existencia, era su corazón. Sin ella, la vida era inimaginable. También él estaba cada vez más demacrado, como por solidaridad con su mujer que se consumía. No dormía apenas. Siempre que Rifka tosía, Laibl daba un salto, completamente despierto, y le preguntaba qué necesitaba. Le perseguían los remordimientos. Él le había sido infiel, había traicionado a su familia y a sus principios. Había pecado ante los ojos del Señor, y ahora se la quitaban. Pasaba mucho tiempo rezando, pero sus oraciones se perdían sin ser escuchadas.

Cada vez con más frecuencia, el doctor Ginsky estaba delante de la puerta con este o aquel medicamento. Era un buen médico que se ocupaba solícitamente de todos sus pacientes, incluidos los de fe mosaica. Sabía que

un médico no solo trata el cuerpo, sino también el alma. Hablaba con Rifka, gastaba bromas, le contaba lo que ocurría fuera del cuarto en el que vivía: Lenin había muerto, Turquía había abolido el califato, en el cine Lucerna daban la última película de Lubitsch, el mundo de los vivos seguía girando, con o sin Rifka Goldenhirsch. El doctor Ginsky la hacía reír, cosa que Laibl ya no conseguía desde hacía tiempo. En presencia de la muerte, a Rifka le parecía cada vez más simpático el amante de su marido. Él la tomaba en serio y le explicaba gustoso las transformaciones políticas que tenían lugar en Europa. Había un hombre llamado Hitler, cabecilla de un nuevo movimiento nacional, que unos años atrás intentó dar un golpe de Estado en Alemania, por lo que estuvo en prisión, y que se había jurado a sí mismo arrebatarse Praga a los eslavos y a los bolcheviques y llevarla de nuevo a la libertad. Ginsky, cuya familia procedía de los Sudetes, estaba entusiasmado con aquel tipo extraño, sobre todo con sus opiniones sobre la cuestión judía. Eso daba lugar, una y otra vez, a un silencio penoso en casa de los Goldenhirsch. El doctor Ginsky estaba convencido de que los judíos, a excepción de los Goldenhirsch, naturalmente, eran los responsables de la guerra perdida y del final de la monarquía. Los judíos casi habrían conseguido en aquella ocasión arrastrar a la perdición a toda Europa con su veneno, y seguían trabajando incansablemente entre bastidores para destruir la civilización occidental y propagar el comunismo.

Ginsky era para Rifka un enigma que no resolvería en el breve tiempo que le quedaba. Era sabio y sensible, un médico comprensivo y competente y sobre todo una buena persona. Sin embargo sus opiniones políticas eran inconcebibles. Ginsky era cariñoso con los Goldenhirsch, pero duro con los judíos.

«Perdóneme, mi querida señora Goldenhirsch», decía. «No me estoy refiriendo a usted.»

«Pero si ya lo sé», decía ella sonriendo con suavidad, como correspondía a una mujer al borde de la extinción.

«Sin embargo yo temo que el judío como tal...», continuaba él.

Y Rifka decía: «Déjelo estar, doctor.»

«A excepción de los presentes, claro.»

«Claro.»

«Pero usted sabe sin duda que el judaísmo financiero internacional...»

Rifka tosía ostensivamente, Ginsky le tomaba el pulso y la temperatura, y

el judaísmo financiero internacional quedaba olvidado de momento. Ella estaba sorprendida cada vez de lo suaves que eran sus dedos, y tenía pensaba en cómo había acariciado con esos dedos a su marido.

«Su fiebre ha bajado», dijo Ginsky, y la miró como si esperase un aplauso. Rifka asintió y él siguió hablando, de arte y de música y de teatro, del mundo de los *goyim*, y Rifka le escuchaba fascinada. Estaba agradecida a ese hombre bajito y extraño por llevarle el mundo a su casa, ahora que ella se disponía a dejar ese mundo. Su marido escuchaba sus conversaciones con un asomo de celos en la mirada.

El pequeño Mosche casi estaba dominado por el pánico. La idea de perder a su madre era peor que la de su propia muerte. Se negaba a dar crédito a sus ojos. Se persuadía a sí mismo de que todo volvería a estar bien y ella se repondría pronto. En su fuero interno, sin embargo, sabía que no era verdad. Él no comprendía que un Dios bueno y amoroso pudiera quitarle a su madre. Ofreció su propia vida por la suya, se ofreció como víctima, como cordero en lugar de Isaac. Pero Dios desoía sus ruegos. Dios quería a Rifka, y para Laibl y Mosche había previsto un mundo de desesperación.

Había alguien más a quien la enfermedad de Rifka causaba enorme pesar: el otro Mosche, el cerrajero de arriba. También él visitaba con regularidad a la enferma, y Rifka pronto se hartó. ¿Era pedir demasiado querer morir en paz? ¿Tenía que haber tanta gente alrededor de su lecho de muerte como en el andén de una estación?

Rifka ordenó a su marido que, a excepción del doctor Ginsky, no dejara entrar a nadie. Una noche, el cerrajero llegó borracho ante su puerta, la golpeó con fuerza y la llamó por su nombre. Laibl salió al pasillo para hablar con él. Hasta el cuarto de la familia llegaban sonidos ahogados. Rifka dio un grito y dijo al pequeño Mosche que saliese a ver lo que ocurría.

Mosche corrió a la puerta y vio que el cerrajero, aquella especie de oso, le había hecho una llave a Laibl y le daba azotes en el trasero.

El rostro del rabí estaba rojo de dolor y de humillación. «Suéltame», gritaba. «*Klotz, mieskeit!*»³

«¡Quiero verla!», gritaba el cerrajero.

«¡De ninguna manera!»

«¡Yo la quiero!», gritó el cerrajero. Ahora se abrieron las puertas de otras

viviendas, y vecinos curiosos sacaban la cabeza.

«*Kisch majn tuches*», gritó Laibl.

El cerrajero seguía zurrando al rabino en el trasero. Laibl aullaba como un animal. El pequeño Mosche quería separar a los dos hombres pero era como si una mosca quisiera mover una piedra. Entonces oyó una voz:

«¡Ya basta!», dijo Rifka débilmente. Estaba apoyada en el marco de la puerta, era un pálido reflejo de la que había sido.

«Rifka», dijo el cerrajero, aflojando la llave que sujetaba al rabino. Laibl cayó al suelo.

El cerrajero se acercó a Rifka. Mosche pensaba que partiría en dos a su madre, pero se detuvo delante de ella y levantó las manos, dos garras temblorosas. Luego tocó con gran ternura sus mejillas, como si fueran de porcelana y temiera dañarlas.

«¡Aléjate de mi mujer!», gritó el rabino.

Rifka miró al cerrajero y dijo: «Tiene razón. Tienes que alejarte de mí.»

«Pero...», tartamudeó el cerrajero retirando los dedos.

Tomó la mano de ella en la suya y la acarició. «Tienes que alejarte de mí», repitió ella.

Un hondo suspiro se escapó del cuerpo colosal del cerrajero. Cayó de rodillas ante ella y apretó la cabeza contra su cuerpo.

«No te vayas», balbució.

«¿Acaso piensas que quiero irme?»

El cerrajero siguió sollozando un rato, luego se tranquilizó poco a poco. La miró y en sus ojos había una inmensa tristeza. Luego se levantó, se dio la vuelta y subió la escalera. Rifka se ciñó más al cuerpo su tenue camisón. Estaba tiritando. Miró a Laibl y a Mosche, que habían presenciado en silencio la escena.

«Y ahora, por favor, ¿podemos irnos a la cama?»

«Sí, cariño», dijo el rabino.

«¡Vaya un mameluco!», dijo Rifka. «Y qué voces.»

«En el retrete también necesita siempre...», quiso añadir su marido, pero Rifka lo hizo callar con una mirada.

La muerte llegó una mañana de invierno. Rifka se despertó de un sueño intranquilo. Tenía frío y pidió una botella de agua caliente. Mosche le llevó

una, pero Rifka seguía helada. Pidió más mantas y a pesar de todo no dejaba de tiritar, porque era el frío de la muerte inminente. Ya no había calor en ella.

«Moischele...», llamó con voz débil.

«¿Sí?»

«¿Dónde está mi marido?»

«No está aquí», dijo Mosche. «Está bebiendo con los *goyim*, donde no es kosher. En U Flek°u.»

«¿Yo me muero y él está bebiendo?», preguntó Rifka indignada.

«Sí», murmuró Mosche, como si sintiera vergüenza. «Está allí con el cerrajero.»

Rifka miraba llena de asombro, luego le dijo a Mosche: «Dame la mano.»

El niño hizo lo que le decía su madre.

«Apriétate bien a mí», dijo ella. «Tengo mucho frío.»

Mosche se encaramó a la cama de su madre. Apretó su pequeño cuerpo contra el de ella y la rodeó con sus brazos.

«Un día», dijo Rifka, «serás un hombre. Tendrás una mujer y ella se sentirá protegida y arropada en tus brazos.»

Miró a la pared. La pintura se desconchaba, y durante un momento Rifka sintió enojo porque aquella fea pared iba a ser lo último que viera en la vida.

Cerró los ojos y oyó que su hijo lloraba en silencio.

«Te estoy perdiendo», dijo Mosche.

«Cántame una canción», dijo Rifka.

Y Mosche entonó con cuidado la canción que ella ya le cantaba en la cuna.

En el cielo, allá en lo alto,
vuela un águila, tranquila y libre,
oye un grito lejano

Rifka respiró hondo cuando oyó la canción. Quiso cantarla también, pero su voz era solo un susurro.

Grito triste, solitario,
así llora un cordero al morir
lleno de miedo y angustia

Pero de niña siempre había creído que ella era el águila y no el cordero.

Ahora lo sabía mejor. Cada persona es el cordero.

En el cielo, allá en lo alto,
vuela un águila, tranquila y libre,
percibe un grito lejano

El canto de Mosche era ahora más fuerte y más firme. Rifka sintió que su endeble pecho se hinchaba de orgullo materno. Ese era su hijo, su vida, su regalo al mundo. Los dedos del niño se entrelazaban con los suyos. Sentía el calor de su cuerpo, y eso era lo único que aún podía sentir. Abrió los ojos y vio a su marido, de pie en la puerta, igual que entonces, nueve años atrás, cuando volvió de la guerra. Se acercó a su cama –su respiración olía a aguardiente–, pero no dijo nada. Mosche seguía cantando:

¿Por qué no puedo, tan libre, volar?
¿Cuándo, Señor, acaba mi mal?
¿Cuándo, Señor, seré al fin libre?

Ahí acababa la canción, y cuando Mosche terminó de cantar, su madre ya no respiraba.

6. LA DULCE VIDA

Max volvió a meter con cuidado el disco en su funda de cartón y le dio la vuelta. Al dorso estaba la lista de los «mejores trucos» del hombre del sari plateado: «Los milagros del faquir», leyó Max, «Números mágicos», «La magia del sapo» y abajo del todo «El conjuro del amor eterno». Por lo visto, en ese disco explicaban fórmulas mágicas «para encanto y hechizo de amigos y familiares», como ponía por detrás. En la cabeza de Max empezaron a moverse de pronto muchas ruedecitas. ¿Amor eterno?

«¿Puedo quedarme con el disco?», preguntó a su padre.

«Claro», dijo Harry Cohn, suspiró y se dispuso a recoger sus trastos dispersos por el jardín delantero.

No pasó mucho tiempo y los hombres de los muebles habían cargado hasta la última caja. Había llegado el momento de la despedida.

Cuando papá lo tomó una última vez en los brazos, Max pensaba en el plan que estaba madurando en él.

«Adiós, papá», murmuró.

«Okay...», balbució papá. «Te llamaré. Y el fin de semana nos vemos otra vez.»

Miró a su hijo con impotente desesperación. Había tantas cosas que querría decirle. Le ahogaba una marea de sentimientos. Abrió la boca, luego volvió a cerrarla. La marea bajó y él se sintió desamparado. Le hizo un gesto con la mano a Max.

Max no contestó a su saludo.

Harry Cohn se dio media vuelta y se marchó.

«Papá se ha marchado», dijo Max al día siguiente a Joey Shapiro. «Ha tardado mucho en hacerlo.»

«Sí», dijo Joey.

«Ya iba siendo hora», añadió Max.

Estaban con bandejas en la mano haciendo cola para el almuerzo en la cantina del colegio.

Max tomó pollo teriyaki con pan de maíz. Joey se decidió por una ensalada.

«Por los hidratos de carbono», dijo Joey, y Max asintió con la cabeza haciendo como si supiera lo que quería decir.

Con las bandejas en las manos salieron al patio del recreo y se sentaron ante una mesa en un extremo. A sus espaldas se dibujaban las suaves colinas de Silverlake.

Max le habló a Joey del misterioso disco que había encontrado. «Tiene trucos mágicos, de un tío llamado Zabbatini», dijo. «Si lo pudiéramos escuchar, entonces...» Se aclaró la garganta. En cierto modo le resultaba desagradable hablar a Joey Shapiro del sortilegio amoroso.

«¿Qué?»

«Bueno, no sé. Entonces ocurriría algo. Encantamiento, magia, algo así.»

«¿Y cómo vas a poder escuchar ese disco?», quiso saber Joey. Era la pregunta decisiva.

«Ni idea», dijo Max encogiéndose de hombros. «Le preguntaré a mamá.»

Pero antes quería recabar algunas informaciones.

¿Quién era Zabbatini? ¿De dónde provenía ese disco? Max decidió preguntarle a su padre el fin de semana. Papá se había instalado de momento –mientras no encontrara vivienda propia– en Encino, en casa de la abuela. Eso quería decir que Max tendría que soportar a la abuela si quería ver a papá. Y la abuela era agotadora, de verdad. Al parecer, «en su antigua patria» le ocurrió una vez algo muy malo. De niña fue salvada «de los campos», por eso consideraba la vida un precioso bien, un privilegio que le podían quitar a uno en cualquier momento. Y, de una manera u otra, ella mencionaba aquello casi en todas las conversaciones. El peor lugar de los campos era por lo visto la llamada «fábrica de maletas». Nada le gustaba tanto como hablar de esa fábrica de maletas, pero ya nadie quería oírlo en la familia. Y Max, el que menos.

«Cuando me enviaron a la fábrica de maletas», así empezaba, «había uno en el tren que llevaba en una maleta el camino de la libertad. Y yo entonces...»

«¡Abuela!», gritaba Max con mirada de desesperación. «¡Estoy viendo *Scooby-Doo!*!»

Ella le dirigía una lúgubre mirada. «¿Y para esto he sobrevivido a los campos?», preguntaba con teatralidad.

Max también había sobrevivido a un campo, el campamento de verano de la sinagoga de Isaías en Redondo Beach. Allí le habían obligado a hacer fatigosas excursiones a pie y por la noche a escuchar a los monitores que cantaban, acompañándose a la guitarra, canciones de Cat Stevens en torno a la fogata. «Sopa de matzá para el alma», las llamaban ellos.

La abuela dejaba entrever que sus campos habían sido mucho más desagradables aún. Eran «campos de muerte», lo que por lo visto no tenía nada que ver con la Estrella de la Muerte de *La guerra de las galaxias*. Un sábado por la tarde, cuando Max estaba en su casa, la abuela había hecho limonada y le explicó cuál era el sentido y la finalidad de esos campos. «Nos llevaban allí para matarnos», dijo mientras limpiaba una mancha de la mesa de la cocina. En aquel cálido día de verano, Max sintió de pronto un escalofrío.

«¿También en la fábrica de maletas?»

«Allí sobre todo.»

Estaba sentado ante una mesa de fórmica, en la cocina escrupulosamente limpia de la abuela. Sus pies apenas tocaban el linóleo, bebía la limonada dulce y miraba el jardín a través de la ventana. Allí estaba el limonero del que provenía la limonada y que se balanceaba muy levemente en la brisa estival.

Luego Max miró dentro del vaso. En la superficie flotaba una pepita de limón.

La abuela estaba sentada frente a él, inmóvil.

«¿Abuela?», preguntó.

Ella no contestó. Max le cogió la mano y aunque ella solo se hallaba a un metro de distancia parecía estar en un mundo completamente distinto. Max comprendió que la gente mayor tenía heridas que no se veían.

Su segundo marido, Herman, al que también llamaba abuelo, había muerto hacía unos años, lo cual solo afectó de pasada a Max, porque él aún no sospechaba que las personas muertas permanecen muertas. Además el abuelo, que era demente, no había significado mucho en la vida de Max, solo había sido un comparsa. Ni siquiera era el padre auténtico de su padre. Del entierro, Max se acordaba confusamente. Solo sabía que había sido un día

desagradable en la sinagoga, en el fondo como siempre, y que al final dejaron caer en un hoyo cavado en la tierra una caja rectangular de madera. Después hubo algo asqueroso de comida, e innumerables personas mayores le habían pellizcado en la mejilla.

Sin embargo, la muerte del abuelo había cambiado mucho a la abuela. Se compró unas gafas nuevas, con montura de oro, se tiñó de azul el pelo peinado en un moño alto y, aunque nunca iba a correr, empezó a llevar chándals de colores llamativos. Hizo un curso de cocina mexicana e impuso a su familia por la fuerza experimentos culinarios como tamales de tofu y enchiladas kosher. Además tuvo sus aventuras, un concepto que Max ya comprendía bien. Se apuntó a diversos cursos para «mayores que ven la vida con optimismo» y se convirtió en una *femme fatale* de la generación sesenta plus.

Ahora que papá vivía con ella, estaba más atareada que nunca. En lo que fuera el ecosistema, cuidadosamente organizado, de una anciana como la abuela iban ganando terreno los papeles, las carpetas colgantes y los lápices de Harry. Un choque frontal de dos mundos. Max siempre había considerado rancia y relamida la casa de la abuela. Pero con los trastos de papá empeoró aún más.

Ese sábado, Max, papá, la abuela, el tío Bernie y la tía Heidi fueron a un restaurante tailandés. A la abuela no le gustaba la tía Heidi y siempre la llamaba la *schickse*.⁴ Por suerte, el tío Bernie y la tía Heidi no tenían con ellos a sus maleducados hijos, primos de Max: Esther, Mike y Lucas. Todo el mundo estaba convencido de que a Max le encantaba jugar con ellos, pero nada más lejos de la realidad. Tenía a sus tres rollizos primos por unos perfectos imbéciles y trataba de reducir a un mínimo el contacto con ellos, como ocurre con naciones vecinas que quieren evitar una guerra.

El Pattaya Bay, un pequeño restaurante de aspecto un poco sórdido, estaba en un minicentro comercial de Victory Boulevard, en Burbank. A la izquierda de la entrada había un inmenso acuario, y el comedor estaba decorado con un papel pintado que representaba una idílica playa tropical. Delante de las ventanas había plantas de plástico. El acuario tenía como único habitante un pez solitario, un pacú negro de ocho años de edad llamado Bhumibol, una criatura gigantesca, monstruosa, que en cierto modo movía a compasión. Bhumibol estaba sin duda muy solo en su acuario vacío, pensó Max. Encima del acuario, junto a la máquina de karaoke, colgaban fotos enmarcadas de la

pareja real tailandesa. Resultaba que el rey también se llamaba Bhumibol. El pez le pareció a Max un rey en el exilio.

«¿Hay pasta de gambas en el curry?», preguntó la tía Heidi a la camarera mientras señalaba una línea de la carta.

La camarera asintió sonriente.

«Pasta de gambas», dijo la tía Heidi con indignación.

«Sí», dijo la camarera un poco perpleja.

«No queremos pasta de gambas», declaró el tío Bernie. «¡Pasta de gambas, no!»

Bernie, el hermano mayor de papá, era un hombre extraño. Tenía la barriga redonda como una bola y encima estaba orgulloso de ello. Pese a las protestas de la tía Heidi, nada más llegar a casa se envolvía en un quimono de seda que dejaba entrever su panza e iba a buscar a la nevera una lata de cerveza.

«Sí», dijo la camarera. «Pasta de gambas, no.»

«No», dijo la tía Heidi. «Nada de eso.»

«Sí», dijo la camarera. «No.»

Luego se dio media vuelta y se marchó. Parecía no tener ni idea de lo que quería tía Heidi. Como la mayor parte de la gente. Max miró a papá y decidió que había llegado el momento de plantear su pregunta.

«Papá», empezó Max. «El disco que he encontrado...»

«¿Sí?», dijo papá tomando un trago de agua.

«¿De dónde lo sacaste?»

Cuando él era joven, contó papá, el Gran Zabbatini era un mago más o menos conocido que actuaba en el teatro.

«Antes, al tipo ese se le oía por la radio», intervino el tío Bernie. «En los setenta, cuando Bernie y Harry aún eran pequeños, consiguió dar el salto a la televisión.»

Papá asintió: «Nosotros le veíamos siempre en el *Tonight Show*.»

«Predecía el futuro. Y adivinaba el pensamiento», dijo Bernie.

«Un *ganef*»,⁵ intervino la abuela. Señaló a Max con sus palillos: «Tu padre y tu tío estaban locos con él. Harry incluso quería que estuviera en su *bar mitzvá*.»

«¿Y qué pasó?»

«¿Voy yo a invitar al *bar mitzvá* de mi hijo a un charlatán como ese? ¿Os creéis que soy tonta?»

«Yo le escribí una carta», dijo papá en tono melancólico. «Pero Zabbatini

no vino nunca.»

«En lugar de eso, tu abuelo que en paz descansa compró el disco, ese chisme estúpido. Dinero tirado por la ventana.»

Tomó un sorbo de su té helado. Luego sacudió la cabeza con repugnancia. «Sabe como en el campo de concentración.»

«¿Había allí té helado?», preguntó Max.

«No», dijo la abuela. «Mira. Cuando yo llegué a la fábrica de maletas...»

«No empieces otra vez», dijo papá poniendo los ojos en blanco.

El resto de la familia también suspiró ostensiblemente. Lanzarle a la abuela un suspiro a la cara era una de las pocas actividades familiares en las que todos podían coincidir.

«¿Lo has oído ya alguna vez?», preguntó Max a su abuela. «¿El disco?»

«¿Cómo voy a escuchar esa *tinnef*?»⁶ Sacudió la cabeza y carraspeó.

La camarera llegó con la comida. La tía Heidi, que se había convertido al judaísmo y era, por tanto, mucho más piadosa que el resto de la familia, quería asegurarse otra vez de que no había pasta de gambas en la comida. Preguntó con todo detalle a la camarera y la hizo enumerar uno por uno todos los ingredientes. El tío Bernie puso fin al interrogatorio con un impaciente movimiento de mano. Su mujer no tenía por qué saber que de vez en cuando él tomaba a espaldas suyas alguna que otra gamba, sí, a veces hasta un camarón gigante. Si ella no lo veía, menos aún lo veía el Señor.

La abuela también estaba irritada porque la *schickse* hacía una vez más una escena en público. Y ella, como siempre, descargaba su malhumor en su hijo mayor.

«Siéntate bien», dijo al tío Bernie. «Por Dios, ¿treinta y nueve años y aún no sabes tenerte derecho en la silla? ¿Para eso he sobrevivido a los campos?»

Bernie suspiró y pareció hundirse aún más en sí mismo.

«¿Y qué había en el disco?», recondujo Max la conversación a lo que le interesaba.

«En el disco, el Gran Zabbatini explicaba fórmulas mágicas, paso a paso. Si se seguían exactamente sus instrucciones, se podía hacer magia», dijo papá guiñando con picardía los ojos.

«¿De verdad?», preguntó excitado Max.

«No», dijo la abuela. «Todo eso son pamplinas.»

Max miró suplicante a su padre. «¿Papá?»

Papá no contestó, solo se encogió de hombros con resignación. La tía Heidi llamó con un gesto a la camarera para quejarse de que en el curry había pasta de gambas.

Ella lo notaba en el sabor.

El fin de semana fue una tortura. Papá y la abuela se peleaban constantemente. A ello se añadía que tuvo que dormir en la habitación en la que había vivido el abuelo. Era un edificio anejo en la parte trasera de la casa, y daba a la terraza de hormigón y a la piscina vacía, en cuyo suelo se habían amontonado hojas podridas. Por la noche vagabundeaban por entre la hojarasca mapaches que mojaban en los pequeños charcos malolientes que había en el fondo de la piscina los restos de comida que habían sacado ruidosamente de la basura. La habitación del abuelo estaba revestida de madera sintética, y en la pared colgaba una pintura en la que se veía a un hombre viejo con barba y de rostro severo cuya penetrante mirada parecía seguir a Max hasta el último rincón del cuarto. Aparte de eso, a Max le horrorizaba aquella cama porque allí había exhalado el abuelo su último suspiro.

«Lo encontré por la mañana temprano», le había contado la abuela hacía algún tiempo con lágrimas en los ojos. Llevaban muchos años durmiendo separados, eso Max lo sabía, porque el abuelo roncó toda su vida de un modo terrible. «El corazón había dejado de funcionar, el intestino también. Ensució la cama de un modo horrible. Típico.»

A Max le daba un asco enorme dormir en una cama en la que había cagado un muerto. Hubiera preferido volver con mamá, a Atwater Village, a la civilización. Allí tenía su propia habitación, su fiel compañero de viaje, el conejo Hugo, y por supuesto su colección de tebeos.

Lo más raro de la abuela era que casi siempre hablaba de personas que ya no vivían. Los muertos tenían en su vida una relevancia mucho mayor que los vivos. Continuamente discurseaba sobre estos o aquellos parientes asesinados en la guerra. Eso era muy confuso, porque ella parecía no tener claro que Max nunca había conocido a su extinguida familia. Ella daba por sentado que los nombres y los lugares significaban algo para él, pero para Max las letanías de la abuela eran más o menos tan fascinantes como las hojas secas

repartidas por el fondo de su piscina vacía. De esas personas no vivía ninguna. No tenían ni siquiera tumbas. No eran sino historias que contaba una mujer vieja y sola, y cuando un día ella ya no estuviera en este mundo, entonces quedarían definitivamente olvidadas, desvanecidas para siempre en el tiempo como si nunca hubieran existido. Para Max su abuela era vieja desde hacía una eternidad, él no podía imaginarse que hubiera sido joven alguna vez. Pero así era. Una vez fue una niña llamada Rosl Feldmann, su cuerpo no había estado siempre encorvado y lleno de arrugas, había tenido sueños y temores y un porvenir. Pero ahora ese porvenir ya había quedado muy atrás.

De vez en cuando, la abuela enseñaba a su nieto libros o fotos amarillentas en blanco y negro a las que él echaba durante un momento una aburrida mirada. Pero de una foto aún se acordaba muy bien, era de un libro sobre la Segunda Guerra Mundial. Una foto de textura granulada en la que se reconocía un montón de cuerpos humanos. Estaban desnudos y blancos y yacían en desorden unos sobre otros. Serían unas cuarenta o cincuenta personas. Tenían una extraña apariencia, como muñecos retorcidos. Junto al montón humano había un hombre en uniforme, sonreía como un ufano cazador de elefantes y se apoyaba en su escopeta. La foto era una instantánea que el cazador había enviado a su familia. Junto a la foto también estaba reproducido el saludo escrito a mano, en alemán, al dorso de la postal, que la abuela le había traducido:

«Querida mía. Besa a los niños de mi parte. Un gran beso a todos vosotros. Nosotros tenemos aquí una dulce vida.»

A Max le faltaba tiempo para regresar a su propia dulce vida. No solo porque la casa de Omchen era muy lúgubre sino también porque él sabía que en su habitación le esperaban las palabras mágicas del Gran Zabbatini.

7. TODO LO QUE QUEDA

A Rifka Goldenhirsch la enterraron en una angosta tumba del viejo cementerio judío, junto a la sinagoga Staronová. El pequeño Mosche lloraba incesantemente, hacía tanto frío que las lágrimas se le congelaban en las mejillas. Laibl, su padre, lo estrechaba contra él, y así se sostenían el uno al otro y se consolaban mutuamente, aunque no había mucho consuelo. Recitaron el kadish, la plegaria por los difuntos:

«Descienda del cielo una paz grande y vida, sobre nosotros y sobre todo Israel. Amén.»

La ceremonia, en su conjunto, duró pocos minutos. La comitiva fúnebre se marchó en silencio, haciendo tan poco ruido que Mosche creyó que sus pies apenas tocaban el suelo helado. Nadie vio que unos minutos después, cuando solo quedaba Rifka Goldenhirsch —ella sola bajo la tierra—, se acercó sigilosamente el cerrajero, como un perro apaleado. Puso una piedra sobre su tumba. Él también tenía hielo en las mejillas.

Después del entierro fueron a Silbermann, un restaurante kosher de la Pařížská, llamado por los entendidos «el terror de Praga». La comida era siniestra, el servicio impresentable, ir a comer allí rayaba en el masoquismo. A Mosche le daba igual, de todos modos él no podía probar bocado. Laibl y los otros estaban sentados ante una gran mesa de madera y permanecían en sombrío silencio. Tampoco había nada que decir. Una vida había tocado a su fin, el mundo era más pobre y para ello no había palabras. Nubes de humo de cigarrillos planeaban por la sala, pasaban por las ventanas de amarillento cristal. Laibl estaba borracho. En los últimos tiempos se emborrachaba constantemente. Mosche también estaba un poco achispado.

La noche anterior al entierro, Laibl había dado a beber a su hijo por primera vez un dedo de aguardiente. Aquel líquido transparente le quemaba la garganta a Mosche, pero a su padre no pareció ocasionarle ninguna molestia. Bebía el aguardiente como si fuera agua. El alcohol se había convertido en su fiel acompañante.

Mosche llevaba consigo la pérdida de su madre como una piedra en el corazón. El tiempo que siguió a su muerte se desvanecía ante sus ojos. Apenas dormía, no podía concentrarse y percibía como a través de un velo todo lo que le rodeaba. Hasta pasados unos meses no intentó vivir en sociedad. Le costaba trabajo, en efecto. Jugaba con los otros niños y fingía que se reía, como si todavía existiera la risa para él. Y así era en todo. No vivía, solo fingía vivir.

Pero la tierra seguía girando. El invierno cedió el paso a la primavera, la primavera al verano, luego llegó el otoño. Mosche tenía nueve años. Vivía días difusos, se levantaba, comía, se lavaba, se vestía e iba al retrete. Se encontraba en la calle con sus amigos, marchaban juntos a la *Schul*, a la sinagoga Staronová, donde era rabino su padre.

Laibl Goldenhirsch estaba muy orgulloso de su sinagoga y de su historia, se veía a sí mismo como el guardián de un gran tesoro. Sin embargo, visto más de cerca, ese tesoro no era para tanto. La sinagoga era antigua y su estado, ruinoso. En el interior, las paredes estaban ennegrecidas por el paso del tiempo y por el hollín de miles y miles de cirios; las ventanas torcidas no encajaban bien en su marco. Olía a moho.

Durante el día, cuando Laibl daba clase en la *schul*, tenía despejada la mente y el ánimo sereno y cordial. Pero por la noche, cuando había bebido, descargaba en Mosche su tristeza, más aún, su cólera por la muerte de Rifka. En la borrachera la injusticia del mundo hervía a borbotones en su interior, como un veneno, y caía sobre Mosche, quien no sabía por qué le ocurría eso.

Hasta la muerte de Rifka, el padre y el hijo habían tenido una relación entrañable, pero la desesperación exigió su tributo. Laibl tenía cambios bruscos de humor, a veces era dulce como el azúcar, a veces amargo como *maror*, la hierba asquerosa que había que tragar para la fiesta del Pésaj, en recuerdo de los duros tiempos en el antiguo Egipto. Cuando Laibl volvía por la noche de la taberna, Mosche nunca sabía qué padre entraría en ese momento por la puerta: el lloroso o el maligno. A veces Laibl le tomaba en sus brazos, a veces le pegaba sin ton ni son. Casi siempre estaba demasiado bebido para causarle verdadero dolor pero eso no era lo importante. No era nada físico lo que le dolía tanto a Mosche. En su interior se alejaba más y más de su padre.

Laibl notaba esa distancia y su pesadumbre era grande. El pequeño

Mosche era lo único que le quedaba en el mundo, pero el niño le parecía como un barco que navegaba en el horizonte, lejano, difuso, inalcanzable.

Una tarde de otoño, en uno de los cada vez más raros ataques de amor paterno, Laibl llevó a su hijo por los desvencijados escalones de madera al desván de la sinagoga. El pequeño Mosche estaba un poco angustiado en la penumbra, con el polvo de los siglos a su alrededor.

«Aquí escondió el rabí Löw el golem», dijo Laibl. Su mirada era diáfana, y su respiración no exhalaba mal olor. Aquel día aún no había bebido.

«¿El qué?», preguntó Mosche.

Laibl indicó a su hijo que se sentara. Tomó asiento a su lado en el suelo de madera y le contó la historia del golem, un homúnculo mítico, hecho de barro y creado por el famoso rabí Löw, quien esperaba proteger con ese ser intermedio a los judíos de Praga. Con una criatura estúpida que anhelaba ser un hombre.

«Tus ojos han visto cómo he surgido, en tu libro ya estaba todo consignado; mis días ya estaban formados cuando aún no existía ninguno de ellos», dijo Laibl.

«¿Cómo?»

«¿Es que no has atendido en clase?», preguntó Laibl con teatral indignación.

«¿Eso está en la Sagrada Escritura?», preguntó el pequeño. Era una suposición llena de lógica.

Laibl asintió. Siempre le causaba pena que su hijo no se interesara en absoluto por los misterios del Tanaj. El milenario saber resbalaba como el agua por su tozuda cabeza. «Salmo 139:16», dijo.

Mosche asintió también y se esforzó por reprimir un bostezo. No se sentía a gusto allí arriba. Y se aburría. Fuera lucía el sol. ¿Cuántos días de sol habría aún ese año? Quería salir, jugar con sus amigos, fingir que valía la pena vivir.

Laibl se levantó y se acercó a un gran cajón envuelto en una tela tosca. Con gesto teatral, quitó la tela.

Fue ese gesto el que quedaría grabado en la memoria de su hijo: la insinuada reverencia, el amplio semicírculo que describió su mano, el brazo extendido, como en espera, la manga bien colocada de nuevo, la manera firme y sin embargo suave en que tocó la tela, el rapidísimo giro de muñeca,

y luego el final, el movimiento del paño, con un ruido como un trueno lejano, además el polvo, que quedó enganchado, como mil pequeños diamantes, en los rayos de sol que penetraban por la ventana del desván.

Laibl no lo sospechaba, pero ese gesto tendría una honda influencia en los sinuosos caminos que Mosche recorrería en su vida. Fascinado, el niño miraba el cajón de madera. Laibl levantó con mucho cuidado la tapa.

«¿Qué ves?», preguntó a su hijo.

Mosche se acercó, se puso de puntillas y clavó la vista en la oscuridad del cajón.

«Nada.»

«¿De verdad?»

Mosche volvió a mirar. En el fondo podía ver unos tiestos parduzcos.

«Tus ojos han visto cómo he surgido», repitió Laibl. «Se refiere a la sustancia del ser humano. En este cajón yacía el golem. Todo lo que queda de él son trozos de barro.»

Mosche asintió.

Laibl dijo: «La palabra hebrea para “masa informe, sustancia” es “*glm*”.»

De nuevo asintió Mosche.

«Un día, en el año 5340, el rabí Löw y dos de sus ayudantes –en aquel entonces a los rabinos les pagaban un poco mejor y podían permitirse tener servicio– fueron a la orilla del Moldava. Allí dibujaron en el barro los contornos de un ser humano. Formaron su rostro, su tronco, sus brazos y piernas. Luego el rabí Löw dio siete vueltas en torno al golem y una vez hecho esto la figura empezó a brillar, tan roja como el fuego. Subió vapor y al golem le salió pelo en la cabeza, una barba y hasta uñas en los dedos.»

Laibl tomó en la suya la mano de su hijo. Con una mirada ensoñadora dijo: «Y Dios dijo: Hagamos a un hombre a nuestra imagen y semejanza... Y Dios creó al hombre a imagen suya... Y el Eterno, Dios, formó al hombre con polvo de la tierra.»

Mosche miraba fascinado a su padre.

Laibl sonrió y dijo: «Y el golem abrió los ojos y miró extrañado al mundo.» Carraspeó.

Mosche se puso otra vez de puntillas y miró al interior del cajón, mucho más tiempo esta vez.

«¿Qué ves?», preguntó Laibl.

«Todo», dijo Mosche.

8. AMOR ETERNO

Max abrió con cuidado la puerta del garaje y miró en la penumbra. En lugar de los coches, sus padres metían en el garaje sus trastos viejos. Cuando Max tenía cinco años había visto allí una lagartija. Para la lagartija el encuentro fue tan inquietante como para Max, pero, naturalmente, eso él no podía saberlo. La lagartija, un ser de tiempos remotos, se había acomodado sobre un espejo roto. Max y ella se miraron a los ojos, como dos pistoleros de una película del Oeste. Luego la lagartija dio media vuelta y desapareció con la rapidez del rayo. Desde entonces, el garaje era para Max un lugar oscuro, misterioso, que le daba un poco de miedo. Pero, como todo lo misterioso, también le producía cierta fascinación. Los muebles que había por los rincones estaban cubiertos de telas blancas llenas de polvo, por doquier había cajas en las que quién sabe lo que podía haber. El garaje le llamaba, le atraía, le desafiaba a descubrir sus secretos. Sin temor a la muerte, entró. Tenía que encontrar aquel trasto.

Por la mañana había enseñado el disco a su madre. «Es de papá», le había explicado. «Lo encontré cuando se fue de casa.»

A mamá, ese sensacional descubrimiento no le produjo excesiva impresión. «Bueno, ¿y qué pasa?», había dicho aplastando el cigarrillo en el cenicero.

«Esto era el disco de papá.» Max había subrayado cada palabra como si explicara la Creación a un idiota. Desde que papá se había ido, mamá había cambiado, y de ninguna manera para mejor. O bien iba y venía febrilmente por la casa, limpiando y poniendo todo en su sitio, o permanecía sentada mirando al vacío. A Max no le gustaba ni lo uno ni lo otro y estaba firmemente decidido a hacer algo para combatirlo.

Pero para eso necesitaba un arcaico aparato que sus padres llamaban «tocadiscos». Mamá le había dicho que estaba en el garaje, detrás del viejo sofá de la abuela. Pero allí no lo encontró por ninguna parte. Por suerte, Max no tropezó con ningún representante del mundo animal. Sin embargo tenía cierto nerviosismo mientras rebuscaba en el garaje, revolvía en cajas diversas y sacaba a la luz todo género de trastos: marcos de cuadros rotos, antiguas

figuras de playmobil, ceniceros, papeles amarillentos. Residuos de una vida de familia. Por la ranura de encima de la puerta del garaje entraba un delgado resquicio de luz solar, una raya luminosa en el suelo. Max estaba en una misión de la que nada podía disuadirle, ni siquiera su miedo a las lagartijas. Lo intentó todo, miró en todas las cajas y se metió debajo de cada mueble.

Al final lo encontró. En una caja de mudanza con el letrero «Box Bros», enterrado debajo de blusas y –¡qué asco!– sujetadores viejos de su madre. El tocadiscos era un chisme grande y pesado con una superficie redonda en el centro, junto a la que estaba fijada una delgada barra de metal, como el brazo de un pequeño robot. En un lado, en una placa plateada, ponía: «Dynavox».

Max sacó el tocadiscos del garaje con mucho cuidado y lo puso sobre la encimera de la cocina.

Su madre lo miró sorprendida. «¡Ah, el viejo cacharro!», dijo, y su voz sonó rara. Llevaba guantes de goma amarillos que le llegaban hasta el codo, además de un delantal. Había hecho limpieza todo el día y sacado brillo, como una posesa, a cada superficie de la casa. Dejó caer la esponja en un cubo lleno de agua jabonosa. Luego se acercó despacio al tocadiscos. «Tu padre y yo siempre escuchábamos música en él.»

Max estaba molesto. En los últimos tiempos siempre llamaba a papá «tu padre». Como si fuera un extraño.

Mamá ayudó a Max a quitar el polvo del tocadiscos y le preguntó si lo quería como regalo de cumpleaños, pues faltaban dos semanas escasas para que cumpliera once años.

«¡Ni hablar!», dijo Max. «Quiero un regalo de verdad.»

En el tocadiscos había un conmutador para encender y apagar y una rueda con la que se podía regular el volumen. Era casi increíble, en efecto, que la gente hubiese utilizado algo tan poco manejable. Max llevó el pesado aparato a su cuarto, porque para la fase decisiva de su experimento necesitaba tranquilidad absoluta.

Mamá le siguió con una mirada un poco divertida. Luego dio media vuelta, sacó la esponja del cubo y se puso a fregar de nuevo.

Por fin estaba todo preparado. Max había cerrado la puerta de su cuarto, había sacado el disco del armario de la pared y corrido las cortinas. Enchufó el cable y encendió el tocadiscos. Luego cogió con cuidado el disco y lo

colocó en el platillo. Entonces empezó a girar. Muy bien. Con gran suavidad colocó encima la aguja y oyó un crujido. Y de pronto, la voz del Gran Zabbatini llenó el espacio. Hablaba con un acento que a Max le recordaba en parte a su abuela y en parte al Drácula de las viejas películas en blanco y negro.

«Señoras y señores, queridos niños y niñas», chirriaba la voz. «Os está hablando el Gran Zabbatini...»

¡Aquello funcionaba! Max se tenía por un indio confrontado por vez primera con la civilización. «En este disco encontraréis una poderosa magia que hará que vuestra vida sea mucho mejor, y si no, se os devolverá el dinero.» Max cerró los ojos. «Mi magia lo puede todo», continuó Zabbatini. «¿Queréis dinero? ¿Un cuerpo vigoroso? ¿Felicidad? ¿O amor eterno?»

En ese momento Max volvió a abrir los ojos. Zabbatini alargaba mucho la palabra amor, sobre todo al final. Sonaba como «eternoo amooorr».

Ahora Max se impacientó. Comprobó en la funda de cartón en qué momento llegaría el hechizo amoroso. Era la última fórmula mágica. Okay. Levantó la aguja y volvió a ponerla con cuidado en el disco un buen trozo más adelante. Durante un rato, Zabbatini fanfarroneó aún con una magia numérica, luego Max oyó por fin:

«El siguiente conjuro es tal vez la magia más poderosa del mundo, ¿verdad? ¡Un hechizo amoroso!»

No era muy fácil seguir al Gran Zabbatini. Cuanto más tiempo hablaba aquel hombre, tanto más ininteligible se tornaba su acento. Pero una cosa estaba clara: el sentido y la finalidad de ese conjuro era llevar a dos personas a enamorarse una de otra. «Con este sortilegio», explicó Zabbatini, «dos personas quedan ligadas más estrechamente para siempre.»

Si el conjuro funcionaba, papá regresaría a casa, mamá dejaría por fin de limpiar y el divorcio no tendría lugar. Entonces todo volvería a estar bien. Max tuvo que aguzar el oído para que no se le escapara ninguna palabra de la fórmula mágica. Zabbatini explicó con voz áspera y confusa que era necesario encender un «ciirrio». Muy bien. Sin problema. Max paró el disco, abrió la puerta y fue a la cocina.

Mamá estaba ante la nevera y reflexionaba sobre lo que debía hacer con las coles de Bruselas que por desgracia había comprado.

«Estaban de oferta», dijo a Max. «A ti te gustan las coles de Bruselas, ¿no?»

Max se encogió de hombros. Cuando era pequeño probó una vez aquella porquería y la vomitó al momento. No, las coles de Bruselas no le gustaban demasiado. Se le ocurrió pensar que otras madres sabían bien lo que comían o no comían sus hijos. A veces él se sentía allí como un extraño.

«Necesito una vela», dijo.

«¿Para qué?»

«No, nada.»

Figoneó en los cajones de la cocina hasta que encontró una vela pequeña de Ikea. Entonces se dio media vuelta y se marchó a su cuarto. Pronto estaría papá allí otra vez y el asunto de las coles de Bruselas habría pasado a la historia.

«¡Pero ten cuidado, hijo mío!», le gritó mamá. «¡No vayas a prender fuego a algo!»

Max cerró de golpe la puerta de su cuarto y puso la vela sobre su escritorio junto al tocadiscos.

Encendió de nuevo el aparato.

«¡Y ahora...», tronó la voz de Zabbatini, «... viene el conjuro! ¡El conjuro del eternoo amooooorr!»

Max escuchaba con gran concentración. ¿No debería tomar apuntes, como en el colegio? Buscó en su mochila un bloc de notas y un bolígrafo.

«¡El conjuro del eternoo amooooorr!», repitió Zabbatini.

Max sujetó el bolígrafo en la mano. Estaba listo. La vela estaba encendida y parpadeaba. Apenas entraba luz a través de las cortinas corridas. Incluso el conejo Hugo, que mordisqueaba una zanahoria en su jaula al otro extremo de la habitación, levantó las orejas.

«¡El conjuro del eternoo amooooorr!»

Sí, pensó Max. Eso ya lo sabemos. Venga, adelante.

«¡El conjuro del eternoo amooooorr!»

Qué raro, pensó Max. ¿Por qué no avanza esto? ¿Qué pasa?

«¡El conjuro del eternoo amooooorr!»

Max miró fijamente el disco. Vio entonces que la aguja, cada vez que llegaba a un determinado punto, casi imperceptiblemente retrocedía varios surcos. Max apagó el tocadiscos, luego volvió a encenderlo. La aguja saltó otra vez. Max la levantó y volvió a ponerla poco después del punto en el que daba el rebote.

«*Istgahe Ghatar Kojast!*», dijo la voz de pronto. «Gracias, señoras y

señores, niños y niñas. ¡Y buenas noches!»

Era demasiado adelante, se le había escapado la fórmula mágica. Max lo intentó de nuevo, poniendo la aguja cada vez en un sitio distinto. Era como un ser movedizo, saltaba demasiado pronto, saltaba demasiado tarde, temblaba y oscilaba; lo único que no hacía era reproducir correctamente la fórmula mágica. Le parecía inconcebible que antes, en la Edad de Piedra, la gente perdiera el tiempo con una técnica tan estúpida.

Quitó cuidadosamente el disco del plato y lo examinó a fondo a la luz del flexo de su escritorio.

El disco estaba rayado. El hechizo amoroso se había echado a perder.

En la cena, Max estaba malhumorado y silencioso. Mamá trató de animarlo, pero Max se limitaba a estar allí sentado ensartando con su tenedor una y otra vez las coles de Bruselas y las patatas pero sin comer nada. Le parecía que todo el color había desaparecido del mundo. Max siempre había creído que en los tiempos remotos anteriores a su nacimiento el mundo solo existía en blanco y negro. Había sacado esa idea de una película antigua en blanco y negro que vio una vez en la tele. Hasta los seis años estuvo convencido de que era su nacimiento el que había traído el color al mundo. Y con el color, como es natural, todo fue enseguida mucho más alegre. Ahora, bajo la fuerte luz del techo del comedor, su entorno daba la impresión de ser en blanco y negro, falta de alegría, frío.

«¿Va todo bien?», le preguntó mamá.

¡No! Quería gritarle Max a la cara. ¿Cómo iba a ir bien, si podía saberse? ¿Dónde estaba papá?

En lugar de eso dijo con mal humor: «Sí.» Apoyó la barbilla en la mano izquierda y con el tenedor apartó las coles de Bruselas al borde del plato.

«Pues algo te pasa», dijo Deborah mirando a su hijo. Sabía que le ocultaba algo. Durante los últimos días sus cambios de humor habían sido insoportables. Además, dormía mal y por las mañanas le costaba mucho levantarse. Deborah estaba preocupada. Al principio creyó que Max sobrellevaba asombrosamente bien la situación. Ni siquiera pareció estar muy pesados por el cambio de domicilio de Harry. Deborah estaba orgullosa porque, visiblemente, había logrado proteger a su hijo de la influencia de aquel padre traidor.

«¿Has hablado con tu padre?», preguntó.

Max asintió.

«¿Ha dicho algo sobre mí?»

«No», replicó Max irritado.

Ocurría algo extraño, de eso estaba convencida. Probablemente Harry, ese inútil, quería poner a su hijo contra ella. Se encendió un cigarrillo. Después de la separación se había esforzado por ocultar su vicio a su hijo, había fumado a escondidas fuera de casa para no darle mal ejemplo. Pero pasado un tiempo ya le daba igual. Estaba dejándose ir, lo sabía, pero es que, sencillamente, era incapaz de dominarse. No podía resistir la tentación de fumar ni hacer como si ella fuera quien no era, a saber, una persona sana e incólume. Estaba herida y le daba igual que se le notara o no. Al menos vivía con veracidad, decía. Ya no había espacio para las mentiras. Expulsó el humo contra el techo. Probablemente, conjeturaba, el comportamiento de Max era una especie de reacción tardía a todo el trauma. El dolor la embargaba. Max no tenía la menor idea de lo bien que estaba con ella. Desde hacía días su actitud frente a ella era, alternativamente, de rechazo o de sarcasmo. Como si ella fuera la culpable de todo.

Tenía la sensación de haber fracasado como madre.

Al día siguiente a Max le resultó difícil concentrarse en el colegio. Hasta su mejor amigo, Joey Shapiro, estaba preocupado.

«¿Qué te ocurre, tío?»

Joey y Max estaban sentados con Myriam Hyung en una mesa de la cantina escolar.

Max se limitó a encogerse de hombros con desgana. «Ni idea.»

No tenía ganas de hablar de sus problemas y menos aún del estúpido disco. No quería hablar de nada. De todos modos aquello no llevaba a ninguna parte.

Pero Joey no cedía y finalmente Max lo confesó todo. Les contó a Myriam y a él que había puesto el disco para aprender el hechizo amoroso, pero que el disco estaba rayado.

«¿Creías de verdad que con poner un disco tu padre volvería sin más a casa?», preguntó Joey. No pudo reprimir una risita. Joey era seis meses

mayor que Max, lo que significaba que Joey era un sabio integral y Max un ignorante.

«Eso es de idiotas», dijo Joey. «A ver cuándo creces de una vez. Eso no funcionará nunca.»

«Calla la boca», dijo Myriam Hyung.

«Pero si está mal de la cabeza», insistió Joey.

«Y tú más», dijo Myriam.

Max se alegraba de que Myriam hubiera acudido en su ayuda, pero se temía que Joey tenía razón. Quizá todo aquello era una estupidez, en efecto. Quizá era él simplemente un idiota.

En los últimos tiempos, Deborah se movía de puntillas en torno a su hijo, sobre todo cuando estaba de tan mal humor como ahora. A veces el niño era como su padre, lo que la dejaba completamente consternada.

Recordaba muy bien el día en que supo con seguridad que esperaba un hijo. No le venía la regla y tuvo un ataque de pánico. Eran demasiado jóvenes y no se conocían desde hacía mucho tiempo. Harry y ella se fueron juntos a un *drugstore* para comprar un test de embarazo. Si la rayita era azul, todo estaba bien.

Era roja. Tuvo un shock terrible. Harry se fue con ella a un bar y la invitó a una cerveza. No quedó en una sola.

«¿Cómo ha podido pasar esto?», dijo ella.

«Hemos tenido sexo.»

«Qué cosas dices. A lo peor se rompió el condón.»

«Yo creía que tomabas la píldora», replicó Harry.

Después de darle muchas vueltas al asunto determinaron que debía abortar, una decisión difícil que abatía a ambos. Se fueron a una clínica especializada que estaba en una zona industrial del *downtown* de Los Ángeles, pero no pasaron del aparcamiento. Todavía en el coche, con el motor en marcha, intercambiaron una mirada, luego Deborah sonrió con picardía y Harry dio marcha atrás. Salieron disparados como atracadores que acaban de asaltar un banco.

Y ahora, diez años después, el resultado de una noche de juerga que había llevado a Deborah a la cama de Harry estaba sentado frente a ella con cara de enfado y se negaba a cenar.

Sonó el teléfono. Deborah fue a responder. Max oyó que hablaba en voz baja. Cuando volvió, él preguntó quién era.

«He dicho que tienes que cenar.»

«¿Pero quién era?»

Deborah suspiró y dijo: «Mr. Gutierrez.»

Max sabía que Mr. Gutierrez era el abogado del divorcio de su madre.
«¿Qué quería?»

«Eso no es asunto tuyo», dijo su madre.

«¡Pues claro que es asunto mío!»

«Para ti no cambiará nada», dijo con una sonrisa artificial.

Eso Max ya lo había oído muchas veces.

Luego, el tono de Deborah cambió y añadió en voz baja: «Solo tengo que firmar unos papeles. Quiere que pase por su oficina la semana que viene.»

¡Solo unos papeles!, pensó Max con desprecio. Y de pronto sintió que el pánico se apoderaba de él. Apenas podía respirar. «¡Te odio!», gritó.

Unos segundos después, Deborah y Max sostenían una fuerte discusión. Ella le gritaba, y él le gritaba a su vez que deseaba que estuviera muerta.

«¿Ah, sí?», respondió. «Yo también. Debería haber abortado, así me habría ahorrado todo esto.»

Max se tragó valientemente las lágrimas que le subían a los ojos, corrió a su habitación pateando el suelo y cerró de un portazo.

Se dejó caer en la cama y contempló largo tiempo el póster de Spider-Man pegado en el techo de su cuarto.

Luego fue a su armario y lo abrió. Allí estaba el disco. Pensativo, contempló la cubierta. De pronto tuvo un momento de lucidez. Ahora sabía lo que iba a hacer.

Tenía que encontrar al Gran Zabbatini.

Solo el Gran Zabbatini podía salvar a su familia.

9. MISTERIOS

Cuando Mosche Goldenhirsch tenía quince años, volvió un día de la *schul* a casa y vio al cerrajero inmóvil delante de la puerta.

«¿Qué quiere usted?», preguntó. Su padre le había dicho varias veces que aquel individuo no era de fiar.

«Quería verte», dijo el cerrajero.

«¿Por qué?»

«Quiero enseñarte una cosa. Ven conmigo.»

Mosche no se fiaba, pero al final venció la curiosidad. Entró en casa, soltó la mochila de cuero y volvió a la escalera donde le esperaba el cerrajero. Este se tambaleaba ligeramente y olía a cerveza.

Para sorpresa de Mosche, el cerrajero le tendió la mano. Mosche vaciló un momento, luego la cogió. Le sorprendió lo bien que encajaba con la suya. Apenas hubo tocado Mosche a aquel hombre grandote, este pareció algo más erguido. Salieron. Era un día fresco de junio.

«¿Pero adónde vamos?», preguntó Mosche.

«A todas partes», fue la enigmática respuesta. Cuando el cerrajero vio la mirada preocupada de Mosche, añadió: «No te preocupes.»

Mosche le creyó, sin saber por qué. Dejaron Josefov y pasaron hasta Vyšehrad, donde se encontraba el taller del cerrajero. No era más que un cuarto polvoriento en una calle por la que pasaban ruidosamente un coche de punto tras otro y también de vez en cuando un automóvil que expulsaba por detrás nubes de gases de escape. Las ventanas del taller estaban negras de hollín y de humo. Mosche miró alrededor con interés. Por doquier había cerrojos diversos y enigmáticas herramientas que brillaban en la luz opaca. El cerrajero metió varios objetos en su bolsillo y dijo: «Vámonos.»

Caminaron durante horas por Praga, por la orilla del río, por el puente de Carlos, y luego aún más. El gigantón enseñó a Mosche todas las cerraduras que había montado en las puertas de la ciudad. Cerraduras grandes, cerraduras pequeñas, cerraduras sencillas, cerraduras ricamente decoradas.

«Cada cerradura», dijo a Mosche, «es un enigma de acero.»

A paso marcial caminaron por las calles, subiendo y bajando, pero ninguno

de los dos pareció perder el aliento. Se detenían de vez en cuando en cervecerías donde el cerrajero se permitía un vaso o dos, mientras Mosche permanecía silencioso en su asiento y miraba cómo el hombre se iba emborrachando. Igual que su padre. Qué raro que las personas mayores no pudieran vivir sin su dosis de alcohol.

Por fin regresaron a la casa de vecindad de Josefov. El cerrajero abrió la puerta y ambos subieron la escalera. Ante la puerta de los Goldenhirsch, le revolvió el pelo a Mosche y dijo con sorprendente ternura: «Eres un buen chico.»

Mosche no supo qué contestar y el cerrajero miró al suelo. Entre los gruesos dedos sostenía la gorra de trabajo y la estrujaba nervioso.

Parecía un caballero de alguna vieja historia que estaba pidiendo la mano de una doncella, pensó Mosche.

«¿Querías venir alguna vez al circo conmigo?», preguntó vacilante el cerrajero.

Mosche asintió, vacilante también. Nunca había estado en el circo. Su padre nunca lo habría llevado a un lugar pecaminoso como ese. Tenía curiosidad y sintió que el corazón le palpitaba con fuerza. Aunque le desazonaba un poco que las personas mayores fueran tan amables con él.

«Sí», dijo el cerrajero. «Iremos al circo, tú y yo.» Sonrió con torpeza. «Muy pronto.»

Desde la muerte de Rifka, Laibl buscaba la salvación no solo en la botella sino también, como siempre, en la Sagrada Escritura. Ni la una ni la otra le aportaban respuestas satisfactorias. Daba bandazos por dentro y por fuera. Pero quería convertir a su hijo en una imagen mejor de sí mismo. Si de él dependiera, Mosche sería un intérprete de la ley, como él. Pero Mosche no pensaba en eso y además tenía poco talento para ello.

Cuando Mosche cometía una falta en la *schul*, por ejemplo cuando escribía mal en la pizarra alguna de las letras hebreas, Laibl agarraba la vara. Era un maestro severo.

«¿Qué mano?», preguntaba.

Por lo general, Mosche extendía la izquierda porque la utilizaba menos que la derecha. Entonces la vara silbaba y chasqueaba dolorosamente contra la

suave piel. El dolor subía por el brazo de Mosche como fuego líquido, se apoderaba de su cuerpo y de su espíritu y hacía asomar lágrimas a sus ojos.

Una tarde, cuando Mosche volvió de la *schul*, otra vez con la mano ardiendo, el cerrajero estaba sentado en la escalera delante de su casa. Mosche se quitó su mochila de cuero y lo miró expectante.

El cerrajero levantó la mano que sostenía dos papeles rectangulares impresos en colores. «¿Sabes lo que es esto?»

Mosche negó con la cabeza.

«Ven aquí», dijo el cerrajero, y le pasó los papeles.

Ponía en ellos: «EL CIRCO MÁGICO. ¡Vengan ustedes! ¡Llénense de asombro! En el programa: El increíble HOMBRE DE LA MEDIA LUNA. Una tarde llena de magia y misterio. Vale como entrada para una persona.»

El cerrajero explicó a Mosche que no se trataba de un circo normal donde había que tener miedo de pisar cagadas de camello. No, el Circo Mágico era una «revista mágica» en la que los pocos números de equilibristas, animales y payasos solo cosquilleaban los nervios de los espectadores y los preparaban para la atracción principal, el Hombre de la Media Luna. Tales revistas, dijo, eran el último grito en todo el continente.

«¿Has oído hablar alguna vez de Harry Houdini?», preguntó el cerrajero.

Mosche negó con la cabeza sin decir nada.

«Houdini fue el mago más importante de todos los tiempos. Un artista del escapismo, que sabía liberarse en todas las situaciones. Daba igual dónde le encerraban, cómo le ataban: siempre lograba escapar. Incluso», ahora el cerrajero sonreía, «de la ley. Y no había cerradura que no pudiera abrir», añadió con una especie de admiración profesional. «Fue uno de los pocos que entendieron que un precinto solo está para que lo rompan. ¡Era un demonio de hombre!»

«¿Era?», preguntó Mosche.

«Sí», replicó el cerrajero. «Hubo una de la que tampoco él pudo escapar.»

Mosche asintió. «Como mamá», dijo.

Una expresión melancólica asomó al rostro del cerrajero, que volvió la cabeza. Luego miró otra vez a Mosche y dijo que el Hombre de la Media Luna, el director y animador del Circo Mágico, era también un famoso mago. ¡Un barón! ¡Un veterano de guerra!

Las calles estaban mojadas; en el cielo, nubes grises de tormenta esperaban el momento de soltar otra vez su carga. El aire era claro y cortante y llevaba consigo el olor de la lluvia inminente. El cielo de Praga tenía el color de una cuchilla desgastada. Según bajaba hacia el río, Mosche lo veía todo en un sombreado pardo y gris.

Todo, excepto la carpa en la que iba a tener lugar la representación. Era una carpa del ejército, en sí ya un poco estropeada, remendada apenas y con estrellas amarillas cosidas como adorno. Sin embargo, en la oscuridad de la tarde parecían tener un brillo cálido, y el dorado rojizo de los numerosos farolillos se reflejaba en los charcos.

¿Qué pasaría si hubiera un incendio?, se preguntó de pronto el niño. Durante un momento, un inexplicable nerviosismo se apoderó de él. Para Mosche Goldenhirsch eso no era en modo alguno inusual, además él estaba haciendo algo prohibido, o al menos algo de lo que su padre no sabía nada. Ya era bastante malo. Se obligó a respirar sosegadamente. ¡Pero había tantas cosas que mirar! Los carromatos de los gitanos puestos en círculo detrás de la carpa; la desgastada alfombra roja sobre los pocos peldaños de madera que conducían al interior; el olor a serrín húmedo. Mosche y el cerrajero pronto se encontraron en medio de una muchedumbre que se dirigía charlando hacia la entrada principal. La mayor parte de los espectadores eran obreros con trajes raídos y camisas llenas de manchas. Pero Mosche vio también funcionarios en uniforme así como, aquí y allá, un burgués con sombrero, bufanda y a veces una corbata.

Cuando Mosche entró en la carpa, al principio se sintió un poco a disgusto entre todos esos *goyim*, de los que alguno que otro dirigía miradas hostiles al chico y a su acompañante. Ocuparon sus asientos, eran los más baratos, arriba del todo, muy lejos de la pista. El cerrajero no era un hombre pudiente, y la magia también tenía su precio.

Pero aun allí, Mosche estaba fascinado por todo lo que veía. Encima de la entrada de los artistas había un balcón en el que cuatro músicos tocaban con instrumentos desafinados populares canciones de moda. Cuando por fin todos los espectadores hubieron tomado asiento y hablaban en voz baja llenos de excitación, la pequeña orquesta dio el toque que marcaba el comienzo del espectáculo. Se descorrió una cortina roja y entonces apareció él.

Con pasos tranquilos y altivos entró en el círculo de luz.

«Buenas tardes, *mesdames et messieurs*.» Su voz era profunda y sonora.

«Sean bienvenidos.» Ejecutó un amplio gesto con los brazos, se quitó la chistera e hizo una profunda reverencia. Era alto y, pese a su considerable barriga, tenía un aire juvenil y elegante. Su pelo rubio estaba peinado hacia atrás con brillantina. Llevaba frac y una banda roja cruzada sobre el pecho. En las manos enguantadas de blanco sostenía un gran bastón negro de puño plateado. Lo que más fascinaba a Mosche era el rostro de aquel hombre. Su mitad izquierda tenía una apariencia perfectamente normal. Pero la derecha estaba cubierta por una máscara de latón en forma de media luna. Mosche ya no pudo apartar la mirada. Toda aquella puesta en escena le estaba causando una impresión que nadie, y aún menos el cerrajero, podía entender.

Porque Mosche contemplaba su futuro.

«Bienvenidos al mayor espectáculo del mundo», anunció el hombre. «No confíen ya en nada, señoras y señores, porque sus ojos estarán mintiéndoles. Todo lo que van a ver aquí es verdadero pero nada de ello es verdad.» Luego hizo una reverencia y dijo: «Me llaman el Hombre de la Media Luna.»

Un murmullo recorrió la masa de espectadores.

El mago extendió los brazos, y de sus mangas salieron volando dos pequeños canarios. Pieron, volaron desorientados de allá para acá, luego salieron disparados hacia arriba, a la cúpula de la carpa. En las tribunas reinaba el silencio, solo unas niñas reían por lo bajo. Luego llegó un aplauso vacilante. Otra vez se inclinó el Hombre de la Media Luna. El aplauso aumentó, y cuando él se irguió, se vio en la mitad de su rostro la mitad de una sonrisa. Mosche comprendió enseguida que ese era el momento crítico. La primera vez que el Hombre de la Media Luna se inclinó, los espectadores eran unos extraños. Pero después, por arte de magia, había sacado los pájaros de la nada, y en ese momento todos se convirtieron en cómplices suyos. Ese era el momento en que cada cual tomaba la decisión de aceptar o no el espectáculo. Y todos lo hicieron, sin excepción. Aplaudían y aplaudían, de repente eran sus amigos, sus hijos, sus amantes, su público lleno de admiración. Mosche deseó de pronto tener también un público que lo admirase.

Se inclinó hacia el cerrajero. «¿Por qué lleva la máscara?», preguntó.

El cerrajero se encogió de hombros. «He oído decir que lo hirieron en la guerra.»

Mosche le dirigió una mirada interrogativa.

«El enemigo», explicó el cerrajero, «empleó sustancias químicas, unas

armas nuevas horribles. Hay gases que pueden deshacerte la cara.»

«Pero un gas es solo un olor», susurró Mosche.

«Es mucho más que eso.» El cerrajero se acercó más al chico y cuchicheó: «Lo he visto con mis propios ojos. La piel, los músculos, era...» Enmudeció y sacudió la cabeza como si quisiera liberarse de una pesadilla. Se obligó a sonreír. «Vamos a disfrutar simplemente de la representación, ¿vale?»

«¿Le pasó eso también al Hombre de la Media Luna?»

El cerrajero tocó suavemente el brazo de Mosche. «Limítate a mirar», dijo, y se recostó en el asiento.

La representación fue grandiosa. En parte también porque el Hombre de la Media Luna tenía una joven y bella ayudante de largo cabello negro a la que él presentó como la princesa Ariana de Persia. Tras un número con la doma de un león y otro con diversas acrobacias, la joven se metió en una gran maleta que había estado todo el tiempo a un lado de la pista del circo. El Hombre de la Media Luna cerró la maleta, asió el puño plateado de su bastón y sacó de pronto una espada del mango. La alzó para que los espectadores vieran cómo relucía a la luz de las candilejas. Luego sacó una cinta de seda y la cortó por la mitad, con lo que quedaba demostrado que la hoja estaba afilada. Se colocó bien la banda y adoptó la postura de un esgrimidor. Tras un breve momento de inmovilidad el Hombre de la Media Luna se lanzó hacia delante y clavó la espada en el centro de la maleta. El público gritó, alguna que otra señora estuvo a punto de desmayarse. Pero el Hombre de la Media Luna impuso silencio en la multitud con un gesto imperioso. Se acercó a la maleta y la abrió.

La maleta estaba vacía.

Allí no había nada. Ni sangre, ni princesa, nada. En el interior, Mosche solo pudo ver el forro. Estaba aturdido. Luego el Hombre de la Media Luna dejó caer la tapa de la maleta, cerró los ojos y pareció murmurar para sí algo en voz baja. Quizá, pensó Mosche, estaba rezando. Cuando abrió otra vez la maleta, salió la joven sana y salva. A Mosche le daba vueltas la cabeza de pura excitación. Nadie del público aplaudió con más fuerza que él. Aplaudió tan fuerte que la princesa quizá le oyó, porque giró un poco la cabeza, y de pronto él tuvo la impresión de que su mirada le rozaba. Enrojeció y dejó de aplaudir.

¡Qué mundo, pensó, en el que salen de las maletas mujeres hermosas!

La princesa Ariana no solo sabía desaparecer de modo inexplicable y reaparecer de manera igualmente inexplicable; también parecía saber cambiarse de ropa a enorme velocidad. Cada vez que entraba en la pista llevaba puesto algo nuevo, de brocado o de seda, con plumas o con lentejuelas, y cada vestido le parecía a Mosche más espléndido y más hermoso que el anterior.

Con sus artes mágicas, el Hombre de la Media Luna hacía salir conejos, desaparecer palomas y moverse por sí solos naipes y monedas. Mosche no salía de su asombro. De pronto vio con claridad que su padre siempre había tenido razón: los milagros de la Torá, los misterios de la cábala: todo era real.

Y luego, tras dos horas extenuantes llenas de magia y de milagros, llegó el punto culminante, el golpe de gracia para el público.

«Ahora, señoras y señores, niños y niñas», dijo el Hombre de la Media Luna, «llegamos al último número de la tarde. Y para eso necesito la ayuda de un voluntario del público.»

Mosche se levantó de un salto y alzó la mano. «¡Yo!», gritó, «¡escójame a mí!» Los espectadores volvieron la cabeza y rieron por lo bajo. «Un judío», murmuraron. «¿Cómo lo dejan entrar aquí?»

Algunas manos más se alzaron en las tribunas. Pero el Hombre de la Media Luna ya había tomado su decisión.

«¡Tú!», dijo señalando a Mosche. «¡Sí, tú! ¡Ven acá, pilluelo judío!»

Mosche bajó tan deprisa por el pasillo que estuvo a punto de perder su kipá y tuvo que sujetarla con la mano. El público reía. Cuando llegó a la pista, el Hombre de la Media Luna le indicó al chico que se sentara en un taburete. El mago se volvió hacia los espectadores. Su voz resonó por la carpa del circo.

«Señoras y señores, el mundo es un lugar encantado. Solo un velo finísimo nos separa de los sueños que yacen en nuestro interior ¡Ahora, presten mucha atención!»

Miró hacia un lado y con un impaciente movimiento de mano ordenó a su ayudanta que se acercara. Ella llevaba ahora un vestido blanco y ligero de seda. Tenía la piel muy pálida, y muy honda la mirada de los ojos gris verdosos. La princesa Ariana se tumbó en un sofá rojo. Se tocaba la frente con la mano como si estuviera a punto de desvanecerse, y el vestido le resbaló dejando a la vista su bonita pierna. Mosche contuvo la respiración, un murmullo recorrió las gradas de los espectadores.

El Hombre de la Media Luna ordenó al muchacho que se concentrara. Él necesitaba, dijo, la fuerza del espíritu de Mosche para realizar el encantamiento. Mosche asintió con gravedad y clavó los ojos en la princesa. Trató de concentrar todos sus pensamientos en la joven. El mago levantó su bastón y, a cosa de medio metro de altura por encima del cuerpo de la joven, lo pasó desde los dedos de los pies hasta la cabeza. La orquesta tocaba música sombría, inquietante.

Y entonces la princesa empezó a flotar. Se elevó y quedó suspendida horizontalmente en el aire. Su vestido blanco y su pelo negro la rodeaban oscilantes. Era lo más bello que Mosche había visto jamás. Él también se sintió de pronto transportado por los aires por una oleada invisible, una oleada de amor. Se enamoró de los olores del circo, del serrín, de la madera húmeda y del sudor viejo. Se enamoró del brillo de las candilejas, del aplauso del público, pero sobre todo se enamoró de Ariana, la princesa persa.

Mosche la miraba fijamente, no podía comprender lo que veían sus ojos.

El Hombre de la Media Luna se acercó a él y se puso de rodillas, hasta que estuvo a su misma altura. Señaló a la princesa y preguntó: «¿Tú qué ves?»

Mosche dijo: «Está flotando en el aire, señor.»

«¿Y lo consideras un truco?»

Mosche sacudió la cabeza. «No, señor», dijo. «Está realmente flotando.»

Se oyeron algunas carcajadas. El Hombre de la Media Luna dibujó una sonrisa torcida. Su ojo descubierto miraba fijamente al muchacho. El otro ojo estaba en la sombra de la máscara de latón. Entonces se volvió hacia el público y dijo a voz en grito: «¡Aquí lo tienen ustedes, señoras y señores! ¡La princesa flota en el aire!»

Estalló una salva de aplausos. Las graderías del circo vibraban.

El Hombre de la Media Luna se volvió hacia Mosche y dijo: «¿Quieres darle un beso de despedida?»

Mosche le miró sorprendido.

El Hombre de la Media Luna le animó con un gesto. «Venga, decídetelo», dijo. «En la mejilla, muchacho.»

Vacilante, Mosche se subió al taburete en el que había estado sentado y se inclinó sobre la princesa, cuyos ojos estaban cerrados. Primero buscó nervioso su mano. Tenía miedo de que en cualquier momento ella cayera al suelo. Temblaba un poco, como los hombres tiemblan ante Dios.

Su mano le pareció lo más precioso del mundo. Era pálida, tenía los dedos

largos y elegantes, las uñas pintadas de rojo. Se veía a sí mismo como alguien que ha encontrado un tesoro, habría podido quedarse el resto de su vida allí de pie, sosteniendo su mano y mirándola al rostro.

«¿Y bien?», preguntó el Hombre de la Media Luna. «¿A qué esperas? Dale un beso.»

Mosche entendió mal la indicación. Se inclinó hacia la princesa, pero en lugar de besar la mejilla la besó en los labios. Una ola de divertidas carcajadas recorrió el público. El Hombre de la Media Luna le miró de pronto algo molesto. Pero Mosche estaba seguro de haber visto sonreír a la princesa aunque solo durante un breve momento. Se levantó de un salto del taburete y, siguiendo una súbita inspiración, hizo una reverencia. Los espectadores aplaudieron alborozados. El Hombre de la Media Luna esbozó una sonrisa forzada, cogió otra vez a Mosche de la mano y lo llevó hasta el borde de la pista. Ambos se inclinaron de nuevo al mismo tiempo. Luego, el Hombre de la Media Luna soltó su mano y se despidió de él.

Mosche abandonó la pista del circo y un momento después ya echaba de menos las luces y los aplausos. Era como si despertase de un hermoso sueño y estuviera de nuevo en su piso frío en el que soplaba el viento. El cálido brillo de todas aquellas miradas se había desvanecido, el mundo real le daba la bienvenida.

Cuando Mosche, ya muy tarde, entró de puntillas en la casa, su padre aún estaba despierto. Laibl estaba sentado ante la mesa de la cocina con gesto de dolor y preocupación.

«¿Dónde has estado?», le espetó.

Mosche, pillado in fraganti, clavó los ojos en el suelo. «Estaba..., he salido solo un rato», tartamudeó.

«¿Salido?», preguntó Laibl. «¿Salido adónde? ¿Qué es eso de “salido”? ¡Estaba enfermo de angustia!»

Poco a poco salió la verdad a la luz: que había estado con el cerrajero en el circo. Mosche no recordaba haber visto nunca tan furioso a su padre. Estalló una violenta discusión, y la velada terminó con Laibl vapuleando a su hijo más dura y severamente que nunca.

A Mosche le dolía tanto el trasero que tuvo que dormir de lado. Aquella

noche, cuando yacía insomne y hecho un ovillo, en su cama junto a la estufa, empezó a madurar en él una resolución.

Durante las siguientes semanas la hostilidad entre Laibl y Mosche fue en aumento. Solo ahora vio el muchacho con claridad qué grande era desde hacía ya tiempo, escondida bajo la tranquila superficie de la vida cotidiana.

Una tarde, cuando Laibl estaba todavía en la sinagoga, Mosche reunió sus cuatro pertenencias en una mochila, metió algunas provisiones, su navaja y sus papeles y abandonó la casa de su padre. Fue al cementerio, a la tumba de su madre. Pasó las yemas de los dedos por su fría lápida y le pidió perdón por lo que tenía intención de hacer. Luego, con el corazón oprimido pero liberado, se dio media vuelta y se dirigió al río.

La carpa había desaparecido. El circo ya no estaba, los acróbatas, payasos y magos habían seguido su camino. Todo lo que quedaba era hierba pisoteada y oscura, botellas rotas y basura. Un viento frío soplaba por las calles vecinas y hacía revolotear hojas sueltas y rotas con el programa del circo. Mosche caminaba como en sueños por la plaza vacía que le parecía tan solitaria y sin vida como un desierto.

De pronto se fijó en una columna de anuncios en la que había pegados muchos carteles multicolores. Corrió hacia ella y dio una vuelta alrededor. Entonces lo vio: un cartel del Circo Mágico. Estaba sucio y medio despegado, el papel oscilaba con el viento. La sonrisa del Hombre de la Media Luna estaba rota por la barbilla, lo que daba un aire diabólico a su rostro.

Mosche arrancó del todo el cartel y fue a un quiosco de periódicos que había en la esquina. Una mujer gruesa y alta, con el rostro casi totalmente cubierto por una bufanda, estaba sentada en el interior del cuartucho exiguamente iluminado, leyendo un periódico. Mosche se acercó a ella y le enseñó el cartel.

«¿Sabe usted adónde se ha marchado el circo?», preguntó.

La vieja levantó la vista, echó una ojeada al cartel y asintió lentamente con la cabeza.

10. LA BÚSQUEDA

Poco antes de las ocho, Max llegó a la esquina de Hollywood Boulevard con Cherokee Avenue. Ya había oscurecido. Una ligera lluvia de otoño humedecía las calles de Los Ángeles. Después del altercado con su madre se escabulló por la ventana y corrió a la parada del autobús. Su plan era tan sencillo como audaz.

Oficialmente, él era ahora un fugitivo. Uno que se había escapado. Probablemente ya andaba tras él la policía, o incluso el FBI. Su madre estaría preocupada, pero él ya no podía tenerlo en cuenta. Había que encontrar a Zabbatini, costase lo que costase. Si es que el hombre vivía aún. En caso de que no... Santo Dios, Max no se atrevía a pensar en ello.

Había viajado en el autobús 181 en dirección este, hasta la estación final delante del teatro, grande y ornamentado con pésimo gusto, en el que siempre representaban *Cats*. Dos años atrás Max se había empeñado en ver ese musical, y sus padres acabaron acompañándolo de mala gana. Pero Max se llevó el más amargo desengaño. En lugar de gatitos monísimos, por el escenario solo daban brincos bailarinas de abultada pechera, con brillantes vestidos de licra y extraños maquillajes. ¿Quién iba a querer ver algo así? ¿Era mucho esperar que hubiera gatos en un espectáculo llamado «Gatos»? No era el primer desengaño de su joven vida y tampoco sería el último. Max esperaba que no fuese en balde toda esa aventura en que se había metido. Cuando las puertas del autobús color naranja se abrieron con el familiar chirrido, se bajó y caminó hacia el oeste. Sabía muy bien lo que buscaba.

Hollywood Magic Shop era una tienda un poco venida a menos situada en el lado sur del bulevar. En el escaparate había un disfraz de Darth Vader de tamaño natural, y el letrero de neón que había encima de la puerta estaba apagado. Cuando Max abrió la puerta de cristal sonó una campanilla. Un sonido desfigurado, como el maullido de una gata en celo.

Max entró con temor reverencial. La tienda estaba muy bien iluminada, del techo colgaban tubos de neón. En el fondo, constaba solo de una pieza larga y estrecha, con vitrinas de cristal a ambos lados. Max vio kits de magia para niños, camisas de fuerza, muñecas de ventrílocuos –los monos vestidos de

esmoquin parecían muy populares—, chisteras con o sin conejos de peluche, escobas voladoras para brujas y sobre todo un sinnúmero de libros y de DVD sobre magos y trucos de magia. Las paredes estaban recubiertas de carteles antiguos, amarillentos, que encomiaban a célebres magos de la escena de tiempos pasados: Howard Thurston, Harry Blackstone padre, Dai Vernon, Shadow Master... y comoquiera que se llamasen todos ellos. Delante de una de las vitrinas, una joven pareja japonesa, con ropa cara de diseño, se probaba entre risas unas gafas de plástico que les desfiguraban de modo absurdo los ojos. Cada vez que el hombre se ponía otras gafas, la mujer empezaba a reír y a aplaudir.

Max iba por la tienda como hipnotizado. Nunca había visto tantas cosas flipantes en tan gran cantidad. Detrás del mostrador había un hombre bastante gordo de cincuenta y pico años, con pantalones negros y un jersey de cuello alto. Tenía la cabeza rapada y un delgado bigote. Estaba enseñando trucos de naipes a una pareja mayor, negros los dos, y ambos vestidos con chándals de colores chillones. El hombre sorbía de una pajita metida en un vaso de Coca-Cola. Su mujer miraba fascinada cómo las cartas parecían saltar una vez hacia allá, otra vez hacia acá. Max se puso cerca de ellos con la esperanza de poder echar una ojeada.

«Esto», decía el hombre calvo, «es el as de diamantes.» Levantó un naipe. El matrimonio asentía con reverencia. Luego él puso la carta, tapada, sobre un tapete de terciopelo verde. Dio unos golpecitos sobre ella con el dedo. «¿O nos equivocamos?», preguntó teatralmente. Los dos negaron con la cabeza, el hombre dibujó una amplia sonrisa. El hombre calvo volvió a levantar la carta. Ahora era una reina de diamantes. El asombro del matrimonio no fue poco. Pidió que les mostrase varios trucos más, después compraron una baraja y salieron de la tienda.

El hombre calvo se dirigió a Max. «¿Puedo ayudarte en algo?» Tenía una voz agradablemente profunda.

Max asintió con nerviosismo. «Estoy buscando a alguien», dijo.

«¿A quién?»

Max abrió su mochila y sacó el disco. Se lo enseñó al hombre, que lo cogió y lanzó un breve silbido, con evidente sorpresa. Movié el disco con mucho cuidado, como si fuera un artefacto religioso. «Zabbatini», dijo. «Hacía tiempo que no veía uno de estos.»

«¿Le conoce usted?»

«Lo conocí, pero de eso hace ya mucho tiempo», dijo tendiendo la mano.
«Yo soy Luis. Pero puedes llamarme Wacky.»

«¿Wacky?»

«En tiempos fui payaso», dijo Luis. «Wacky el payaso. Luego fui mago. Me costó mucho el cambio. Tuve que explicar a mi público una y otra vez que ya no era Wacky. Pero no conseguí quitarme de encima ese nombre.» Suspiró. «Así que soy Wacky», dijo con resignación. «Payaso una vez, payaso siempre.»

«¿Es suya la tienda?»

Wacky asintió. «Sí», dijo. «Desde hace más de treinta años.» Señaló hacia fuera, en dirección a Hollywood Boulevard. «Antes, Zabbatini actuaba siempre en el Castle.»

«¿El Castle?», preguntó Max.

Luis asintió. «Arriba, en las colinas de Hollywood. Desde aquí no puede verse. Pero está allí. Para los ilusionistas es el cabaret más importante de la ciudad, quizá incluso de California.»

«Y ese hombre, ese Zabbatini...», prosiguió Max cautelosamente.

«¿Sí?»

«¿Era bueno?»

Luis reflexionó un poco sobre la pregunta, luego dijo:

«No, no mucho.»

«¿No?» Max pensaba que, con ese nombre, el Gran Zabbatini tenía que ser un maestro de su arte.

«No, no estaba muy dotado. Durante algún tiempo fue bastante conocido, en los años sesenta o setenta. Fue uno de los primeros que actuó en televisión. Pero nadie le entendía. Su acento...»

Max asintió. Sí, el acento. Eso era un problema.

«¿De dónde era?», quiso saber Max.

Luis se encogió de hombros. Ni idea. De algún sitio de Europa del Este o algo así. Vino aquí después de la guerra. No lo tenía fácil, por el acento y por su brazo. Había muchos trucos que él, simplemente, no conseguía llevar a cabo. Por ejemplo, con monedas.

«¿Su brazo?»

«Sí, su brazo izquierdo estaba deformado, no podía moverlo bien.»

«¿Y de verdad que no era un gran mago?», preguntó Max, incrédulo.

Luis volvió a encogerse de hombros. «Bueno, no estaba mal.»

«En el disco dice que él era muy poderoso.»

«Eso lo dicen todos.»

«Adivinaba el porvenir.»

«Eso sabe hacerlo cualquiera. Él era mentalista.»

«¿Era qué?»

«Uno que lee el pensamiento.» Luis hizo un amplio ademán con los brazos y señaló las vitrinas de la entrada. «Dime lo que ves ahí.»

Max miró y luego se volvió hacia Luis. «Muchos juguetes.»

«Exacto», dijo Luis. «Juguetes.» Luego señaló la vitrina que tenían delante: «¿Y qué ves ahí?»

Max se inclinó y miró en el armario de cristal. Vio unas monedas y algunas cajitas de madera. Se incorporó otra vez. «No lo sé. Algunas cosas.»

«Cosas», dijo Luis con desprecio. Luego dio a su voz el mismo tono misterioso que ya había empleado con la pareja: «Aquí hay muchísimo más que algunas cosas. Aquí están los instrumentos del mentalista.»

Max parpadeó asombrado. Veía a Luis de modo difuso. Se dio cuenta de que sus gafas estaban empañadas. Se las quitó y las limpió con la camisa.

«Al entrar uno se topa primero con los objetos de pega», dijo Luis. «Memeces para niños.» Movié la mano en todas direcciones. «Pero más al fondo de la tienda la cosa se pone seria. Cada paso te va acercando al umbral de lo desconocido. Y ahí estamos ahora.»

Max se puso las gafas. «Okay...», dijo inseguro.

«Puede parecer poco, pero el mentalismo... es la disciplina estrella de la magia.»

«¿Y qué hace exactamente un mentalista?», preguntó Max.

Luis le miró. «Quiero que pienses en una hortaliza.»

«¿Cómo?»

«Una hortaliza cualquiera», dijo Luis. «Concéntrate y piensa en una hortaliza. Da lo mismo cuál. Pero no me lo digas.»

Max se concentró. Espontáneamente tuvo que pensar en zanahorias. Asintió con la cabeza a Luis.

Luis le miró y Max tuvo la impresión de que su mirada lo traspasaba.

Luego Luis tomó un papel amarillo y escribió una palabra en él. «¿Es esta la hortaliza en la que has pensado?» Le enseñó el papel.

En él ponía: «Zanahorias.»

Max respiró fuerte. «¿Cómo lo ha sabido?», preguntó estupefacto.

«Aquí está», dijo Luis golpeándose con dos dedos las sienes, «el arte de un mentalista. Es el mago de los pensamientos, él sabe descifrar los misterios de la psique. Los mentalistas son adivinos, saben leer los pensamientos, hipnotizar. A los más grandes de entre ellos se les teme y con razón, porque pueden manipular los pensamientos de los hombres y leer en sus corazones.»

Eso exactamente es lo que yo necesito, pensó Max.

«¿Y Zabbatini es uno de esos mentalistas?»

«Sí», dijo Luis. «Es el...» Se interrumpió un momento. «Bueno, no es precisamente el más grande.» Luego se concentró y declaró enérgicamente: «El Gran Zabbatini es el mago más mediocre que el mundo haya visto jamás.»

Eso sonaba bastante bien, pensó Max. «¿Sabe usted dónde puedo encontrarlo?»

Luis negó con la cabeza. «No tengo ni idea. Ni siquiera sé si está vivo.» Suspiró, luego miró su reloj de pulsera. «*Sorry*, ahora tengo que cerrar la tienda.»

Max vio melancólicamente cómo Luis se ponía una trinchera y empezaba a cerrar las vitrinas.

Cuando hubo terminado, salieron los dos juntos al húmedo atardecer. Luis bajó la persiana de la puerta y echó la llave. Ahora llovía más fuerte. Max no tenía ni idea del paso siguiente que debía dar. Se despidió de Luis y se dio la vuelta. ¿Adónde ir ahora? Su búsqueda acababa de empezar y ya había terminado. Caminó con la cabeza gacha a lo largo de la calle. De pronto oyó unos pasos fuertes detrás de él.

«¡Espera!», exclamó Luis. «¡Un momento!»

Max se dio media vuelta. «¿Sí?»

«Yo que tú», dijo, «probaría en una residencia de ancianos.»

«¿Pero en cuál?», preguntó Max. «Tiene que haber un montón de ellas.»

«Eso es verdad», dijo Luis inseguro. «Pero tendría que ser una barata. Nunca tuvo mucho dinero.»

De pronto, el rostro de Luis se iluminó.

«¡Claro! Inténtalo por lo pronto en la King David!»

«¿Dónde?»

«En Fairfax Avenue», dijo Luis. «La residencia de ancianos King David. Allí viven muchos artistas mayores y gente así.» Rebuscó en su bolsillo y

sacó el papel en el que antes había escrito «zanahorias». Después escribió en la otra cara las palabras «Zabattini», «King David» y «Fairfax Avenue».

«Mucha suerte», dijo dándole el papel a Max.

«Gracias.»

Luego se marchó, pronto lo había engullido la brumosa tarde de octubre. Y todas las luces y sueños rotos de Hollywood Boulevard centelleaban en la oscuridad.

11. LA PRINCESA PERSA

En las afueras de Dresde, en una explanada donde había una feria, Mosche encontró por fin el circo. Tenía la impresión de haber estado en camino una eternidad. Estaba cansado y agotado, tenía ampollas en los pies y le dolían los huesos. Nunca había estado tan lejos de su casa.

Una cosa había averiguado Mosche durante su viaje: la vida del campo no le gustaba. Él amaba la gran urbe, se sentía mejor que nunca cuando había un suelo pavimentado bajo sus pies y seres humanos a su alrededor. El campo abierto tenía poco que ofrecerle, aparte de cambios radicales de temperatura, lluvias torrenciales –que convertían el suelo del bosque en un lodazal– y una sorprendente falta de retretes. Durante varios días había seguido el curso del Moldava. Se detuvo en cada posada y en cada granja y preguntó si por casualidad había pasado por allí un circo ambulante. Mucha gente fue enormemente amable y hasta le ofreció algo de comer o incluso un sitio donde dormir. Otros volvieron la cara con desprecio y lo mandaron a hacer gárgaras. En el pueblo de Meřník, por fin, una panadera le dijo que el Circo Mágico había estado allí y continuado después en dirección a Dresde.

En su viaje por Bohemia conoció a un grupo de gitanos, de la tribu de los romaníes, cuyo espíritu abierto y amigable le emocionó. Compartieron con él sus parcas comidas y le permitieron dormir entre los animales. Por la noche encendieron una hoguera, comieron gulasch y bebieron grog. Un hombre viejo de dientes cariados arrancó unos sonidos horribles a un violín y, sin embargo, eso sumió en éxtasis a los gitanos e hizo asomar lágrimas a sus ojos. Mosche se sintió horriblemente solo. Echaba de menos a su madre, que lo había abandonado, y echaba de menos a su padre, al que él había abandonado. Aquella noche no deseó otra cosa que estar otra vez en Praga, en casa.

Unos días después llegó a Hřrensko, cerca de la frontera con Sajonia. La belleza de la llanura del Elba le impresionó. Los árboles desplegaban su verde esplendor, y la luz del sol se reflejaba en el apacible río.

El puesto fronterizo no era más que una caseta con una barrera al final de un camino polvoriento, en el que había una posada. A mano derecha vio Mosche unas vías de tren y una pequeña estación. Los soldados alemanes del puesto fronterizo, que se aburrían repantingados junto a la barrera, se negaron a dejarle pasar, porque, según decían, no tenía un visado válido. En sus papeles aparecía la palabra «israelita», por eso solo podía entrar en el territorio del Reich con permiso especial. Si fuera alemán de los Sudetes, le explicaron, sería muy distinto. Mosche dio cortésmente las gracias a los guardias fronterizos, a quienes, al parecer, el asunto les resultaba desagradable, y volvió sobre sus pasos. Entró en el mesón y al punto se sumergió en el humo y el ruido de los bebedores.

Encontró un asiento estrecho en un banco al lado de la chimenea. Compartió la mesa con dos albañiles de Presburgo que, como le explicaron, viajaban regularmente a Praga, a Varsovia y a Dresde para buscar trabajo. Llevaban ropa de trabajo de paño burdo y tenían polvo de ladrillo bajo las uñas y en los surcos de sus caras arrugadas. Uno de los dos, un hombre bajito y regordete de pelambreira gris, tiesa y revuelta, que le salía disparada de la cabeza, estaba borracho, y, echando a Mosche el brazo por el hombro, empezó a cantar «Nad Tatrou sa blýska». Mosche conocía esa melodía, había oído la canción en U Fleku^o y en otras cervecerías de los *goyim*. No sabía eslovaco, de modo que tarareó con el otro en hebreo. Los albañiles cantaban su himno nacional, y Mosche consiguió entremeter en él la melodía del «Hatikvah». ⁷ Cuando el mesonero se acercó a la mesa con una bandeja llena de jarras de cerveza y preguntó qué quería beber, Mosche se limitó a sonreír educadamente y a encogerse de hombros. No tenía dinero. Pero el segundo albañil, un joven alto y delgado, no permitió evasivas. «Le invito yo», dijo al mesonero en mediocre alemán.

«¿Y qué quiere beber su invitado?», preguntó el mesonero.

Mosche se decidió por una cerveza Radeberger, que según el mesonero se fabricaba allí, cerca de Dresde.

«¿Nada de comer?», preguntó el mesonero con un asomo de desconfianza en la voz, como si fuera una ofensa menospreciar su comida. Mosche negó con la cabeza. Conocía a los bohemios y contaba con que los *goyim* alemanes no serían distintos, ellos comerían de todo, incluso carne de cerdo. Uno de sus embutidos se llamaba «morcilla de sangre». Repugnante. Pero tenía

hambre, y el enjuto albañil le convenció para que tomara al menos unas rebanadas de pan negro con queso y mostaza.

Los eslovacos beodos cantaban balanceándose de un lado a otro cogidos del brazo, tanto que Mosche ya casi se mareaba, y entonces la kipá se le cayó de la cabeza.

El albañil bajito y regordete la recogió y la miró extrañado.

«¿Y esto qué es?», preguntó.

Mosche notó que se sonrojaba. «Mi sombrero», susurró apartando la vista.

«Estos sombreros solo los llevan los judíos», dijo el otro albañil. «Tú no eres judío, ¿verdad?»

«Sí lo soy», dijo Max tartamudeando. «Lamentablemente.»

La recién adquirida información pareció dejar sin palabras a los albañiles, aunque cualquiera que no estuviera borracho veía al momento que Mosche no podía ser otra cosa. Llevaba el caftán negro de los ortodoxos, una kipá y *peyes*.⁸ A los borrachos, sin embargo, tales misterios se les van revelando poco a poco. Durante un momento reinó un confuso silencio. Luego el bajito arrojó la kipá a la chimenea. «¡Bah!», dijo.

«¡Bah!», le apoyó el otro.

Mosche miraba cómo ardía su kipá. Se sintió como si algo estuviese ardiendo dentro de él.

«Ahora ya no eres judío», dijo el bajito. «Porque los judíos son una mierda. Pero tú eres uno de nosotros.» Levantó su jarra de cerveza. «¡Salud!»

«¡Salud!», exclamó el delgado.

Mosche también levantó cautelosamente su jarra. Quizá era mejor, en efecto, no ser judío. ¿Quién quería ser una mierda?

«¡Salud!», exclamó. Max decidió ser otra persona. Una persona nueva y distinta. Ya no sería israelita, ya no quería hacer cola en las oficinas para pedir este o aquel formulario. Ya no quería solicitar nada. Quería beber sangre de cerdo. ¡A partir de ese momento, era un *goy*!

Tras varias horas de continuo beber, Mosche, el *goy*, se fue dando traspiés a los bosques que había detrás del mesón para procurarse un alivio. Luego se sentó en el suelo, se apoyó en un tronco de árbol cubierto de musgo y levantó la vista hacia las estrellas. El mundo le pareció inmenso y lleno de promesas. Cerró los ojos y se durmió.

Cuando se despertó al día siguiente tenía una horrible resaca. El sol lucía con desvergonzada claridad y le quemaba los ojos. Se levantó y caminó tambaleándose en dirección al mesón. Las puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto. Todo estaba silencioso.

Mosche buscó primero la letrina, luego se dirigió dando tropezones a una pila de agua. Tenía seca la garganta. Cuando se vio reflejado en el agua, le vinieron las imágenes de la noche anterior. De los albañiles borrachos que quemaron su kipá. De pronto vio ante él, en la superficie del agua, el rostro de su padre y sintió una punzada en el corazón, pues lo echaba mucho de menos. Los ojos se le llenaron de lágrimas; la imagen del agua se desvaneció. Recordó también que se había jurado no ser ya judío. Sacó su navaja del macuto y se cortó los tirabuzones de las sienes. Luego se quitó el negro caftán, bajo el que llevaba unos gastados pantalones y una camisa blanca. Miró otra vez su imagen reflejada en el agua y opinó que seguía pareciendo judío. Por lo visto, de eso no se deshacía uno en una noche.

Se puso en marcha. Como no podía cruzar la frontera, quería abrirse camino a través del bosque.

A primera hora de la tarde había dejado atrás Checoslovaquia y se había internado en los bosques de Sajonia. De pronto oyó una voz masculina:

«¡Dios sea contigo!»

«¿Quién? ¿Qué?», dijo Mosche asustado. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

«Aquí arriba», llamó la voz, y, entre ramas de alisos, Mosche vio a un hombre que llevaba un traje de tela verde y, haciendo juego, un sombrero con una especie de brocha de afeitar en el ala. El guardabosques bajó de su puesto de observación por la escalerilla de madera. Se echó la carabina al hombro y tendió la mano a Mosche, que se la estrechó con cautela. Eso era nuevo. Normalmente, los *goyim* evitaban tocarle.

«¿Adónde va?», preguntó el guardabosques.

«A Dresde», dijo Mosche. El hombre le indicó amablemente el camino, le dio un poco de agua y se despidió.

Cuando empezaba a anochecer Mosche vio el Circo Mágico. La carpa de lona con estrellas cosidas estaba montada en una gran explanada; cálida luz y aplausos salían de su interior. Pero esta vez Mosche no tenía entrada. Rodeó la mitad de la carpa, pasando junto a las carretas del circo, junto a los asnos y los caballos y también junto a un gran carro de heno. Luego se acercó

sigilosamente por detrás. Oyó gritos y fuertes aplausos. Respiró hondo, se puso de rodillas y levantó con cuidado uno de los bordes de la carpa.

Mosche se encontraba directamente detrás de la pista del circo, próximo a la entrada de los artistas, justo debajo de la orquesta.

Podía ver por detrás al Hombre de la Media Luna, como una silueta oscura que brillaba tentadoramente a la luz de las candilejas.

Y vio a la princesa persa. Flotaba en el aire. Un muchachito del público se movía a su alrededor y trataba de comprender lo incomprensible. ¿Cómo era posible que aquella mujer estuviese suspendida en el aire, así, sin más? El chico tenía la misma expresión que había tenido Mosche unos días antes. Mosche sintió una punzada de celos en el corazón. Vio cómo el chico besaba a la princesa y desaparecía entre el público. Atronadores aplausos.

Luego se terminó la representación y se apagaron las luces. Durante un momento, Mosche no pudo ver nada. Pero de pronto vio que la princesa persa avanzaba hacia él a paso rápido. Max respiró anhelante y dejó caer la lona. Sin poder reaccionar, como atontado, miró alrededor, pero ya era tarde para esconderse. Una mano le golpeó suavemente en el hombro y entonces la miró directamente a la cara.

Ella clavó los ojos en él. Él quedó subyugado por su belleza. Sus ojos centelleaban como fuego y sus cabellos negros le caían ondulados sobre los hombros. Era como él siempre se había imaginado una princesa.

«¡Eh! ¿Se puede saber qué haces tú aquí?», le espetó con malos modos. Su voz volvió a traerle a la tierra.

«Yo..., yo...», tartamudeó Mosche.

La princesa se agarró la melena y, antes de que Mosche dijera una palabra más, se la arrancó de la cabeza. Mosche la miró asombrado. Debajo de la peluca tenía el pelo corto y rubio, lleno de sudor y de polvos y disparado en todas direcciones.

«Yo a ti te conozco», dijo.

Mosche asintió. Su voz, su acento..., él no había oído nunca un alemán así. Mosche no sospechaba que la princesa persa se había criado en las calles de Berlín y que la crudeza y la delicadeza, la amargura y la ironía de esa ciudad habían dejado huella en su lenguaje. Aquella voz lo conquistó al momento.

«Eres el mocosito judío», dijo ella de pronto. «De Praga, el que me plantó un beso, ¿a que sí? ¿Y qué se te ha perdido por aquí?»

Mosche sacudió la cabeza. «No soy un mocosito judío.»

«Pues anda que no lo pareces.»

«Ahora ya no», dijo Mosche. «Ahora soy completamente normal.»

«¿En serio?», dijo la princesa. «Bueno, pues venga, bájate esos pantalones y enséñame lo normal que eres.»

Mosche se sonrojó y dio un paso atrás. La princesa se echó a reír, una risa áspera y clara, luego se dio media vuelta y se marchó a toda prisa a su carreta. Mosche vio cómo subía pisando fuerte los peldaños de madera. Todo su donaire de princesa había desaparecido. Como si ahora, sin su peluca, fuera una persona completamente distinta.

Mosche estaba confuso pero fascinado también. La mujer se dio media vuelta y le miró.

Metió la mano por su vestido y sacó una cajetilla de cigarrillos. Luego encendió una cerilla en el marco de la puerta, la acercó al cigarrillo, dio una honda chupada y expulsó el humo por la nariz. Divertida, miraba a Mosche de arriba abajo.

«¿Vienes o qué?»

«¿Puedo dejarme puestos los pantalones?», preguntó Mosche.

«Pues claro», dijo, «si no, te doy de palos.»

12. EL MENTALISTA

La residencia de ancianos King David, en Fairfax Avenue, había sido construida en los años sesenta y eso se le notaba al edificio. Cuando Max abrió la puerta vidriera de entrada, se encontró en un vestíbulo decorado con latón y chintz. Asombrado miró alrededor. Un palacio del kitsch. En las paredes, amarillentas fotos en blanco y negro y firmadas por cantantes de salón y actores de películas del Oeste muertos hacía tiempo, con los rostros desfavorecidamente palidecidos por la luz del flash. Max supuso que se trataba de antiguos residentes. A la entrada, un sofá de terciopelo púrpura, al lado varias sillas de ruedas plegadas, que tenían una hoja de papel pegada con cinta adhesiva. En ella ponía: «Rota». Del techo colgaba una araña de bronce. Olía a un desinfectante intenso y dulzón. La King David era la estación final para los viejos y para los que no tenían a nadie. Ya desde la calle había visto Max por la ventana a dos mujeres de avanzada edad que deambulaban como zombis con batas de flores. En la puerta colgaba aún la decoración de Januká del año anterior. Era deprimente.

¿A quién van a gustarle los viejos?, se preguntó Max. Su experiencia le decía que eran unos quejicas y olían raro, como su abuelo Herman. Max se acordaba muy bien de cómo era tener que besar su mejilla pinchosa y arrugada. Le daba asco.

Al otro extremo del vestíbulo había una ventanilla en la que estaba sentada una enfermera que parecía aburrida, pintándose las uñas. Debía de tener veintimuchos años. Probablemente era la enfermera de noche. Max se ajustó mejor las correas de la mochila y se acercó tímidamente a ella. En su mano tenía el papel que le había dado Luis. Se paró delante de la ventanilla.

La enfermera sopló sobre las uñas y dijo: «¿Sí?»

«Perdone», empezó Max. «A lo mejor podría usted ayudarme. Estoy buscando a alguien.»

La enfermera se abanicó las uñas con la mano para que se secaran antes. «¿Sí?», se limitó a decir.

«A un hombre llamado Zabbatini.»

«Aquí no está.»

Max la miró espantado. «¿Está segura?», preguntó. «Puede que no sea su nombre auténtico. Es un mago.»

«Ajá», dijo la enfermera, y con la otra mano apretó el botón del interfono. «Jefe, ¿podría usted venir un momento?»

Luego se dedicó otra vez a sus uñas sin hacer caso de Max, que se quedó de pie, silencioso, junto a la ventanilla. Se sentía incómodo.

En el mostrador vio un tablero de clip con una hoja de papel. Era un registro de las visitas, en el que había que apuntar nombre, apellido y dirección, para que la gente de la residencia supiera quién iba por allí. Amante del orden como era Max, se apuntó en la lista. Luego puso el lápiz a un lado y se balanceó sobre los pies.

Finalmente apareció por la esquina un hombre gordo de grandes bigotes y con una camisa de rayas debajo de una bata de médico no muy limpia. Llevaba un bocadillo en la mano.

«¿Qué es tan urgente?», preguntó masticando ruidosamente.

La enfermera señaló a Max con la cabeza. «Busca a alguien.»

El gordo miró a Max con hostilidad apenas disimulada.

«A un mago.»

«¿Cómo?», preguntó el hombre.

Max le puso delante el papel. «Aquí, lea», dijo.

El hombre le quitó el papel y le echó una breve ojeada. «Aquí pone “zanahorias”.»

«La otra cara.»

El hombre dio la vuelta al papel y leyó. Luego se encogió de hombros. «Aquí no hay ningún Zabbatini.»

«Como ya he dicho, a lo mejor es solo su nombre artístico. Él es mentalista. Lee el pensamiento. Su brazo izquierdo está como roto. Y he pensado.»

¿Qué pensaba en realidad? Max tenía la sensación de estar buscando una aguja en un pajar. ¿Por qué iba a estar Zabbatini precisamente allí? Quizá ni siquiera vivía ya en Los Ángeles, se había mudado a otro sitio. Quizá había muerto.

Sin embargo, para asombro de Max, el gordo arqueó las cejas. «¿Brazo roto?», dijo. Fue a una puerta y la abrió. «Inténtalo en la Uno-Doce. Pero ese no lee el pensamiento de nadie. Ese solo lee revistas porno.»

Max le dio las gracias y recorrió un corto pasillo que llevaba al patio interior, en torno al cual estaban ordenados los bungalows y las habitaciones de la residencia. Así todos podían ver la piscina que había en el centro. El patio estaba cubierto de palmeras y plátanos. En la esquina burbujeaba solitario un surtidor.

Max se acercó a un pequeño bungalow en cuya puerta destacaban, bien visibles, las cifras 112. Llamó con los nudillos. Esperó. Llamó otra vez. No hubo respuesta. Miró alrededor. Estaba solo en aquel patio interior tropical. El único ruido era el murmullo del surtidor. Max se acercó a una de las ventanas y miró al interior del bungalow. Vio, tendida en el suelo de la cocina, la pierna de un hombre viejo. Nada más. Solo la pierna de piel vieja y pálida, surcada de varices azules. Parecía estar metida en un pantalón corto y blanco de algodón. Un pie flácido llevaba una sandalia azul de plástico. El resto del cuerpo estaba oculto por una pared. Max se inquietó. Pensó que quizá debería avisar al hombre gordo o a la enfermera del vestíbulo. ¿Pero le quedaba tiempo para eso? ¿Y si fuera un caso urgente? ¿Algo serio? Quizá tendría que forzar la puerta. Pero eso seguro que no les gustaría ni al gordo ni a la enfermera.

A lo mejor el hombre solo estaba dormido. A lo mejor se estaba echando un merecido sueñecito después de un largo día.

¿En el suelo?

Entonces olió el gas.

Max aporreó lo más fuerte que pudo la puerta. «¡Oiga!», gritó. «¡Oiga!»

El hombre del suelo no se movió. Max dio media vuelta, cogió su mochila y corrió al vestíbulo. La enfermera no estaba. Pulsó cautelosamente el pequeño timbre que había sobre el mostrador, y un único y claro sonido se perdió en el silencio.

Nada.

Volvió corriendo al bungalow 112. ¿Y ahora qué? Se preguntó. Sí, quizá debería forzar la puerta. Había visto eso algunas veces en las películas, pero nunca en la vida real. Tomó carrerilla y lanzó su hombro derecho contra la puerta. Al punto sintió un dolor agudo. Él era demasiado enclenque. Junto a la piscina había una silla de jardín de plástico y fue a buscarla. Luego la alzó por encima de su cabeza y la lanzó estruendosamente contra la puerta. El efecto deseado seguía haciéndose esperar. Apartó a un lado la silla y empezó a dar patadas a la puerta.

«¿Pero qué pasa aquí?», preguntó una voz.

Max dio media vuelta. Detrás de él estaba el gordo de la bata de médico y le miraba furioso.

«¿No lo huele usted?», preguntó Max.

«¿Dónde están tus padres?»

«Huele a gas», dijo Max. Se lanzó otra vez contra la puerta, que, de forma completamente inesperada, cedió. Durante un breve momento, Max se balanceó en el aire, como un astronauta o como el coyote de las películas de dibujos animados. Luego cayó con gran estruendo al suelo.

«La puerta la pagas tú», dijo el gordo.

«¡Ahí», dijo Max señalando la pierna inmóvil en el suelo.

«¡Mosche!», gritó el gordo abalanzándose al interior del bungalow como una vaca salvaje. «¡Despierta, Mosche!»

En algún momento de su vida, a Mosche Goldenhirsch, de Praga, hijo de Laibl y de Rifka y posiblemente del cerrajero de arriba, le vino la inspiración de que era mejor ser un «Zabbatini» que un «Goldenhirsch». Le había costado bastante esfuerzo ser lo uno y dejar de ser lo otro. No es que ahora eso le hubiera servido de mucho. De momento el Gran Zabbatini yacía inmóvil sobre la moqueta. Estaba prácticamente muerto. Y lo disfrutaba mucho. Tenía la impresión de flotar por encima de todo, por encima de Fairfax Avenue con sus residencias para mayores, sus boutiques de segunda mano y sus tiendas de comestibles kosher finos. Bajó la vista hacia el patio interior y sintió una maravillosa e íntima paz. Con cierta sorna vio cómo Ronnie, el voluminoso gerente de la King David, se esforzaba por sacar del bungalow su cuerpo sin vida. Parecía estar ayudándole un muchachito pequeño. Vaya mocoso, pensó Zabbatini. Pero qué más daba. Todo aquello ya no tenía que ver con él. Él era libre.

Se dio la vuelta y quiso volar al oscuro cielo vespertino, pero no llegó lejos. Porque de golpe tuvo la impresión de que alguien lo agarraba de las caderas y tiraba hacia abajo. Agitó los brazos como suelen hacer los pingüinos en los documentales, pero no sirvió de nada. Tampoco les servía de nada a los pingüinos. Eran aves corredoras que no sabían volar.

Él tampoco.

De pronto todo se volvió negro.

El bungalow constaba de una cocina y un dormitorio, y el viejo se encontraba seguramente en el umbral cuando perdió el conocimiento. Con ayuda de Max, el gordo logró sacarlo del todo. Max se quedó con él mientras Ronnie –así se llamaba el gordo– entraba de nuevo y con una llave inglesa cerraba el tubo del gas.

El hombre lanzó un quejido. Debía de tener ochenta y muchos años. Antaño quizá fue un hombre atractivo, pero la edad lo destruye todo. Tenía la cabeza casi completamente calva, las mejillas flácidas, las cejas muy pobladas, la nariz bulbosa. Un rostro triste, marcado por años de frustración. Unas gafas negras de concha colgaban aún de su oreja derecha. Llevaba una camisa hawaiana descolorida y una cadenita al cuello con una pequeña estrella de David. El brazo izquierdo estaba desfigurado y deforme, como una rama nudosa que se separa del árbol.

¡El brazo!, pensó Max, y el corazón le dio un brinco. ¡Tenía que ser él!

Ronnie y Max levantaron al hombre, aún inconsciente, lo depositaron sobre una tumbona que había junto al borde de la piscina.

«¡Mosche!», gritó Ronnie. «¡Despierta!»

El viejo no parecía dispuesto a despertarse.

«A ver si conseguimos que despierte», dijo Max. «A lo mejor tendría usted que darle una bofetada.»

«Pégale tú», dijo Ronnie. «Al fin y al cabo es amigo tuyo, no mío.»

Ronnie no sentía especial afecto por el decrepito anciano. Hacía bastante tiempo que no le pagaba el alquiler.

«¿Yo?», dijo Max. «Si ni siquiera lo conozco.»

«¿No has pegado nunca a nadie?»

En la clase de primer grado Max pegó una vez al pequeño Willie Bloomfield, el gafotas, tras lo cual este había corrido a acusarle ante Mrs. Wolf, pero eso no contaba. Willie era un idiota.

Max negó con la cabeza.

«Es muy fácil, mira.» Ronnie hizo una demostración. La sonora bofetada hizo temblar el cuerpo del anciano como un muñeco.

«Así se hace», dijo Ronnie.

«Okay», dijo Max. Con las puntas de los dedos acarició suavemente la mejilla al viejo.

«Así no», dijo Ronnie. «Más fuerte.»

«A mí me duele el hombro», se disculpó Max.

«Con brío», dijo Ronnie. «Voy a por agua. Vuelvo enseguida.»

Max siguió a Ronnie con la mirada. Se dirigía al vestíbulo contoneándose como un pato. Tal como se movía, daba la sensación de estar satisfecho. Parecía estar en paz consigo mismo. Solo quienes están satisfechos caminan como los patos, pensó Max. Se apartó de la tumbona dando un paso atrás. Recordó los episodios de la antigua serie televisiva *Kung Fu*, que había visto en la tele unos meses atrás. Cómo David Carradine, cuando le obligaban a emplear la fuerza, primero se concentraba y luego pegaba con enorme precisión. Max cerró los ojos y respiró hondo. Después expulsó el aire y pegó al viejo lo más fuerte que pudo. Las gafas que le colgaban salieron disparadas de la oreja y fueron a caer a la piscina con un pequeño chapoteo.

«¡Aaaahh!», vociferó el viejo con indignación.

Abrió los ojos de par en par y miró a Max. Parecía profundamente confuso y desesperado.

Max estaba inmóvil delante de él, con la mano levantada para el siguiente golpe.

Penoso, pensó.

Max carraspeó, dejó caer la mano y, perplejo, se tiró de la camiseta. El viejo tenía ahora la mejilla derecha roja e hinchada. Miró desorientado a su alrededor. Luego murmuró: «Te quiero.»

Se llevó las manos a la cara y rompió a llorar.

Max se arrodilló junto a él y le puso con cuidado la mano sobre el hombro deformado. «Yo...», dijo, «yo también te quiero.»

El viejo alzó la cabeza y miró a Max con incredulidad y desprecio. «¡Si no es a ti!», dijo.

«Yo le he salvado...», se atrevió a alegar Max.

El viejo meneó negativamente la mano. «¿Esto es una *mitzvá*?⁹ ¿Quería yo que me salvaran? Mírame, ¿esto es vida?»

«Pero el gas...»

«¡Ojalá me hubiera muerto!», se lamentó el viejo. «¡La vida es una porquería!»

«Lo siento.»

«¡Debías haberme dejado morir!»

«No volverá a ocurrir», dijo Max. El hombre, pensó, tenía exactamente el acento de la voz del disco.

El viejo se incorporó en la tumbona y contempló pensativo el

resquebrajado suelo de cemento.

Max se levantó silenciosamente. «¿Es usted el Gran Zabbatini?», preguntó. «Calla de una vez. ¡Siempre hablar y hablar!», dijo el viejo.

Max obedeció. Así quedaron ambos un momento ensimismados, y ninguno de los dos notó que Ronnie se acercaba por detrás con un cubo de agua.

Max oyó un fuerte chapoteo y cuando levantó la vista el viejo estaba empapado. Este se reclinó en la hamaca con cara de resignación. Clavó la vista en su camisa hawaiana totalmente mojada, luego se retiró de la cara algunos de sus pocos mechones de pelo.

Ronnie dejó caer el cubo con estruendo.

«Lo siento», dijo.

El viejo dirigió a Ronnie una mirada de reproche. «Me has pegado.»

Ronnie señaló a Max. «Ha sido él.»

«¡Y ahora también quieres que me ahogue!» La voz del anciano se tornó estridente.

«Habías perdido el conocimiento», replicó Ronnie, ya sin saber qué decir.

El viejo hizo un gesto desdeñoso con la mano. «Bueno, qué más da», rezongó. Con visible esfuerzo se levantó de la tumbona y, arrastrando los pies, se dirigió a su bungalow.

«¿Y por qué está rota mi puerta?», preguntó.

«Verá...», tartamudeó Max. Pero el viejo, agotado, le hizo callar moviendo la mano y salpicando así un poco de agua. Max cerró la boca.

«Da igual», dijo el viejo. «Da todo igual.»

«Su cuarto todavía huele a gas», dijo Max.

«¿Y eso qué importa?», preguntó el viejo pasando con cuidado por encima de la puerta rota. «Despiértame cuando haya tortitas», dijo a Ronnie. Luego rebuscó en el bolsillo del pantalón sus pastillas para el corazón. Al fin y al cabo no quería sufrir un infarto.

13. UN ARTISTA

La princesa Ariana se llamaba en realidad Julia Klein y no era de Persia sino de Spandau. Había conocido al Hombre de la Media Luna en el Wintergarten-Varieté de Friedrichstrasse, uno de los cabarets más renombrados de la ciudad.

El Wintergarten estaba en la planta baja del Central-Hotel, y muchas tardes, después de trabajar en la tienda, Julia se apostaba delante de las imponentes columnas de piedra de la entrada, donde un botones en librea abría las puertas de los coches y automóviles, de los que bajaban las damas y caballeros de la alta sociedad berlinesa. Las mujeres llevaban abrigos de visón y sombreros recargados, con plumas de pavo; orgullosas, del brazo de los señores vestidos de frac, atravesaban las puertas de doble hoja ricamente decoradas y desaparecían en la oscuridad. Julia se quedaba allí y miraba. Notaba el calor que salía del interior, las risas y la música. Hasta creía oler el humo de los cigarrillos. Anhelaba poder entrar también alguna vez en aquel mundo elegante. No solo quería huir de la lluvia y del frío sino de su vida entera. Leía una y otra vez los programas anunciados delante del hotel. ¡Parodias! ¡Jazz! ¡Ilusionistas! Y una tarde le pidió prestado a su amiga Beate un vestido que no le sentaba nada bien y entró.

El Wintergarten estaba oscuro y lleno de humo. Camareros de esmoquin y, por su apariencia, atacados de los nervios iban y venían como acosados por el comedor. Cada uno empujaba al otro con malos modos, pues al fin y al cabo aquello era Berlín. Julia, que no estaba habituada a los tacones altos, se dio un golpe en el dedo del pie contra la pata de una mesa, y un camarero rollizo con una gigantesca bandeja le indicó, rechinando los dientes y con gesto de desesperación, un sitio al fondo del local. Julia no podía ver apenas el escenario. Estaba sentada ante una mesa iluminada por una pequeña lámpara de mesa que había de compartir con una pareja que le impedía ver. En el foso de la orquesta, delante del escenario, una pequeña banda de música tocaba una canción de moda: «Ausgerechnet Bananen!» Julia se quedó estupefacta al ver que los músicos eran de piel oscura. A Julia le recordaban los montones de carbón que había en el sótano de la casa de sus padres. Ella

tenía que bajar allí cada día con un cubo y subir las briquetas que mamá necesitaba para encender el fogón de la cocina, de lo contrario el piso estaba helado. ¿Eran hombres de verdad? ¿Eran así los africanos? Imposible. Los africanos, eso lo sabía ella por Wilhelm Busch, llevaban huesos en las narices aplastadas. Tal vez esos músicos eran de Estados Unidos, el país de lo inexplicable. De allí venía la música de última moda, los automóviles de Ford, los cigarrillos Lucky Strike y una bebida efervescente y oscura llamada Coca-Cola. Y posiblemente también personas que parecían carbón. Estados Unidos tenía que ser un extraño país.

Tras varias canciones, se abrieron las cortinas rojas y apareció en el escenario un presentador. Asió un micrófono. Era un hombre bajito y delgado, con fijador en el pelo.

«Señoras y señores», graznó ante el micrófono. «Bienvenidos al Wintergarten. Permítanme que les salude y les anuncie una velada de magia y misterio...»

El conferenciante continuó hablando un rato en ese estilo y anunció al «Gran Kröger». «Les garantizamos que este caballero cambiará su vida para siempre.»

Para Julia no fue una exageración. Cambiaría, en efecto, su vida. Sin embargo, lo que vio aquella tarde no le ofrecía por lo pronto grandes perspectivas. Kröger apareció ante un público poco numeroso que lo recibió con una actitud más bien sarcástica. Pese a ello, sin perder la sangre fría, se inclinaba discretamente y no dejaba de sonreír. Había como una torpeza en su representación que granjeó las simpatías de Julia. Se le despertó en el pecho un instinto maternal y al momento tuvo clara conciencia de que aquel hombre necesitaba su ayuda.

Volvió cada tarde, veía la representación del Gran Kröger y gastaba el dinero que había ganado con su duro trabajo de vendedora. Tenía un plan.

Una noche, tras una representación más que desastrosa, se armó de valor y fue por fin al camerino. En un angosto corredor pasó junto a los carboneros que se estaban lavando la cara. El maquillaje negro se deshacía y caía al lavabo. Por debajo aparecía la piel blanca como el marfil. Julia preguntó dónde estaba el camerino del Gran Kröger. Uno de los músicos señaló con el pulgar hacia atrás.

«Vaya por ahí», dijo con acento berlinés.

¿Es que no cesaban nunca los milagros?

Julia llamó a la puerta. Y así empezó.

«Adelante», dijo Kröger.

Julia entró con timidez e hizo una pequeña reverencia, como le habían enseñado en el colegio de señoritas.

«¿Qué quieres?», preguntó Kröger, cuyo nombre de pila era Rudi.

No la miraba a ella, sino solo su propia imagen en el espejo, estaba desmaquillándose. Ella no sabía bien cómo empezar. ¿Qué iba a decir? ¿Que detestaba su casa y que quería ir a otro sitio? Probablemente no. Pero sabía también que los hombres solían sentirse atraídos por ella y que en tales situaciones lo mejor, muchas veces, era sencillamente no abrir la boca. Cuanto menos dijera, tanto más probable era que recibiera lo que deseaba. Y, en efecto, funcionó también esta vez.

Esa misma noche él la invitó a cenar. Hubo champán y langosta, aunque, eso sí, a crédito. Julia Klein estaba embelesada. E hizo lo necesario para embelesar también a Kröger, al que ella veía como un trampolín para una vida mejor.

Estaba achispada y le habló de su familia. El padre de Julia había luchado en Verdún y ahora trabajaba en una fábrica. Bebía y a menudo soltaba diatribas vulgares que le sacaban los colores a Julia. Imponía férreamente su idea de la disciplina. En ocasiones también alzaba la mano contra su hija. Una vez, le contó en confianza a Kröger, ensució la pared del dormitorio con excrementos, lanzándolos en todas direcciones. Todos pensaron que había perdido el juicio, pero no fue así. A nadie de la familia se le ocurrió pensar que esparcir excrementos era una reacción perfectamente racional ante los sucesos del siglo xx.

Como la mayoría de las personas, Julia no se interesaba en especial ni por la política ni por los excrementos. Todo lo que le interesaba era escapar de su mundo pequeño y deprimente. Le dijo a Kröger que quería marcharse de casa y que un mago tal vez necesitaba una ayudante. Esa noche se besaron bajo las estrellas colgadas del cielo sobre la Puerta de Brandeburgo.

Apenas cinco días después, Rudi Kröger y Julia Klein dejaron atrás sus vidas y sus nombres. Se reinventaron a sí mismos, como el barón Von Kröger –el legendario Hombre de la Media Luna– y la princesa persa Ariana. El asunto del Hombre de la Media Luna fue idea de Julia. Ella sabía que Rudi era veterano de guerra y que muchos veteranos tenían el rostro desfigurado. ¿Por qué no jugar con eso? En una tienda de artículos de pega encontró una

máscara del carnaval de Venecia, un trasto de latón en forma de media luna. A partir de ahora él se haría pasar por un noble de trágico pasado. Rudolf, barón Von Kröger, cuyo rostro había quedado desfigurado para siempre por las pérfidas armas del enemigo.

Kröger se consideraba comprometido con la tradición de los grandes ilusionistas europeos, Bartolomeo Bosco, los Maskelynes y Jean Eugène Robert-Houdin. Julia estaba embelesada con Kröger cuando la inició en la historia de las artes mágicas y cuando la llevó después a su cama. Eso fue a las pocas semanas de su encuentro en el Wintergarten. Era el primer hombre de Julia. En sus sueños ese momento había tenido una enorme importancia, pero en la vida real careció más bien de interés e incluso fue un poco desagradable.

¿Esto es todo?, pensaba. ¿Estamos haciendo el amor?

Apenas había empezado y ya había pasado. Ella se levantó, fue al bidet del pequeño hotel en el que se hospedaban y se lavó con cuidado.

Entre las sábanas, Kröger era cualquier cosa menos un mago, pero para Julia cualquier cosa era mejor que vivir bajo el mismo techo que su padre, con su progresiva demencia, y su madre enferma. Por más que los explosivos ataques de furia de Kröger hacían sudar a Julia. Podía ser suave como un cordero, y al instante siguiente un incidente completamente trivial le provocaba un ataque de cólera. ¡Un auténtico artista!

Julia y él idearon en común una serie ininterrumpida de trucos de magia que fueron perfeccionando a lo largo de cientos de actuaciones. Poco a poco fue tomando cuerpo una estructura que pareció complacer al público. Actuaron no solo en el Wintergarten sino en diversos cabarets de Berlín y su entorno, y, en cuanto ahorraron suficiente dinero, Kröger y Julia compraron una vieja carpa del ejército que, una vez remendada cuidadosamente, convirtieron en carpa de circo. Había nacido el Circo Mágico. Reunieron un pequeño grupo de músicos, acróbatas y domadores para dar el marco adecuado a las actuaciones de Kröger. Y luego empezaron las giras. Fue la mejor época en la vida de Julia. Viajaron por Galitzia, Rutenia Blanca, Hungría y Checoslovaquia.

Y entonces apareció Mosche Goldenhirsch y despertó con su beso a la princesa durmiente.

Ahora Mosche, a la tierna edad de quince años, estaba en el coche de circo de Julia Klein y tomaba té con aguardiente. Su felicidad era inmensa porque estaba con ella. Mosche no lo sospechaba, pero eso no tenía nada que ver con la felicidad. A Julia no se le escapaba que el chico estaba enamorado hasta los tuétanos. Ella acababa de cumplir dieciocho años y disfrutaba llamando la atención de los hombres, a los que después rechazaba por no considerarlos dignos de ella. Pero a Mosche no lo rechazó. No, Mosche era un regalo del cielo. Porque había una cosa del Circo Mágico que ella odiaba como la peste, y era recoger boñigas de caballo. Aquello parecía no tener fin. Hombres y caballos generaban estiércol sin pausa. Y como en el circo todos los demás eran «especialistas de excelente formación», cuyas aptitudes y experiencias los elevaban muy por encima de la tarea de apartar boñigas con una pala, siempre le tocaba a ella esa desagradable faena. Y entonces apareció Mosche. Así que Julia hizo todo lo posible para que Mosche se sintiera a gusto y bien acogido en su coche, que compartía con la señora Arndt, la que controlaba los tickets de entrada a la puerta del circo. No fue necesaria mucha fuerza de persuasión. El pequeño judío sentía adoración por ella.

«Tiene que ser una vida estupenda», dijo Mosche con reverencia, una vez que ella le hubo contado varias hermosas mentiras sobre el circo.

«Cada día es una aventura», replicó Julia, y prudentemente no contó qué clase de aventuras solían ser.

Su rostro era de una belleza que se podría calificar de clásica, con unos profundos ojos gris verdosos. Mosche temió ahogarse en aquellos ojos. El muchacho dejó la taza y fijó la vista en el suelo de madera que tenía a sus pies. Julia sabía muy bien lo que ocurriría a continuación.

En la estufa crepitaba un fuego que calentaba agradablemente la pequeña carreta. Estaba llena de ollas y sartenes y de todo lo que se necesita para la vida diaria. Mosche miró alrededor. Vio el tocador de Julia, sus vestidos colgados en el armario, las máscaras y accesorios, los sacos de heno sobre los que la señora Arndt y ella dormían por las noches, los programas multicolores fijados en el espejo. En resumen, estaba entusiasmado.

«¿Cree usted que yo podría unirme a su circo?», preguntó con timidez.

Ella miró en otra dirección. Era importante no parecer excesivamente entusiasmada.

«No lo sé», dijo en un susurro. «Habría que preguntar al jefe.»

El jefe estaba con su gente en medio del circo vacío. No estaba satisfecho. Uno de los trucos no había funcionado bien: cuando la princesa había salido de la maleta, el público se había reído. Eso quería decir que o bien la casa ConradiHorster había cometido un error, cosa improbable, o bien la maleta estaba mal colocada y algunos espectadores habían podido ver la zona prohibida. Von Kröger echaba justamente una bronca a todo el equipo reunido, cuando Julia y Mosche se acercaron a él.

«¡Cariño!», dijo Julia con su áspera voz que siempre volvía completamente loco de deseo al Hombre de la Media Luna. A Mosche también le volvía loco. Julia tenía el cuerpo esbelto y grácil de una bailarina, aunque en el fondo era pesada y torpe de movimientos. Su pelo corto y rubio estaba aún revuelto y en punta, lo que le confería un aire picaresco. Llevaba unas enaguas blancas que había elegido estratégicamente, pues acentuaba sus pechos. Además calzaba botas altas de goma porque la vida del circo no era un pícnic y uno pisaba todo género de cosas. Se había quitado de la cara el sudor, el maquillaje y los polvos y daba lascivas chupadas a un cigarrillo.

«Cariño», repitió.

Von Kröger se dio media vuelta y la miró. «Los espectadores te han visto. En la maleta.»

Ella se encogió de hombros con indiferencia. «Pues yo lo he hecho todo como siempre.»

«Ya lo sé, bonita», dijo el barón con voz acariciadora. «No es culpa tuya.»

Vista de cerca, su máscara brillaba de un modo misterioso. El maquillaje blanco, mezclado con el sudor, se le escurría por el rostro. Solo ahora reparó el Hombre de la Media Luna en el chico.

«¿Quién es este?», preguntó.

Julia sujetó a Mosche por los hombros y lo empujó hacia Kröger. «Lo he encontrado yo, se había escondido detrás de la carpa. Quiere unirse a nosotros.»

El barón contempló al joven. Olía a sudor viejo y a aguardiente nuevo.

Mosche tuvo miedo de aquel hombre. Respiró conteniendo el aliento.

«¿Quién eres tú?»

«¡Señor!», exclamó Mosche. «He dejado a mi padre para unirme al Circo Mágico.»

«¿Eres judío?»

«Lo era...», dijo Mosche con voz temblorosa.

Pero Von Kröger hizo un gesto de rechazo con la mano. «No me cuentes nada. Estamos en el circo. Somos todos iguales.»

Mosche nunca había oído eso. «¿En serio?»

«Sí, en serio. ¿Sabes recoger mierda con la pala?»

«¿Yo?»

«Sí, tú. ¿Ves a alguien más aquí?»

«¿Es usted un barón de verdad?», le preguntó Mosche tímidamente.

«En el teatro», replicó Von Kröger, «todos son nobles. Somos artistas y no hay nada más noble que el arte.»

Eso tenía sentido, pensó Mosche.

«¡Horst!», gritó Von Kröger. Un viejo que llevaba una escoba y estaba barriendo entre las filas de asientos levantó la vista. «Este chico quiere saber lo que eres.»

«Un artista», gritó Horst con voz cascada. Luego siguió barriendo.

«¿Lo ves?», dijo el barón. «El hombre que barre el suelo es un artista. Aquí todos somos artistas.»

Mosche apenas podía contener su excitación. «¡Yo también quiero ser artista!», dijo.

Von Kröger sonrió y le entregó una pala.

«Bienvenido, maestro», dijo.

14. MIL LUCES

Max Cohn y el decrepito anciano estaban sentados en un rincón de Canter's Deli, en Fairfax Avenue, y tomaban bocadillos de rosbif, patatas fritas y tortitas. Era poco después de las diez, pero en Canter's había como siempre gran animación. La sala tenía una iluminación amarilla y naranja, y el arrugado rostro del viejo causaba una impresión casi inquietante con aquella luz. Los bancos estaban tapizados de piel sintética. Sobre la mesa beige, además de los montones de comida, había frascos de mostaza y de ketchup. Entre las voces de los otros clientes se podía oír el ruido de los cocineros y los camareros procedente de la cocina.

Max bebía una Coca-Cola. El viejo sacaba los trozos de cebolla del bocadillo y los iba poniendo sobre la mesa junto al plato. Sacudía contrariado la cabeza.

«Cuando como cebollas», masculló, «tengo que pedorrear.»

«Pues vaya», dijo Max.

«Cebollas», repitió con tristeza el viejo. «Cebollas por todas partes.»

Max bebía a sorbos su Coca-Cola. «¿Es usted mago?»

Su interlocutor pasó por alto la pregunta. Levantó la rebanada superior de pan de centeno y miró con recelo el interior del bocadillo. Una camarera mayor con una bata amarilla llegó arrastrando los pies a la mesa y suspiró con dramatismo. Su pelo estaba teñido de rojo haciendo juego con el lápiz de labios. Llevaba sombra de ojos azul y tenía una enorme pechera colgante. Con la mano izquierda se apoyó en la mesa, con la otra rebuscó en el bolsillo de la bata hasta que encontró su lápiz y su bloc de notas.

«Mi cadera no mejora», dijo.

«¿Por qué hay cebolla en mi bocadillo?», preguntó el viejo. «¿Qué porquería es esta?»

«¡Cuidado con esa lengua!», le increpó la camarera. «¡Hay niños delante!» Luego añadió melosamente: «¿Desean alguna cosa más los señores?»

«¿Por qué la gente pone siempre cebolla en todas partes?» Al parecer no estaba dispuesto a abandonar el tema.

«A la gente le gusta la cebolla. A la gente normal. ¿Quiere usted un café o

alguna cosa más?»

«¿Café?», dijo indignado. «¿Para que no duerma en toda la noche?»

«Era solo una pregunta», dijo la camarera.

Max no comprendía cómo podía permanecer tan tranquila. A él el comportamiento del viejo le resultaba enormemente penoso. Pero por lo visto esos modales eran habituales en Canter's.

«¡Café!», dijo el viejo despectivamente. «¡Qué porquería; anda, largo!»

La camarera puso la cuenta sobre la mesa y se marchó.

Max repitió su pregunta: «¿Es usted mago?»

El viejo sacudió la cabeza. «No.»

Max había perdido la seguridad. ¿Habría dado con el hombre equivocado? ¿Qué pasaba con el brazo mutilado que Luis, más conocido como Wacky el payaso, había mencionado?

«¿Conoce usted Hollywood Magic Shop? El dueño se llama Luis.» Como no hubo reacción alguna, Max añadió: «Luis también es mentalista. Me ha dicho que piense en una hortaliza...»

«¡Otra vez esa estupidez!», dijo el viejo en voz alta. «¡Déjame en paz de una vez!»

«¡Así que de verdad usted no es mago?»

«¡Mírame! ¿Te parece que tengo aspecto de mago? ¡Soy un viejo decrepito! ¡Quiero morir! ¡Pero no, él tuvo que salvarme!»

Max abrió su mochila y sacó el disco. «Este es igual que usted.»

El viejo apenas prestó atención al disco. Se metió en la boca un pedazo de tortita. Finalmente de mala gana y con la boca llena lo admitió: «Sí, ese soy yo.»

«¡Así que es usted mago!»

El viejo sacudió la cabeza. «Bueno, lo fui. Ahora estoy jubilado. Así que no se hable más del asunto.»

«Verá», empezó Max, «tengo un problema. Y confiaba en que usted me ayudara.»

«Yo no ayudo.»

«Se trata de mis padres», prosiguió Max imperturbable. «Van a divorciarse.»

«Eso está bien», dijo el Gran Zabbatini. «¿Sabes por qué es tan caro el divorcio?»

Max negó con la cabeza.

«Porque cada céntimo que se gasta en él está bien empleado», dijo Zabbatini con una risita.

Max podía ver la tortita masticada que tenía en la boca. Por alguna razón, aquella conversación no tomaba el rumbo que él había esperado.

«Pero yo no quiero que se divorcien.»

«Y yo quiero que mi caca huela como el oro.»

Max hizo un último intento. «En el disco hay una fórmula mágica. Amor eterno. Yo quería oírla y luego... aplicarla. Pero el disco está rayado. Yo pensé... Yo esperaba...» Se quedó callado. Luego recobró los ánimos: «Yo confiaba en que usted pudiera decirme la fórmula mágica, o lo que fuese necesario, para que mis padres se enamoren otra vez, para que mi padre vuelva a casa.»

Zabbatini clavó la vista en Max. Luego le apuntó con el tenedor y dijo: «No he oído en toda mi vida una estupidez como esa.»

Max enrojeció. Guardó silencio. Luchaba por contener las lágrimas.

Entonces Zabbatini dijo: «Zanahorias.»

«¿Qué?»

«La hortaliza en la que pensaste. Zanahorias, ¿no?»

Max se enjugó furtivamente una lágrima del ángulo del ojo. «¿Cómo lo sabe?»

«Todos dicen la misma. Siempre zanahorias. Es lo primero en lo que se piensa. No tengo ni idea de por qué. Es un truco viejísimo.»

Max asintió admirativamente y Zabbatini insinuó una pequeña reverencia. Una sonrisa le pasó rápidamente por la cara, y durante un instante pareció varios años más joven y no tan desabrido como un momento antes.

«Hábleme de usted», dijo Max, que quería aprovechar el favor del momento. «¿Cómo llegó aquí?»

Zabbatini lo miró desconcertado. «A pie. Tenía hambre.»

«No, no aquí a Canter's», dijo Max. «A Estados Unidos.»

«Ah», dijo Zabbatini. «Vine con el ejército de Estados Unidos.»

«¿Era usted soldado?»

«No.» Sacudió la cabeza. «Era prisionero.»

Max se quedó espantado. «¿Hizo usted algo malo? ¿Era un gángster?»

«Qué va», replicó Zabbatini con aspereza. «Era judío.»

«¡Yo también!», dijo Max lleno de alegría por tener ambos algo en común.

«En aquella época», prosiguió Zabbatini, «no era bueno ser judío.»

Max asintió. Algo parecido había oído decir a su abuela.

Zabbatini habló del día de la liberación. Era el 27 de enero de 1945, un día que él no olvidaría jamás. Le habían metido, como a tantos otros, en un campo de concentración. En aquel entonces Zabbatini era joven aún y apto para el trabajo, eso le ayudó a sobrevivir. Eso, y mucha buena suerte.

«Luego llegó el Ejército Rojo», dijo Zabbatini tomando otro trozo de tortita.

«¿Quién?», preguntó Max.

«¿Quién? ¡Los rusos!», exclamó Zabbatini.

En los últimos días de la guerra Zabbatini enfermó de disentería y yacía sin fuerzas en la barraca. Tenía una diarrea horrible y pensaba que ya se acercaba el final. A más tardar la próxima vez que pasaran revista por la mañana y él no apareciera se acabaría todo para él. Lo matarían de un tiro como a un perro. Pero ya no volvieron a pasar revista. Zabbatini yacía en la barraca, febril y lloriqueando, y cuando levantó la vista, había delante de él un hombre con un uniforme desconocido.

«Aquel hombre parecía un chino», dijo Zabbatini.

«¿Un chino?», preguntó Max. «Pensaba que era un ruso.»

«Y lo era», dijo Zabbatini. «Un ciudadano soviético de Mongolia o de donde fuera. Uno de los hombres nuevos. Rusia es un país inmenso.»

Max asintió.

Zabbatini volvía ahora a verlo todo ante él, la barraca apestosa, su catre de madera, el hombre gigantesco uniformado que le había hecho un gesto con la mano. Solo había dicho una palabra: «*Tovarich.*»

«¿Qué significa eso?», preguntó Max.

«Eso es ruso», explicó Zabbatini. «Significa “amigo”.»

En ese momento supo que estaba salvado. Una sensación de felicidad como raras veces había conocido invadió su cuerpo. Los rusos le llevaron a un hospital de campaña y le dieron medicinas y hasta sopa. A los pocos días se había recuperado. Pasó varias semanas más en un campamento para desplazados, luego se dirigió hacia el oeste. Fue un viaje largo y fatigoso. Alemania era un campo de ruinas.

En las proximidades de Hannover vio colgado de un árbol el cadáver de un hombre. Le repugnaba mirarlo, sin embargo observó detenidamente a aquel hombre. Sin duda llevaba ya unos días colgado del árbol. Zabbatini casi se

había desmayado de horror. Aunque los cuervos ya le habían vaciado los ojos, reconoció al hombre.

Luego oyó una voz a sus espaldas:

«*You know him?*»

Zabbatini se dio media vuelta. Frente a él había un comandante del ejército estadounidense, abrochándose el pantalón. A unos metros de distancia había un jeep aparcado. Por lo visto, el hombre acababa de echar una meada. En el jeep había dos soldados más que se repartían un cigarrillo.

Zabbatini asintió. Tenía que luchar contra las náuseas. El cadáver olía intensamente a putrefacción.

«*Who is he?*», preguntó el comandante.

«Un comisario», dijo Zabbatini.

«*A policeman?*»

Zabbatini asintió.

«*A nazi?*», preguntó el comandante.

Zabbatini asintió inseguro. Sí, en rigor, el hombre había sido un nazi. En rigor. Se dio media vuelta. Ver aquel muerto le infundía infinita tristeza. Él le había tenido afecto.

«*What was his name?*»

«Erich Leitner. Yo le ayudé a capturar a un asesino.»

«*You're a policeman, too?*», preguntó el comandante.

Zabbatini negó con la cabeza. «Soy mentalista.»

«*A what?*», preguntó el comandante.

Zabbatini le explicó que poseía la misteriosa capacidad de leer los pensamientos de otras personas. El comandante era escéptico.

«¿Tiene usted un bloc?», preguntó Zabbatini. «¿Y un lápiz?»

«*Sure*», dijo el comandante.

«Piense en una hortaliza. En una cualquiera. Escríbala...»

La conversación fue animándose poco a poco; Zabbatini contó más anécdotas de su vida. Max sabía que a los viejos nada les gusta más que hablar de su pasado. Vivían en el pasado, porque su limitado futuro ya solo contenía andadores de ruedas, orinales de cuña y dolorosas artritis.

Zabbatini contó a Max cómo había emigrado a Estados Unidos.

«El comandante Forman me ayudó mucho.» Se comió otro trozo de tortita,

su mirada se tornó soñadora. Dijo con orgullo: «¡Después de la guerra fui coronel del ejército estadounidense! Tenía incluso un uniforme. Muy chic. Muy verde.»

Max estaba impresionado. «Cool», dijo. «¿Y qué hacía usted?»

«Detectaba comunistas.»

«¿Qué?»

«Comunistas. Yo tenía que encontrarlos.»

«¿Y qué es un comunista?»

«Un comunista es uno que sueña con un futuro mejor.»

Max se rascó la cabeza. «No lo entiendo.»

«Yo tampoco. Pero está prohibido.»

«¿El futuro mejor?»

«El comunismo.»

Zabattini explicó que después de su encuentro con el comandante en Alemania había trabajado para el ejército estadounidense leyendo el pensamiento. Tenía que encontrar a comunistas infiltrados. En contrapartida obtuvo un uniforme y un grado militar, un sueldo fijo y, *last but not least*, la nacionalidad estadounidense.

En 1948 viajó a Nueva York.

«No puedo describirte», dijo a Max, «lo que fue ver por primera vez la Estatua de la Libertad. Llegué de Hamburgo, en barco. Cuando arribamos a Nueva York, era de noche. Hacía mucho frío y mucho viento. ¡Y qué lluvia! Pero todos nosotros, lo mismo jóvenes que viejos, enfermos o sanos, todos subimos a cubierta para verla.»

Se quitó las gafas y las secó con una servilleta.

«¡Maravilloso! Manhattan como un diamante en la oscuridad. Miles de luces brillando en la niebla. Y la estatua... era como si nos prometiera algo.»

«¿El qué?»

Zabattini se encogió de hombros. «Un futuro mejor.»

«¿La Estatua de la Libertad también es comunista?», preguntó Max.

Zabattini negó con la cabeza. «No, no, no es eso. Cuando la vi, solo pensé: Ahora hay un poco más de libertad y algunos nazis menos.»

Hizo una pausa, como si viera el pasado ante él en un sueño del que no quería despertar. Luego contó a Max cómo tomó parte en el «proyecto MK-ULTRA».

«¿Qué proyecto era ese?», preguntó Max.

Zabbatini se dio unos golpecitos en las sienes. «Control del pensamiento. CIA. Un proyecto secreto para dominar a los tontos.»

«¿Control del pensamiento?»

«Sí», dijo Zabbatini.

«¿Y eso funciona?», quiso saber Max.

«¡Claro que no, tontainas! Por eso me marché de la CIA y me fui a la cadena de televisión CBS.» Dio unos sorbos a su té helado y dijo: «Todo es absurdo. Trucos estúpidos. No existe la magia. Tu padre no volverá y tú no puedes hacer nada. Ahora, paga la cuenta. Quiero marcharme de aquí, tengo que ir al retrete.»

Max preguntó con voz ahogada: «¿De verdad que no puede hacer nada?»

Zabbatini negó con la cabeza. «Nada.» Dio unos golpecitos en la cuenta con la punta de los dedos. «Dinero», dijo.

Max miró asombrado el papelito. ¿De verdad tenía que pagar él? Estaba acostumbrado a que las personas mayores lo pagaran todo. Cautelosamente cogió la cuenta, como si tuviera miedo de una enfermedad contagiosa. Luego dijo: «No tengo tanto dinero.»

«¿Qué?», gritó Zabbatini. «¿Me traes aquí a cenar y luego no tienes dinero?»

«Yo no le he traído a usted aquí», dijo Max.

«¡Fue idea tuya!»

«Usted quería tortitas.»

«¡Claro! ¿Quién no quiere tortitas? Yo quiero siempre tortitas. Tortitas y mujeres.»

«Pero yo no puedo pagarlo.»

Zabbatini le miró y dijo: «Ese no es mi problema.»

Dicho eso, se levantó y salió tranquilamente del restaurante. Max se quedó atrás preguntándose qué podía hacer. Tenía cinco dólares escasos, no era suficiente. Tras unos segundos de angustiosa reflexión, hizo lo único que parecía tener cierto sentido.

Max sentía cómo le latía el corazón en el pecho. Miró a la camarera. Cuando ella se dio media vuelta, él se levantó de un salto del banco de piel sintética y corrió lo más deprisa que pudo hacia las puertas vidrieras.

No llegó lejos. Las manos de la camarera le sujetaron por los hombros.

«¿Adónde vas?», preguntó. Le hacía daño con el puño que lo tenía agarrado.

Max enrojeció. «Yo... yo solo quería respirar aire fresco.»

«Primero se paga», dijo. «¿Dónde está el viejo?»

Max miró al suelo enlosado. «Se ha marchado.»

«¿Se ha marchado? ¿De modo que pagas tú o qué?»

Max empezó a tartamudear y a jadear. Al final admitió: «No tengo bastante dinero.»

«Ajá», replicó la camarera.

Max creyó notar un tono sarcástico en su voz.

«Comer bocadillos de rosbif y tortitas y luego no tener dinero. ¿Dónde están tus padres?»

Max empezó a explicarle que él se había marchado de casa para conseguir que un ilusionista, que entretanto ya se había jubilado, embrujara a sus padres con un sortilegio amoroso, pero al cabo de unos segundos ella ya no le escuchaba. Llamó al gerente, un hombre huesudo de mediana edad de espesas cejas y con una camiseta amarilla de Canter's. Nada más empezar el interrogatorio, Max se derrumbó y dio el número de teléfono de su madre. Max se quedó como rehén en el despacho del gerente. El cuarto estaba lleno de fotos antiguas y de pilas de papeles. Sobre una de las pilas había un teléfono antiguo negro con disco para marcar. Por lo visto, en Canter's el tiempo se había detenido. El gerente marcó el número y pasó el auricular a Max. Su madre se puso al primer timbrazo.

«¿Diga?» Su voz denotaba pánico.

«Mamá, soy yo, Max.»

Se oyó un suspiro. ¿Estaba furiosa o aliviada?

«¿Dónde estás?», preguntó con voz chillona. «¡Estaba muerta de preocupación! ¡Te voy a matar!»

«Estoy en Canter's», dijo Max.

«Canter's», gritó incrédula. «Pero por amor de Dios, ¿qué haces tú en Canter's?»

«He tomado un bocadillo de rosbif», le explicó Max. «Y tortitas.»

Ella tardó varios minutos en tranquilizarse. Temblaba de furia. Prohibió a Max salir de su cuarto durante las dos semanas siguientes. «¡Y ni internet ni televisión!» Luego hubo negociaciones con el gerente de Canter's sobre los detalles de la entrega del rescate. Mamá anunció que llegaría enseguida, que pagaría la cuenta y recogería al rehén. El gerente devolvió el auricular a Max,

pero mamá ya había colgado. Max colocó el auricular en la horquilla y maldijo al viejo loco del mago.

15. LA HERMOSA MENTIRA

Mosche Goldenhirsch vio enseguida con claridad que el mundo del circo era mucho más duro de lo que había imaginado al principio. Sin embargo, le gustaba. Aquella vida nómada y aquella gente eran de su agrado. Solo a veces, en las calladas horas nocturnas o poco antes del amanecer, surgía ante sus ojos el rostro de su padre, y se imaginaba a aquel hombre, pobre y solitario, caminando por Praga y buscando a su hijo perdido. Así que le escribió una carta en la que le pedía perdón por haberle abandonado, pero también le explicaba que él había buscado una vida propia y que por fin la había encontrado. Se había apartado de una vez para siempre de su judaísmo, le decía, y seguía la senda que le había sido asignada.

Mosche no podía imaginar lo que para su padre debían de significar esas palabras. Porque con ellas había rechazado todo lo que el rabí consideraba justo y verdadero en este mundo, había alejado de sí el núcleo de todo lo bueno, y apartado de su corazón la luz de Dios. Cuando la carta llegó a manos de Laibl, este leyó aquellas líneas con dedos temblorosos y ojos llenos de lágrimas, luego se derrumbó con un grito que salía de lo más hondo de su alma. En su mirada y en su corazón se abrieron oscuros abismos. Tras las semanas de taladrante preocupación, nada habría podido dolerle más que aquella apostasía. Durante aquel tiempo el rabí se había puesto viejo y gris por la tristeza, y con ademanes maníacos y precisos rompió la carta en mil pedazos que quemó en la estufa. Laibl sabía que desde aquel momento ya no tenía hijo alguno.

Mosche gozaba en cambio de su nueva vida secular. Además del barón y de Julia, su ayudante, la compañía del circo constaba de los cuatro músicos, de la señora Arndt, la mujer que controlaba los tickets de entrada y que también guisaba y se encargaba de la ropa, de un payaso huraño y fumador empedernido llamado Siggy, de una equilibrista dada a la bebida llamada Hilde, de un domador de leones que se llamaba, irónicamente, Löwitsch,¹⁰ y del artista Horst, que se encargaba de las burdas tareas que los otros consideraban muy bajas para ellos.

Y ahora estaba Mosche, el pequeño judío que cada día era menos judío.

Julia, que le había tomado bajo su protección, le dio unos pantalones anchos, una chaqueta vieja y le cortó el pelo. Los delicados dedos de Mosche, hasta entonces habituados solo a pasar las hojas de la Sagrada Escritura, se endurecieron y se llenaron de callosidades, cosa de la que él estaba muy orgulloso. A cada paletada de boñigas de caballo le dolían los músculos, pero a los pocos meses el pequeño *bocher*¹¹ de Praga se había vuelto casi irreconocible. Era más alto, más fuerte y más seguro de sí mismo. Ya no era un adolescente, era un hombre.

Solo una cosa molestaba al barón: su nombre. «Mosche suena tan... tan distinto.»

Mosche se encogía de hombros. «¡Pero si es mi nombre!»

«Los nombres son una vacuidad, no tienen la menor importancia, y sin embargo son fundamentales, son la esencia de todo. Mosche Goldenhirsch», murmuró Von Kröger, «¿qué clase de nombre es ese?»

«El mío», dijo Mosche algo intimidado.

Estaban en el coche del barón, un gran vagón revestido de caoba. En su interior había una estufa y hasta un retrete particular que había de ser vaciado a diario. Von Kröger se arrellanó en su blanda butaca roja fumando en pipa. Julia alimentaba la estufa. Las llamas se reflejaban en la máscara del barón. Removió en la taza de té, se metió en la boca un trozo de azúcar candi, lo mordió y sorbió el té. Mosche nunca había visto a nadie a quien le gustara tanto el azúcar como al Hombre de la Media Luna.

«Tu nombre es tu verdadero yo», explicó Von Kröger. «Es lo primero que los espectadores saben de ti. Tu nombre ha de indicar quién tienes la intención de ser, quién eres de verdad.»

«Yo soy Mosche Goldenhirsch.»

«No, no lo eres. Te has unido a mi circo para no tener que ser ya Mosche Goldenhirsch. Puedes ser lo que quieras. La cuestión es solo: ¿qué?»

Mosche no había reflexionado sobre eso. Miró a Julia, cuyo bello rostro estaba caldeado por el brillo del fuego. ¿Qué quería ser él? Su amante, eso lo tenía claro, sin embargo en ese aspecto no había hecho progresos. Tampoco tenía la menor idea de cómo podría hacerlos alguna vez. Así que solo dijo: «No lo sé.»

«¡Entonces piensa en ello!», le espetó Von Kröger. «No querrás recoger estiércol de caballo a perpetuidad, ¿no?»

Mosche sacudió la cabeza. «Quiero ser mago.»

Julia sonrió.

«Mago.» El barón frunció el entrecejo. «¿No podrías ser payaso?»

Mosche negó con la cabeza. «Quiero ser como usted.»

El Hombre de la Media Luna asintió aplacado. «Comprendo. Quieres ser mi aprendiz.»

«Sí.»

El barón arrojó una moneda a Mosche. Mosche la atrapó en el aire.

Von Kröger hizo un gesto de aprobación con la cabeza. «Otra vez.»

Le arrojó la moneda varias veces más, y Mosche la cogió al vuelo cada vez.

«No está mal», dijo el barón. «Enséñame las manos.»

Mosche le presentó las manos extendidas. Von Kröger las asió y tirando de ellas acercó a Mosche más a él. Con bruscos movimientos inspeccionó sus dedos y las palmas de las manos. «Bueno, vale», murmuró, y de un empujón apartó otra vez a Mosche. «Esto basta. Reflexionaré al respecto. Pero...» Levantó el dedo índice. «Eso quiere decir también que seré yo quien elija un nombre para ti.»

Como Mosche le miraba perplejo, el barón explicó: «Es costumbre, desde tiempos inmemoriales, que el noble caballero elija el nombre de su fiel escudero.»

«¿Ah sí?», dijo Mosche, que nunca había oído hablar de eso.

«¿Es tal vez eso el tenue olor a rebelión que se percibe en mi cuarto?»

«Yo no huelo nada», dijo Mosche.

«Tú no serás bolchevique, ¿verdad?»

Mosche sacudió la cabeza.

El barón se mostró de acuerdo con un gesto. «Dame un masaje en los pies», dijo a Julia. Esta se arrodilló junto a la butaca en la que estaba arrellanado Von Kröger y tiró de su bota de montar derecha. Tuvo que hacer bastante fuerza, pero por fin venció la voluntad, y la bota se desprendió del pie del barón con un satisfactorio sonido a hueco. Un olor se difundió por el cuarto, pero no el de la rebelión.

«Algo persa», dijo el Hombre de la Media Luna pensativo.

«¿Persa?», preguntó Mosche. «¿Por qué persa?»

«Ya tengo una princesa persa», explicó el Hombre de la Media Luna. «Quizá seas tú su hermanastro retrasado.»

Mosche no dijo nada. No estaba seguro de si quería ser un hermanastro

retrasado.

«Vivimos en unos tiempos extraños, amigo mío. Los nazis ganaron las elecciones el año pasado.»

Mosche había oído hablar de ello. Sabía que no eran tiempos oportunos para ser judío. Por todas partes propaganda, por todas partes difamación. Sin embargo allí, en el circo, se sentía seguro, le parecía que el mundo exterior no podía causarle daño alguno.

«Ellos se consideran descendientes de las tribus arias. De Persia.»

«¿Y lo son de verdad?», preguntó Mosche.

«Claro que no. Son primitivos porquerizos. Pero son también nuestro público, y si nuestro público quiere oír que descende de príncipes, entonces descende de príncipes.»

Mosche asintió. Había que dar al público aquello que deseaba.

«Pero», prosiguió el Hombre de la Media Luna, «los verdaderos príncipes de Persépolis están exactamente aquí, en este cuarto.»

«¿Quién...?»

El Hombre de la Media Luna hizo un amplio ademán que abarcaba a todos los presentes. «Nosotros», dijo. «Nosotros somos los arios.»

Mosche le miró perplejo.

«Somos magos, ¿no es cierto?», dijo el barón. «Y los primeros de nuestro gremio fueron los *magi*, los pontífices de Persépolis.»

Eso alegró a Mosche. En el espacio de pocos minutos había avanzado de hermanastro retrasado a pontífice.

«Nosotros somos sus descendientes, al menos en el espíritu. Somos los portavoces de los dioses y los guardianes de una verdad secular.»

«Sí», dijo Mosche excitado. «¿Qué clase de verdad?»

«La verdad de las mentiras.»

«¿Cómo pueden ser verdad las mentiras?»

«¿Por qué no? Los hombres desean que los engañen. Quieren creer en algo más grande. Pero nosotros les damos algo más pequeño, solo por eso vuelven. La magia es una mentira maravillosa.»

Cuando unos días después el Circo Mágico se hallaba estacionado en Wurzburg y Mosche sacaba el estiércol de la jaula del león –Luis el León era un animal viejo y casi desdentado que, tras años de cautividad, solo se

interesaba por su próximo sueñecito—, el muchacho vio de pronto que el Hombre de la Media Luna le miraba a través de los barrotes.

«Eh, pequeño», dijo el barón. Por su camisa abierta se le veía el gran vientre rosado. La máscara tenía un brillo mate a la pálida luz de la mañana. Fumaba su pipa y se balanceaba ligeramente.

«¿Sí?», dijo Mosche.

«Ven acá», ordenó el Hombre de la Media Luna. Mosche salió de prisa de la jaula, con la pala de estiércol en la mano izquierda. Era todavía temprano, el joven día estaba nublado y gris. Von Kröger probablemente acababa de levantarse y tenía la correspondiente modorra. Mosche oía graznar a los cuervos del bosque cercano. El viento le sacudía la ropa.

«¿Qué día es hoy?», preguntó el Hombre de la Media Luna.

«Sábado», dijo Mosche.

«¿No atenta contra tu fe el limpiar el estiércol de las jaulas en sábado? ¿En el sagrado sabbat?»

Mosche se encogió de hombros. «Yo no tengo ninguna fe.»

El barón sonrió. Por lo visto esa había sido la respuesta correcta. «Arrodíllate», dijo.

Mosche le miró y parpadeó varias veces.

«¡Arrodíllate!», vociferó de pronto el Hombre de la Media Luna. «¡Soy tu señor feudal!»

Intimidado, Mosche cayó de rodillas en el duro y frío barro.

«Dame la pala», dijo Von Kröger.

Mosche hizo lo que le mandaban. El barón levantó la pala y la mantuvo muy cerca de la cabeza de Mosche. El chico se puso nervioso. ¿Qué quería decir aquello? ¿Quería el barón golpearle en la cabeza? Y si era así, ¿por qué?

«Repite mis palabras», dijo el Hombre de la Media Luna en tono solemne. «Yo, un mago, juro...»

«Yo, un mago, juro...», repitió Mosche.

«... no revelar nunca a un mortal el secreto de una ilusión...»

«¿A un mortal?»

«Calla y repite», ordenó el barón.

Mosche repitió obediente las palabras.

Cuando el largo juramento hubo terminado, el Hombre de la Media Luna levantó con gesto solemne la pala y golpeó ligeramente con ella a Mosche en

cada hombro y finalmente en la cabeza. Mosche estaba exultante. Había sido ennoblecido. ¡Allí, en el barro! ¡Era un mago!

«A partir de ahora...», el barón sacó una petaca plateada, se la llevó a los labios, bebió y eructó, «... te llamas Zabbatini. Así te conocerá el mundo.»

«¿Cómo?», preguntó Mosche.

«Zabbatini», repitió el Hombre de la Media Luna. «Como el sabbat, solo que con un “ini” al final y una “Z” al principio. No está mal, ¿no?»

«No estoy muy seguro», murmuró Mosche rascándose la cabeza.

«¡Cierra el pico!», rugió Von Kröger. «Eso es brillante. ¡Ingenioso! Y suena a persa.»

«Si usted lo cree...»

«Claro que lo creo, condenada basura», dijo el Hombre de la Media Luna; arrojó la pala en el barro y se marchó haciendo eses.

Mosche Goldenhirsch, a quien el mundo conocería desde entonces con el nombre de «Zabbatini», seguía arrodillado en el barro.

16. EL CREYENTE

Zabbatini regresó a la residencia de mayores, con un humor sombrío pese a las ricas tortitas que le había ofrecido el pequeño idiota. Estaba harto de la vida. Ochenta y ocho años tenía a sus espaldas el Gran Zabbatini, y aunque su cuerpo decaía visiblemente, su espíritu seguía tan despierto como siempre. Ese era para él el mayor desengaño, la traición de su cuerpo. Tenía la sensación de que le habían puesto pesas en los tobillos, cada articulación crujía como una bisagra vieja. Todo le dolía, arrastrarse así por la vida no era sino pura fatiga. No quería seguir. La llave del gas no la había abierto por equivocación. Todo lo que en los últimos tiempos le causaba aún cierta ilusión eran el whisky y los concursos de la televisión. La mayor parte del tiempo estaba borracho. ¿Qué le esperaba aún en la vida? Como mucho, incontinenencia y cáncer.

En aquel momento, sin embargo, en el vestíbulo de la King David le esperaba una desagradable sorpresa. Ronnie, el gerente, estaba sentado detrás del mostrador y le miraba fijamente. Sostenía en alto una hoja de papel.

«¿Cómo ha sido lo del gas esta mañana?», preguntó Ronnie con sarcasmo.

«Déjame en paz», dijo Zabbatini, su réplica habitual cuando alguien osaba dirigirle la palabra.

«¡La puerta la pagas tú!», dijo Ronnie.

«¡Es un milagro que siga con vida!», gritó el viejo. Amenazó con demandar a la King David por el «escape» en el tubo de gas, pero eso a Ronnie no le causó la menor impresión. Insistió en que Zabbatini había de pagar la puerta rota. Se había comprobado que alguien había quitado la válvula del gas. Ronnie tenía una clara sospecha.

«¡Yo solo he girado la ruedecita!», se defendió el viejo.

«¡Tú has quitado la ruedecita!»

«Ese chisme de plástico se había caído, ¿cómo va a ser eso culpa mía?»

Ronnie puso sobre el mostrador la hoja de papel que había agitado en el aire. Era una orden de desalojo. A Zabbatini le quedaban veinticuatro horas para buscarse otro albergue.

El viejo apartó a un lado el escrito con un cansado movimiento de mano.

Por qué no me dejáis en paz, pensaba. Arrastró los pasos hasta su bungalow y quiso cerrar la puerta, pero allí ya no había puerta. En el suelo quedaban algunas astillas. Echó mano a una botella de whisky y se dejó caer en la butaca.

Quiero morir, pensó Zabbatini llevándose la botella a los labios.

Pese a las dudas de Deborah al comienzo del embarazo, el día en que vino al mundo su hijo Max fue el más feliz de su vida. Su euforia se debía en parte a las pastillas que le habían dado en el hospital, pero solo en parte, en efecto. El parto no había sido tan horrible como ella temía y al final la enfermera le puso un bebé en los brazos. No un bebé cualquiera, sino *su* bebé. Max Cohn. La sorpresa inicial de Deborah cuando contempló la cara roja y arrugada del recién nacido cedió el paso a un hondo y cálido orgullo. Una sensación desconocida para ella hasta entonces. En cierto sentido no estaba preparada emocionalmente para la llegada de Max. Había surgido así, sin más, y había puesto sus vidas del revés. Pero ahora ya estaba allí, y Deborah y Harry le querían. Al principio todo fue aún relativamente fácil de entender. Era molesto, claro, despertarse de pronto en plena noche por los berridos de un mamón, pero al menos Deborah sabía lo que se esperaba de ella. Había que cambiar pañales y dar el pecho al niño. Después se trataba de abrir potitos con engañosas fotos de bebés de coloradas mejillas y meter trabajosamente el contenido mediante una cuchara de plástico en la boca cerrada con enojo del pequeño Max.

Harry y Deborah se habían casado unas semanas antes del parto. Fue una ceremonia sencilla y sorprendentemente emotiva, celebrada en un áshram de Malibú, con vistas a la playa. Estaban en un prado bajo la tradicional *chuppa*. Brillaba el sol, un viento suave soplaba a su alrededor. Deborah llevaba sobre su redondo vientre un sencillo vestido blanco ribeteado de flecos un poco al estilo de los años setenta. Harry y ella dijeron «sí», después el gurú los declaró marido y mujer y añadió: «*Om mani padme hum.*»

Aunque Deborah se consideraba budista, saltaba a la vista lo que era de verdad: una judía de Beverly Hills. Su padre era un exitoso odontólogo que tornaba más blancas, más deslumbrantes y uniformes las dentaduras de los ricos y de los bien parecidos. La joven Deborah se había criado en las calles no especialmente duras de 90210, en medio de un bienestar exhibido

ostentosamente y de una considerable presión social. Su familia era conservadora y el entusiasmo de Deborah por las religiones del dharma seguramente reflejaba su rebeldía contra una educación estricta: se había criado tras los altos muros de un palacete con frigoríficos separados para la carne y para los productos lácteos.

Pese a tanto Buda, cuando Max vino al mundo para ella estaba claro que sería educado en la fe judía, tal vez con unas gotas de misticismo del Lejano Oriente. Harry y Deborah se trasladaron al este de la ciudad, detrás de la línea fronteriza social de La Cienega Boulevard. Allí encontraron una guardería judía para Max. Ambos querían dar a su hijo un hogar estable, medianamente tradicional y espiritual. La madre de Deborah no estaba en absoluto convencida de las cualidades de Harry como marido y como padre, pero al fin y al cabo era hijo de supervivientes del Holocausto. Estos pasaban por ser una especie de aristocracia entre las comunidades judías del oeste de Los Ángeles. Casarse con quien descendía de un superviviente de la Shoá era como contraer matrimonio con uno de los Kennedy.

Su matrimonio tuvo unos comienzos notablemente positivos. Harry llevaba en palmitas a Deborah y se ocupaba con abnegación del pequeño Max. Era una persona afectuosa y alegre, era agradable vivir con él. En su juventud quiso ser músico, pero sus sueños quedaron en agua de borrajas. Ahora estaba en la edad adulta y tenía, por desgracia, una familia que alimentar. Terminada la carrera de derecho encontró pronto un empleo en una pequeña empresa que tramitaba licencias para jingles y para películas. Con el generoso apoyo de los padres de Deborah, el joven matrimonio se compró una casa en Atwater Village. Deborah abrió una boutique, Om Sweet Om. La tienda funcionaba bastante bien. Harry avanzaba en su carrera.

Volviendo la vista atrás, Deborah comprobaba llena de arrepentimiento que habían tenido muchos años felices. ¿Qué hemos hecho mal?, se preguntaba.

Quizá había un secreto para lograr un matrimonio feliz, pero si lo había, Deborah y Harry no lo conocían. Deborah recordaba el día de su boda, los miles de fragmentos de sol que parecían bailar en el Pacífico, las olas que avanzaban furiosamente contra la costa y que en el punto más elevado se rompían y se pulverizaban, igual que su felicidad, igual que su vida en común.

Al final no quedaba nada.

Nada fuera de los acuerdos sobre quién iba a recoger a Max y lo llevaba de nuevo, nada fuera de los eternos viajes por el desierto de hormigón de Los Ángeles en su viejo jeep Cherokee –el mismo coche en el que Max había sido engendrado– al bufete Gutierrez & Partners. Mr. Gutierrez era por suerte un hombre paciente, en su despacho ella podía llorar a moco tendido. Era como una terapia. Además, Mr. Gutierrez siempre tenía pañuelos a mano. Era parte de su oficio.

Cuando, tras el altercado con Max, Deborah llamó a la puerta de su cuarto para disculparse, no obtuvo respuesta. Probablemente está de morros, pensó. Regresó a la cocina, encendió varias velas perfumadas y meditó veinte minutos. Luego lo llamó en voz alta por su nombre, y cuando Max tampoco reaccionó al llamar ella de nuevo a su puerta, perdió poco a poco la paciencia y la abrió de golpe.

«¿Qué te crees tú que...», empezó, y se detuvo sorprendida.

Max no estaba. Delante de la ventana abierta, las cortinas ondeaban con el viento húmedo de la tarde. En la cabeza de Deborah sonaron todas las alarmas. Con desesperación creciente recorrió en su busca primero la casa, después el garaje, luego la calle y finalmente todas las inmediaciones.

De niña Deborah había visto una vez cómo un vecino metía la mano en el cortacésped. La máquina estaba bloqueada y el vecino no comprendió que el motor seguía funcionando. Deborah observó con morbosa fascinación cómo el cortacésped despertaba a la vida. El vecino perdió dos dedos. Deborah recordaba muy bien cómo volaron por el aire, dos pequeñas salchichas rosa, bajo el cielo azul oscuro y cómo finalmente aterrizaron en la hierba. La mujer del vecino recogió los dedos y los metió en hielo. Una ambulancia se llevó al hospital, junto con sus dedos, al hombre que sangraba abundantemente y allí consiguieron cosérselos. Desde entonces el vecino tenía cicatrices en las manos y las movía con dificultad. Deborah nunca olvidaría la sensación que le causó ver aquello, la náusea en el estómago.

Así se sentía ahora. Peor aún, ahora era ella la que había metido la mano en el cortacésped. Su hijo había desaparecido, a ella le habían arrancado una parte del cuerpo.

Llamó por teléfono a Harry, quien fue como siempre un perfecto inútil.

Ella oía a gente que hablaba a su alrededor. ¿Estaba en un bar? ¿En un restaurante?

«¿Dónde estás?», preguntó.

«Eso no es asunto tuyo.»

«No encuentro a Max. ¿Está contigo?»

«¿Cómo va a estar conmigo? Hoy te toca a ti.»

«Ha desaparecido. No está en casa. ¿Donde se habrá metido, por todos los demonios?»

«No lo sé», dijo Harry, preocupado también ahora. «¿Por qué no has tenido más cuidado con él?»

Antes de que estallara del todo la disputa, Deborah dijo que tenía que colgar, que iba a llamar enseguida a la policía. Harry prometió que iría lo antes posible.

El policía solo le dijo a Deborah que de momento no se preocupara, que hasta pasadas veinticuatro horas no se podía hacer la denuncia por desaparición y que era demasiado pronto para pensar lo peor. A Deborah eso no le pareció muy tranquilizador. Para ella no era nunca demasiado pronto para pensar en lo peor. Decidió registrar otra vez todo el barrio. Quizá se le había escapado algo. Esta vez llamó a la puerta de las casas vecinas, pero nadie tenía la menor idea de dónde estaba Max.

Poco después, apareció Harry.

«¿Por qué has tardado tanto?», le increpó ella.

«¡Lo siento!», replicó él furioso.

«¡Tu hijo ha desaparecido!», dijo ella con acritud. «¿Y dónde estabas tú?»

Harry Cohn había estado en un restaurante con su ligue, la abominable profesora de yoga, pero, como es lógico, no se lo dijo a Deborah. La velada con Eleanor —así se llamaba— no había sido muy agradable. Él le había preguntado qué le parecería si se iba a vivir con ella, ante lo que ella había guardado un significativo silencio. No era una buena señal. Cuando él quiso cogerle la mano y decirle que ahora podían empezar una vida en común, ella la retiró. Silencio helado. Segundos después había llamado Deborah. Harry no estaba desolado por tener que poner término prematuramente a la fracasada cena con Eleanor. Pagó la cuenta y emprendió el camino a su antigua casa.

Recorrieron en el coche de Deborah todos los lugares adonde le gustaba ir a Max: parques de juego, cines, tiendas de cómics. Sin éxito.

Regresaron a casa completamente desesperados. Entonces sonó el teléfono. ¡Era Max! ¡Estaba en Canter's, en Fairfax Avenue, y no podía pagar la cuenta! Deborah echó una regañina de varios minutos a su hijo y después se puso el gerente al teléfono; le dijo que tuviera la bondad de ir inmediatamente para allá a rescatar a su hijo: ¿qué clase de golfillo había educado ella?

Nunca en su vida había estado Deborah tan aliviada.

Además se juró retorcerle el cuello al golfillo.

De camino a casa Deborah y Harry no hablaron una palabra. Sus padres estaban allí, silenciosos, como los gigantes helados de los tebeos de *Thor*. Max anhelaba estar en cualquier otro sitio. En casa de la abuela por ejemplo, hasta eso sería preferible. Lo mejor sería teletransportarse, un deseo que le animaba a menudo. La teletransportación le parecía una superfuerza inconcebiblemente *cool*, Max no comprendía por qué la ciencia iba tan a la zaga de lo que prometían los cómics. También sería bueno poder lanzar bolas de fuego como cuando jugaba en la consola y asumía ese papel. Entonces él podría lanzarlas contra sus profesores. Y contra sus padres.

En Edehurst Avenue, Deborah torció a la izquierda. Cuando el coche estaba por fin en la entrada ella gritó de pronto: «¿En qué demonios estabas pensando?»

«Responde a tu madre», dijo Harry en un raro momento de concordia paterno-materna.

Max bajó la cabeza y murmuró una especie de disculpa. Ese era claramente el instante para la bola de fuego.

«Me he temido lo peor», dijo Deborah. «¡Creía que habías muerto!»

Yo también desearía haberme muerto, pensó Max.

Sus padres querían saber por qué se había marchado. Max tartamudeaba cosas ininteligibles y no encontraba una respuesta convincente. Ellos le acosaban a preguntas: ¿qué diantres estaba haciendo en Canter's? ¿Quería comer allí hasta vaciar el establecimiento?

Finalmente, Max soltó la verdad: «Estaba buscando a un mago.»

Su padre y su madre cruzaron miradas de desconcierto.

«¿Un mago?», preguntó mamá. «¿Y eso por qué?»

Abrió la puerta y entraron los tres en la casa. Igual que en los viejos tiempos, pensó amargamente Max.

Les habló del disco de papá y de su búsqueda del Gran Zabbatini. No mencionó el sortilegio amoroso. Mamá lo miraba como si hubiera perdido el juicio. Papá, completamente hecho polvo, permanecía sentado en el sofá. Mamá fue a la cocina, abrió la nevera y sacó un plato.

«Cómete la cena», dijo con resignación.

Max removió con desgana el puré de patatas frío.

Deborah lo mandó a la cama y se sentó junto a su futuro exmarido. No se explicaban en absoluto el comportamiento de su hijo. Sin embargo, ambos tenían mala conciencia porque veían con claridad que todo aquello tenía que ver con su divorcio. Pero ¿por qué precisamente un mago?

No sospechaban que Max escuchaba su conversación detrás de la puerta de su cuarto. Cuando papá se hubo marchado, él se metió en la cama y se hundió en un sueño intranquilo.

Al día siguiente Max estaba sentado de mal humor en un banco del patio del recreo. Su plan había fracasado. El Gran Zabbatini había resultado ser todo lo contrario de grande. Max tenía que resignarse a que nunca hubiera sortilegio amoroso.

Estaba en la edad en la que los sueños de la infancia retroceden, lentos pero seguros, ante la dura realidad. Fue el año anterior cuando Max hizo un descubrimiento desconsolador: Papá Noel no existía. Resultó que todo era fraude y mentira, Papá Noel era en realidad su papá con un disfraz ridículo. Max ya llevaba bastante tiempo sospechándolo, no se podía negar que había ciertas semejanzas. Los gestos, la voz, la loción del afeitado que utilizaban ambos. ¿Y cómo se explicaba que su padre no estuviera nunca cuando llegaba Papá Noel? Cuando durante las navidades pasadas –una familia judía tampoco podía librarse totalmente del ajeteo navideño– Max abrió la puerta del cuarto ropero de sus padres (buscaba a Hugo, el conejo, que durante la limpieza de la jaula se había escapado dando brincos), se tropezó con su padre manipulando el disfraz rojo y la barba blanca.

Pese a ese desengaño espiritual, Max seguía teniendo la necesidad de creer en algo más veraz que el mundo que le rodeaba. Le resultaba difícil dejar la irracionalidad. Y cuanto más empeoraba la relación de sus padres, tanto más irracional se volvía él. Mientras el mundo que le rodeaba se desmoronaba como un castillo de naipes, él buscaba la salvación en la fe. En su interior

había un desdoblamiento: Max el creyente por un lado, Max el escéptico por el otro. Era el creyente el que había puesto todas sus esperanzas en un disco rayado y en un viejo gruñón que olía raro. No era el primero al que le ocurría eso, muchas personas no salían de esa fase a lo largo de toda su vida. Max también tenía miedo de despertar, del definitivo final de su infancia. Quería seguir dormitando y soñando algún tiempo, envuelto en una manta caliente de mentiras. No quería levantarse y sentir el frío suelo bajo sus pies desnudos. Todavía no. A pesar de la enorme carga probatoria de lo contrario, Max seguía aferrado a ello: él creía en lo imposible.

Myriam Hyung se acercó a Max y se sentó a su lado. Daba de comer migas de su pan tostado a las ardillas.

«¿Qué tal estás?», preguntó.

Max se encogió de hombros. No tenía ganas de hablar con ella. Había algo en ella que le ponía nervioso. A veces se enojaba. Como cuando Joey le preguntó si en Corea del Norte también había frigoríficos, y acto seguido ella le insultó y le tachó de retrasado mental. Su familia era de Seúl, dijo, una de las ciudades más *cool* –y más rica en neveras– del mundo.

Pero ahora estaba mansa como un cordero. «¿Y cómo siguen tus padres?», preguntó.

¿Qué iba a decir él? «No lo sé», murmuró evasivamente.

Observaban en silencio a una ardilla que roía felizmente un trozo de pan. «Ratas con colas deliciosas», así denominaba la abuela siempre despectivamente a esos animalitos tan monos.

«Mi mamá dice que intente distraerte un poco», declaró My-riam.

Max solo dio un gruñido. Pero de pronto se sorprendió a sí mismo diciendo: «Lo echo de menos.» Su voz era floja. Le resultaba difícil admitirlo. Sobre todo frente a Myriam Hyung.

Ella le cogió la mano y él no se defendió. Eso también le sorprendió.

Luego ella dijo: «¿Te queda todavía pan para las ardillas?»

17. ALGO SURGE DE LA NADA

El Circo Mágico recorría los países. Baviera, Austria, Hungría y finalmente, con un corto desvío por Zagreb, de nuevo Alemania. Para Mosche Goldenhirsch fueron años fatigosos, el Hombre de la Media Luna era un maestro exigente. Sin embargo, para su propia sorpresa, Mosche resultó ser un buen discípulo. Era la primera vez en su vida que era bueno en algo.

Muy al comienzo, el barón lo llevó a la pista del circo vacía. Sacó un pañuelo rojo y se lo pasó dos veces por la mano. A la tercera vez, era azul. Una «transformación», así se llamaba eso. También existía la «teletransportación», en la que un objeto era transportado de un sitio a otro, y por supuesto la «levitación», en la que las cosas flotaban en el aire. Ese era, en opinión de Mosche, el mejor truco, y el más inexplicable. Nunca olvidaría el momento en que se enamoró de la princesa flotante.

Luego estaba también la «producción». El Hombre de la Media Luna cerraba en el aire la mano y de pronto tenía en ella un ramo de flores de papel. «Cuando ejercemos la magia», explicó, «hacemos surgir algo de la nada.» Su contrario era la «desaparición», en la que un objeto se esfumaba en el aire o se hacía invisible. Von Kröger abrió la gran maleta en la que se metía Julia en cada representación y dejó que Mosche echara una mirada en su interior.

Solo vio el forro. «Ahí no hay nada.»

«Así es», dijo el barón. Metió las flores de papel en la maleta, la cerró y volvió a abrirla.

Las flores habían desaparecido.

Mosche parpadeó. «¿Cómo lo ha hecho?», preguntó.

El Hombre de la Media Luna metió la mano en la maleta y de pronto Mosche vio el doble de dedos.

«Un espejo», dijo Mosche.

El barón asintió y dobló el espejo hacia atrás. «Una tapa automática escondida en la tapa de la maleta. En una cara hay un espejo. Cuando se cierra la maleta, el espejo se cierra automáticamente hacia abajo. Así, solo se ve el forro en el espejo. Hace el efecto de que la maleta está vacía.»

«Comprendo», dijo Mosche. Todo parecía tan simple. Cuando se comprendía el truco, perdía toda la magia.

«Pero, en el fondo, esto no es arte de magia. Es solo una herramienta.» Von Kröger sonrió burlescamente. «Cualquiera puede comprar una maleta así. El arte de magia auténtico», continuó, «es el espectáculo, la ilusión, el entretenimiento.»

«¿Y qué pasa con la espada?», preguntó Mosche.

Cada noche, el Hombre de la Media Luna sacaba su espada del bastón y la clavaba en la maleta, pero después no se veían ni heridas ni sangre. Von Kröger enseñó a Mosche dos bastones idénticos. En uno estaba la espada. En el otro había una hoja sin filo que el barón, con un ligero roce de la mano, volvía a meter en el mango. «La hoja es retráctil», dijo. «Con la espada auténtica corto la cinta, esa es la prueba. Poco antes del truco cambio los bastones mientras me arreglo la capa. El bastón con la espada auténtica lo escondo detrás de la maleta.»

Mosche no solo aprendió muchos trucos sino lo que su maestro llamaba «la historia del arte». Así se enteró de que la magia como espectáculo provenía de la antigua Babilonia. Por lo visto allí hubo entre los medos una tribu, los magos, y de ellos proviene la palabra. Los magos eran sacerdotes, y eso fue el comienzo de una funesta tradición que subsistiría a lo largo de los siglos, a saber, la mezcla de la magia como espectáculo con la religión.

El Hombre de la Media Luna le habló a Mosche de un adivino del antiguo Egipto que aseguraba poder despertar a los muertos a la vida. «Una antiquísima mentira. Desde el inicio de los tiempos sacerdotes y profetas han asegurado que conocen el misterio de la vida eterna. Eso forma parte de nuestro repertorio. Nuestros espectadores nos dan encantados sus peniques ganados con el sudor de su frente si les prometemos una segunda vida, y sobre todo una menos trabajosa que la actual. Si no fuera así todos los adivinos e ilusionistas estarían sin trabajo.»

Al adivino egipcio, por otra parte, tal afirmación casi le había costado la cabeza, porque cuando el faraón supo de sus facultades mágicas quiso verlas con sus propios ojos. Ofreció ejecutar enseguida a varios esclavos para que pudieran volver a la vida. El adivino logró disuadir al faraón de su propósito. En su lugar realizó el truco con patos. Y, al parecer, también con una vaca.

«Lo más probable es que cambiara a tiempo unas aves por otras.»

«¿Pero y la vaca?», se asombró Mosche.

«El tamaño no hace al caso. Houdini hizo desaparecer hasta a un elefante.»

«¿De verdad?»

«En un escenario de Nueva York», dijo el barón. «Se llamaba Betsy.»

El Hombre de la Media Luna habló de la «edad de oro de la magia». En el siglo XIX, cuando se anunciaba una nueva era de la razón y del progreso técnico, cambió también la naturaleza de la magia. A hombres como el mago italiano Bartolomeo de Bosco se debió que esa magia se alejara cada vez más de la superstición primitiva. Bosco creía en una «magia honrada». Los nuevos magos no querían tener nada en común con el espiritismo y la estafa, se consideraban meros artistas del entretenimiento, ni más ni menos. Los tiempos en los que los magos de la escena se hacían pasar por hombres religiosos que traían la salvación debían estar definitivamente superados. Muchos célebres magos, explicó el barón, eran en su origen artesanos. El mago seguramente más conocido de la edad de oro, Jean Eugène Robert-Houdin, era hijo de un relojero. Su vida aventurera –y también su nombre– inspiraron después de su muerte a un joven llamado Ehrich Weiss, que llegó a ser el astro más luminoso que produjeran jamás las artes invisibles: Harry Houdini. «Es alguien», dijo el barón, «que no necesita de más explicaciones. No había cerradura que no supiera abrir.»

Mosche pensó de pronto en el cerrajero de su casa de Praga. Se preguntó lo que habría sido de él. ¿Y de su padre? Los rostros de los que había dejado atrás emergían una y otra vez en sus sueños.

Mosche fue dos años el aprendiz del Hombre de la Media Luna. Aprendió que la magia escénica no era más que una forma de contar historias. Cada truco era un drama. El mago, o narrador, creaba en el primer acto unas expectativas que luego, en el tercer acto, se cumplían en la misma medida en que resultaban más enigmáticas. Mosche comprendió que el verdadero truco se realizaba solo en la mente de los espectadores. El arte no era lograr una transformación mediante la mecánica de las maniobras o del material accesorio; el arte consistía en la transformación de los sentimientos. Para ello era necesario decir lo adecuado. Por lo general era mejor utilizar las menos palabras posibles.

«Los magos escénicos», dijo el Hombre de la Media Luna desdeñosamente, «solo temen una cosa.»

Mosche miró a su maestro. Era noche avanzada y el barón estaba repantingado en su sofá.

«La magia», dijo. «Los magos tienen miedo de la magia. Por eso se refugian en el vodevil y en la charlatanería.»

El Hombre de la Media Luna enseñó a Mosche que la mejor manera de mentir consistía en no mentir. «Atente sin más a la verdad, y cuando no sea posible, guarda silencio. Si dices por ejemplo que tienes en la mano una vulgar chistera, el público se vuelve receloso.»

«¿Y qué he de hacer?», preguntó Mosche.

«Callar», dijo el barón. «Levanta la chistera y guarda silencio.»

El muchacho asintió.

Mosche tenía la sensación de haber llegado, de estar en casa. Aunque seguía siendo el encargado del estiércol de los animales del circo, al final de sus años de aprendizaje el barón le dio la oportunidad de aparecer ante el público junto con los demás. Solo había una cosa que no le permitía hacer: presentar «verdadera magia escénica», ese privilegio estaba reservado para él. Mosche actuaba como «payaso-mago». Llevaba un traje ridículo para que lo identificaran enseguida como bufón: sombrero de copa, zapatos enormes y un bañador con lunares rojos. Arrastrando los pies, pasaba por las filas de espectadores y los entretenía con trucos de naipes y pequeñas payasadas. Se reían de él, a veces le arrojaban cacahuetes e incluso botellas de cerveza. Pero a él eso no le afectaba. El menosprecio de la gente le fortalecía el espíritu.

Pero una tarde hubo algo distinto. Actuaban en Hessen, en una ciudad llamada Giessen, al norte de Frankfurt. A primera hora de la tarde habían montado la carpa en el recinto de la feria junto al lago de los cisnes. Los vecinos de aquella ciudad eran tan groseros en el trato que se los conocía por ello incluso entre los habitantes de Hessen, que ya eran bruscos en comparación con otros. Al mismo tiempo estaban ufanos por su deseo de saber y miraban con gran desconfianza todo lo que olía a estafa. Eran en su mayor parte campesinos, orgullosos y tozudos. Y quienes entre ellos no eran campesinos eran algo mucho peor: intelectuales.

La sección local de las SA tampoco quería perderse el Circo Mágico. En aquellos últimos años había cambiado notablemente el ambiente del país. Cada día crecía el número de afiliados al NSDAP, por un lado debido a que

su mensaje –los judíos tienen la culpa– era enormemente popular, por otro porque el Partido no era demasiado puntilloso. Los matones, ladrones y sádicos no solo eran tolerados sino que se los admitía con los brazos abiertos; allí estaban entre sus iguales, allí se sentían a gusto. Pero había también alemanes honestos que no querían quedar excluidos. A los necesitados el Partido les prometía el futuro que ellos merecían realmente. No eran unos fracasados sino hombres nacidos para dominar, larvas que se convertirían en mariposas. Racistas, nacionalistas, estudiantes, científicos, campesinos, obreros de fábrica, juristas, comerciantes: para todos había algo. El Partido era la respuesta que habían estado esperando tanto tiempo.

Los miembros de las SA de Giessen estaban borrachos de su propia arrogancia. Y de cerveza, eso también. Perteneían a la clase más difícil de espectadores: escépticos y bebidos. Les divertía muchísimo ver caerse a Zabbatini, el payaso, por eso contribuían a ello siempre que podían. Mosche notaba que él no divertía a aquella gente de la manera habitual, sino que gozaban con su sufrimiento. Su humor era cruel. Los hombres de las SA lo lanzaban de un lado a otro como si fuera un balón de fútbol. Pronto, Mosche empezó a sentir miedo y luchaba contra las lágrimas. En aquel momento tuvo la sensación de que a través de la gruesa capa de maquillaje se veía que era judío.

De pronto tuvo una ocurrencia ingeniosa. Sabía cómo iba a salir de aquella situación.

Agarró por el brazo a uno de las SA. Sus labios empezaron a temblar y sus ojos quedaron fijos e inmóviles mirando al hombre.

«¿Qué pasa?», preguntó el hombre, un tipo cebón de rojos mofletes y con el pelo cortado casi al rape. Incómodo, miró alrededor, a sus compinches. Mosche prolongó la comedia. Le temblaba todo el cuerpo. Los otros del grupo dieron un paso atrás.

De pronto Mosche se estremeció. Como si hubiera despertado de un sueño hipnótico.

«¿Qué pasa?», preguntó el hombre de nuevo.

Mosche lo miró tranquilo y lleno de compasión, se inclinó hacia él y le susurró al oído: «En menos de un año morirás.»

El hombre lanzó un grito y retrocedió, pálido como un muerto. Mosche dio media vuelta y avanzando a través del público salió de la carpa. Nadie le detuvo.

Apenas estuvo fuera, levantó triunfante el puño en alto. Lo había conseguido, le había metido auténtico miedo a aquel individuo. Resultaba casi increíble que la gente se dejase engañar por un truco tan tonto. Su profecía era tan valiosa como la del tonto del pueblo. Y sin embargo el hombre se lo había creído. ¡Él, Mosche Goldenhirsch, había infundido miedo y pavor a las SA!

Entonces oyó una voz detrás de él.

«¿Qué has hecho con ellos?»

Julia salía de la carpa. Sobre su vestido blanco llevaba un abrigo de piel. Eran los últimos días del invierno, y en el suelo de la explanada había nieve. El vestido de Julia, su piel, parecían brillar a la pálida luz de la luna. Casi le cegaba su belleza. Mosche podía ver su aliento en el helado aire nocturno, y ansiaba tocarla.

Ella se encendió un cigarrillo.

«He hecho una falsa profecía», respondió.

«Todas las profecías son falsas», dijo.

Mosche asintió. «Pero él no lo sabe.»

«¿Qué le has contado?»

«Que pronto morirá.»

Ella se echó a reír. «¿Y se lo ha tragado?»

«Parece que sí.» Se acercó a ella. Alentado por su éxito, hizo otra profecía: «Antes de que se acabe la noche, te habrás enamorado de mí.»

Ella le sonrió. «Estoy enamorada de ti desde el primer instante», dijo.

No era verdad, pero sonaba bien.

«Oh», dijo perplejo. ¡Menuda noticia! Se alegraba, pero también estaba confuso. ¿Por qué no había dicho nada? ¿Cómo le había dejado sufrir todos aquellos meses? «Eso es...», tartamudeó, «... agradable, ¿no?»

«Sí», dijo ella. «Lo es.»

Él miró alrededor. Docenas de liebres brincaban por el campo nevado. Tenían una gruesa piel de invierno y parecían muy atareadas.

Julia le miraba expectante. Sus ojos le parecían a Mosche más grandes y profundos que nunca. Como un océano, y él no sabía nadar. Se ahogaría en cualquier momento.

De pronto tuvo miedo.

Ella tomó la iniciativa. Él notó algo en la mano, y cuando miró hacia abajo, vio que Julia había posado en ella sus delgados dedos.

Poco a poco concibió la idea de que tal vez debería besarla.

Nunca había besado a nadie. Nadie le había explicado cómo se hacía. Su padre solo hablaba de sabios del Talmud muertos hacía infinito tiempo, y al Hombre de la Media Luna únicamente le interesaba cómo se hacía desaparecer a las palomas.

Tenía solo diecisiete años, y ni la menor idea de lo que debía hacer en ese momento. Pero Julia tenía veinte y una muy clara idea de lo que iba a suceder enseguida. Dio una chupada al cigarrillo y expulsó el humo hacia un lado para que no les diera en el rostro. Luego pasó suavemente los dedos por el espeso pelo negro de él, lo atrajo hacia ella y lo besó.

Cuando se separó de él, se limpió la boca con el dorso de la mano.

«Ha sido bonito», dijo Mosche confuso. Todavía notaba en los labios el sabor a tabaco quemado de su cigarrillo.

Ella se encogió de hombros. «Habría podido ser mejor.»

«Oh.» Una opinión demoledora, le pareció a él.

«Estás demasiado crispado», dijo ella. «Voy a enseñarte cómo se hace.»

Tiró el cigarrillo y empezó la clase.

18. MAX Y EL MAGO

Cuando Max llegó a casa por la tarde, el Gran Zabbatini estaba echado en una tumbona en el jardín delantero y dormía. Junto a él, sobre el césped, había una maleta. Llevaba una camisa hawaiana y soltaba fuertes ronquidos.

Max se quedó, dicho suavemente, estupefacto. Después del colegio había ido a la tienda de mamá y había pasado allí dos aburridas horas haciendo los deberes. En Om Sweet Om no se sentía muy a gusto, allí no había nada que le interesara, solo muebles, vestidos y chismes del Lejano Oriente. Su madre tuvo que atender a clientes y por eso no dispuso de tiempo para él. Él ya conocía eso. Una vez hechos los deberes volvió en bici a casa. Y ahora aquello.

Max se acercó al viejo mago.

«¿Oiga?»

No obtuvo respuesta. Max sacudió a Zabbatini con cuidado por el hombro. Nada. ¿Tal vez estaba muerto otra vez? Max lo sacudió con más fuerza, y Zabbatini se estremeció, suspiró y abrió los ojos.

«¿Qué significa esto?», preguntó indignado.

«Estaba usted dormido.»

«¿Y qué? ¿No puede uno dormir en paz?»

«¿Qué hace usted en nuestro césped?»

«Dormir.» Con elegantes movimientos se sacudió el polvo imaginario de la camisa.

«¿Cómo ha sabido dónde vivo?», preguntó Max.

Zabbatini le sonrió. Era una sonrisa que había depurado en sus muchos años de actuación hasta que tuvo la mezcla perfecta de encanto y picardía. «Soy un mago, ¿no?» Inició una reverencia... y soltó un quejido.

«¿Está usted bien?», preguntó Max.

«Mi nuca», dijo dificultosamente Zabbatini con los dientes apretados. «Un calambre. No puedo moverme.»

Max prestó apoyo al anciano y lo acompañó con cuidado hasta la casa. Le ayudó a echarse en el sofá.

Zabbatini suspiró aliviado y se frotó la nuca. «Maravilloso», dijo. «Un sofá

espléndido. ¿Dónde está el mando a distancia?»

Max se lo trajo.

«Necesito más cojines», anunció Zabbatini. «Para el cuello.»

Max corrió al dormitorio de su madre y cogió almohadas. Cuando llegó, vio a Zabbatini apretando con dedos temblorosos los botones del mando de la tele.

«¿Cómo conecto este cacharro? ¡Quiero el canal de Playboy!», dijo Zabbatini. «Quiero ver mujeres.»

Miró alrededor como si esperase que las ansiadas mujeres llegaran enseguida al salón. En lugar de eso, su mirada fue a posarse en un cuadro exquisito y horrible que, pese a las protestas de su familia, Deborah había colgado junto a la puerta de entrada. Sobre un fondo de terciopelo negro se veía el rostro de un payaso. El payaso tenía una lágrima en la mejilla. Una forzada sonrisa asomaba a sus labios pintados de rojo. Su blanco rostro parecía desprenderse del oscuro terciopelo y flotar en dirección al espectador. A Max le parecía lúgubre pero para su madre tenía una importancia inexplicable. Ella defendía en aquella obra no tanto el valor artístico como el emocional. De niña lo tenía colgado en su cuarto.

Zabbatini lo miró con repugnancia. Luego recordó algo, al parecer. «¿Has estado alguna vez en Jumbo's Clown Room?», preguntó.

Max negó con la cabeza.

«En Hollywood Boulevard, esquina con Winona. Es mejor aún que el Canal Playboy.»

«¿Hay payasos allí?»

«¡Qué payasos ni qué niños muertos!», dijo Zabbatini. «Allí hay mujeres desnudas con grandes tetazas.»

Max se sonrojó.

«Un paraíso», continuó Zabbatini. «Mujeres y whisky.» Hizo una pausa. «¿Por qué no tengo nada para beber?»

Max corrió a la cocina y buscó para su visitante un vaso de agua del grifo.

Zabbatini estaba indignado. «¿Acaso parezco un pez? ¡Quiero beber! ¡Whisky!»

«Nosotros... nosotros no tenemos whisky...», dijo Max prudentemente.

«¿Que no tenéis whisky?» Zabbatini lo miró como un hombre que acaba de saber que el amor de su vida se ha casado con otro.

Max sacudió la cabeza.

«Mierda», dijo Zabbatini. Luego se iluminó su semblante. «He visto una tienda en la esquina, allí hay aguardiente y esas cosas. En mi cartera hay dinero. Tráeme whisky o cerveza.»

«A mí no me venderán cerveza», dijo Max.

«¿Cómo?»

«Eso ya lo veo», dijo Zabbatini. «Y no vas a beberlo tú, sino yo.»

«Tenemos té helado», dijo Max.

«No quiero té helado», gritó Zabbatini. «¿Y por qué no funciona el televisor?»

Max le quitó el mando y encendió el televisor.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Zabbatini. «Por fin», suspiró.

Después de haber visto durante un rato un programa de concursos, Zabbatini tuvo hambre y pidió de comer. Max fue a la cocina. En la nevera aún había cajas de cartón con *paneer masala*. Max y su madre habían comido pocos días antes en el supermercado indio de la esquina, donde había un bufet caliente y un televisor de pantalla plana en el que todo el día ponían deslumbrantes números de danza con Aishwarya Rai o Shah Rukh Khan. Max llenó un plato y lo metió un poco en el microondas. Luego puso respetuosamente el plato delante de Zabbatini, sobre la mesita del sofá. El viejo mago comió muchísimo, pero se quejó de que solo le daban sobras. Finalmente, Max se armó de valor y le hizo la pregunta a la que llevaba tiempo dando vueltas: «¿Por qué está usted aquí?»

Zabbatini soltó el tenedor y se hizo el sorprendido. «Tú me has invitado.»

«¿Yo?»

«Sí, tú. ¿O ves a alguien más aquí?»

«No.»

«¡Ajá!», dijo Zabbatini triunfante, y se metió en la boca otro tenedor cargado de *paneer masala*. Sobre su camisa hawaiana cayeron varios granos de arroz y quedaron allí pegados.

«Yo no le he invitado.»

«Una cerveza ahora me vendría muy bien», dijo Zabbatini con tono inculpativo.

Max suspiró. El viejo le estaba volviendo loco. ¿Qué hacía allí? Pero más importante aún: ¿cómo podía quitárselo de encima antes de que mamá volviera a casa?

Zabbatini apartó el plato y eructó. Luego dijo: «Tú querías que yo hiciera

mi sortilegio amoroso, ¿no?»

Max le miró desconcertado. «¿Qué?»

«Amor eterno. Como en mi disco.»

«¿Por eso ha venido?»

Zabbatini asintió con la cabeza, en la medida en que se lo permitía su nuca. «¡Amor eterno!» Sonaba otra vez como Drácula. «El disco, ¿no? No funciona, ¿verdad?»

«Sí», dijo Max. «O sea, no. No funciona.»

«Lo ves.» Zabbatini sonrió. «Por eso he venido.»

Max se habría puesto a dar saltos de alegría. «¿En serio?»

«En serio. Para que tus padres se enamoren otra vez.»

Max se lanzó contra Zabbatini y le abrazó. El mago, a quien nunca se le habían dado demasiado bien los niños, puso una cara como si hubiera pisado una cagada de perro. «Ya basta», dijo. «Se acabaron los sentimentalismos.»

«¿De verdad que quiere usted ayudarme?»

«De verdad. Tan verdad como que me llamo Zabbatini.»

Eso hizo dudar a Max. «¿Es ese de verdad su apellido? El hombre de la residencia de ancianos dijo que allí no había nadie que...»

«Primero», le interrumpió Zabbatini, «no es una residencia de ancianos. Es un lugar de convivencia para personas mayores activas.»

«Okay.»

«Y segundo, ese hombre es un imbécil. Un tonto. Un *mudnik*.»¹²

«¿Por qué?», preguntó Max. «¿Qué ha hecho?»

El viejo miraba ahora con aire pronunciadamente desenvuelto. Lo que no le decía a Max era que el Gran Zabbatini, alias Mosche Goldenhirsch, había sido expulsado esa mañana de la residencia de ancianos King David.

Ronnie –al fin y al cabo el gerente del negocio– le había echado. Había entrado sin más en el bungalow 112, donde Zabbatini seguía durmiendo en su butaca frente a la televisión. Luego había despertado al mago de su sueñecito y puesto ante las narices la orden de desahucio.

«¿Pero dónde voy a vivir?», le había suplicado Zabbatini.

«Aquí no», fue la única respuesta de Ronnie.

La mayor parte de lo que poseía Zabbatini quedó retenido porque hacía ya tiempo que no pagaba el alquiler. El asunto de la tubería del gas fue la gota que colmó el vaso. El viejo tenía que marcharse definitivamente.

Así fue como Zabbatini, de ochenta y ocho años, se había convertido

oficialmente desde aquella mañana en un sin techo. Después de haber estado sentado varias horas en la parada del autobús lanzando colillas en dirección a las palomas, le vino algo a la memoria: ¡el pequeño chiflado de la víspera! ¡El que había preguntado por el sortilegio amoroso! Un idiota como ese tenía seguro unos padres idiotas. Y en algún sitio tenían que vivir.

Regresó a la King David y miró con cautela en el vestíbulo. Gracias a Dios no había ni un alma, Ronnie no estaba sentado detrás de su mostrador. Entró sigilosamente. En efecto, el chico se había inscrito como era debido en el registro de las visitas.

Y así Zabbatini, que no tenía a nadie más en el mundo, decidió hacer una visita a Max Cohn, en Atwater Village.

«¿Cree usted de verdad que conseguirá que se enamoren los dos otra vez?», le preguntó el chico todo esperanzado.

«Pues claro», replicó Zabbatini ligeramente ofendido. «Yo soy el Gran Zabbatini. Sé hacer una magia fantástica. ¡Gran magia!»

«Pero usted dijo que no existe la magia.»

¿Lo había dicho? ¡Qué estupidez la suya! Pero de entrada, Zabbatini hizo aparecer mágicamente una encantadora sonrisa en sus labios. Luego dijo: «Si de verdad lo deseas, no será solo un sueño.»

19. HUESOS DE NIÑO

En el otoño de 1937, el Circo Mágico avanzaba lenta y trabajosamente hacia el norte por las embarradas carreteras. Después de algunas representaciones en Goslar –un lugar horrible, opinó Mosche, y lleno de nazis–, seguido de Brunswick –mucho mejor, el París del norte–, siguieron rumbo a Hannover. En su conjunto, la Baja Sajonia no le gustó demasiado a Mosche. El país era demasiado llano, el cielo pendía demasiado bajo, y por doquier esas casas de ladrillo cocido. Echaba de menos la arquitectura, orientada hacia lo alto, de su ciudad natal, de Praga. El checo tiende al cielo, pensó Mosche, pero el habitante de la Baja Sajonia está pegado a la tierra.

Sin embargo había alguien que se alegraba de estar por fin allí: el jefe. El Hombre de la Media Luna se sentía como pez en el agua en esa ciudad lluviosa, y una noche, cuando chupaba con deleite un terrón de azúcar candi, anunció que pasarían allí el invierno. El falso barón tenía debilidad por la nobleza auténtica y alimentaba la esperanza de que la dinastía de Hannover honrara su circo con su presencia. Pronto se propagó en la compañía el rumor de que nada menos que Su Alteza Serenísima Ernesto Augusto III, duque de Brunswick, les haría una visita. Y aunque ese rumor seguramente no tenía su origen sino en el febril anhelo del Hombre de la Media Luna, en la carpa se instaló un «palco ducal».

Pero el duque no apareció, el palco permaneció vacío.

Entretanto, a espaldas del Hombre de la Media Luna, Mosche Goldenhirsch y Julia Klein tenían una aventura en toda regla. Mosche se ganó pronto el corazón de Julia. El chico era una distracción agradable. Él la adoraba y a ella le gustaba que la adorasen. Hubo besos furtivos detrás de la carpa del circo, yemas de dedos que se tocaban como por casualidad, y a veces, en algunos breves momentos, Julia tenía incluso la sensación de que amaba a Mosche. Si bien ella sabía que no era cierto, que el pequeño era solo un pasatiempo: o mejor dicho, no reflexionaba sobre aquel asunto. Mosche, sin embargo, se tomaba la relación mucho más en serio. Para él Julia era el único bien. Estaba ebrio de felicidad y con el optimismo ilimitado de la

juventud creía que esa dicha no acabaría nunca. Todo lo que le rodeaba olía y sabía mejor, el aire, el agua y muy en especial los besos furtivos.

Esa fue sin duda la más radical innovación en la vida de Mosche: conoció el amor, física y espiritualmente. Lo primero sobre todo le satisfacía. Hasta entonces solo había tenido la imaginación y la mano izquierda para procurarse ayuda. Que ahora una mujer –¡y qué mujer!– durmiera voluntariamente con alguien como él..., eso aún no lo comprendía.

A veces sin embargo el Hombre de la Media Luna llamaba a Julia por la noche a su coche. Mosche permanecía entonces fuera, con la pala en la mano y enfermo de celos, contemplando las ventanas empañadas, iluminadas por el cálido resplandor del interior. Pero afortunadamente las visitas no duraban mucho. El barón no tenía gran capacidad de resistencia y a más tardar después de media hora Julia salía del coche y pasaba rápidamente junto a Mosche en dirección a las bombas de agua para lavarse.

Nadie sospechaba el secreto que compartían Mosche y Julia. Cada lunes, su día libre, partían en direcciones distintas y se encontraban unas horas después en un café apartado o en un parque. Paseaban durante horas. A veces se deslizaban en plena noche en el interior de la carpa y hacían el amor.

Su primera vez también había tenido lugar allí.

Mosche estaba ocupado con la limpieza de la jaula del león cuando de pronto notó que alguien le miraba. Levantó la vista. Julia estaba delante de la jaula. Fuera estaba oscuro, la representación había terminado hacía tiempo. Vio un brillo malicioso en sus ojos. Ella se puso el índice sobre los labios y le sonrió. Él dejó caer la pala y salió de la jaula.

Ella le cogió de la mano. «Ven conmigo», dijo. «Voy a enseñarte una cosa.»

Obediente, él la siguió. Ella lo condujo al «palco ducal», que estaba vacío como siempre. Mosche miró alrededor, perplejo.

«Pero si aquí no hay nada», dijo.

«Claro que sí», dijo ella tirando de él hacia abajo, al serrín.

Cuando lo vio desnudo, enrojeció y dijo: «Pues sí que eres judío.»

Mosche asintió. Estaba confuso, pero Julia se limitó a sonreírle, se inclinó hacia él y lo besó.

En los últimos tiempos, el comportamiento del barón era cada vez más

desconcertante. Bebía demasiado y cuando bebía era irascible en extremo. ¿Se debería a que la nobleza de Hannover hacía caso omiso de él? Un día Mosche vio a Julia que pasaba corriendo a su lado con una mejilla roja y lágrimas en los ojos. Se fue tras ella.

«¿Qué ha pasado?»

«Déjame en paz», susurró ella.

Mosche miró alrededor sin saber qué hacer. En la entrada de la carpa, con su máscara refulgente, estaba el Hombre de la Media Luna. Se llevó una botella a los labios y luego se marchó haciendo eses.

«¿Te ha...?», preguntó Mosche.

«Cállate», barbotó Julia. «No es asunto tuyo.»

Pero sí que lo era, y mucho. No era la primera vez que el barón pegaba a Julia. Cuando ella se lo contó, estaban tumbados en un prado, lejos de la carpa del circo, bajo la luciente bóveda estrellada. Contemplaban el inmenso cielo nocturno, con tantos mundos lejanos, y se preguntaban si en algún otro lugar habría una vida mejor para ellos. Hablaron de las ciudades que les gustaría visitar algún día: Madrid, Roma...

«París», dijo Mosche.

Julia lo miró atónita. «¡Justo iba a decirlo yo!»

Él asintió. Por un breve momento le había parecido, en efecto, que podía leer sus pensamientos. Quizá era eso el amor: conocer al otro tan bien como a uno mismo, o incluso mejor aún. En el fondo Mosche sospechaba que los sentimientos de Julia hacia él eran muy poco consistentes; lo veía en una serie de pequeños gestos espontáneos y palabras. Su corazón no le pertenecía a él, sino solo a ella misma. Él lo notaba y sufría por ello. Deseaba saber alguna fórmula mágica para conseguir que aquel amor fuese exclusivamente suyo. Pero no la había.

«Eso es», dijo Julia, «nos largamos de aquí y nos vamos a París.»

«París, no sé...», replicó él.

«¿Y por qué no?»

En primer lugar, ni ella ni él hablaban francés. Y en segundo lugar, en los últimos tiempos se había puesto difícil salir de Alemania. ¿Quizá Berlín, entonces? Se pusieron de acuerdo enseguida. Poco a poco se fue perfilando el plan. Irían en tren de Hannover a Hamburgo, allí harían transbordo a Berlín. Julia dijo que ella podía conseguir una habitación para los dos en Danziger

Strasse. El dinero era el único problema. A partir de ahora tenían que ahorrar, hasta que reunieran lo suficiente entre los dos; ahorrar y ser cautelosos.

Unos días después, Mosche se dirigía en su bicicleta al circo, que había instalado la carpa en las proximidades del zoo. Pasó junto al Leine, el río que atraviesa Hannover, y vio un grupo de policías en la orilla. Al borde de la calle había un coche de la policía y varios coches más. Un hombre obeso con botas de goma y abrigo impermeable caminaba a lo largo de la embarrada orilla del río. Señalaba a veces en una dirección a veces en otra, y vociferaba órdenes breves y terminantes. Por lo visto era el jefe del equipo. Probablemente un comisario. La extraña escena despertó el interés de Mosche. Se apeó, apoyó la bicicleta en un árbol y miró desde cierta distancia. Aquí ha ocurrido un crimen, pensó. El comisario parecía malhumorado. Sus subordinados estaban todos pálidos. Como si hubieran visto algo horrible.

Mosche volvió pensativo a su bicicleta. Pero no se montó. Tuvo una idea espontánea. Se acuclilló junto al árbol y esperó.

No tuvo que esperar mucho. Poco después, el comisario se dirigió con un colega a un coche y se montó en él. Otros funcionarios también se marcharon en varios coches.

Entonces Mosche se montó en su bici y los siguió con prudencia.

Era agradable estar al aire libre, y Mosche disfrutaba con el viento frío que le azotaba el rostro. Todo era posible. Su plan era demencial, pero él se sentía libre e intrépido.

El coche del comisario se detuvo delante de un café.

Mosche se bajó a toda prisa, escondió la bici detrás de un matorral y entró en el local. El comisario estaba aún en el coche y hablaba con el compañero que conducía. Mosche eligió un asiento vecino de una mesa libre cercana a la entrada. A toda prisa colocó las dos sillas de la mesa libre de tal manera que invitaran a sentarse en ellas. Luego volvió a su mesa. Descolgó uno de los periódicos y lo hojeó. Por suerte ese día llevaba un traje limpio. Su rostro estaba recién afeitado y llevaba puesto un sombrero de lo más chic. Cuando levantó la vista de su periódico vio entrar al comisario de policía. Estaba solo. El compañero se había marchado en el coche.

El comisario miró alrededor, vio la mesa libre junto a Mosche y se dirigió hacia ella. Se sentó. Luego sintió que la mirada de Mosche se había posado en él.

Mosche desvió los ojos y murmuró: «Lo siento. No quería molestarle,

señor comisario.»

«¿Cómo dice?», preguntó el hombre.

«Que no quería clavar la vista en usted.»

«¿Cómo sabe que soy comisario?»

«Usted es comisario, ¿no?», preguntó Mosche con inocencia.

«Sí», dijo el comisario. «Pero ¿cómo lo sabe usted?»

Mosche pareció reflexionar un momento. Su mirada recorrió el rostro de su interlocutor.

«Sus ojos», dijo finalmente Mosche. «Está en sus ojos. Usted es una persona que busca justicia.»

El comisario se quedó desconcertado. «¿Cómo sabe usted eso?», preguntó.

Mosche se limitó a sonreír misteriosamente y volvió la vista a su periódico. Pensaba en las palabras del barón: Cuanto menos se diga, tanto mejor.

«¿Es usted médium?», preguntó el comisario.

Mosche sacudió la cabeza.

«¿Espiritista?»

«No, nada de eso. Solo soy un...»

¿Un qué? ¿Diría a lo mejor la verdad? ¿Que era un payaso de circo que se iniciaba en la adivinación? De ninguna manera.

«Soy estudiante», dijo finalmente.

«¡Ah!», dijo el comisario. «¿Y qué estudia?»

«Esto y aquello», replicó Mosche eludiendo la respuesta. «Todavía no he encontrado lo adecuado.»

El comisario asintió. «Sí, sé lo que es eso. A mí me ocurrió lo mismo. Antaño estuve completamente desorientado.»

Mosche no tuvo ocasión de preguntar lo que quería decir «antaño». El comisario insistió en saber su «secreto», pero Mosche no se lo dijo. Se hizo el tímido, dijo que no era nada extraordinario, solo eso, que de vez en cuando tenía ciertas «corazonadas» y sabía «cosas».

«Está buscando a un asesino, ¿verdad?», preguntó Mosche ingenuamente.

«¡Esto es inaudito!», barbotó el comisario. «¡En toda mi vida no he visto a nadie como usted!»

Mosche levantó el periódico. «No, eso acabo de leerlo.»

El titular rezaba: «¡La BESTIA golpea de nuevo!»

El comisario se echó a reír.

Luego Mosche cerró los ojos y descansó la cabeza en ambas manos. «Hoy

ha encontrado algo en el río», dijo sin aliento.

«Eso no viene en el periódico!», exclamó el comisario. «¡Ha sucedido hace un momento!»

«Como he dicho..., a veces puedo..., no sé, percibir cosas.» Mosche hizo como si se concentrara. «Estaba buscando algo... algo... algo horrible...» Balbuceaba para sí mismo con la esperanza de que el hombre dijera algo que le diera más pistas. No tuvo que esperar mucho tiempo, porque el comisario no era distinto de las otras personas: quería que lo engañaran.

«¡Huesos!», exclamó el comisario.

«¡Sí!»

«Hemos encontrado huesos... Pero cómo ha sabido usted...» Movié la cabeza con asombro. «¡Vivir para ver! Parece imposible.»

Mosche bajó modestamente los ojos.

El comisario se levantó entonces y le tendió la mano.

«Me llamo Leitner», dijo. «Comisario Erich Leitner, Policía Judicial de Hannover. ¡Mucho gusto!»

Mosche se levantó también y alargó la mano. Solo entonces vio que el comisario llevaba una insignia del NSDAP.

Vaciló un breve momento, luego estrechó cordialmente la mano de Leitner.

Media hora después, estaban junto al Leine. Hacía frío y había bruma. Los policías habían desaparecido, solo quedaban las huellas de los pies en el barro. Las cañas de la orilla del río estaban aplastadas por las pisadas. Mosche tuvo la impresión de que aquel paisaje desolador solo constaba de siluetas grises. Por el cielo pasó volando una bandada de grullas, majestuosas, libres. Con una punzada en el corazón, Mosche pensó en la canción del águila y el cordero. Se preguntó si con el apretón de manos de antes había sellado su propio destino, si ahora pronto sería conducido al matadero, como su madre.

«¿Percibe usted ya algo?», preguntó Leitner con excitación.

Mosche no percibía nada. «¿Qué clase de huesos eran?», preguntó con aire profesional.

«Huesos de niño», murmuró de mala gana el comisario.

«Eso lo aclara», dijo Mosche.

«¿Qué?»

Sin mirar a Leitner, con la mirada dirigida al suelo embarrado, dijo Mosche: «El dolor.»

El comisario estaba hondamente impresionado. Mosche también. Resultaba todo tan fácil. Estaba dando allí una soberbia representación para un público que constaba de un solo hombre.

«Ayúdeme», dijo el comisario. «Ayúdeme a encontrar al asesino.»

Mosche hizo como si reflexionara. Luego asintió con la cabeza.

20. EL LADRÓN

Para Zabbatini no acababan las humillaciones. El muchacho había extendido para él en el garaje varios cartones lisos y mantas porque, al parecer, era importante que por el momento la madre de Max no se enterase de su presencia. Resultó de ello que el Gran Zabbatini tuvo que pasar la noche como un perro vagabundo detrás de un montón de trastos viejos. ¡Él, un artista de fama mundial! Había actuado en los mejores cabarets de Berlín, después en Nueva York, en Atlantic City, toda la Costa Oeste hacia el norte y hacia el sur! ¡En Las Vegas se lo disputaban! ¡Había dormido en los hoteles más caros! ¿Y ahora? Zabbatini se daba la vuelta para un lado y para otro, no encontraba una postura cómoda sobre el suelo de hormigón. Y eso, a su edad. Otros pasaban la vejez rodeados de lujo, dormían en colchones de plumas, comían excelentes manjares bien servidos, pellizcaban las mejillas de sus nietos y el trasero de sus cuidadoras. Solo para él se habían acabado los pellizcos. ¿Qué había hecho él para merecer eso? Aquello estaba oscuro y lleno de polvo. Por todas partes había cajones, muebles, cachivaches. Por la puerta del garaje entraba un aire frío.

Se preguntó si habría ratas. Podía ser, ¿no? Al fin y al cabo todo podía empeorar. Y empeoró. Ratas no vio ninguna pero tenía que mear. Zabbatini suspiró y se frotó los cansados ojos. Sabía que era absurdo demorar lo inevitable. Su vejiga se había vuelto poco fiable en los últimos años. Se levantó trabajosamente, rezongando caminó a tientas en la penumbra y abrió la puerta por la que se accedía a la casa. Arrastrando los pies, entró en el baño que había junto al dormitorio de los padres y levantó la tapa del retrete. Cuando terminó, tiró de la cadena y se dio media vuelta. Su mirada fue a posarse en un cesto con ropa sucia. Encima de todo había unas bragas. ¡Vaya, vaya! La ropa interior femenina siempre despertaba en él hermosos recuerdos. Echó mano de las bragas y se las apretó contra la cara. Cerró los ojos. El perfume lo trasladó décadas atrás, a una pequeña buhardilla. Cuando volvió a abrir los ojos ya no estaba en el baño revestido de azulejos sino en una buhardilla de Berlín. Creía reconocer delante de él a Julia, que solo le veía a él, nada más. Le sonreía a él, solo a él. Sus cabellos estaban revueltos,

en sus ojos gris verdosos se reflejaban manchas de luz solar, y su sonrisa calentó su viejo corazón. Ella le tomó las manos, qué delgados eran sus dedos, qué suaves, y le susurró una dulce mentira:

«Te quiero.»

El recuerdo era tan real que olvidó todo lo que le rodeaba. ¿Y por qué no? Ya no esperaba ninguna alegría, amigos y enemigos, todos habían muerto. Él era el último superviviente, el solitario residuo de una época que había desaparecido hacía mucho tiempo. El tren de la vida traqueteaba hacia la estación final, y la mayoría de los viajeros ya se habían apeado. Todo lo que le quedaba era el pasado. Era su constante compañero, su santuario, su manantial y su tormento.

Desde que se marchó Harry, Deborah dormía mal. La atormentaba un sueño que se repetía: estaba en una barca, en un lago, durante la puesta de sol. A su alrededor no había ruidos ni señales de vida. Todo estaba en silencio. Se sentía sola, abandonada. La barca se balanceaba sobre las olas, ella no podía gobernarla, no podía trazar rumbo alguno. Se movía a la deriva por la orilla que estaba enteramente cubierta de agreste vegetación. Entre medias sobresalían ruinas, grandes sillares, columnas caídas, arcos desintegrados. Lo que aún quedaba de una civilización derruida, se hallaba en medio de un terreno salvaje. Deborah tenía que llegar a tierra, pero no lo conseguía, un golpe de viento la hacía retroceder una y otra vez. Se iba separando más y más de la orilla.

De pronto se despertó. Un ruido llegó hasta ella desde el pasillo. Escuchó atentamente. Otra vez. No podía situar ese ruido. ¿Sería Max? Miró alrededor. Max estaba acostado junto a ella. En los últimos tiempos padecía insomnio, muchas veces se deslizaba en mitad de la noche hasta su dormitorio y se acurrucaba a su lado.

Oía la lluvia, que tamborileaba suavemente contra su ventana. Y luego oyó la cisterna del váter. Deborah se incorporó de golpe. De pronto tenía miedo. ¿Sería un ladrón? ¿Qué, si no? ¿Un mapache? Los mapaches revolvían siempre de noche los contenedores de basura que había delante de la casa. Pero los ruidos no venían de fuera. Deborah espío a través de la puerta entreabierta.

La luz del baño estaba encendida.

Tanteó alrededor hasta que encontró su móvil. Marcó el número de emergencias. Respondió una voz de mujer.

«Ha entrado alguien en mi casa», susurró Deborah.

La mujer de la central pidió su nombre y su dirección. Deborah se los dio y añadió que se trataba sin ninguna duda de un ladrón. ¿Quizá incluso de un violador? Una oía tantas cosas. La mujer le dijo que no perdiera la calma, que los policías estaban en camino.

«¿Que no pierda la calma?», se indignó Deborah. «¡Pero si hay alguien en mi casa!»

«¡Sobre todo no se le ocurra hacer nada!», dijo la mujer.

«¡A mí mo me diga lo que tengo que hacer!», replicó Deborah, y dio por terminada la conversación. Ahora estaba furiosa. Ya no tenía ni rastro de miedo ni de nerviosismo. Eso no era raro en ella. Tenía un carácter irritable. Cuando Deborah era una niña, uno de los chicos mayores intentó una vez quitarle el bocadillo que le había hecho su madre para el mediodía. Deborah se puso tan furiosa que atacó al chico, aunque era mucho más fuerte que ella. Le dio un puñetazo en plena cara. Él sangró por la nariz. Finalmente los dos fueron citados al despacho del director. El chico fue castigado a quedarse más horas en el colegio; la acusación contra Deborah no prosperó por falta de pruebas. Nadie quiso creer que una niña tan frágil hubiera dejado tan maltrecho a un chico tan fuerte. Cuando Deborah se enfurecía, su ira ofuscaba cualquier otro pensamiento, incluido el de la propia seguridad. Abrió el armario de pared y se armó de una escoba y de la lata de gas pimienta que siempre llevaba consigo en el bolso de mano.

¡Se va a enterar!, pensó. Decidida, se deslizó a lo largo del pasillo.

La puerta del cuarto de baño estaba entreabierta. Deborah tomó posición de ataque, respiró hondo y cerró un momento los ojos. Luego abrió la puerta de una estruendosa patada y se metió de un salto en el cuarto. Sostenía la escoba como una lanza. Todo fue rapidísimo. Nada más percibir al viejo sentado en el borde de la bañera, le golpeó con la escoba en la cabeza y su mano izquierda avanzó hacia delante y le descargó una rociada de gas pimienta en el rostro.

El hombre gritó de dolor y cayó hacia atrás en la bañera vacía. Allí quedó echado boca arriba como una rana, con las piernas abiertas. Respiraba afanosamente y se frotaba los ojos. Pasarían unos minutos hasta que remitiera el dolor. El gas pimienta se las traía, Deborah lo sabía.

«¿Quién es usted?», preguntó.

El viejo lanzó un quejido. Lágrimas de dolor le corrían por el rostro. Temblaba. Su boca se abría y se cerraba, pero no le salía palabra alguna. Deborah vio que con su mano izquierda –que parecía deformada– agarraba algo. Sus bragas.

«¿Qué hace con mi ropa interior, tío cerdo?», preguntó. «¿Cómo ha entrado aquí?»

Zabbatini parpadeó para quitarse las lágrimas, luego la miró como un ciervo a la luz de los faros. Cuando el dolor de ojos y de cabeza se fue calmando, vio claramente en qué penosa situación se encontraba. Tampoco sirvió de mucho que, en cuanto la vio, esa fiera que estaba delante de él con la escoba le pareciera de lo más atractiva. Ya había encontrado excitante el agrio perfume de sus bragas. ¡Y encima ese fuego en los ojos!

Volvió a gemir en voz alta –ya era una pequeña improvisación de su parte–, luego se incorporó, de forma que se quedó sentado en la bañera como si fuera a tomar un baño. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó sus pastillas para el corazón, se puso una en la lengua y la tragó trabajosamente. Deborah vio que escondía sus bragas detrás de la espalda. Con la mano libre se frotó la cabeza casi totalmente calva y el rostro enrojecido.

«Tenga usted muy buenas noches», dijo en voz baja, con un extraño acento.

«¿Qué hace usted aquí?», gruñó Deborah.

«¡Me ha hecho daño!», gritó él en tono incriminatorio.

«Oh, y va a ser aún peor. Todavía no he acabado, ni mucho menos. ¿Quién es usted?»

El viejo insinuó una reverencia. «Me llaman el Gran Zabbatini», dijo. «Soy su más humilde servidor, distinguida y joven señora.» Extendió las manos y le arrojó una mirada que siempre le había sido útil en el transcurso de su carrera. Sus ojos parecían decir: ¿Acaso parezco capaz de mentir?

«¿Qué hace usted con mis bragas?»

Zabbatini le tendió ambas manos. Estaban vacías.

«¿Bragas?», preguntó con tono inocente. «¿Qué bragas?» Luego, con un gesto teatral, se subió las mangas cortas de su camisa hawaiana. «¿Lo ve usted? En mis mangas tampoco hay nada.»

Deborah se quedó estupefacta. Habría jurado que el viejo tenía sus bragas.

¡Ella lo había visto muy bien! En la apergaminada piel llena de manchas del brazo vio un tatuaje muy descolorido, unos cuantos números que apenas se distinguían.

Pero ella sabía lo que eso significaba.

«¿Qué se le ha perdido a usted en plena noche en mi cuarto de baño?»

«Bueno...», empezó Zabbatini. Sonreía sin saber qué partido tomar. ¿Qué podía decir? ¿Que lo habían echado de la residencia de ancianos? Deborah aún tenía la escoba en la mano, con aire amenazador. Lo que él dijera ahora sería decisivo.

«Nuestro mundo», dijo, «es un lugar encantado. Solo un velo finísimo nos separa de los sueños que yacen en nuestro interior.» Su acento se hizo más penetrante. Con doloroso esfuerzo trataba de salir de la bañera. «Y ahora, mi joven señora», continuó, «preste mucha atención.» Consiguió pasar una pierna por encima del borde de la bañera. «Estoy aquí», anunció, «para cambiar su vida.»

«Nada de trucos», dijo Deborah previniéndole. «La poli está en camino.»

Zabbatini, que acababa de ponerse en pie, la miró suplicante. «Soy uno de los mayores animadores del mundo», dijo. No sonaba muy convincente.

«Mamá!», llamó una voz desde detrás. «¡No!»

Deborah se dio la vuelta y vio a su hijo en el vano de la puerta del baño. Tenía el pelo revuelto, el pijama arrugado.

«Yo tengo la culpa», dijo él.

«¿Qué está pasando aquí?», le preguntó ella.

Max bajó la cabeza y clavó la mirada en sus pies. «Es un mago», dijo por fin.

«¿Un qué?»

«El mago del disco de papá.»

«¿El mago?» La voz de Deborah sonaba incrédula.

«Te lo enseñaré», dijo Max. Corrió a su habitación para coger el disco. Unos segundos después estaba otra vez allí. «¡Mira!» Puso la cubierta del disco junto a Zabbatini.

Zabbatini se esforzaba por sonreír como en la cubierta.

Max creyó ver que su madre reconocía el parecido.

«¿Y qué se le ha perdido aquí?», preguntó ella.

«Le conocí ayer», contó Max. «Vive en una residencia de ancianos en Fairfax Avenue. Estuve con él en Canter's.»

«Yo lo puedo explicar todo», dijo Zabbatini aclarándose la garganta. «Este jovencito fue a verme a mi casa. Quería dar conmigo.» Salió con cuidado de la bañera, con la mayor rapidez que le permitía su zarandeado cuerpo. Le temblaban las rodillas, pero al menos estaba de pie. Luego levantó la mano deformada, una grotesca parodia del gesto que muchos años atrás había visto llevar a cabo a su padre en la buhardilla de la antigua sinagoga. Con voz cascada anunció: «¡Soy el Gran Zabbatini!» Luego extendió la mano en dirección a Deborah y dijo: «¿Qué tiene ahí detrás de la oreja?»

Deborah se dio media vuelta. Para su sorpresa, Zabbatini tenía de pronto sus bragas en la mano.

«¡Ajá!», exclamó en voz alta. «¡Han estado todo el tiempo detrás de su oreja!»

Max aplaudió entusiasmado.

Zabbatini hizo una inclinación. «Muchas gracias, señoras y señores.»

En ese momento oyeron que alguien aporreaba la puerta. Una voz gritó: «¡Abran! ¡Policía!»

Zabbatini palideció.

«¡Maldita sea!», dijo Deborah conteniendo la voz, y corrió al salón. Max la siguió.

Cuando Deborah abrió la puerta de entrada, había allí dos policías uniformados, una joven negra que llevaba el pelo recogido en un severo moño y un blanco barrigudo de más edad.

«Usted ha llamado por teléfono», dijo el hombre.

«Sí...», murmuró Deborah insegura. «Bueno, creía que había un ladrón...»

«Bueno», dijo la mujer, «¿lo había?»

«No.» Deborah sacudió la cabeza. Luego dijo: «Bueno, de hecho, sí. En mi bañera hay un extraño.»

Los dos policías intercambiaron una mirada dubitativa. Preguntaron si podían entrar y echar una ojeada a la casa. Más valía asegurarse.

Deborah asintió con indiferencia y se apartó para dejarlos pasar. Los policías miraron por toda la casa como los visitantes de un museo. Sus manos descansaban en los cinturones de cuero. Deborah les mostró el camino del baño. Zabbatini seguía sentado en el borde de la bañera y recibió a los agentes con una radiante sonrisa.

El policía de la barriga preguntó a Deborah: «¿Es este?»

Ella asintió.

«No parece muy peligroso», dijo.

«He oído ruidos y..., bueno, me he asustado. Por eso los he llamado.»

«Puedo explicarlo todo», dijo Zabbatini.

«Le escuchamos», dijo el policía.

Zabbatini contó que Max había aparecido la víspera en su casa buscándole. Luego, su narración se fue deslizándose, lenta pero segura, hacia el reino de la fantasía. Habló del hondo y tierno afecto que sintió desde el primer momento por el joven y que este le había pedido –¿había dicho pedido? Quería decir *suplicado*– que fuera a su casa porque...

Porque... ¿por qué, en el fondo?

Los agentes iban perdiendo poco a poco la paciencia. La negra pidió a Zabbatini un documento de identidad y se fue con él al coche patrulla para verificar sus datos. Regresó unos minutos después y dijo que el viejo era del todo inofensivo. No tenía antecedentes penales. Ni siquiera como delincuente sexual. En su voz se percibía cierta frustración. «No tiene pendiente ninguna orden de detención, nada de nada.»

«¿No será un pedófilo?», dijo Deborah.

La agente se encogió de hombros. «Quizá, pero nosotros no lo tenemos en el sistema. La mayoría de ellos llaman la atención alguna vez.»

Deborah asintió, pero no muy tranquila.

Ambos agentes se colocaron a la derecha y a la izquierda del anciano. El policía de la barriga dejó caer su vellosa manaza sobre el hombro de Zabbatini. «Bueno, vale. Así que ahora marchando, amiguito.»

Lo sacaron a la calle, donde llovía sin parar, y se dirigieron al coche patrulla.

«¿Qué van a hacer con él?», preguntó Deborah desde el umbral de la casa.

«De momento pasará la noche en la celda, junto con todos los demás», dijo la agente. «Allanamiento de morada. Mañana será puesto a disposición judicial, luego ya veremos.»

De pronto, Zabbatini se soltó de golpe. Dio unos débiles pasos en dirección a Deborah y luego hizo algo inesperado: cayó de rodillas.

«¡Por favor!», suplicó. «¡No quiero ir a la cárcel!»

«¡No te pongas ahora tan quejica!», dijo el policía, la perfecta voz de la razón. «No hagas escenas. No te servirá de nada.»

Pero eso es lo que se proponía Zabbatini. Abrazó las piernas de Deborah y rompió a llorar. «Soy un viejo, no podré sobrevivir a la cárcel.»

Deborah se ruborizó y miró alrededor. Esperaba que los vecinos no se despertaran con aquel barullo. Dios, qué violento, aquel viejo que se agarraba a ella sollozando.

«Bueno, vale», dijo agotada. «No pondré denuncia. Hoy puede quedarse usted con nosotros. Pero mañana sin falta se larga de aquí.»

«¡Gracias, mami!», exclamó Max abrazándola.

Deborah disimuló una sonrisa.

Los dos policías se miraron desilusionados.

21. LA OSCURIDAD QUE SE APROXIMA

A orillas del Leine, Mosche Goldenhirsch llegó a un acuerdo con el comisario Erich Leitner. Mosche, en calidad de «consultor detective», prestaría apoyo con sus facultades especiales a la policía judicial de Hannover y recibiría por ello treinta marcos del Reich. Una fortuna, en especial para él. Esperaba que nunca se encontrase al asesino para poder cobrar ese sueldo durante el mayor tiempo posible. En cualquier caso, haría todo lo que estuviera en su mano para impedirlo. Después de haber sellado el acuerdo mediante un apretón de manos, un coche patrulla los llevó a la comisaría.

«¿Cómo se llama usted?», le preguntó Leitner por el camino.

«Zabbatini», respondió Mosche.

«¿Qué clase de apellido es ese?»

«Es persa. Nací en Teherán», explicó Mosche, que se había preparado para esa pregunta.

«¿Dónde?»

«En Persia», dijo Mosche.

«¡No es posible!» El comisario se golpeó divertido la rodilla. «¡Persia! ¡Qué barbaridad, qué cosas!»

«¿Sabía usted», dijo Mosche, «que Persia es la cuna de los arios?»

«¡Qué me dice! ¡Bueno, no puede haber mejor acreditativo ario!» Leitner se reía a carcajadas. Luego dijo: «No me lo tome a mal, pero a mí todo eso de las razas no me interesa.»

«¿No?»

Leitner negó con la cabeza. «La política no es lo mío. Todas esas pamplinas modernas, que si arios, que si la cuestión judía, qué sé yo.»

«Pero usted», dijo Mosche con cautela, «es miembro del Partido.»

«Claro, tengo que serlo, es inevitable. Yo, servidor del Estado, cómo se interpretaría eso, oiga. Y tampoco quiero decir nada contra el Führer, un tipo fantástico. Pero la gente como yo...» Se encogió de hombros. «Yo me limito a hacer mi trabajo. De todo lo demás me mantengo al margen.»

Mosche asintió. Posiblemente sería ventajoso para él que Leitner no fuera

un ardiente partidario del movimiento, quizá fuera entonces menos desconfiado.

«¿Y cómo es que vino al Reich?», preguntó el comisario.

«Mis padres tuvieron que dejar Persia durante la revolución», dijo Mosche.

«¿Revolución?»

«En los años veinte. Bolcheviques.»

Leitner hizo un gesto de asentimiento. «Sí, siempre esos bolcheviques», dijo.

«La revolución fue aplastada pero mis padres y yo habíamos emigrado ya a París.» Las mentiras le salían con una facilidad casi aterradora. A Mosche le divertía inventarse de nuevo a sí mismo.

«Y ahora está usted aquí», dijo Leitner pensativo.

«Ahora estoy aquí.»

Llegaron a la comisaría. Aunque se hacía pasar por un persa huido de los bolcheviques, las banderas con la cruz gamada que había delante de las ventanas le recordaban desagradablemente quién era en realidad.

Entraron en el edificio y pasaron por lóbregas habitaciones llenas de malhumorados funcionarios que, encogidos ante sus mesas de trabajo, escribían a máquina y fumaban. Mosche pasaría allí muchas horas sombrías. Pero al menos se entendía con Leitner, un hombre cuyo alegre carácter y cuya falta de inteligencia no parecían ajustarse al perfil profesional de un comisario. A Leitner le gustaba conversar con Mosche, de eso se encargaba este, y le enseñó las actas: un asesino de niños rondaba por Hannover, los cadáveres de las víctimas estaban espantosamente mutilados. Consternado, Mosche contemplaba las fotos toscamente granuladas en blanco y negro de los pequeños cuerpos desfigurados. La policía no tenía la menor pista. Él prometió ayudar con todos los medios a su alcance.

Ahora que ganaba dinero, Mosche alquiló, en casa de una maestra jubilada, una pequeña habitación en la que podía verse en secreto con Julia y que él, frente al comisario, hizo pasar por su domicilio. Mosche vivía en un mundo de mentiras. Mentía a la policía. Mentía al Hombre de la Media Luna. Mentía a sus compañeros del circo que no debían saber de su trabajo para la policía judicial de Hannover, e inventó una aventura con una bella muchacha de Hannover para explicar por qué tenía que ir tantas veces a la ciudad. Era un continuo ir y venir de embustes. Mentir le resultaba fácil, pero con el tiempo tuvo que retener en la cabeza un sinfín de historias y su desarrollo. Era

fatigoso, exigía su tributo. Y luego estaban las visitas al depósito de cadáveres. Leitner le citaba allí a menudo, para que Mosche extendiera las manos por encima de los pequeños cadáveres infantiles y le contara otra osada e inútil mentira. Hacía frío allí y olía a formaldehído, un olor repugnante y dulzón que a Mosche le recordaba el de la fruta podrida. No le gustaba percibir su propio pasado. En el depósito de cadáveres pensaba a menudo en su padre, y el corazón se le oprimía por la traición que estaba cometiendo, a los vivos y a los muertos.

Además cada vez era más difícil inventar indicios y pistas. El repertorio estándar que tenía Zabbatini de frases como «siento un oscuro poder» o «está usted más cerca de secreto de lo que cree» perdió atractivo con el tiempo. Lo único que Mosche sentía era la presión a la que estaba sometido Leitner. Seis niños muertos habían sido encontrados hasta entonces, y la policía seguía con las manos vacías. Cuanto más se desesperaba el comisario, más se fiaba de Zabbatini.

Así resultó que Mosche tenía que estar presente muchas veces en interrogatorios y redadas nocturnas en barrios obreros. Leitner le pedía que pusiera la mano sobre la frente de estupefactos proletarios a los que habían sacado del merecido sueño en plena noche. Al principio Mosche había sido perfectamente capaz de «sentir inocencia», pero bajo la creciente presión de la opinión pública se decidió cada vez con más frecuencia por una «sensación de malestar». No faltaba mucho para provocar la detención de aquellas personas. Mosche no quería saber lo que hacían con ellas.

Una noche le llevaron a una tiendecita que Mosche conocía bien: era una verdulería en la que compraba a menudo. Habían sacado de la cama al dueño, un hombre barrigudo y tosco que dormía en el piso que tenía encima de la tienda. Evidentemente, un nuevo sospechoso. Por suerte, el verdulero no pareció reconocer a Mosche.

Leitner, que tenía unos cercos oscuros en torno a los ojos, sonrió a Mosche cuando este entró. Lo llevó aparte y le preguntó si sentía algo.

Con pesados pasos Mosche se acercó al verdulero y le puso la mano sobre la frente. El hombre le miró perplejo. Mosche no sabía qué decir. No quería recurrir a una de sus frases habituales. Corría peligro de tensar demasiado la cuerda. Pero tenía que ofrecer algo a la gente. Cerró los ojos.

«¿Y bien?», preguntó Leitner.

A Mosche, simplemente, no se le ocurría nada. Sus pensamientos estaban

atascados. Quitó la mano de la frente del verdulero y miró a Leitner.

«Bueno, ¿qué?», preguntó el comisario.

Mosche recordó una vez más el consejo del Hombre de la Media Luna: que en la duda era mejor no decir nada. Así pues, sacudió de modo apenas perceptible la cabeza y volvió la cara con tristeza.

Leitner interpretó por lo visto el silencio de Zabbatini como una confirmación de la culpa del sospechoso. «¡Llévenselo!», ordenó.

El verdulero fue arrastrado hasta un coche mientras su mujer y sus hijos estaban arriba, en la ventana, y lloraban. Antes de meterlo en el coche, el hombre echó a Mosche una mirada llena de desesperación. Mosche no pudo soportarlo, tenía la mirada fija en el suelo. Empezaba a remorderle la conciencia, y decidió poner fin lo antes posible a aquella farsa.

Al fin y al cabo, ¿dónde iba a proveerse ahora de verduras?

22. ¿QUIÉN RECITARÁ EL KADISH?

Cuando Deborah Cohn se levantó a la mañana siguiente, Zabbatini ya estaba tomando el desayuno sentado frente a su hijo. Le enseñaba un truco de naipes a Max.

«Y hela aquí», dijo Zabbatini ahuecando teatralmente la voz y levantando una carta. «La dama de corazones.»

Al decir esas palabras le hizo un guiño a Deborah. Ella no salía de su asombro. Max sonreía y aplaudía. Hacía mucho tiempo que no había visto al chico tan alegre.

Rechinando los dientes, Zabbatini hubo de confesarse a sí mismo que apreciaba al pequeño. Un poco al menos. No excesivamente, pero un poco. En general él sentía aversión hacia los niños, pero ese chaval tenía un no sé qué de nostalgia, un fondo de melancolía que daba color a sus días y noches. Zabbatini conocía bien esa sensación. Además, para su edad, Max era muy inteligente. Sabihondo y redicho, sí, pero no un idiota como él había pensado al principio. Habían charlado durante el desayuno sobre esto y aquello. Había sido un prudente tanteo. Ah, ¿te gusta comer en Zankou Chicken? A mí también. Está ahí mismo, junto a Jumbo's Clown Room, a la vuelta de la esquina. ¿La salsa de ajo de allí? Maravillosa, ¿verdad? De todos modos, la vida sin ajo no tiene sentido. Cosas por el estilo.

«¡Mamá!», gritó Max sosteniendo en alto la carta. «¿Has visto esto?»

Bostezando, Deborah negó con la cabeza. «Tómame el desayuno, campeón», dijo.

Zabbatini miró con desparpajo a Deborah. Ah, pensó. La exquisita, la perfumada. «Buenos días, señora mía», susurró.

«Mamá», dijo Max. «¿Conoces Jumbo's Clown Room? El Gran Zabbatini me ha contado que...» Interrumpió la frase cuando vio la escandalizada mirada de su madre.

Echaba chispas por los ojos contra Zabbatini, que había adoptado una expresión de lo más inocente. Se aclaró la garganta y trató de utilizar su encanto personal. «Apreciada señora, ¿tiene por casualidad también café en su establecimiento?»

Deborah enarcó las cejas. «¿Café?» ¿Ahora, en serio? ¡Menudas exigencias tenía ese!

«Sí, señora», dijo Zabbatini. «Un líquido oscuro a base de granos tostados y que se prepara muy caliente. Solo y con azúcar, por favor.» Miró a Max y le guiñó un ojo. «¡Negro como la noche y dulce como un beso furtivo!»

Lo cierto es que Zabbatini tenía un considerable respeto a Deborah; lo de la escoba le había impresionado. Pero esa noche sin embargo –o tal vez por eso– había atizado sus sueños eróticos. Cuantos más años cumplía, cuanto más oxidados los tubos, tanto más se convertía todo lo lúbrico e indecoroso en el elixir de la vida. A veces no conciliaba apenas el sueño por esa razón. Se le había permitido pasar el resto de la noche en el sofá plegable del despacho. Pero la mayor parte del tiempo se había revolcado intranquilo. Le dolía la nuca, la cabeza, y sus fantasías le atormentaban. Poco antes del amanecer se durmió por fin.

«Yo no soy su criada», dijo Deborah en voz amenazadoramente baja.

Max conocía ese tono. La peligrosa calma que precede a la tormenta. Era el momento de intervenir. «¡Yo puedo preparar el café!», ofreció saltando de la silla. «Sé cómo se prepara.»

Zabbatini percibía las turbulencias atmosféricas, al fin y al cabo adivinaba el pensamiento. Pero se sentía seguro de sí mismo a la clara luz de la mañana. El pequeño, al menos, le había tomado afecto, así que la madre lo iba a tener difícil para echarle a la calle. El fuego interior de Deborah, su apasionado carácter: él estaba completamente embelesado con aquella diosa llameante. A él no le importaba que esta mañana su pelo estuviese despeinado y su rostro hinchado de no dormir. Al contrario, Deborah daba así una impresión de intimidad hogareña que le cautivaba. Él siempre andaba buscando algo, siempre había sido un vagabundo y un marginado. Lo cotidiano era inalcanzable para él. A eso venía a añadirse que Zabbatini había pasado toda su vida llevando a cabo trucos en presencia de otros. Era un embustero profesional. Y ahora, cuando se acercaba el final, ya no había nadie que se deleitara con sus hermosos embustes. De lo que más se arrepentía era de haber llevado una vida sin arrepentimiento. Siempre se había interesado solo por sí mismo, nunca por otros. Y ahora no había nadie. Estaba solo.

«Para que quede claro», explicó Deborah. «Yo no sé quién es usted ni qué hace aquí. Si ha dormido en el sofá y no en la celda es porque estaba lloviendo y usted me puso en ridículo delante de los policías.»

«Y por ello le estaré eternamente agradecido», dijo él suavemente. «Pero ahora ha amanecido, brilla el sol y yo quiero un café.»

Sonaba casi como una orden. Deborah no soportaba que le dijeran lo que tenía que hacer. ¿Y encima ese tipo? ¿Ese viejo achacoso? ¿Primero olisqueaba sus bragas y ahora quería olisquear el aroma de café?

«Ha llegado la hora de que se vaya», dijo Deborah.

Max clavó los ojos en ella. Su boca se abrió, como la de un pez. Luego dijo: «Mamá, no, por favor.»

«¿Por qué no?», porfió ella. «Ya no es de noche. Mira fuera. ¡Estamos en pleno día!»

Zabbatini dirigió una mirada ofendida a Max: no estaba acostumbrado a que las personas no se dejaran manipular por él. Por lo visto se había equivocado en el tono.

Max miró a su madre con una bien estudiada expresión de súplica. «¿Te acuerdas? Me dijiste que podía pedir por mi cumpleaños todo lo que quisiera.»

Ahora el rostro de Deborah perdió un poco de su dureza.

«Quiero que actúe en mi fiesta de cumpleaños, el sábado de la semana que viene», dijo Max. «En Mickey's Pizza Palace.»

Deborah clavó los ojos con desconfianza en el decrepito mago de la escena. Este dejó caer la cuchara, como pillado en falta, y le sonrió forzosamente.

«¿No querías toda la colección de *Tintín* en un volumen?», preguntó Deborah a su hijo.

«Sí», admitió Max. «Pero también quiero que el gran Zabbatini venga para mi cumpleaños.» Señaló al anciano con la cabeza. «Hace tiempo fue realmente famoso.»

«¡Sí! ¡Lo fui!», dijo Zabbatini con súbitos bríos. «¿Qué es eso de *fui*? ¡Lo soy!»

«¿Hará globos con formas de animales o qué?», preguntó Deborah con ironía.

«¡El público exige mi presencia!», puntualizó Zabbatini.

La mirada escéptica de Deborah pasó del viejo a su hijo y después a la inversa. «¿Pero cómo has dado con él?», preguntó a Max.

«Estuve en Hollywood Magic Shop, y el hombre me dijo dónde podía encontrarlo.»

«¿Y podrías decirme por qué?»

Max bajó la mirada a sus copos de avena.

«¿Max?», dijo Deborah.

Él se cruzó de brazos. Finalmente dijo: «¡Para mi cumpleaños quiero que actúe el Gran Zabbatini!»

En la cabeza de Deborah giraban las ruedecitas. Primero el disco, luego la escapada... y ahora este carcamal. Ella seguía sin entender por qué, pero saltaba a la vista que su hijo se tomaba aquello en serio. Si seguía siendo inflexible, entre Max y ella habría guerra abierta. ¿Y si cedía?

Deborah se acuclilló ante su hijo y tomó las manos del niño entre las suyas: «¿Estás seguro, cariño?»

Max asintió. «Solo esos pocos días. Por favor, mamá, por favor.»

Es tan testarudo como su padre, pensó Deborah. En cualquier caso, la policía ya había investigado al viejo y no le había puesto pegas. Sin antecedentes penales: ¡una ferviente recomendación! Tener a un extraño en casa no le gustaba en absoluto. Pero tenía que admitir que Max había sido feliz esa mañana. Por primera vez desde hacía mucho tiempo. No sabía por qué demonios era así, pero eso de tener al viejo con él parecía venirle bien.

Torció la boca en una sonrisa sesgada, suspiró y pronunció entonces su sentencia: «Bueno, vale. Puede dormir en el despacho. Pero solo hasta tu cumpleaños, después se acabó.»

«¡Gracias, mamá!», exclamó Max con entusiasmo. La estrechó entre sus pequeños brazos y la besó en la mejilla.

«Y ahora, date prisa», dijo Deborah, «si no, perderás el autobús.»

Max agarró su mochila y salió corriendo de su casa. Cerró de un portazo que hizo temblar las paredes. Deborah y Zabbatini le siguieron con la mirada a través de la ventana. El chico subió al autobús amarillo que se detenía en ese momento en la esquina, luego se cerraron las puertas y se marchó dando tumbos.

Apenas solos, Deborah tomó al viejo por su cuenta. Agarró un cuchillo de cocina y le apuntó al pecho.

«Cuidado, señora», dijo Zabbatini con risa nerviosa.

Deborah dejó otra vez muy claro que podía vivir en el despacho hasta la fiesta del sábado en ocho días, pero ni un minuto más. ¡Ni uno solo! ¡Y nada de triquiñuelas! Luego le explicó las normas de la casa, entre las que se contaba, para su desengaño, que no se le ocurriera tocar su ropa interior. Le

hizo comprender, sobre todo mediante el cuchillo, que la menor contravención de una sola de esas normas llevaría a que ella le metiera el cuchillo en cuestión por el trasero. Y una cosa más: ella no se fiaba de él.

«¿De qué va todo esto, oiga? ¿Qué se le ha perdido a usted aquí?», preguntó.

Zabbatini suspiró. «¿Y qué pasa con el café?»

«El café puede esperar», dijo Deborah. «¿Por qué está usted aquí? ¿Qué le ha contado a mi hijo?»

«Absolutamente nada», dijo Zabbatini. «Él me ha perseguido y me ha molestado.»

El cuchillo en la mano de Deborah le intranquilizaba, y su inglés se volvía otra vez un chapurreo. Le explicó que él estaba disfrutando de su «habitual estilo de vida activo para mayores», cuando apareció en la residencia de ancianos esa pesadilla de chico. «En la King David, un verdadero palacio, ¿sabe?» Lamentablemente, le habían echado de ese paraíso por culpa de Max. Max estaba obsesionado con un disco que el Gran Zabbatini había grabado hacía muchos años con fines publicitarios. Su agente de entonces, Benny Szymanski, que Dios lo tenga en su gloria, había tenido esa idea. Eso fue a principios de los años ochenta, la carrera de Zabbatini ya andaba de capa caída por aquel entonces. Con ese disco, argumentó Szymanski, tal vez podría conseguir varias fiestas de cumpleaños infantiles y *bar mitzvá*. Desde hacía varios años a Zabbatini se le veía cada vez menos en la televisión, y sus actuaciones regulares en Disneylandia tuvieron un final abrupto cuando después de una representación más bien mediocre lo pillaron en un almacén que había detrás del escenario con los pantalones bajados y echando un polvo con una empleada disfrazada del ratón Mickey. Penoso.

Tras esa debacle había regresado a la Costa Este y actuado unos meses en un casino de Atlantic City. Le pagaban bien, pero también ese contrato se acabó un día. Así que se estableció de nuevo en California, donde hacía un tiempo más soportable. Si uno tenía que ser pobre, mejor allí donde lucía el sol. Le gustaba la Costa Oeste, en especial el perfume de las jacarandás en primavera y de los limoneros en verano. Y le gustaban los aguacates maduros que solía robar en el jardín de su vecino. Los Ángeles le parecía un páramo, y eso era precisamente lo que le atraía. Allí se buscaban en vano ruinas de antiguos cementerios judíos y sinagogas. No había nada que le recordara los tiempos anteriores a 1945.

Y allí estaba el Magic Castle, uno de los clubs de magia más antiguos y prestigiosos de toda la costa occidental, conocido por los extraordinarios talentos que actuaban allí y temido por la pésima comida que servían al público. Desde hacía muchos años Zabbatini era amigo de Milt Larsen, que había fundado el Castle y la Academy of Magical Arts, una especie de club de boy-scouts para magos de madurez tardía. Aficionados, como los denominaba Zabbatini. Sin embargo el ingreso en la Academy fue entonces, en los sesenta, un honor para él. Bill, el hermano de Milt, era en aquel entonces redactor de la CBS, con un gran despacho en la esquina de Fairfax Avenue y la calle Tres, y de vez en cuando contrató a Zabbatini para algunas actuaciones, por ejemplo en el show de Judy Garland.

Una tarde, varios meses después de su regreso a Los Ángeles, Zabbatini fue con Milt y Bill a cenar a Chasen's, en Beverly Hills –allí hacían unos filetes grandiosos–, y Milt le preguntó qué le parecería tener un empleo fijo en Magic Castle. A Zabbatini, que ni siquiera podía permitirse el filete y tenía la secreta esperanza de que los Larsen se hicieran cargo de la cuenta, naturalmente le pareció muy bien.

El Magic Castle estaba en medio de las colinas de Hollywood, un absurdo ejemplo de la exuberancia norteamericana, un edificio pseudovictoriano de 1908, que tenía un poco el aspecto de una casa encantada de una película de terror. En los primeros años sesenta, el mago de la escena y sagaz hombre de negocios Milt Larsen había comprado y renovado el viejo y destartado caserón. El Castle fue desde sus comienzos –y todavía hoy– un club privado, solo accesible a los miembros y a sus invitados. La comida era un crimen contra la humanidad, pero para los magos de la escena era un paraíso. Allí se conocían todos, allí se podía estar, allí se ganaba uno el alquiler. La entrada estaba vigilada por una lechuza artificial, y a las palabras «¡Ábrete, sésamo!», una estantería de madera se desplazaba hacia un lado y, a través de un pasillo secreto, franqueaba el paso al interior del club. Allí había un bar, extraordinariamente lujoso para aquella época y rebosante de vida, en el que clientes borrachos, codiciosos magos de la escena y camareras de escasa vestimenta se movían dificultosamente entre el gentío. Siempre estaba oscuro en el Magic Castle, el ambiente también era una ilusión: se presentaba a los clientes una suntuosidad victoriana, y eso en medio de la radiante California. Las alfombras eran mullidas y rojas, por doquier colgaban arañas de latón. Para los espectáculos de magia había una inmensa sala con un escenario, un

gran salón y un espacio pequeño, la Close-Up Gallery, en la que, a juicio de Zabbatini, se ofrecía magia de altos vuelos. Sin embargo, el verdadero centro del Magic Castle era el sótano, en el que había reunidos libros del mundo entero sobre un solo tema: la magia. La biblioteca contaba entre las mayores colecciones del mundo de obras sobre las artes invisibles.

El Magic Castle era un lugar en el que se forjaban amistades y enemistades, era el escenario de festines, de triunfos y de insignificantes dramas, habituales entre los vanidosos artistas ambulantes. Las habitaciones y los pasillos más allá de la cocina ya no tenían nada de victorianos, tenían el encanto de un establecimiento para enfermos mentales, lo que en el fondo también era el Castle. Detrás de la cocina se sentaban los magos en corro, bajo bombillas desnudas y ante paredes de color verde claro, se confortaban con la comida, mala pero gratuita, charlaban unos con otros, se preparaban para sus actuaciones y trataban de ligar con las camareras.

Durante muchos años, ese fue el verdadero hogar de Zabbatini, sobre todo cuando la edad de oro de su magia ya se había desvanecido. Por otra parte, del modesto salario que ganaba en el Magic Castle no podía vivir, y encontrar otro trabajo era casi imposible. A su agente, Benny Szymanski, un hombre bajito y rechoncho que fumaba puros y tenía su corte en su despacho revestido de madera sintética de la esquina entre Sunset Boulevard y La Cienega, le resultaba cada vez más difícil procurarle actuaciones. Zabbatini, simplemente, ya no encontraba trabajo, había pasado de moda. Así fue como el mago acudió a un estudio de sonido de North Hollywood para grabar un disco.

Pero el disco se vendía mal.

«Es tu jodido acento», le había dicho Benny. «Suenas como un puto nazi.»

La destreza lingüística de Zabbatini era en efecto más bien limitada. Él se limitó a sonreír y a encogerse de hombros. Al parecer, no era posible detener su decadencia. Ni siquiera con «los mejores trucos».

Zabbatini le contó todo esto a Deborah Cohn. Y ahora, veinte años después, había entrado en su vida el pequeño Max y le había pedido que ejecutara para él uno de los conjuros mágicos de su disco.

«¿Qué conjuro?», preguntó Deborah. En el curso del lacrimoso relato de Zabbatini, su furia se había disipado. Poco a poco se iba formando una imagen de conjunto, y el viejo le daba pena. Hasta se había rebajado a hacer

café. No por su buen corazón sino porque, como todo ser humano racional, quería tomar una taza de café caliente por la mañana.

«El conjuro», dijo Zabbatini, «del amor eterno.»

Ella se quedó asombrada. «¿No es Max un poco demasiado joven para eso?»

Zabbatini se echó a reír. «Pero si el conjuro no es para él», dijo, «sino para usted.»

«¿Para mí?» Ahora Deborah estaba completamente desconcertada. «¿Por qué para mí?»

«Para su marido y para usted», explicó Zabbatini. «Por lo que sé, ustedes van a divorciarse, ¿no?»

Deborah asintió con cautela.

Zabbatini tenía la vista clavada en su taza de café, podía distinguir reflejado en ella el contorno de su cabeza. «Su hijo», explicó, «es muy desgraciado. Quiere que ustedes vuelvan a estar juntos.»

Deborah guardó silencio.

Zabbatini siguió hablando: «Cree que, si yo hago mi sortilegio amoroso, su marido y usted se enamorarán otra vez. Y él ya no estará tan solo.»

Deborah miraba el suelo de la cocina. Tenía que barrer de nuevo, cayó de pronto en la cuenta. Llevaba ya bastante tiempo sin barrer.

«¿Y usted?», preguntó finalmente. «¿Cuál es el verdadero motivo de que esté aquí? ¿Tiene Max la culpa realmente?»

Zabbatini suspiró. «No. Me han echado. De la residencia de ancianos. No me querían allí. Entonces conocí al pequeño Max, y ahora estoy aquí. No tengo ningún otro sitio al que ir.»

«Tiene usted que admitir», dijo ella, «que es un poco, bueno, inquietante. Mi hijo se presenta de pronto con un... con un señor mayor.»

Zabbatini hizo un gesto de asentimiento. «Se va a reír, pero yo también lo pensé.» Tomó un sorbo de café. «Pero yo no soy inquietante. Únicamente estoy muy solo. Como Max.»

Y cuando dijo eso, Deborah le miró a los ojos y vio allí a un niño. No al Gran Zabbatini sino al pequeño Mosche Goldenhirsch.

«No tengo familia», dijo, «absolutamente a nadie.»

No quería llorar, por eso se volvió y paseó la mirada por la cocina. El reloj hacía tictac, y una franja de luz solar avanzaba por el suelo de la cocina. Podía ver las partículas de polvo en el aire.

«Cuando me muera», murmuró, «no habrá nadie que recite el kadish por mí.»

23. EL FINAL DEL CIRCO MÁGICO

La búsqueda del infanticida –al que llamaban la Bestia de Hannover– tuvo efectivamente un final, pero distinto del que imaginara Mosche. Cuando un día, después de una tarde especialmente fatigosa, con interrogatorios y falsas profecías, regresó al Circo Mágico para ponerse su disfraz de payaso, Horst, el artista, le esperaba delante de la carpa. Caía la tarde. Ya había oscurecido. Los equilibristas se preparaban para la función, los primeros espectadores iban entrando.

«El barón quiere verte», dijo Horst.

«¿Y eso?»

Mosche no obtuvo respuesta. Horst le condujo en silencio por la entrada de los artistas hasta la puerta del camerino, en la parte trasera de la carpa. «Por favor», se limitó a decir. Luego saludó apenas con la cabeza y se marchó.

Mosche estaba nervioso, no sabía lo que le esperaba. Cuando entró, vio al Hombre de la Media Luna sentado ante un espejo de tocador.

No tenía puesta la máscara.

Su rostro era perfectamente normal. No había nada en él, ni la más pequeña cicatriz. Solo piel sana, en perfecto estado.

«¿Sí?», preguntó el Hombre de la Media Luna, que sabía muy bien que Mosche le estaba mirando fijamente.

«Su cara...», empezó Mosche con cautela.

«¿Qué pasa con ella?»

Mosche tenía la sensación de estar portándose como un idiota. Miró fijamente el suelo. «Pensaba que le habían desfigurado en la guerra.»

«¿He dicho yo alguna vez tal cosa?», preguntó el Hombre de la Media Luna.

Mosche reflexionó un momento y luego negó con la cabeza.

El Hombre de la Media Luna miró otra vez al espejo y continuó maquillándose. «La mejor mentira», dijo, «es la verdad.»

Mosche asintió con la cabeza.

«Y hablando de mentiras...», murmuró el Hombre de la Media Luna. «Hay algo de lo que hemos de hablar.»

Se levantó y se volvió a Mosche. Vacilaba ligeramente, Mosche tuvo la impresión de que estaba borracho. Era extraño verle sin la máscara.

«¿Qué?», preguntó Mosche intimidado, pero podía imaginarse la respuesta. Seguramente el barón había descubierto lo de su aventura.

Entonces, de pronto, Von Kröger le golpeó en el rostro con su bastón-espada. Mosche sintió un dolor intenso y agudo. Cayó de rodillas. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

«Canalla», vociferó el Hombre de la Media Luna. «¿Creías de verdad que no iba a enterarme?»

Se dispuso a golpearle de nuevo.

«Señor barón», dijo una voz.

Mosche y su verdugo se dieron media vuelta.

Horst estaba en la puerta. «Señor barón», dijo. «La función...»

El Hombre de la Media Luna respiraba con dificultad. Luego dejó caer el brazo y trató de recobrar la tranquilidad. Se tambaleaba y Horst le ayudó a ponerse la capa. Se puso la máscara y al final el sombrero de copa.

«Hablaemos después», indicó a Mosche. Y diciendo esto salió a la pista.

Mosche se quedó solo en el camerino. Aturdido, se frotó el dolorido rostro y oyó cómo el Hombre de la Media Luna daba su charla habitual y el público aplaudía.

Mosche tardó bastante tiempo en levantarse y más aún en decidirse a ponerse el traje de payaso. Entretanto iban ya por el cuarto número, el de Löwitsch y Ludwig. Justo cuando Mosche se disponía a salir del camerino, vio apoyado en el tocador el segundo bastón-espada que usaba el barón en el truco de la maleta. Extrañado lo cogió y desenvainó la espada. Apretando con la palma de la mano metió la hoja en la empuñadura. La espada falsa. Lo que solo podía significar que el Hombre de la Media Luna no la había escondido antes de la representación en el lugar de siempre. Por tanto allá fuera, en la arena del circo, solo tenía su espada auténtica. De pronto, a Mosche le dio un vuelco el estómago. Si el barón hacía el truco de la maleta, podía herir a Julia sin querer.

Mosche se acercó a las cortinas y miró por la abertura. El Hombre de la Media Luna y la princesa Ariana de Persia representaban sus números, todo como siempre.

Luego llegó el momento. Julia insinuó una reverencia y se metió en la maleta. Los espectadores estiraron los cuellos con ansiedad. Cuando Mosche

vio con qué aplomo descansaba la mano del barón en la empuñadura con la espada auténtica, de pronto lo comprendió todo. El Hombre de la Media Luna quería clavar la espada en la maleta.

El barón cerró la maleta mientras la orquesta daba los toques de atención. Sacó su espada. La muchedumbre contuvo la respiración.

En ese momento, Mosche separó la cortina. Zabbatini, el payaso, lanzó un torpe grito de guerra y saltó a la pista. Agitación en el público. El Hombre de la Media Luna se dio la vuelta. La espada brillaba a la luz de los focos.

«¡Qué significa esto!», barbotó.

Mosche no respondió, sino que, con un extraño aunque poco aconsejable asomo de valentía, se arrojó contra el barón.

Sorprendido, Von Kröger dio un alarido, y ambos hombres cayeron en el serrín.

Los espectadores no sabían a qué atenerse. Unos aplaudían. Otros reían por la curiosa pendencia entre el payaso y el mago.

«¡Gusano!», gritaba el Hombre de la Media Luna. «¡Te mataré!»

Pronto, en efecto, dominaba la situación. Se quitó de encima a Mosche, asió la espada y la blandió en dirección a Mosche. Este huyó gateando lo más rápido que pudo. El Hombre de la Media Luna corrió tras él haciendo eses y le persiguió por la pista del circo. Mosche se puso por fin en pie, pero los dos hombres estaban algo limitados: el barón estaba borracho, y Mosche llevaba unos blandos y fofos zapatos de payaso. Cuando pasó junto a la maleta, oyó a Julia que desde dentro daba golpes contra la pared. «¿Pero qué pasa?», gritaba.

El barón casi le pisaba los talones. Mosche se salvó encaramándose a lo alto de uno de los postes del circo. Los espectadores se descoyuntaban de risa. No carece de gracia que un payaso trate de evitar a un hombre con una espada trepando torpemente por una gruesa estaca. Ahora, el Hombre de la Media Luna golpeaba la estaca con la espada como si fuera un leñador. Al hacerlo seccionó por error uno de los cables.

«Mierda», murmuró. En ese momento, una parte considerable de la carpa del circo empezó a descender lentamente. Solo entonces los más sagaces entre los espectadores comprendieron que aquello no podía ser parte de la representación. Algunos espectadores quedaron cubiertos por la lona del circo y protestaban a gritos. Las carcajadas cesaron.

Mosche vio que en el revuelo se había volcado una de las lámparas de

aceite que iluminaban la pista. Con pasmosa velocidad, el aceite ardiendo se abrió paso a través del serrín y se inició el fuego. Subía un humo espeso y negro. La gente empezó a gritar. Se volcaban los bancos, todo el público estaba en pie, las voces sonaban ya llenas de pánico. Era como el estruendo durante un partido de fútbol. Las llamas lamían ya los primeros postes y pronto empezó a arder la pared de la carpa.

Mosche se dejó caer en el serrín, tuvo un duro aterrizaje y se hizo un ovillo. Las llamas le rodeaban, pero estaba ileso. De momento.

Se enderezó y miró alrededor.

«¡Apágalo, imbécil!», gritó el Hombre de la Media Luna, y tiró de las cortinas envueltas en llamas. Hizo caer al suelo el pesado tejido y trató de apagar el fuego con los pies, sin mucho éxito. Mosche corrió hacia la maleta y la abrió. En su interior, Julia, acurrucada y bañada en sudor, respiraba con dificultad con los ojos abiertos de par en par por el miedo.

«¡Tenemos que salir de aquí!», gritó Mosche. «¡Venga, deprisa!»

Señaló hacia arriba y ella lanzó un grito cuando vio el fuego. El humo era cada vez más espeso y no dejaba ver nada. Apenas podían respirar en el aire tórrido, los ojos de Mosche estaban llenos de lágrimas. El público, presa del pánico, se precipitaba hacia las pocas salidas, era un rebaño salvaje y pataleante. Oía a niños que lloraban, con voces estridentes desfiguradas por el miedo. Las mujeres daban chillidos, los hombres vociferaban. En las jaulas, fuera de la carpa, rugían las fieras. Siggy y Löwitsch llegaron corriendo cargados con cubos.

«Tenemos que ayudar», dijo Julia.

Mosche la miró atónito. ¿Ayudar? Él solo quería salir de allí. Sin embargo asintió débilmente. Sabía que ella tenía razón. Aunque no le gustara la idea. Miró alrededor. No veía por ninguna parte al Hombre de la Media Luna, solo su espada estaba en el suelo. Mosche la cogió y corrió a la pared de la carpa.

«¡Venga!», gritó a Julia.

Ella comprendió y le siguió. Los dos juntos clavaron la espada en la gruesa lona y abrieron de un tajo la carpa. Algunos de los espectadores vieron allí su oportunidad. Docenas de manos agarraron la lona rota y tiraron de ella. La apertura se hizo más grande. Más y más personas afluyeron hacia el agujero de la carpa. Algunos caían al suelo, los otros los pisoteaban sin más. Muchos lograron huir al exterior.

Entre otros, Mosche y Julia.

Mosche podía oír los gritos de los que ardían en el interior de la carpa.

Trabajaron febrilmente toda la noche. Formaron una cadena humana, de la fuente a la carpa en llamas. Mosche pasaba cubos de agua, los vaciaba en las llamas, pero el fuego no parecía disminuir. Horst consiguió evacuar a los animales. En algún momento llegaron por fin los bomberos. Cuando empezaba a amanecer estaba apagado el incendio.

No quedaba gran cosa del Circo Mágico.

La carpa del circo estaba completamente quemada, los bancos y los postes convertidos en carbón vegetal. Todos los animales y casi todos los equilibristas habían salido con vida, solo Hilde, que era alcohólica, había sufrido una muerte lastimosa. Probablemente estaba demasiado borracha para escapar corriendo. Nueve espectadores habían muerto víctimas de las llamas. Sus restos carbonizados, con los brazos todavía alzados buscando protección, no fueron retirados hasta la tarde. Entre los muertos había también dos niños.

Al Hombre de la Media Luna parecía habérselo tragado la tierra.

A la luz de la mañana, Mosche y Julia metieron sus cuatro trastos en dos maletas y se marcharon a toda prisa. El suelo aún estaba caliente, aquí y allá subían columnas de humo. Corrieron hacia el bosque, cogidos ambos de la mano. No volvían la cabeza, empujados hacia delante por la culpa y la vergüenza, pero también por la delirante alegría de haber escapado a la muerte.

24. RETABLO DE MARIONETAS

Cuando Max Cohn llegó a casa, de vuelta del colegio, el Gran Zabbatini había desaparecido. En su lugar, una mujer negra, de apariencia severa, con un traje pantalón de color beige, estaba sentada a la mesa de la cocina. Su peinado era perfecto y la discreta vestimenta tenía sobre todo la finalidad de transmitir una sensación de tranquilidad a su clientela, blanca por lo general. A su izquierda estaba sentada mamá y a su derecha, papá.

«Hola, colega», dijo papá.

Para Max aquello era todo lo contrario de tranquilizador. ¿Por qué estaba allí su padre? ¿Y quién era esa mujer? «Hola, papá», replicó en voz baja.

«Me llamo Susan», dijo la mujer. «Encantada de conocerte.» Le tendió la mano.

Max no se movió. Sus dedos se aferraron a las correas de su mochila.

«Susan está aquí para ayudarte», declaró mamá.

«Todos queremos ayudarte», dijo Susan.

«¿Ayudarme en qué?», preguntó Max.

Su padre se aclaró la garganta y se levantó. Se puso en cuclillas delante de Max. Era una sugerencia de Susan: ponerse a la altura de los niños para hablar con ellos.

«Susan es psicóloga», dijo.

La doctora Susan Anderson asintió. Sonrió a Max y se agachó asimismo delante de él. Max estaba receloso. Los psicólogos, eso lo sabía, eran personas que metían a la gente en el manicomio, como la tía de Myriam Hyung, que salió de casa una noche en ropa interior y se fue a la calle, en medio del tráfico. Había salido ilesa, pero sin embargo aquello fue para ella el principio del fin. Pocos días después la ingresaron en un «sanatorio». Max tuvo ahora la horrible sospecha de que a él le esperaba lo mismo. Ya lo veía ante él: camisa de fuerza, electrochoques, papillas asquerosas servidas en tazones de madera. Alguien voló sobre el nido del cuco. La extraña le hablaba persuasivamente, pero Max apenas escuchaba. Solo la miraba con el rostro petrificado. Luego la mujer se volvió con un suspiro expresivo a sus padres. Les explicó el concepto del «pensamiento mágico» en los niños. De

vez en cuando miraba a Max con una sonrisa radiante. A Max, esa mirada le pareció ficticia.

«Imagínate», le dijo, «que estás viendo un teatro de marionetas.»

Max asintió secamente.

«Hay allí dos cajas», continuó. «Kasperle entra en escena.»

Otra vez asintió Max. A Kasperle él lo conocía. Cuando era muy pequeño sus padres lo habían llevado a un teatro de marionetas en *downtown*. El teatro se encontraba en un antiguo almacén debajo de un paso superior. A Max le deprimió todo aquel ambiente, no entendía por qué la gente mayor lo llevaba constantemente a esos lugares inhóspitos. Sin embargo, pronto quedó cautivado por aquellos curiosos muñecos con sus vestidos de colorines.

«Kasperle tiene una canica», dijo Susan, «y la mete en la primera caja. Se marcha de la escena. Luego llega Gretel, abre la primera caja, saca la canica, la mete en la segunda caja y se va. Luego vuelve Kasperle.»

Entonces Susan le puso ambas manos sobre los hombros y le miró intensamente a los ojos. A Max la situación empezaba a crisparle los nervios.

«Y ahora, Max: ¿en qué caja buscará Kasperle su canica?»

«En la segunda caja», dijo Max. «Está muy claro.»

Había sido seguro la respuesta incorrecta, porque Susan le quitó las manos de los hombros y puso cara de disgusto. «En realidad, un niño grande como tú debería saber», dijo, «que Kasperle buscará en la primera caja. Porque no ha visto que Gretel ha metido la canica en la segunda caja.» Y Susan dirigió una mirada compasiva a sus padres. «Para su edad, es insólito. Por lo general solo los niños que padecen de autismo dicen que Kasperle mira en la segunda caja.»

Mamá parecía consternada. «¿Autismo?»

Susan negó con la cabeza. «No hay por qué preocuparse, es solo que...»

Mamá la interrumpió. «¡Max!», dijo con severidad. «Hazme el favor de esforzarte.»

«Pero mamá...», refunfuñó Max. «La canica está en la segunda caja.»

«Pero eso Kasperle no lo sabe», explicó Susan con forzado buen humor.

Su paciencia ya parecía bastante agotada. A decir verdad, Max había creído que los psicólogos no perdían la calma tan fácilmente.

«Por lo que sabe Kasperle», continuó Susan, «la canica tiene que estar en la primera caja.»

«Pero no está allí», insistió Max.

Susan esbozó una sonrisa forzada. «Claro que no está. Pero a pesar de eso, él la buscará allí.»

«¿Y por qué?», quiso saber Max.

«¡Porque es lógico!»

«¿Cómo va a ser lógico? ¡Allí no hay ninguna canica!»

«No, pero...»

«¡Kasperle es un idiota!», exclamó Max, y añadió que él nunca había visto un teatro de marionetas con una acción tan estúpida.

Sus padres se dirigieron una mirada compungida. La terapia no funcionaba como ellos habían esperado.

Susan se volvió hacia ellos: «La mayor parte de los niños de la edad de Max comprenden que la gente a veces está en un error. Saben, sí, que la canica está en la segunda caja, pero también saben que Kasperle cree que está en la primera.»

«¡Pero si está en la segunda!», intervino Max.

Deborah se levantó y fue hacia su hijo: «Eso es solo un ejemplo. Susan quiere ayudarnos a entender mejor lo que nos pasa a nosotros.»

«¿Con la canica?»

«Con el divorcio», dijo mamá.

Max ya no pudo más. «¡Lo que pasa aquí», gritó señalando con el índice a papá, «es que tú nos has dejado a mamá y a mí! ¡Eso es lo que pasa!»

Mamá se esforzó por calmar los ánimos, y se obligó a sonreír. «Tu padre y yo opinamos que los tres necesitamos ayuda. Sé lo difícil que es para ti, pero solo queremos ayudarte.»

Susan tomaba apuntes en un bloc, como una maestra. Cuando dejó el bloc a un lado, Max vio en ello una mala señal. Luego le vino una idea.

«¿Dónde está Zabbatini?», preguntó.

Mamá y papá intercambiaron una mirada.

«Ya no está aquí», dijo mamá evasivamente.

«¿Qué?» Max se quedó estupefacto.

«Tu madre ha empezado a discutir con él, y él se ha marchado», dijo papá, no sin satisfacción.

«Ah, ahora tengo yo la culpa, ¿no es eso? ¡Quería toquetearme!»

«Y tú le has dado un sartenazo.»

Ahora, Susan intervino de nuevo. «Por favor, no lo olviden», dijo en tono apaciguador. «Islas de sosiego. Islas de sosiego.»

Mamá miró a Susan y le soltó una palabra que Max tenía prohibida bajo amenaza de pena de muerte. Max se ruborizó. Susan también, pero de rabia. Papá sonrió. Max comprobó una vez más que para los mayores parecían regir reglas distintas de las de las personas normales.

«¡Ya está bien!», dijo Susan en voz muy alta. Le temblaban las ventanillas de la nariz. «¡Respiren hondo, los dos, y ahora mismo!»

Mamá abrió la boca y jadeó apenas.

«Ahora, retengan el aire y cuenten hasta diez», ordenó Susan.

Mamá asintió contrita y contuvo la respiración. Después de uno o dos segundos, abrió de nuevo la boca y jadeó.

«Eso es por fumar», dijo arteramente papá.

Susan asintió. «Fumar disminuye la capacidad pulmonar.»

«¡Usted no es quién para decirme nada!», increpó mamá a la psicóloga.

Max pateó el suelo con el pie izquierdo y gritó: «¡Quiero saber dónde está!»

Papá se limitó a encogerse de hombros. Mamá dijo: «No lo sé. Se ha marchado sin más. Ha dado un portazo y se ha largado. Pensaba que volvería enseguida. Lo siento.»

Entonces intervino Susan y censuró a Deborah: que era insano ser demasiado blanda con los hijos. Deborah protestó: ¿era de verdad tan blanda? Su hijo más bien le echaba en cara ser muy intransigente. Pero Susan opinaba que en tiempos tan difíciles los niños necesitaban disciplina y una mano firme. Solo así podían aprender a habituarse de manera conveniente a los cambios.

«¿Por qué le has dejado marchar?», interrumpió Max la discusión. «¿Adónde se ha ido?»

«Eso», dijo mamá, «ya no nos concierne. Es un gorrón.»

«Y un estafador», añadió papá.

«Tú solo estás furioso porque no fue a tu *bar mitzvá*», dijo mamá con impertinencia.

«De ninguna manera.» Papá enrojeció. «¡El estúpido *bar mitzvá* me da absolutamente igual y el imbécil del mago también!»

«Tienen ustedes un comportamiento infantil», intervino Susan. «Su hijo necesita una figura paterna. Tiene que ver que usted domina la situación.»

Ahora mamá tuvo que reírse. «¡Dominar!», exclamó sarcásticamente.

«Cállate», la increpó papá.

«¡Infantil!», repitió Susan. «¿Qué hemos dicho sobre el comportamiento infantil?»

De pronto la mirada de Max fue a posarse en el cuadro colgado en la pared junto a la puerta de entrada. El cuadro de terciopelo negro con el payaso triste.

Se dio media vuelta como un relámpago y salió de la cocina. Dejó caer al suelo su mochila, abrió de golpe la puerta de la calle y salió corriendo.

«¡Zabbatini!», gritó. «¡Zabbatini!»

Cuando volvió un momento la cabeza vio que su padre salía a toda velocidad por la puerta, seguido de mamá. Ambos parecían furiosos. Muy furiosos.

«¡Vuelve inmediatamente!», vociferó papá.

Pero Max no tenía la menor intención de hacerlo. Delante de la casa, tirada sobre el césped, estaba su bici. La levantó y se montó en ella.

Papá estaba a solo dos metros de distancia. «¡Haz el favor de quedarte aquí!», gritó.

Pero Max accionó el pedal y pocos segundos después había ganado terreno considerablemente. Ni su padre ni su madre estaban en muy buena forma, pese a tanto yoga, y Max, sobre su bicicleta BMX, se sentía como pez en el agua, no le importó nada saltar a la calzada desde el elevado bordillo de la acera.

«¡Max!», gritó mamá desesperada.

La meta de Max estaba en Hollywood Boulevard, esquina con Winona. Pedaleó lo más rápido que pudo, el corazón le palpitaba, el viento le desgañaba el pelo. Recorrió la calle a toda velocidad y pronto había desaparecido.

Cuando Deborah comprendió que no alcanzarían a Max, se detuvo jadeante y se pasó la mano por el pelo. «Otra vez no, por favor», susurró.

Deborah y Harry se metieron al punto en el jeep Cherokee y emprendieron la persecución de su hijo. No podía haber llegado muy lejos.

«¡Dobla a la derecha, dobla a la derecha!», gritó Harry.

«¡Sí, claro!», murmuró Deborah.

Pero no se veía a Max por ninguna parte.

En hondo silencio recorrieron todas las calles vecinas. A Deborah le

pasaban por la cabeza mil ideas. Su tienda, por ejemplo, que devoraba gran parte de su tiempo de forma que desatendía a Max. No podía al mismo tiempo divorciarse, ocuparse de su hijo y llevar la tienda igual que de costumbre. Era demasiado. Su desarrollo espiritual también se tambaleaba. En el salpicadero del jeep Cherokee había un pequeño Buda al que siempre pedía ayuda cuando necesitaba aparcamiento. Ahora también le dirigió una pequeña jaculatoria. Hacía un siglo que no meditaba.

Harry estaba también agotado. En la oficina, la mañana no había podido ser más turbulenta, luego había prometido a su madre llevarla al médico – siempre quería ir al médico–, de modo que había ido a buscarla a Encino y había ido con ella a Pasadena, donde tenía la consulta su médico de confianza, un israelí viejo y charlatán, con pelo en las orejas. Durante el viaje había tenido que oír una larga letanía sobre sus diversas deficiencias y fracasos. Nada más dejar a su madre en la consulta, había hecho a toda prisa el camino inverso para reunirse con Deborah a tiempo para la cita con la psicóloga. Y ahora estaba en el coche junto a su futura exmujer buscando otra vez a su hijo desaparecido. ¿Era posible que las cosas empeorasen aún más?, se preguntaba Harry.

De pronto se iluminó el rostro de Deborah.

«¡Creo que ya sé dónde puede estar!», exclamó.

«¿Ah sí?», dijo Harry con sorna.

«En Jumbos's Clown Room.»

«¿Nuestro hijo? ¿En un club de striptease?»

Deborah asintió y dio una vuelta al volante. Retrocedió en dirección a Sunset Boulevard. Al mismo tiempo le habló a Harry de la conversación durante el desayuno y de que Zabbatini, poco antes del incidente de la sartén, había mencionado otra vez ese club, al que por lo visto quería ir de todas todas. La probabilidad de éxito era más bien escasa, pero merecía la pena intentarlo.

«Lo encontraremos», dijo Harry a Deborah poniendo la mano en la suya.

Ella la retiró. «No me toques», dijo.

25. MUNDIALMENTE FAMOSO EN BERLÍN

Después de un largo viaje, Mosche y Julia llegaron a Berlín. El viaje en tren había sido para Mosche una experiencia totalmente nueva. Había visto, embelesado, cómo el mundo pasaba por fuera. Ambos estaban aliviados por haber dejado atrás la ciudad de Hannover, al Hombre de la Media Luna y los restos carbonizados del Circo Mágico. Mosche pensaba en las largas noches pasadas en el depósito de cadáveres. Ahora ya no tendría que ver niños muertos. Se había ganado a pulso su dinero, con el que Julia y él podían empezar una vida nueva. Poco a poco entraban en la inmensa ciudad, Mosche apretaba la nariz contra la ventana como un niño pequeño. El tren llegó a la estación de Anhalter y se detuvo de golpe. El humo apenas dejaba ver la vía. Los viajeros se levantaron y remolcaron sus maletas y bolsas hacia la salida. Mosche apretaba la mano de Julia. Se sentía como si hubiera vuelto a nacer.

Se apearon y buscaron la salida. En el bullicio de la estación pasaron junto a un quiosco. Mosche echó una mirada a la primera plana del *Stürmer*.

«¡Espera un momento!», dijo a Julia.

El titular decía así: «¡Apresada la Bestia!» Agarró el periódico y lo abrió. En la segunda página una foto mostraba al comisario Leitner estrechando la mano del *Gauleiter* de la Baja Sajonia. Los dos hombres, de pie y sonriendo con cierta timidez, sonreían a la cámara. Mosche tendió a la quiosquera un par de monedas.

«¿Qué pasa?», preguntó Julia con un asomo de impaciencia en la voz.

«Mira», murmuró Mosche dándole el periódico. Ponía en el artículo que la denominada Bestia había resultado ser un insignificante chatarrero llamado Klaus K., según el *Stürmer* «probablemente comunista e israelita». ¿Qué más? Leyeron que Klaus K. había confesado enseguida, lo que sin duda se debía también a que en su celda, en un anaquel en la parte superior de la pared, habían sido dispuestos los cráneos de sus víctimas de tal manera que parecían estar mirándole continuamente. Los habían iluminado por dentro con bombillas rojas. En los interrogatorios tampoco habían olvidado azotar con correas sus genitales desnudos. Su condena y próxima ejecución eran ya cosa hecha.

Mosche dobló el periódico y lo guardó en el bolsillo de su abrigo. Luego cogió de la mano a Julia.

Viajaron en tranvía a la Danziger Strasse, donde vivía Beate, la amiga de Julia. Mosche estaba fascinado por Berlín. Nunca había visto una ciudad tan grande. Era más grande aún que su ciudad natal, Praga, y parecía mucho más moderna. Rebosaba de gente y de automóviles. Por todas partes farolas eléctricas, letreros de neón y anuncios publicitarios en mil colores. Las personas se apelotonaban en autobuses de dos pisos que circulaban ruidosamente por las magníficas avenidas orladas de árboles. Mosche estaba envuelto por una sinfonía urbana, por doquier había bocinazos, gritos y maldiciones.

En la Danziger Strasse entraron en una casa verde y subieron la escalera. Julia llamó al timbre del cuarto piso. Se abrió la puerta y ante ellos apareció una joven fornida, de cabellos cortos, negros y rizados.

«¡Madre mía, no me lo puedo creer!», exclamó.

Las dos muchachas se abrazaron y rieron encantadas. A Mosche, en cambio, Beate lo saludó con cierta desconfianza. Lo miró de arriba abajo antes de estrecharle la mano.

Claro, opinó, de momento Julia y su acompañante podían acomodarse en su buhardilla. Aunque no parecía muy contenta con la idea. Compartía el piso con sus padres, pero seguro que ellos no tendrían ningún inconveniente. «¡Pero solo unos días!», observó con acritud.

El nuevo domicilio era una diminuta y polvorienta buhardilla con un colchón y vistas al tejado de la casa vecina. A Mosche le pareció un paraíso. Con el dinero que había ganado en Hannover compraron ropa, vajilla y un hornillo de gas en el que podían hacer café. La leche la ponían junto a la ventana, porque en toda la buhardilla hacía frío, pero en la ventana, un frío helador.

Mosche iba cada día al quiosco de la esquina y se compraba los diarios. Seguía el proceso de Klaus K. La justicia no titubeó largo tiempo. Tras un procedimiento judicial relativamente breve, Klaus K. fue condenado y decapitado, y los padres de toda la Baja Sajonia pudieron dormir otra vez tranquilos. Su cabeza fue donada a la Universidad de Gotinga, para que los jóvenes deseosos de aprender pudieran estudiar la estructura craneal de un delincuente sexual degenerado. Para el Partido el asunto fue un enorme éxito propagandístico. Así, se leía en *Der Stürmer*: «Esto, señoras y señores, es la

JUSTICIA de nuestra nueva Alemania. El delincuente, el judío y el comunista más vale que sean precavidos.»

Mosche no estaba en modo alguno seguro de que Leitner, que no era precisamente una lumbrera, hubiese atrapado al verdadero asesino. Pero el pueblo alemán suspiró aliviado y ya no hubo más asesinatos. En un artículo, Mosche se tropezó con la siguiente cita de Leitner:

«No creo que hubiéramos descubierto tan rápidamente a la Bestia si no nos hubiera ayudado un renombrado médium de Persia, un hombre llamado Zabbatini. Al gran público tal vez le extrañen tales métodos y los mire con desconfianza, sin embargo el poder estatal no ha tenido reparo alguno en seguir todas las pistas por improbables que fueran. Zabbatini supo aportarnos informaciones asombrosamente exactas que llevaron finalmente a la captura del asesino. A menudo nos previno contra una oscura presencia y nos indicó repetidas veces que el asesino estaba más cerca de lo que creíamos. Si se tiene en cuenta el hecho de que el asesino había sido informante de la policía varias veces, ese pronóstico ha resultado ser espantosamente preciso.»

Espantosamente preciso, pensó Mosche. Parpadeó varias veces, luego apartó el periódico. Su sorpresa era tan grande como la del gran público.

En resumen, el tiempo que estuvo con Julia en Berlín fue sin duda el mejor de su vida. Los primeros días los pasaron dando paseos y explorando la ciudad, o a veces se quedaban en casa y se amaban. Por la noche iban al bar de la esquina y se permitían una cerveza y algo de comer. Los pocos días de la buhardilla se habían convertido ya en tres semanas, y Beate les recordaba una y otra vez con mordacidad que debían empezar a buscar algo propio. Pero primero necesitaban un trabajo.

Una tarde, Julia llevó a Mosche a Friedrichstrasse, al Wintergarten.

«Aquí conocí a Rudi», dijo. Desde que el Hombre de la Media Luna desapareciera de su vida, Julia ya nunca lo llamaba por sus diversos nombres artísticos. Su nombre póstumo era solo «Rudi».

En el Wintergarten fueron recibidos por un hombre gordo llamado Kowalczyk que daba de comer bombones a un perrito. Cuando Julia y Mosche entraron en el estrecho despacho que tenía detrás del escenario, el perro empezó a ladrar como loco.

«¡Pero bueno, Strolchi!», lo riñó Kowalczyk con débil voz femenina.

Sonrió, se levantó trabajosamente de su chirriante sillón y abrazó a Julia. Un poquito demasiado tiempo, le pareció a Mosche. Luego tendió su blanda mano a Mosche sin mirarle a los ojos.

Julia explicó que el joven que iba con ella, Zabbatini, era un gran mentalista y ella su ayudante. Y estaban buscando empleo. Kowalczyk pidió un pequeño ejemplo de su arte a Zabbatini. Mosche se había preparado y logró brillar ejecutando algunos sencillos trucos de naipes y leyendo el pensamiento.

Como prueba de sus facultades ultraterrenas había traído además el artículo del *Stürmer*. El sello de calidad de la policía judicial de Hannover causó una gran impresión a Kowalczyk.

Zabbatini y su ayudante obtuvieron el puesto, al principio solo en periodo de prueba. Al despedirse, Kowalczyk acarició la espalda de Julia –un poco demasiado abajo, en opinión de Mosche–, y Mosche tuvo que estrechar de nuevo su blanda mano para cerrar el trato.

Antes de su primera actuación en el Wintergarten, Mosche tenía tal miedo escénico que creía que iba a vomitar. Pero Julia y él habían preparado un sólido programa. El duro aprendizaje con el Hombre de la Media Luna, los muchos y humillantes meses pegando saltos vestido de payaso daban ahora su fruto. Mosche había prestado mucha atención, había aprendido, practicado, sudado y sufrido. Ahora tenía una idea mucho más clara de lo que era bien recibido por el público y de lo que cosechaba insultantes abucheos. Desde el incidente con el gamberro borracho de las SA, Mosche tenía cada vez más claro que, de todas las artes mágicas, él daba preferencia al mentalismo. Mucho de lo que Rudi le había enseñado le parecía entretanto primitivo. Estúpidos juegucitos con los naipes e infantiles accesorios. Por tanto, Julia y él habían decidido actuar como adivinos. Mosche se procuró un turbante y se presentó como un príncipe persa desterrado.

En el fondo, el nuevo espectáculo era sencillísimo. Mosche recordó la advertencia del Hombre de la Media Luna: que los magos solían conjurar sus temores hablando sin parar. Así pues, decidió hacer lo contrario. Permanecía sentado, silencioso y con los ojos vendados, mientras Julia pedía al público algunos objetos personales. Ella tampoco decía nada, y sin embargo Mosche logró identificar cada objeto.

El espectáculo causó sensación y así dio comienzo la ascensión del Gran Zabbatini. Así se llamaba ahora. Mosche y Julia formaban un equipo perfecto, en el escenario y fuera del escenario. Funcionaban en perfecta armonía, de día y de noche, y en cada representación.

O casi. Una tarde Julia y Mosche discutieron antes de la representación. En el camerino había notado Mosche que el joven animador que actuaba después de ellos, un hombre extraordinariamente apuesto, de pelo rubio peinado hacia atrás, miraba con demasiado buenos ojos a Julia. Y ella, encima, había sonreído coquetamente a aquel tipo. Mosche le pidió explicaciones y ella le tachó de engreído y de celoso.

«Una podrá sonreírle alguna vez a alguien, digo yo, ¿o también va a estar eso ahora prohibido?»

No, prohibido no estaba. Pero a Mosche no le gustaba de ningún modo. A veces, cuando no podía dormir por la noche, se imaginaba que Julia lo abandonaba. Si así fuera, él no podría seguir viviendo. Mosche no estaba seguro de que ella lo quisiera tanto como él a ella. Había aprendido enseguida que siempre hay uno que quiere y otro que se deja querer. Julia se dejaba querer. Eso le desazonaba porque además ella conocía su secreto, era la única que sabía que era judío. Y si alguna vez Julia –con intención o sin ella– lo traicionaba, sería su fin. No solo el de su corazón, sino también el de su vida.

Aquella tarde Julia le castigó por sus celos. Tomó de un espectador, un tipo regordete con un traje demasiado estrecho, un monedero, y luego dio conscientemente la contraseña equivocada. Mosche, de pie en el escenario con los ojos vendados, declaró seguro de sí mismo que se trataba de un pañuelo. Los espectadores estaban desconcertados.

«No», dijo el gordo. «No es un pañuelo.»

Primero hubo risitas reprimidas, luego carcajadas. Una humillación para Mosche.

Después de la función, recriminó amargamente a Julia en el camerino. Ella estaba sentada frente a él en el tocador y fumaba lascivamente un delgado cigarrillo. Sus ojos gris verdosos le dirigían una mirada glacial. Luego aplastó el cigarrillo y dijo solo: «Una cosa lleva a la otra.»

Sin embargo, aquella misma noche pusieron fin a las hostilidades. Que Mosche fuera celoso también halagaba un poco a Julia. Y le había divertido ver cómo se quedaba varado en la escena. A Mosche, por su parte, también le fue útil en cierto modo el incidente. Porque tuvo una idea: había visto con

claridad que no solo él sino todos los seres humanos vivían del amor. Cuando regresaba a casa se puso a cavilar. ¿Y si intentaba un sortilegio amoroso?, reflexionó. Eso distinguiría definitivamente su espectáculo de todos los demás.

Después, en la buhardilla de Beate, hicieron el amor con una especie de furia, instigados por el deseo y la rabia y el miedo. Porque miedo tenían los dos. El país estaba cayendo por momentos en la demencia. Todo presagiaba una tormenta.

Cuando después, sudorosos y agotados, yacían a la luz de la luna y compartían un cigarrillo, Julia tomó en los brazos a su «pequeño judío» y le anunció que al día siguiente viajarían a Spandau, donde ella se había criado.

«¿Qué vamos a hacer allí?», preguntó Mosche.

«Ya lo verás.»

Mosche tenía curiosidad. Pero después sus pensamientos marcharon a la deriva, lejos de Julia, como en tiempos pasados, cuando era un niño. Solo como muy de lejos notaba que ella le ponía la mano en el pecho. Cuando le susurró al oído que le quería, apenas la oyó.

Pensaba en su sortilegio amoroso.

En Spandau Julia llevó a Mosche por angostos callejones y oscuros patios traseros hasta una pequeña imprenta. Llamó a la puerta.

«Lo conozco desde que era una mocosa», dijo Julia.

Se abrió la puerta. Ante ellos apareció un hombre flaco, de larga barba y desaliñada melena. De los labios le colgaba un cigarrillo liado por él. Olía a sudor viejo. Julia lo presentó como «Friedhelm» y a Mosche como «un amigo».

Explicó al hombre con muchos rodeos que su «amigo» necesitaba papeles. Ambos hablaron un rato sin decir las cosas por su nombre, pero Mosche pronto comprendió lo que era Friedhelm: un falsificador. Julia le contó más tarde que Friedhelm era comunista y que desde hacía ya bastante tiempo falsificaba documentos para la clandestinidad.

«Mi amigo necesita un certificado de arianidad y un pasaporte», dijo ella por fin directamente en algún momento.

Friedhelm asintió. Tenía una mirada nerviosa que se deslizaba una y otra vez hacia la ventana. Sus dedos eran largos y ágiles, justo como Mosche

siempre se había imaginado los dedos de un falsificador. Pronto se pusieron de acuerdo en el precio. Era muy alto, pero ¿qué remedio les quedaba?

Unos días después, Julia recogió los nuevos papeles de Mosche. Mosche estaba emocionado y abrazó efusivamente a Julia. Aunque él no pronunció palabra, ella dijo: «No hay de qué.»

Con los nuevos papeles a nombre de Zabbatini, él podía buscar piso. En el pasaporte aparecía Teherán como su lugar de residencia anterior, lo que explicaba por qué hasta entonces no se había empadronado en Berlín. Poco después, Julia y él se marcharon de la buhardilla. Para gran alivio de Beate, quien, aun sin saber que Mosche era judío, sospechaba que algo raro pasaba con aquel chico. En los últimos días de buhardilla, el ambiente fue opresivo. Beate tenía miedo de que los vecinos la denunciaran por sus extraños amigos, cada vez que sonaba el timbre temía la súbita visita de la policía. Mosche sintió un gran alivio cuando Julia y él pudieron por fin instalarse en su propia casa. Se mudaron a la Fasanenstrasse, en el oeste de la ciudad, cerca de la Ku'damm, a un piso pequeño pero elegante. Cuando estuvo firmado el contrato, Mosche tomó a Julia en los brazos, la llevó dando vueltas por las habitaciones vacías y, ebrio de alegría, bailó con ella sobre el parquet. Ella sonrió y le dejó hacer.

Al cabo de pocos meses, el Gran Zabbatini había adquirido fama mundial en Berlín, toda la ciudad hablaba de él. Dos veces al día llenaba la sala de espectadores del Wintergarten hasta el último asiento. En la creación de su nueva identidad como príncipe persa, Mosche había procedido con gran cuidado. Se habituó a un acento no identificable y a una «ardiente mirada oriental», que ensayaba cada día delante del espejo. Aprendió también de memoria algunas palabras de farsi; se había comprado en una librería de la Savignyplatz un diccionario. Empezaba y terminaba cada representación con el gesto ampuloso que muchos años atrás había visto hacer a su padre en el desván de la sinagoga. Al final hacía una profunda reverencia y decía: «*Istgahe Ghatar Kojast!*» Era su frase favorita en farsi. Le gustaba la tonalidad de esas palabras, tenían un timbre misterioso y nunca reveló a nadie, ni siquiera a Julia, lo que realmente significaban.

Tras centenares de exitosas actuaciones el Gran Zabbatini inauguró su propio salón en la Uhlandstrasse, a pocos minutos de la Fasanenstrasse. El salón se hallaba en el cuarto piso de una casa en la que, por lo demás, no había sino bufetes de abogados. Mosche lo guarneció de alfombras persas y

de muebles indios. Tampoco podía faltar un cuenco metálico del lejano Tibet, en realidad un orinal pintado de varios colores y despojado de su fin primario. Las horas de apertura estaban en una placa de latón junto a la puerta de entrada, aunque por la noche Zabbatini seguía actuando en el Wintergarten. No tuvo que esperar mucho tiempo a la clientela. Al cabo de una semana escasa la primera clienta estaba ante la puerta. Al momento la introdujo en su salón, como a un pez que ha mordido el anzuelo. Se trataba de un ama de casa de Schmöckwitz, una señora nerviosa y delgada con una bata-delantal que parecía disculparse constantemente por su sola existencia y cuyo gato, Adolf, se había escapado. Extrañado, Zabbatini tomó nota del nombre. ¿Había que politizar ahora también el mundo animal? Resultó que la señora vivía en una buhardilla, así que probablemente Adolf vagabundeaba ahora por los tejados de Schmöckwitz. Zabbatini cerró los ojos, hizo como si se concentrara y dijo después con voz temblorosa que sentía que Adolf volvería pronto a casa, al Reich. Un pronóstico no demasiado atrevido, porque Zabbatini no entendía mucho de gatos pero sí de pasar hambre. Era solo cuestión de tiempo que a Adolf el estómago vacío le hiciera volver. Y así ocurrió: el pequeño y cariñoso Führer no pudo resistirse a un plato con espigas de pescado preparado para él. A los pocos días la señora de Schmöckwitz llamó otra vez al timbre de Zabbatini, y le dio con entusiasmo las gracias y una buena propina.

Poco a poco iba a verle cada vez más gente con sus problemas: esposas infieles, empleados de banco adictos al juego, hipocondríacos rebosantes de salud; todos ellos le pedían consejo. Zabbatini tocaba como un virtuoso el teclado de sus psiques. Muchos de ellos se convirtieron en clientes habituales. Pronto aparecieron también los primeros miembros del Partido. El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán era un imán para los tontos, por eso no era nada extraño que de entre sus filas llegaran algunos de sus más fieles y crédulos clientes. Misticismo y ocultismo eran al fin y al cabo ingredientes del movimiento y su líder un hombre cuyo talento para deslumbrar y manipular superaba con mucho al del Gran Zabbatini.

La fama del adivino persa crecía y crecía, y cuando alguna vez estaba delante de la puerta un escéptico que quería desenmascararlo como charlatán, Zabbatini lo notaba al momento –tener cierto olfato era parte de su oficio– y le prohibía la entrada debido a su «energía negativa». Los miembros del Partido que buscaban la ayuda de Zabbatini eran cada vez de categoría más

alta; incluso flamantes *Standartenführer* con el rango de coroneles embutidos en sus uniformes de color pardo le lloraban sus penas. Pronto había en su salón un constante ir y venir de la *crème de la crème* berlinesa. Todos querían que el Gran Zabbatini les pronosticara el futuro. Y Mosche tenía unas dotes especiales para decir a la gente lo que quería oír y aquello de lo que tenía más miedo.

Para Zabbatini, Berlín era un país de Jauja. Parecía que, tras una época de racionalidad y de progreso científico, la sinrazón volvía a ser el último grito. La capital era la Meca de lo místico, zona franca para milagrosos, astrólogos, hipnotizadores y adivinos de todo género, ya observaran bolas de cristal o leyeran cartas del tarot. Entretanto, Mosche estaba agradecido a su padre por haberle metido en la cabeza el Tanaj y el Talmud: ahora podía aplicar lucrativamente sus conocimientos de hebreo, su saber sobre numerología y cábala. Consiguió transformar frases fundamentales de esos antiquísimos escritos en frases fácilmente digeribles; creó un mundo de bienestar para los crédulos, lleno de fórmulas y de charlatanería exóticas. Con su turbante ricamente adornado y sus túnicas flameantes, era para todo el mundo un noble persa, un personaje de *Las mil y una noches*, un descendiente de los arios. Nadie sospechaba que en realidad era el hijo de un rabino. Protegido por el entramado de mentiras de su nueva identidad, percibía sin sentirse afectado las crecientes represalias contra los judíos.

Allí, en Berlín, en la capital del Tercer Reich, Mosche Goldenhirsch vivía estupendamente. Para la alta sociedad el dinero no parecía tener la menor importancia. Mosche exigía honorarios cada vez más absurdos, porque pronto se percató de que cuanto más alto era el precio, con tanto más agrado lo pagaba la gente. El dinero estaba tirado en la calle, todo lo que Julia y él tenían que hacer era agacharse y recogerlo. Por tanto, se agachaban todo lo posible. Comían en los restaurantes más caros, frecuentaban los círculos más selectos, eran invitados a las fiestas más codiciadas. Pronto descubrió Mosche los encantos ocultos de los espectáculos de travestis y del teatro de variedades y el placer de la cocaína. Su secreto le pesaba y siempre acechaba, agazapado, el miedo a ser descubierto. Mosche sospechaba que él –pese a sus inteligentes juegos mágicos de salón– no era en absoluto el más innovador ni el más capacitado de su gremio, pero de momento eso parecía no tener importancia. En realidad, era un ilusionista más bien mediocre, que sabía sin duda ejecutar aceptablemente su programa, pero que no tenía interés en

superar la última dificultad, ahondar en su arte, desarrollar ideas nuevas, avanzar hacia campos desconocidos. Permanecía en lo ya familiar. ¿Y por qué no? Aquello funcionaba, a fin de cuentas. Con un puñado de sólidos trucos se había hecho escandalosamente rico y famoso: ¿por qué esforzarse más? Su público yacía rendido a sus pies, para sus adeptos solo contaban las ansias de vivir un hechizo.

La vivienda de Mosche y Julia en la Fasanenstrasse estaba a unos pocos pasos de la sinagoga, que, en la denominada «noche de los cristales rotos», ardió como tantas otras. Mosche nunca olvidaría esa noche de noviembre. Julia y él regresaban en taxi de su actuación en el Wintergarten cuando vieron el fuego. A Mosche se le encogió el corazón pensando en aquella otra noche en que el Circo Mágico fue pasto de las llamas.

Delante de la sinagoga se había reunido una muchedumbre que contemplaba asombrada el incendio, muchos con el uniforme pardo, pero no todos. Había también familias enteras y gente de edad avanzada. Las mujeres levantaban en alto a los niños para que vieran mejor.

«Di adiós a los judíos», dijo una mujer a su hija pequeña. Su voz sonaba como si estuviera recitando una poesía infantil.

«Adiós, judíos», dijo obediente la niña, haciendo el gesto con la mano y riendo como un ángel.

Sí, adiós. Mosche se sintió mal de golpe. Pensó en su padre y en la sinagoga en la que él había pasado una gran parte de su infancia. Por lo menos, en Praga Laibl estaba a salvo de los nazis. Julia abrazó un momento a Mosche, cuyo rostro se había puesto blanco como la pared. «Tenemos champán en casa, ¿no?», dijo con forzada jovialidad. Mosche asintió, sentía seca la garganta. El taxi avanzaba trabajosamente debido a la aglomeración callejera. Por la ventanilla del coche vio a un joven de las SA que iba a menudo a verle en el salón.

Mosche le sonrió con indiferencia y saludó con la mano. El hombre se acercó y golpeó con los nudillos en la ventanilla, de forma que Mosche bajó el cristal.

«¿A que esto no lo habías adivinado?», preguntó el joven.

Mosche sacudió la cabeza. «No», dijo. «Por supuesto que no.»

Por fin llegaron a su casa. Subieron, abrieron una botella de champán e

hicieron el amor mientras ardía Berlín. O al menos partes de Berlín. Mosche apenas logró dormir aquella noche. Intentaba en vano ignorar el ruido y los gritos de la calle, el estrépito de las ventanas rotas, las exclamaciones sarcásticas. Tenía la sensación de que su sitio estaba allí fuera, con los otros, con los sufrientes y perseguidos. Al día siguiente, cuando se cambiaba de ropa para ir al Wintergarten, aún estaba nervioso y distraído. ¿Pero qué puedo hacer yo?, se decía a sí mismo. Soy el Gran Zabbatini. Tengo por delante una actuación. Saldré al escenario.

Pase lo que pase.

26. EL CLOWN ROOM

El Gran Zabbatini llevaba pantalones cortos, su habitual camisa hawaiana y una gabardina por si empezaba a llover. Improbable, allí en el sur de California, pero nunca se sabía. Tenía un cardenal en la frente, donde le había alcanzado el sartenazo de Deborah Cohn. Estaba sentado en la barra del Jumbo's Clown Room y miraba a una joven negra que se desnudaba al ritmo de la música con muy poca gracia en el escenario. De la máquina de discos emergía la voz de Édith Piaf. La chica parecía aburrida y distraída. A Zabbatini le daba igual. La contemplación de un cuerpo femenino desnudo era siempre una fiesta para él. Bebía una cerveza Heineken porque no tenía dinero suficiente para algo más fuerte. No tenía ni idea de qué debía hacer. No sabía adónde ir. No tenía un céntimo. Pero incluso eso le daba igual en aquel momento. Estaba ligeramente embriagado y por eso cada vez más convencido de que tenía alguna posibilidad con la chica del escenario. Algunas frases bonitas, uno o dos trucos de magia... Era víctima de un error típicamente masculino, la convicción de que aún le quedaba una posibilidad. Y como la mayoría de los hombres era también demasiado cobarde para abrir la boca, porque pocas cosas dolían tanto como una negativa, excepto quizá un sartenazo en la cabeza.

La puerta del club de striptease se abrió de golpe, y una franja de clara luz solar iluminó un momento la sala. Muy desagradable. Los pocos clientes – todos ellos apasionados bebedores, y eso se les notaba– se estremecieron como vampiros en una película de terror.

Max Cohn entró en el club de striptease.

La mujer del mostrador, una rubia entrada en años de abundante pechera y tatuada como un marinero, soltó las copas de aguardiente que estaba secando cuidadosamente e increpó al niño: «Lárgate, chaval. ¡Es solo para adultos!»

Max le dirigió una mirada que movía a compasión y a la que él había dado el nombre de «perrito hambriento». «Estoy buscando a mi abuelo», dijo.

Zabbatini puso con un golpazo la botella de cerveza sobre la mesa e, indignado, respiró con dificultad. Se volvió hacia Max: «¡Ya has oído a la lady! ¡Lárgate!»

«Cierra el pico», dijo la mujer de la barra.

«¡Abuelo!», exclamó Max.

La mujer del mostrador dirigió a Zabbatini una mirada de reproche.

«No es mi nieto», dijo él. «No le conozco.»

La mujer puso el paño de secar sobre el mostrador y fue hacia Max.

«¿Dónde están tus padres?», preguntó.

«Están peleándose», dijo Max.

«¿Y por qué?»

«Por mí. Van a divorciarse y ahora han buscado a una psicóloga para que me sienta mejor, y entonces yo me he escapado. ¡Para ver a mi abuelo!»

El corazón de la matrona se derretía. Entretanto, la bailarina de striptease había terminado con su actuación y se marchó taconeando del tablado. Llevaba unos tacones altos y pesados que le dificultaban la marcha. Pero aquellos zapatos gustaban a los hombres. Como tantas otras cosas incómodas.

Zabbatini aplaudió con fuerza. «¡Bravo!», gritó. «*Bravissimo!*»

Fue el único.

En la máquina de discos sonaban los primeros compases de la siguiente canción, «Dream Weaver» de Gary Wright. La bailarina se puso una bata y se acercó a Max y a la mujer de la barra.

«Hola, guapo», dijo muy profesional. «¿Qué haces aquí?»

«Busca a su abuelo.» La mujer de la barra señaló con el dedo pulgar al final del mostrador. «El viejo ese.»

«Voy un momento a buscarlo», dijo la bailarina.

Cuando Zabbatini vio que se le acercaba, rebuscó enseguida un billete de un dólar para metérselo en el tanga.

«¿Me permites?», preguntó esperanzado.

«¡Cállate!», bramó en voz baja la bailarina. «Está aquí tu nieto.»

«No es mi nieto», protestó Zabbatini.

La mujer de la barra lo fulminó con la mirada. «¡Usted, oiga!», le increpó. «Usted y su nieto ya se pueden ir ahora mismo de aquí. No quiero líos.»

«Soy un cliente que paga», explicó Zabbatini un poco desconcertado.

«Pues ya no lo es. ¡Fuera de aquí!»

En la puerta, Zabbatini vociferó a Max: «¡Todo por tu culpa! ¡Yo estaba en

el paraíso, y ahora me han expulsado!» Empezó a marchar a grandes pasos. «¡Déjame en paz de una vez!»

Max se detuvo primero, intimidado, luego salió corriendo tras él. En Sunset Boulevard le alcanzó. «¡Zabbatini!», llamó.

El mago volvió la cabeza y le dio un empujón.

Max tropezó y cayó sobre la acera. «¡Eh!», gritó.

Se levantó de un salto y se arrojó contra Zabbatini. Una pelea cuerpo a cuerpo estalló entre el viejo y el niño. No fue un combate muy elegante. Recordaba más bien la lucha final de *Godzilla contra los monstruos*. Al poco tiempo, Zabbatini tenía a Max más o menos en su poder y empezó a vapulearle el trasero.

«¡Mocoso maleducado!», dijo.

«¡Usted me ha dejado solo!», gritó Max. «¡Igual que todos los demás!»

«¡Pues me parece muy bien!», barbotó Zabbatini. «Pequeño *miesnike!*»¹³

«¡Cara de pedo!»

Max dio al viejo una patada en la espinilla. Zabbatini lanzó un quejido y empezó a dar saltos a la pata coja. Cuando se calmó el dolor, trató de pegar a Max con su brazo lisiado. Max lo esquivó hábilmente y al hacerlo se dio contra un contenedor de basura. Este se volcó ruidosamente. Por la acera se dispersaron bolsas de patatas fritas, latas de Coca-Cola vacías, condones usados y trozos de pizza medio comidos. Zabbatini tropezó con una caja de pizzas y cayó al suelo. Se repuso para rechazar el ataque siguiente, pero Max ya se lanzaba de nuevo contra él.

En ese momento intervinieron en la pugna cinco corpulentos armenios que, ataviados con joyas de oro y vestidos con chándals de Adidas, fumaban cigarrillos ante la entrada de Zankou Chicken. Con una agilidad que sus enormes vientres no habrían permitido imaginar separaron a los dos gallos de pelea. Eran los últimos de un clan de guerreros experimentados en la batalla, con quienes no se gastaban bromas, ya fuera en las lejanas orillas del Tigris y del Éufrates en tiempos del antiguo imperio armenio, o aquí y ahora en «Little Armenia».

«¡Eh, hijoputa, dejad en paz al niño!», exclamó uno de ellos.

Otro le hizo una llave al furioso y anciano mago de la escena; no le costó mucho trabajo. El tercer armenio sujetó al niño por el brazo.

«¿A qué viene esto?», vociferó Max.

Zabbatini y Max bramaban de rabia. Trataban inútilmente de liberarse y se

gritaban el uno al otro. Y de pronto todos los armenios volvieron la cabeza. La puerta vidriera de Zankou Chicken se abrió de golpe dando paso a un hombre bajito, fornido, velloso, con una barba de tres días. Llevaba un pantalón caqui lleno de manchas, una camiseta y una boina y se encendió un cigarrillo.

«¿Qué pasa aquí?», preguntó en tono imperativo.

Los hombres le describieron la situación en lengua armenia. Ni Max ni Zabbatini sospechaban delante de quién estaban: era nada menos que Vartan Iskander, el orgulloso hijo de inmigrantes armenio-libaneses, cuyos antepasados habían sobrevivido a las marchas de la muerte a Siria, el gerente de Zankou Chicken y una especie de instancia superior de justicia salomónica en East Hollywood. Después de haber oído el informe sobre la situación, Vartan Iskander declaró que ante el umbral sagrado de Zankou Chicken – patria de la deliciosa salsa de ajo– era inaceptable la violencia. Tanto Zabbatini como Max parecieron percibir intuitivamente y aceptar la autoridad de aquel hombre. Ambos guardaron silencio.

Iskander anunció su veredicto:

«Tú», dijo a Zabbatini. «Tú no pegar más a niños, salvo son hijosputa...»

«Eso justamente...», empezó Zabbatini, pero Iskander le impuso silencio con un movimiento de mano.

«Chaval no ser hijoputa. Yo ver eso. Ser un tontainas. Es diferencia.»

Zabbatini bajó la cabeza. El hombre tenía razón.

«Y tú», dijo Iskander dirigiéndose a Max. «Tú dejar viejo en paz. ¡Respeto!»

Zabbatini inclinó la cabeza en señal de aprobación. Max se miraba fijamente los pies.

«¡Y ahora abrazar!», ordenó Iskander.

Zabbatini y Max se miraron con asco.

«¡Abrazar! O sin pollo para siempre.»

Se abrazaron a regañadientes. Zankou Chicken era una institución en Los Ángeles. Y ninguno de ellos quería renunciar en lo que les quedaba de vida a los famosos pollos asados con salsa de ajo.

«Bien», dijo Iskander, y volvió adentro para echar una ojeada al shawarma.

Unos minutos después, Zabbatini y Max estaban sentados uno junto al otro

en el banco de una parada de autobús de la esquina de Sunset Boulevard con Normandie Avenue.

«Siento haberle llamado “cara de pedo”», dijo Max.

«Yo también lo siento», dijo Zabbatini. «Pero estaba en una interesante entrevista. Ni siquiera he podido acabar de tomarme mi cerveza.»

«¿Por qué se marchó usted así, sin más?», preguntó Max.

«Tu madre me golpeó con una sartén.» Zabbatini suspiró. «Porque la quiero.»

«¿A mamá?», preguntó Max con incredulidad. ¿Cómo podía nadie querer a su madre? Aparte de su padre, claro.

«¡Ay!», dijo Zabbatini. «¡Querer es un decir! El amor solo le vuelve loco a uno.»

Max asintió. Pensaba en Myriam Hyung. Las palabras del viejo contenían, a su parecer, un fondo de verdad.

Zabbatini se inclinó hacia Max. «Tu madre dice que soy una mala compañía. Que te traigo la desgracia.» Tras una pausa añadió: «Yo no quiero hacerte desgraciado. Así que me marché.»

«Pero eso no es verdad en absoluto», dijo Max. «Usted me hace feliz.»

En ese momento Zabbatini tuvo una sensación desagradable, totalmente inusual: estaba emocionado. Al viejo mago que había pasado casi toda su vida en el escenario le resultaba difícil creer que había personas convencidas de lo que decían.

Max asió la mano de Zabbatini. Zabbatini le dejó hacer. Ninguno de los dos dijo nada.

Y así los encontraron los padres de Max. Sentados en el banco, cogidos de la mano. En el jeep, Deborah y Harry se miraron perplejos.

«Apuesto a que estás celoso», dijo Deborah. «Del viejo.»

«¿Yo?», preguntó Harry. «Qué va. ¿A santo de qué?»

«Porque está ahí para tu hijo, lo que no puede decirse de ti.»

«Eso es una estupidez», dijo Harry en voz baja, y no ahondó en la provocación.

Habían luchado, discutido, reñido durante meses, todo lo que quedaba era una sensación de agotamiento, un hondo cansancio. Durante la búsqueda de

su hijo habían repasado otra vez los motivos de su separación, siendo evidente para Deborah cuál era la razón principal: la profesora de yoga.

Harry, por su parte, había reprochado por enésima vez a Deborah que lo había desatendido sexual y emocionalmente. «Había razones», dijo, «para que estuviera tan vulnerable, tan abierto a que me pasara algo así.»

«Sí», dijo Deborah. «Que eres un miserable.»

Deborah conocía de pasada a Eleanor: esta había colgado un papel en el tablón de anuncios de Om Sweet Om para anunciar sus clases. Ni en sueños habría pensado Deborah que su propio marido iba a caer en las redes de aquella zorra. Y encima era ella quien le había propuesto que intentara hacer yoga por motivos de salud. ¡Salud! ¡Bah! Durante semanas había estado completamente en las nubes. Hasta que una noche Harry llegó a casa y ella olió en él un perfume desconocido, dulzón. Él no pudo hacer frente a su mirada inquisitorial y a su interrogatorio y lo confesó todo. Deborah se sintió como si la hubiera atropellado un coche. Un choque inesperado, un momento de ingravidez, luego la dura caída en el asfalto.

De eso hacía ya meses. Y ahora Harry y Deborah estaban cansados. Habían sostenido la contienda, pero nadie había ganado. No había nada más que decir.

Detuvieron el coche junto a la parada del autobús. Zabbatini parpadeó como un reptil al sol. Cuando vio a Harry, preguntó a Max: «¿Quién es este *schmock*?»¹⁴

«*Schmock* lo serás tú», dijo Harry en tono lastimero.

27. UNA VISITA NOCTURNA

En enero de 1939, Julia y Mosche encargaron en ConradiHorster una nueva maleta mágica. Al cabo de todo ese tiempo, su espectáculo del Wintergarten necesitaba cierta renovación. Para el conjuro amoroso aún le faltaba a Mosche la idea iluminadora, de modo que habían acordado ampliar el espectáculo con el número de la «princesa desaparecida». Tras los sucesos de la última noche del Circo Mágico, fue necesaria no poca fuerza de persuasión para convencer a Julia. Pero esta aceptó por amor a Mosche.

Conradi-Horster era con mucho el establecimiento favorito de Mosche, una tienda venerable, polvorienta, llena de libros encuadernados en piel y de objetos mágicos. El anciano Friedrich Wilhelm Conrad Horster, que se denominaba a sí mismo «Conradi-Horster», era una personalidad en los círculos de la magia escénica. El vástago de una familia de funcionarios prusianos no solo era un mago de renombre, sino el inventor de innumerables trucos y aparatos mágicos. Su carrera comenzó en almacenes. Como copropietario de la casa hamburguesa Borwig & Horster había empezado a finales del siglo XIX a incorporar accesorios de magia al surtido habitual. Pero cuando se declaró el cólera en Hamburgo, Horster se trasladó a Berlín para escapar de la epidemia. En el barrio de Schöneberg abrió su propio negocio, la primera «fábrica de aparatos mágicos» del continente. Más tarde la trasladó a la Friedrichstrasse, con la ventaja de estar así muy cerca del Wintergarten. Entre los miembros del gremio, su nombre ejercía un efecto fascinador. La tienda pasaba por ser la «Meca de la magia».

El Gran Zabbatini quedó entusiasmado cuando Julia y él recibieron –de manos del maestro en persona– la maleta construida expresamente para ellos. Por las amarillentas ventanas laterales entraba, indolente, la luz de la tarde. «Métete dentro», dijo a Julia.

Ella dudó un momento, luego se metió en la maleta. Mosche la cerró y la abrió de nuevo. Julia había desaparecido. En esa maleta la ilusión no provenía del espejo, porque Mosche había aprendido que los espejos tenían una decisiva desventaja: uno podía verse en ellos. En lugar de eso, Julia

desaparecía bajo un suelo doble, perfectamente camuflado por diversos trucos ópticos. Mosche estaba satisfecho.

«¿Y qué pasa ahora?», preguntó Julia desde dentro. «¡Estoy empezando a hartarme!»

«Esto funciona. Pero solo si te callas. Si charlas tanto, la ilusión se desvanece.»

De la maleta salió un murmullo de protesta.

«Además», dijo Mosche, «se puede abrir también desde dentro. La he encargado así expresamente para ti. Toca arriba, en algún sitio debe haber un botón.»

Unos segundos después, sonó un clic y se abrió la maleta. Cuando Julia gateó al exterior, Mosche la estrechó entre sus brazos.

Luego se volvió hacia Conradi-Horster. «Nos quedamos con ella», dijo.

El viejo se limitó a hacer un gesto de asentimiento. Su rostro no revelaba nada.

Unas semanas después, en plena noche, llamaron a la puerta del piso. Mosche se despertó y, desconcertado, se incorporó al momento. Los golpes no cesaban, un sonido penetrante que rompía rítmicamente el silencio. Se levantó de la cama maldiciendo, se puso un batín y se calzó las zapatillas. Julia murmuró en sueños. Mosche fue a la puerta, echó una ojeada por la mirilla y exclamó: «Pero, por Dios, ¿qué pasa? ¿Quién es?»

Los golpes cesaron abruptamente y una voz dijo: «En realidad, tendría que saberlo.»

«¿Y cómo demonios voy a saberlo? ¿Qué clase de imbéciles hacen tanto ruido en plena noche?»

Abrió de golpe la puerta y palideció. Instintivamente retrocedió un paso. En la oscura escalera esperaban dos hombres de las SS de elevada estatura.

Uno de los dos levantó educadamente la gorra. «¿Es usted Zabbatini?», preguntó.

Mosche asintió. Su cuerpo estaba petrificado.

El otro meneó el dedo y dijo: «En realidad, un adivino como usted debería saber quién llama a su puerta, ¿no?»

«No.» Mosche negó secamente con la cabeza. «No funciona así.»

«¿Pues cómo funciona?»

Mosche solo llevaba hablando un minuto escaso con los hombres de las SS, pero ya estaba perdiendo la paciencia. «Señores, seguramente no aparecen ustedes en plena noche delante de mi puerta para discutir conmigo sobre las sutilezas del mentalismo.»

«Nosotros no, claro», dijo el primero. «Pero allí abajo hay alguien a quien le gustaría conocerle.»

Mosche fue a la cómoda del pasillo, sacó de un estuchito de plata una de sus tarjetas de visita y se la tendió a los hombres.

«Aquí tienen», dijo. «Digan a su amigo que puede venir a verme en cualquier momento en mis horas de consulta.»

Los uniformados seguían inmóviles y le miraban en silencio.

¿Pero qué diablos pueden querer de mí?, se preguntaba Mosche. No parecían dispuestos a coger la tarjeta. Al cabo de un angustioso momento de silencio, Mosche se aclaró la garganta y primero dejó caer la mano, luego bajó la mirada. Tenía la impresión de que no era prudente mirar demasiado tiempo a los ojos a aquellos hombres. Como si pudieran leerle en el rostro su secreto.

«Tiene usted que venir con nosotros», dijo el que estaba más próximo a él.

«Inmediatamente», añadió el otro.

Zabbatini empezó a temblar, no solo por el frío. «Dejen que vaya a vestirme», susurró con voz ronca. Había oído rumores acerca de personas a las que venían a buscar en plena noche y desaparecían en campos de trabajo.

Los hombres escoltaron a Mosche al bajar la escalera y salir a la calle. Soplaban un viento frío. Ante la puerta del edificio había una limusina negra, un Mercedes. El motor estaba en marcha y ronroneaba de modo inquietante. Uno de sus acompañantes abrió la portezuela. A Mosche le golpeaba el corazón en el pecho. Estaba firmemente convencido de que se lo llevarían preso, lo meterían en alguna celda y luego... No quería seguir pensando.

«Suba, por favor», dijo el hombre.

Mosche asintió, pero no se movió. De miedo, sus pies estaban como congelados en el suelo.

«No le va a pasar nada», dijo el otro.

Empujó a Mosche hacia delante, con suavidad pero con firmeza. Con dedos temblorosos, Mosche encontró la portezuela y subió a pesar suyo.

La puerta se cerró tras él y tomó asiento. Sus ojos buscaban por todas partes, pero en la penumbra apenas podía distinguir nada.

Luego notó que había alguien sentado frente a él. El hombre se inclinó un poco hacia delante, y su rostro quedó iluminado por la farola callejera.

En un primer momento, Mosche no pudo creerlo. Luego respiró hondo y se obligó a dibujar una amplia sonrisa. Al fin y al cabo, él era un profesional. Dejó a un lado todos sus miedos. Si quería sobrevivir a aquella noche, tenía que sobreponerse.

«Buenas noches», dijo Mosche amablemente.

«Buenas noches», dijo el otro con voz áspera.

Los dos hombres guardaron silencio un momento.

«Comprenderá usted que no puedo ir a verle a su salón», dijo Adolf Hitler. «En mi condición de canciller y Führer del pueblo alemán no puedo dejarme ver en un lugar así.»

«¿Por qué?», preguntó Mosche con impertinencia, y al momento se mordió la lengua. Tenía que ser más prudente. Una palabra equivocada podía costarle ahora la cabeza. Pero la pregunta ya estaba hecha y no podía retroceder. De modo que siguió adelante. «Los reyes de la antigua Persia también buscaban el consejo de los sabios y los videntes.» Eso ya estaba mejor. Sus pensamientos se precipitaban. ¿Se trataba de una broma pesada y cruel? ¿Sabía Hitler quién era él de verdad? ¿Qué quería exactamente de un adivino mediocre el canciller y Führer del pueblo alemán?

«Correrían rumores», dijo Hitler. Al parecer, a él le resultaba embarazoso el asunto.

Mosche decidió seguir por el mismo camino. «Mi Führer», las palabras le venían ahora por sí solas, «es señal de grandeza que una persona se abra a los misterios del mundo.»

«¡Cuánta razón tiene!», dijo Hitler con entusiasmo. Suspiró. «Pero el pueblo no lo ve así.»

Mosche asintió. «¿En qué puedo servirle?», preguntó.

«Bueno, tengo una pregunta», empezó Hitler ligeramente inseguro.

Mosche se identificaba ahora totalmente con su papel. Era un sabio, un augur. No tenía miedo. Lo sabía todo. Conocía el futuro. Estaba por encima de todas las cosas. En el fondo, ese fantoche sentado frente a él no era distinto de los otros mamelucos que iban a verle. Eso esperaba él al menos.

«¿Sí?», preguntó Mosche.

«¿Es cierto que usted predice el futuro?»

Mosche empezó desde muy atrás. «El futuro», dijo, «está en un cambio

constante. Por eso no se puede hablar de solo *un* futuro, de una figura monolítica. Hay hilos que, como una filigrana que cambia constantemente, se extienden a través de los tiempos. Para responder a su pregunta: por un capricho del destino estoy efectivamente en situación de percibir, digamos, fragmentos de vez en cuando.

«¿Sí?», dijo Hitler. Estaba completamente estupefacto.

«Sí. Vivimos en un mundo cuyos contornos solo vislumbramos.»

«¿Cree usted que puede hacer una predicción para mí?»

Mosche hizo como si tuviera que reflexionar. Respiró hondo, luego dijo con voz imperiosa: «¡Haga su pregunta!»

«El judaísmo financiero internacional está conduciendo a nuestra nación a la guerra», explicó Hitler. «Pero eso seguramente ya lo sabe usted.»

No, eso Mosche no lo sabía. No había dado crédito a los rumores que corrían en las últimas semanas sobre una guerra inminente. Volvió a hacer un gesto de asentimiento dejando entrever un poquito de impaciencia.

«Una guerra en dos frentes podría resultar difícil», dijo Hitler.

«La historia de la humanidad», replicó Mosche, «es la historia de la magnanimidad que hay entre dos frentes, dos decisiones.»

«¡Siempre lo he sabido!» Hitler asintió. «Magnanimidad. Dos frentes.»

«Así habla Zabbatini», añadió Mosche con afectación.

«Bueno, lo que quiero saber...», dijo Hitler en un balbuceo. «¿Cree usted que lo conseguirá el judaísmo?»

Mosche estaba confuso. ¿Qué despropósitos decía aquel hombre? «¿Qué exactamente?», preguntó con cautela.

«¡Eso, llevar a la nación a la guerra!»

«Ah, entiendo...»

Mosche miró al Führer inexpresivamente. Siempre iba bien involucrase unos segundos en el silencio. Asió las manos de Hitler. «Permítame», murmuró.

«¿Pero qué está haciendo?», preguntó Hitler indignado y retirando las manos.

«Tengo que sentirle, mi Führer», dijo Mosche. «Para contestar a sus preguntas.»

Hitler pareció aplacado, al menos de momento. Política de apaciguamiento llamaban a eso.

«¡Por qué no lo ha dicho antes!» Extendió las manos.

Los dedos de Hitler eran blandos y fríos, sin embargo el dorso de las manos estaba sudoroso. Mosche cerró los ojos. Con voz temblorosa proclamó: «Usted traerá una gran paz. Una paz como el mundo nunca ha visto. Su nombre nunca caerá en el olvido, mi Führer.»

28. LA ÚLTIMA ACTUACIÓN

Después de tanto embrollo, el Gran Zabbatini volvió a instalarse en el cuarto de invitados de los Cohn. Imperaba la paz o, al menos, una especie de tregua. Le fue permitido quedarse hasta que encontrarán una solución a largo plazo. Deborah y Harry Cohn habían aceptado más o menos a aquel extraño anciano, pero de ningún modo habían hecho amistad con él. Deborah sobre todo lo observaba siempre con mirada crítica, ¿quién podría culparla? Harry llamó por teléfono a la doctora Susan Anderson, le dio cordialmente las gracias por su ayuda y le comunicó, después de cierto tartamudeo confuso, que ya no la necesitaban.

La doctora Anderson reaccionó molesta. «Eso no es bueno para su hijo», dijo. «Pronto cumplirá once años. La mayoría de los niños de esa edad han dejado ya atrás la fase en la que se creen todo género de fantasías.»

Pero Max no era como los demás niños, de eso se trataba. Se aferraba de manera casi neurótica a sus ilusiones.

«¿De verdad le parece tan malo seguir creyendo algún tiempo en algo bonito?», preguntó Harry.

«Sí y no», dijo la doctora Anderson. «Al fin y al cabo usted no desea que la vida afectiva de su hijo esté definida por la superstición. Un día Max se dará cuenta de que la magia no existe. Entonces sabrá que ustedes le han mentado.»

Harry colgó el teléfono y le contó a Deborah, que iba y venía nerviosa por la cocina, lo que había dicho la doctora Anderson. Al igual que Harry, Deborah no quería quitarle a su hijo los pocos momentos de embeleso infantil que le quedaban. Años atrás habían tenido una conversación muy parecida sobre el tema de Papá Noel. Una infancia llena de magia. ¿Era tan malo realmente? ¿Era un error querer preservar algún tiempo más a Max del inevitable desengaño de la edad adulta? ¿Despertarse después de haber dormido mucho es más difícil que después de haber dormido poco? Por lo que concernía a Deborah, ella no habría tenido nada en contra de que Max siguiera siendo siempre un niño. Ella nunca olvidaría la sensación de tenerlo en sus brazos en la clínica, después del parto, pequeño, rosa, extrañamente

ajeno y sin embargo inconcebiblemente familiar. Le habría gustado conservar ese momento para siempre, para toda la vida, tal como fue, una instantánea preservada en el tiempo. Pero el tiempo siempre tenía la última palabra. Algún día Max Cohn también sería una persona adulta. Algún día iría a la universidad, bebería, se sacaría el carnet de conducir, se iría con mujeres –o, Dios no lo quiera, con hombres– a la cama. Horrible.

«¿Y qué pasará cuando se percate de que el conjuro amoroso no hace efecto?», preguntó a Harry. «Él cree que cuando el viejo lleve a cabo su abracadabra, volveremos a estar juntos. ¿Qué pasará cuando vea que no funciona?»

Harry, que en lo más hondo de su alma deseaba que funcionara, se encogió de hombros.

Se miraron. No sabían qué hacer.

Harry Cohn siempre había tenido debilidad por los ruidos. Desde pequeño necesitaba llenar cada vacío con ruidos. El silencio le resultaba sospechoso. En la adolescencia había soñado con ser un célebre músico de rock, pero para eso le faltaba el talento y la disciplina. Tampoco era el género de persona que da saltos por el escenario vociferando y sudando. Su madre, Rosl, había presionado, había insistido en que «el chico haga algo serio». Harry había cedido, como siempre, y guardado la guitarra en el armario, donde a partir de entonces solo acumularía polvo. Cuando a veces tomaba un par de copas de vino tinto, la sacaba y se ponía a rasguear. Pero los sonidos que en otro tiempo fueran para él una liberación, ahora le recordaban dolorosamente los sueños abandonados con demasiada celeridad. Su dominante madre le había educado para ser un perfecto conformista. Harry cambió a la carrera de derecho y después se convenció a sí mismo de que el trabajo de abogado para licencias de música constituía un aceptable compromiso, al fin y al cabo estaba día tras día rodeado de ruido. Pero era el ruido de los otros, de los exitosos.

El conflicto interior, sin embargo, no desapareció del todo. Siempre que la vida de Harry discurría por vías demasiado apacibles, algo en él pedía la palabra, un instinto, un grito que quería salir al exterior. Sin ser del todo consciente, a veces buscaba directamente el dramatismo. El silencio tenía que verse interrumpido. Tal vez fuera ese uno de los motivos de su gran

receptividad para el canto de sirena de la profesora de yoga. Eso y la manera que tenía ella de arquearse. En realidad Harry quería avergonzarse de su aventura, pero si era sincero consigo mismo tenía que admitir que las noches prohibidas con Eleanor contaban entre las más agradables experiencias de su vida más bien monótona. La manera en que se había entregado a él... Todo lo contrario de Deborah, cuya necesidad de control tampoco remitía en la cama. A él le gustaba cómo Eleanor andaba desnuda por el pequeño piso y cómo se estiraba a veces hacia allá, a veces hacia acá. Le gustaba el sabor de su sudor, la pasión con que le besaba. La echaba de menos. La aventura le había gustado, a pesar de la tensión y de los sentimientos de culpabilidad que implicaba. En sus brazos se había sentido como un niño que metía a escondidas las manos en la caja de las galletas. Disfrutaba de los encuentros secretos por la tarde en el piso de ella, le gustaba llevar a Eleanor a cenar. Disfrutaba con el riesgo de que le vieran con ella.

Pero todo tiene un final. Para Eleanor, Harry solo había sido una distracción. Él había entrado en su vida cuando a ella acababan de romperle el corazón. Su prometido, un actor musculoso, tatuado, sin ningún éxito digno de mención, que además trabajaba como barman en el Arts District en *downtown*, había cortado con ella. Había puesto fin al noviazgo con un SMS. Las mujeres se le arrojaban al cuello y él comprendió que había sido un error atarse. Quería disfrutar todavía un poco de la barra libre.

Ofendida y humillada como estaba Eleanor, tuvo de pronto un inmenso deseo de hombres. Quería probarse a sí misma que era una mujer atractiva y deseable. Y apareció Harry. Harry tampoco tenía mucha capacidad de resistencia, los años de casado se habían cobrado su tributo. Estaba deprimido, se sentía encallado en la vida. Una cosa llevó a la otra.

Pero Eleanor pronto lo vio claro. ¿Qué diablos estoy haciendo yo aquí? Pensó. ¡Un hombre casado! ¿Me he vuelto loca? Con Harry no veía un futuro. Más o menos por esos días, él fue imprudente y una noche olvidó ducharse antes de irse a la cama. Así fue como Deborah olió el perfume.

Harry nunca se había fiado demasiado del concepto de estabilidad familiar. Su madre le había enseñado que la tensión interior era el estado natural de los hombres. Su padre murió pronto, y Harry se convirtió en el proverbial hijo de mamá. Él solo conocía familias estables a través de la televisión, por consiguiente no creía realmente que pudiera haber algo así en la vida real.

Y ahora echaba de menos todo eso. Echaba de menos a su familia, su

hogar y a su mujer.

Poco a poco maduraba en él la convicción de que amaba efectivamente a Deborah. Todavía. De nuevo.

Pero ya era tarde.

Zabbatini, por su parte, hacía años que no se lo pasaba tan bien. Aunque no quería admitirlo, el pequeño mocoso había encauzado su vida en una nueva dirección. Tenía ochenta y ocho años, a esa edad no sucedían esas cosas. ¡Estaba a punto de celebrar su vuelta a los escenarios! Dios, cómo había echado de menos la escena, lo estimulante de los aplausos y del baño de multitudes. Pero hasta entonces había que preparar algunas cosas. Zabbatini había salido con Deborah para hacer algunas compras, entre otras cosas querían ir a su tienda de Glendale Boulevard para que él eligiera un nuevo atavío. Su gran entrada en escena tendría lugar al día siguiente, en un establecimiento llamado Mickey's Pizza Palace, en Burbank. Por el camino Zabbatini expuso sus dudas acerca de si una pizzería era el entorno adecuado para un artista de su calibre.

«Es el restaurante preferido de Max», dijo Deborah. «Está empeñado en que sea allí.»

Le explicó que Mickey's Pizza Palace era una cadena de comida rápida de un género especial, un lugar muy solicitado para celebrar cumpleaños infantiles. En el fondo, la idea era genial. Mickey's Pizza Palace estaba pensado para padres que necesitaban descanso. Allí los niños podían comer grasientas pizzas y alborotar en un inmenso rincón de juegos, además había un pequeño escenario en el que empleados disfrazados de ratones, de ardillas o de osos representaban insulsas payasadas. Para personas sin hijos, Mickey's Pizza Palace era un infierno: en la sala resonaban los gritos infantiles, la comida era una afrenta, y los estudiantes universitarios y futuros actores disfrazados de animalitos de peluche a los adultos les resultaban más intranquilizadores que placenteros. Los niños, en cambio, creían estar en el paraíso. Los padres también, porque los retoños al cabo de pocas horas estaban completamente rendidos y dispuestos a dormir. Además no había que limpiar, uno podía levantarse sin más y abandonar el campo de batalla.

Zabbatini tuvo serias dudas cuando oyó eso.

Pero Deborah no estaba dispuesta a aceptar una negativa. «Mientras viva

en nuestra casa», puntualizó, «hará usted lo que le digamos.»

Zabbatini asintió contrito. De verdad: ¿personas disfrazadas de ardillas?

Deborah le llevó a Baller's Hardware, una ferretería.

Zabbatini preguntó al dueño si tenía un candado y le pidió hablar un momento con él a solas. Desaparecieron en la parte trasera de la tienda. El hombre era, como Zabbatini constató con triste nostalgia, maestro cerrajero.

«Eso es una estupenda coincidencia», dijo el viejo mago. Y añadió: «Sabe usted, yo conocí hace tiempo a un cerrajero.»

El dueño de la tienda, un tipo regordete de bigote gris y pelo peinado para cubrir la cabeza semicalva, asintió con indiferencia.

«Cada cerradura es un misterio», dijo Zabbatini.

«No tengo todo el día», dijo el hombre. «¿Qué quiere?»

Zabbatini le explicó lo que quería. El hombre escuchaba con asombro. Tardaría una o dos horas, dijo, pero era factible.

«Paga la señora», dijo Zabbatini mirando a Deborah, que seguía en la parte delantera de la tienda. Ella devolvió con malhumor la mirada.

Zabbatini la llevó después a una tienda de artículos para oficina, donde pidió utilizar el ordenador. Navegó por internet, imprimió fotos y elaboró con una barra de pegamento postales de colores chillones.

Deborah le observaba frunciendo el entrecejo. No comprendía lo que tenía que ver todo aquello con el amor o con un embrujo amoroso.

Cuando Zabbatini hubo terminado por fin, fueron en coche a otras tres tiendas. Hacía un calor inhabitual. El tráfico era denso. A Zabbatini le entró hambre, y cuanto más hambre tenía, tanto más gruñía. Deborah se detuvo ante un puesto de tacos y le compró un burrito, que él devoró con ansia. Luego, el viejo miró el reloj y dijo que ya iba siendo hora de recoger las llaves.

Todavía le faltaba la vestimenta. Fueron a Glendale Boulevard, donde estaba la tienda de Deborah. Zabbatini seguía de mal humor. Se quejaba en voz alta de que el burrito le había sentado mal.

Entraron en Om Sweet Om. Al punto hubo un cambio de humor en Zabbatini. Se quedó fascinado. La tienda estaba llena de florituras del Lejano Oriente que le recordaban la época de Berlín, cuando se reinventó a sí mismo como príncipe persa. Siempre soñó con viajar a Persia o mejor aún a la India, al país de los faquires y los elefantes, pero nunca lo había hecho. Ahora ya era tarde, probablemente. A su edad, no podía permitirse una diarrea, por lo

visto ese era siempre el peligro en la India. Pero su fascinación por todo lo oriental, por el Lejano Oriente, era inquebrantable. La tienda de Deborah, Om Sweet Om, no era la India pero sí lo más cercano a ella. Así que se paseó por la tienda con una mezcla de agrí dulce nostalgia y de infantil arrobó.

De una de las perchas colgaba una túnica blanca. No pudo evitar pensar en Julia, cuando la vio por primera vez en Praga, en el Circo Mágico, flotando en el aire, toda de blanco. Tocó la tela, la olió, y quedó anegado en recuerdos. Se preguntó por enésima vez qué habría sido de Julia. ¿Viviría aún? ¿Habría sobrevivido a la guerra? ¿Se habría casado? ¿Tendría hijos? ¿Nietos? ¿Pensaría a veces en él? Se sintió transportado a aquel momento en que, en la pista del circo, con dedos temblorosos tocó el borde de su vestido blanco. El súbito deseo de ella había sido como un dolor físico. Él nunca olvidó aquel momento. Tampoco su perfume. Esa era la razón por la que, siempre que podía, olisqueaba la ropa interior y otras prendas de ropa de mujeres desconocidas. Toda su vida había estado buscando ese perfume. Quería volver a una época en la que aún tenía ilusiones. Una época en la que todavía era el pequeño Mosche Goldenhirsch, no la ruina de hombre que estaba viendo ahora ante él en el espejo.

Respiró hondo, dio un paso atrás y preguntó: «¿Puedo probarme esto?»

«Pero...», dijo Deborah, «esto es de mujer.»

Él la miró como un perro apaleado.

Ella suspiró. «Adelante.»

Cuando Zabbatini salió del probador, se sentía como un ángel radiante. La túnica era perfecta. Nadie notaría que en realidad era una prenda de mujer. Y él tendría a su manera la sensación de que Julia estaba con él. Su Julia. Se miró en el espejo y quedó satisfecho. Su edad prestaba cierta dignidad a su papel de mentalista. Mientras buscaba un turbante, vio algo con claridad. Se había terminado el hacer memeces ante el público. Era demasiado viejo para hacer trucos y juegos estúpidos. Estaba buscando una verdad más honda, más sencilla. Lo había dicho una vez el Hombre de la Media Luna: el arte busca siempre la sencillez. No, en su vuelta a los escenarios no llevaría a cabo ningún truco, no en el sentido estricto. Se limitaría a ser él, nada más. Tomaría suavemente de la mano a su público juvenil y lo llevaría a través del arte de la ilusión de la verdad. Se imaginó otra vez en el escenario, con su túnica blanca, ante espectadores embelesados. Bueno, no era precisamente el

Tonight Show, ni siquiera Disneylandia, pero le parecía estar en el umbral de algo a lo que siempre había aspirado: a la sencilla pureza de su arte.

Tal vez, pensó, Deborah y Harry vuelvan a enamorarse.

29. UN KILO DE AZÚCAR

En 1943 los aliados empezaron a bombardear Berlín. En noviembre, las sirenas de la defensa antiaérea arrancaban del sueño a Mosche y a Julia casi cada noche. Entonces bajaban corriendo las escaleras junto con los vecinos, se atrincheraban en el sótano frío y húmedo y escuchaban el lejano estallido de las bombas. Los numerosos bombardeos sacudían los nervios de los habitantes de la casa, que cada vez estaban más inquietos y angustiados. Solo la portera, la anciana señora Rettenbacher, se hallaba en su elemento, por así decirlo. Siempre llevaba al sótano galletas que hacía ella misma e insistía en que todos comieran. La guerra sacaba a la luz su lado maternal.

Mosche también tomó precauciones. Las bombas, las noticias del frente oriental, el clima de sospechas y denuncias en la ciudad, los rumores sobre deportaciones y confinamientos: no había que ser un adivino para representarse el futuro en tonos sombríos. Compró en el Grunewald un cenador que llegado el caso les podría servir de refugio a Julia y a él. Se instalaron precariamente y depositaron allí mantas y provisiones. Si Charlottenburg se ponía muy peligroso, si uno de los dos tropezaba con dificultades o no regresaba a casa, si por el motivo que fuere quedaban separados, se encontrarían allí y se esconderían.

Cuando el duro invierno dio paso lentamente a la primavera, los bombardeos se intensificaron: los norteamericanos lanzaban sus bombas de día y los ingleses de noche.

En agosto ocurrió un incidente memorable durante una de las representaciones de Zabbatini en el Wintergarten. A él no le gustaba verse interrumpido en el escenario, y menos aún por una bomba. En medio de su número de leer el pensamiento oyó de pronto un silbido agudo, un ruido que conocía bien. La experiencia le había enseñado que no había peligro inminente. Cuanto más alta era la tonalidad de la bomba, tanto más lejos estaba. Era como con los pedos: los silenciosos eran siempre los peores. Se levantó y dijo: «Señoras y señores, siento una oscuridad que se cierne sobre nosotros.» El público se intranquilizó, pero él levantó las manos con un gesto apaciguado. «En esta sala no habrá un solo herido.»

Tuvo razón. La bomba cayó a alguna distancia; oyeron una fuerte explosión como si el aire se rompiera. La tierra tembló un momento, luego se fue la luz. La gente gritó, se echó al suelo. Se levantó polvo. Cuando se encendió de nuevo la luz, Zabbatini estaba de pie, heroico e inmóvil, en el escenario. Poco a poco se fueron levantando los espectadores. Aplauso atronador. Mosche casi podía tocar con las manos el alivio que reinaba en la sala. Hizo una reverencia y el aplauso creció como una ola.

Fue uno de sus últimos triunfos. Cuando la municipalidad impuso el toque de queda, llegó el final. Todos los espectáculos públicos, salvo los conciertos de la Orquesta Sinfónica de Berlín, quedaron prohibidos. El Wintergarten fue clausurado hasta nueva orden y las ventanas cegadas con tablones de madera. Mosche fue una última vez a su lugar de trabajo, para recoger sus utensilios, sus vestidos y la maleta. La luz del sol entraba por las ranuras entre los tablones. Acongojado, Mosche paseó por la sala vacía. Julia le puso una mano en el hombro. Ninguno de los dos dijo una palabra.

Cuando salieron del Wintergarten, Mosche miró a su alrededor. Muchos de los edificios que le rodeaban eran ya un montón de escombros. Berlín estaba plagado de cicatrices. La guerra había llegado a la capital. Entre montones de cascotes, en las ruinas de un viejo edificio de viviendas, una joven de unos quince años estaba sentada en una silla de madera y tocaba el violonchelo. Tenía los ojos cerrados. El viento alborotaba su melena pelirroja y llevaba los acordes por las ruinas. Luego empezó a cantar. Era tan desgarradoramente hermoso que Mosche se detuvo un momento y asió la mano de Julia.

Si la noche me sorprende como a Jacob,
solo encuentro descanso en una piedra,
hasta soñando es siempre mi deseo:
¡estar más cerca de ti, Señor, más cerca!

Ocurrió en una mañana fría y gris. «Voy a dar un pequeño paseo, vuelvo dentro de una hora», dijo Mosche a Julia, todavía medio dormida, y le dio un beso en la cabeza. Llevaba ya bastante tiempo despierto y quería tomar un poco el aire. Mosche la oyó murmurar algo poco preciso, luego Julia se dio media vuelta en la cama y se tapó con la manta. Él salió y cerró la puerta con cuidado.

Cuando salió de la casa de Fasanenstrasse, por la acera pasó junto a un

hombre con un abrigo negro. Mosche se dirigía al Café Kranzler para tomar una taza de malta. A los pocos metros volvió la vista atrás y notó que el hombre le seguía. Mosche aceleró el paso y dobló la esquina. El hombre iba detrás pisándole los talones.

Mosche se puso nervioso. Se movía cada vez más deprisa por las calles, a través del grotesco páramo de Berlín, donde lo real y lo irreal existían lo uno junto a lo otro. La gente, en la medida de lo posible, iba a sus tareas diarias. Se esforzaba por ignorar lo evidente, a saber, que cada noche, cuando ululaban las sirenas, la ciudad seguía sangrando junto con sus habitantes. La topografía de Berlín había sufrido un cambio radical. Lo que antes parecía firme e inamovible –muros, casas– se desmoronaba, no era mucho más sólido que las ilusiones que Mosche había presentado a sus espectadores a lo largo de los años. Ya no se podía confiar en la piedra y el acero, que no eran sino fraude y mentira. Era el más grandioso truco mágico que Mosche viera jamás: en un momento había algo delante, en el momento siguiente había desaparecido. Desaparecieron, para siempre jamás, calles enteras. En los canales flotaban cadáveres tumefactos. Y, sin embargo, el público hacía como si todo aquello solo fuera teatro, como si nada de ello fuera verdad. Ahora, Mosche avanzaba deprisa por ese paisaje de pesadilla. El corazón le palpitaba con fuerza. Nada le parecía real. Tenía miedo. Corría más y más rápido, pero su perseguidor mantenía el paso, no era posible quitárselo de encima, como un fantasma.

En algún momento, Mosche ya no pudo más. Respiraba con dificultad, el sudor le corría por la frente. Estaba harto de aquel juego y decidió cambiar de táctica. Se dio media vuelta: «¿Quién es usted?», exclamó. «¿Qué quiere?»

El hombre se detuvo y levantó el sombrero.

Mosche respiró fuerte. No es posible, pensó. No puede ser.

El hombre se acercó despacio a él. Cojeaba un poco, y sobre el asfalto resquebrajado sus zapatos se arrastraban con un ruido metálico. Ahora tenía el sombrero en la mano izquierda.

Pese a su nerviosismo, Mosche se plantó con las piernas abiertas. Como un pistolero del salvaje Oeste.

«Buenos días», dijo Mosche con fría sonrisa.

«Buenos días», dijo el Hombre de la Media Luna.

Pocos minutos después, Mosche Goldenhirsch y Rudi Kröger estaba sentados en el Café Kranzler, en la Ku'damm, ante una taza de malta, como dos señores de mundo. Como si hubiera aún un mundo. Por suerte, el café había resistido hasta entonces a los bombardeos. La mayoría de las ventanas estaban claveteadas con tablones, pero aún había algún que otro cristal intacto.

El barón llevaba un traje viejo y desgastado, que le bailaba en el cuerpo. Parecía enflaquecido. Tampoco llevaba ya la máscara. Por encima del cuello de la camisa, Mosche distinguió algunas cicatrices. Se preguntó qué aspecto tendría el cuerpo del Hombre de la Media Luna.

«¿Cómo escapó de allí?», dijo Mosche. «De la carpa, quiero decir.»

«Me cayó encima un poste ardiendo», explicó Kröger. «Me aplastó la pierna. No apto para la guerra, algo es algo al fin y al cabo.» Miró alrededor y removió el café. «Ojalá hubiera azúcar», dijo de pronto.

El Hombre de la Media Luna siempre tuvo debilidad por lo dulce. Mosche se encogió de hombros. «Está racionado. No hay nada que hacer. Estoy seguro de que pronto llegará la victoria final.»

«Tuve unos dolores horribles.», dijo el Hombre de la Media Luna. «No puedes imaginártelo. Pensé que me moría.»

«Pero salió con vida.»

«Sí», dijo el hombre. Golpeó la mesa de madera con su mano enguantada de negro. «Dos hombres levantaron el poste, y pude salir rodando. Arrojaron sobre mí sus abrigos y apagaron el fuego. Luego me sacaron de allí.»

Mosche no sabía qué decir. Miró al barón a los ojos. «El fuego fue culpa suya.»

Rudi esbozó una delgada sonrisa y bebió un sorbo de café. «Yo lo veo distinto.» Explicó a Mosche que tenía un solo motivo para seguir viviendo: la venganza.

Mosche sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

El Hombre de la Media Luna siguió hablando con calma, como si no pudiera incomodar a nadie. Años y años, dijo, había esperado el momento adecuado. Quería disfrutar de su venganza, la puñalada debía llegar en el momento oportuno. «He sobrevivido y he visto que la obra de toda mi vida se consumía en las llamas. Y te lo debo a ti.»

«Usted quiso matar a Julia por la espalda», dijo Mosche indignado.

«Era infiel», dijo el barón. «Tenía que ser castigada.»

«Yo solo traté de protegerla.»

«Muy caballeroso.» Kröger se inclinó hacia delante y revolvió leche en polvo en su café. «Pero mucho peor aún es que me hayas robado mis trucos.»

«Solo en parte», dijo Mosche en voz baja.

«Solo en parte», le imitó el hombre. Luego dijo: «Por eso te destruiré.»

«¿Y cómo?», preguntó Mosche con ligereza. Sin embargo el miedo ya le oprimía la garganta.

«Es muy sencillo», dijo Kröger. «Conoces la ley.» Se reclinó en su silla. «Todo aquel que entrega a un judío recibe una ración extraordinaria de azúcar. Un kilo entero.»

Mosche se planteó si echar a correr. Podía intentar alcanzar el metro, que todavía circulaba esporádicamente.

El Hombre de la Media Luna hizo un gesto a alguien que estaba delante de la ventana. Mosche se dio media vuelta. Dos hombres entraron en el café. Alzaron cortésmente los sombreros y sonrieron.

«*Heil Hitler!*», dijo uno de ellos.

«*Heil Hitler!*», dijo el otro.

«Buenos días», dijo Mosche.

Los dos hombres se presentaron como Breinholm y Francke, de la Gestapo.

«¿Es usted el denominado Zabbatini?», preguntó Breinholm, un hombre alto y delgado con un traje grasiento.

«Sí», dijo Mosche.

«Está usted detenido.»

«¿Y por qué, si puede saberse?»

«Profanación de la raza», respondió Francke con visible deleite. «He de pedirle que venga conmigo.» Francke era más bajo que Breinholm y estaba mejor vestido. Era pelirrojo y de constitución atlética.

«¿Cómo dice?», dijo Mosche.

«Tenemos informaciones según las cuales usted mantiene una relación con una aria.»

«Bueno, ¿y qué? Yo también soy ario. Soy de Persia. Puedo enseñarles mi certificado de arianidad.» Mosche empezó a rebuscar con nerviosismo en el bolsillo de su chaqueta. Le temblaban los dedos. Encontró el papel, lo desplegó minuciosamente y se lo tendió a los dos hombres.

Breinholm y Francke inspeccionaron el documento. Luego Francke

declaró: «Es falso. Según nuestras informaciones, usted es judío. Un tal...» Sacó un block de notas y lo hojeó. «... Moses Israel Goldenhirsch.»

«Solo Mosche, sin más.» Su garganta estaba seca. «Todos me llaman Mosche.»

«Una pregunta más», dijo el Hombre de la Media Luna.

Mosche le miró.

«El número sin palabras del Wintergarten, el de los objetos que entregaba el público», dijo Kröger. «¿Cómo lo hacías?»

Mosche le miró a los ojos y guardó silencio. Pensaba en Julia. Confiaba en que al ver que él no volvía a casa sospechara y, como habían acordado, huyera al cenador.

«Venga con nosotros», le dijo Francke.

Mosche se levantó.

«No te preocupes, amigo mío», dijo el Hombre de la Media Luna. «El café corre de mi cuenta.»

En el coche, Mosche tuvo la idea de hacer saber a aquellos dos hombres que conocía personalmente al Führer.

«¿Ah sí?», preguntó Francke con sarcasmo. «¿Al Führer?»

«Sí», dijo Mosche. «Soy su consejero espiritual.»

Breinholm y Francke cambiaron una divertida mirada. De todas los desvergonzados embustes judíos que habían oído hasta ahora, ese era con mucho el peor.

«Por favor», dijo Mosche. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. «Por favor, permítanme llamar a la Cancillería del Reich.»

Tras mucho pedir y suplicar –habían llegado entretanto al cuartel general de la Gestapo en Prinz-Albrecht-Strasse–, Breinholm y Francke se dejaron convencer y permitieron a Mosche hacer la llamada. Se prometían un poco de diversión a su costa. Mosche marcó con dedos temblorosos el número que le pusieron delante escrito en un papel. En efecto, enseguida recibió la conexión, cosa que en esos días no era nada fácil. Pidió hablar con el Führer. «Dígale que el Gran Zabbatini está al aparato.» Breinholm y Francke escuchaban sonriendo malignamente. Pero la señora de la central se negó a pasar la llamada de Mosche. Él suplicó, hasta vociferó, pero ella no se ablandó. Tenía, como dijo, sus órdenes. Luego, Francke puso de pronto los

dedos en la horquilla del teléfono y la conexión se cortó. Quitó el auricular a Mosche.

«Ahora basta», dijo.

Mosche se derrumbó. Las lágrimas corrían ahora por sus mejillas. «Dios mío», sollozaba. «Por favor, por favor, les pido que no...»

Breinholm y Francke le alzaron en vilo por los brazos y lo pusieron de nuevo en pie. Luego lo sacaron medio a rastras de la oficina. Los funcionarios que había en los pasillos de la central de la Gestapo miraron para otro lado. Eso no era asunto de ellos.

Llevaron a Mosche abajo, al sótano, y lo torturaron durante dos días. Francke, Breinholm y los otros hombres que le atormentaban e interrogaban querían saber primero la identidad de su amante aria. Mosche, sin embargo, estaba convencido de que ya la conocían. Lo sabían todo, y pese a ello preguntaban. Tenían sus razones, como es natural. Querían que traicionara al único ser humano al que quería con toda su alma.

En algún momento de la tortura, Mosche se derrumbó. «Julia», gritó. «Se llama Julia Klein.» Qué daño podía causar eso, pensó, de todos modos lo sabían. Pero la tortura continuó. Eso solo había sido el comienzo. «¿Dónde está?», bramaban los esbirros. «¿Dónde?» Solo pasaron unas horas hasta que Mosche, que no podía soportar aquellos dolores espantosos, reveló el escondite del cenador.

Cuando terminaron con él, su brazo izquierdo estaba grotescamente desfigurado y mutilado. Y en él, algo se había roto para siempre.

Antes de sacar a Mosche de la celda, Francke le pidió un autógrafo. También había estado varias veces en el Wintergarten. «Por eso nos hemos concentrado en su mano izquierda.»

Mosche cogió en silencio la estilográfica.

«Escriba, por favor: Zabbatini. Ya no hay ningún Mosche Goldenhirsch.»

Mosche asintió y firmó.

Breinholm y Francke lo llevaron a un coche. «Enseguida vamos a la estación», dijo Francke. «Pero antes quiero enseñarle algo.»

Viajaron a la Fasanenstrasse.

«¿Dónde está Julia?», preguntó Mosche, cuando Breinholm le abrió la puerta de su piso.

«No se preocupe», dijo Francke. «Pronto la verá.»

Le permitieron llevar con él algunas cosas. También sus saris, su turbante, sus cartas, sus libros de magia. Y su maleta. Mosche se sentía como un sonámbulo. Después de los días de tortura lo llevaron a su antiguo piso, y durante unos minutos pudo hacer como si aún tuviera una vida. No comprendía por qué le dejaban llevarse sus cosas con él.

No podía imaginarse que el hombre que le esperaba, Siegfried Seidl, había dado órdenes estrictas a la Gestapo para que el célebre mago llegara junto con sus accesorios.

«Deprisa», dijo Breinholm.

Mosche echó una última mirada a su casa. Iba a dejarlo todo tras él para siempre. Se había sentido tan seguro allí. Intocable.

«¿Dónde está Julia?», volvió a preguntar, pero no obtuvo respuesta.

Cuando salían del piso, la portera, que vivía en el mismo rellano, estaba abriendo la puerta. Siempre había sido muy amable con él. A veces les había llevado a Julia y a él bizcochos y galletas hechas por ella misma.

«¿Se va de viaje, señor Zabbatini?», preguntó.

Mosche asintió en silencio.

«Este no vuelve», dijo Francke. «Es un judío.»

La señora Rettenbacher se llevó las manos a la boca. «Dios mío, no lo sabía», dijo con repugnancia en la voz. «¡No tenía la menor sospecha! Creía de verdad que era persa.»

Francke agitó la mano con magnanimidad. «Son cosas que pasan. Los judíos nos toman a todos por idiotas.»

«Qué contenta estoy de que le hayan echado el guante», dijo la señora Rettenbacher. «Siempre supe que había algo raro en él. Solo que yo pensaba que era persa.»

«Adiós», dijo Mosche.

La señora Rettenbacher no contestó. Apenas hubieron bajado los primeros peldaños ambos funcionarios, se metió en el piso de Mosche por la puerta abierta. Llamó a su marido, y los dos juntos empezaron a saquear el apartamento del Gran Zabbatini. Era absurdo dejar que todas esas cosas se echaran a perder. Esos hermosos trajes y las colchas de las camas y todo aquello.

Llevaron a Mosche a la Ku'damm donde vio una gran aglomeración de curiosos. Breinholm y Francke se apearon y empujaron a Mosche por entre la muchedumbre. En el centro, totalmente desnuda, estaba Julia.

«Una puta alemana», explicó Francke, «que ha sido manchada por un judío, nunca puede quedar limpia, ni siquiera por una escoba aria.»

El delicado cuerpo de Julia estaba plagado de verdugones y cardenales. Temblaba de frío y su rostro estaba tan desfigurado por el miedo y la humillación que Mosche apenas la reconoció.

La masa humana a su alrededor se reía de ella y le arrojaba inmundicias. Llevaba al cuello un letrero que decía:

Soy la puerca mayor del lugar,
con judíos me suelo acostar.

De pronto Julia levantó la cabeza y por un momento sus miradas se encontraron. Mosche, que solo una hora antes había dicho su nombre bajo la tortura, estaba muerto de vergüenza.

Julia, sin embargo, le miró directamente. Le temblaron las comisuras de los labios y se enderezó. Rebelde, desafiante. Luego insinuó una reverencia como si aún fuera la princesa Ariana y estuviera junto al Gran Zabbatini sobre el escenario del Wintergarten.

De pronto agarraron a Mosche por los hombros y tiraron de él.

«Hemos de irnos», dijo Breinholm. «El tren saldrá enseguida.»

Llevaron a Mosche al andén diecisiete de la estación de Grunewald.

Cuando el tren entró en la estación, Breinholm y Francke le acompañaron a su compartimento. Todo tenía un aspecto normal. Por ser judío del Reich, Mosche podía viajar con cierto confort. El destino del tren era Theresienstadt.

A Julia Klein no volvería a verla jamás.

30. MICKEY'S PIZZA PALACE

Cuando Zabbatini llegó al lugar de su actuación en Burbank, vio plenamente confirmadas sus dudas. Mickey's Pizza Palace estaba situado en una hilera de tiendas de San Fernando Road, entre un inmenso supermercado de descuento y un estudio de uñas coreano.

«¿Dónde está la entrada de artistas?», quiso saber Zabbatini.

«Entramos todos por delante», dijo Deborah con resolución.

Zabbatini frunció el entrecejo; daba vueltas a la idea de hacerse el divo, pero luego se lo pensó mejor. Con Deborah había que tener cuidado. Él había tratado de negociar unos honorarios adecuados por su actuación, pero ella le había recordado que por ahora tenía al menos un techo bajo el que cobijarse. Y que eso podía cambiar en cualquier momento si no cerraba la boca en el acto. De modo que cerró la boca.

Deborah marchaba delante, Max y Zabbatini, que llevaba consigo una enorme bolsa de papel llena a rebosar, iban detrás. Junto a la puerta vidriera que daba acceso al interior, estaba sentada una adolescente de malhumorada apariencia con una gorra de béisbol y un polo de color púrpura en el que resaltaba el logotipo de Mickey's Pizza Palace.

La chica plantó un sello en la muñeca a Max y a su madre. Cuando acercaba el sello a Zabbatini, este retrocedió de golpe, como si aquello fuera una vara eléctrica para conducir ganado.

«¿Qué es eso?», preguntó con tono imperativo.

La jovencita puso los ojos en blanco. «Para que sepamos qué niño pertenece a qué familia», dijo. Tenía acento mexicano.

«¿Y por qué?», preguntó Zabbatini con desconfianza.

«Al final de la velada controlamos los números de los sellos para que ninguna persona extraña le robe a su hijo.»

Zabbatini miró primero a Max, luego a la muchacha. «Bueno, ¿y qué?», dijo. «Si alguien quiere llevarse a un niño, ¿por qué no? Hay de sobra, ¿no?»

Zabbatini no podía imaginarse por mucho que quisiera que alguien quisiera cargar voluntariamente con un niño ajeno. ¿Qué podía hacer uno con él? No paraban de gritar, necesitaban comida y agua, había que ir con ellos al parque

infantil. Pero luego permitió generosamente que la pequeña le pusiera el sello.

«La última vez que alguien me plantó un número en el antebrazo», explicó, «fue en Auschwitz.»

La muchacha le sonrió aburrida y murmuró: «Uy, qué guay.»

En el interior de Mickey's Pizza Palace el ruido era enorme, todo estaba lleno de colorines y la iluminación era exagerada. Olía ligeramente a calcetines húmedos. Lo peor eran los niños. Estaban por todas partes como una especie de extraterrestres caídos sobre el planeta. Corrían, gateaban, lloraban y chillaban. Zabbatini había pensado a menudo que era una maldición del destino que precisamente a él —que había vivido largo tiempo de actuaciones en cumpleaños infantiles y en *bar mitzvá*— no le gustaran los niños. Una vez, hace muchos años, había estado a punto de ser padre. Había tenido una breve y a intervalos agradable relación con una *showgirl* de Las Vegas. Se quedó embarazada, y Zabbatini ya había empezado a ilusionarse un poquito con el niño cuando ella tuvo un aborto. Nunca pudo olvidar la mirada muerta de sus ojos cuando fue a verla al hospital. Y él se había resignado a seguir caminando solo por la vida. Al final, tal vez era mejor así.

En el centro del restaurante había un tinglado para trepar por él que constaba de escalerillas de muchos colores y de tubos de plástico en los que los niños pululaban de acá para allá como ratas. Había videojuegos que lanzaban pitidos agudos y animales de balancín de aspecto psicodélico. Zabbatini comprendió que el establecimiento era en el fondo una pequeña feria aunque no al aire libre. Por doquier luces parpadeantes, chiquillos bulliciosos y pantallas enormes en las que daban vídeos musicales. En los vídeos, seres humanos disfrazados de roedores saltaban al compás de una arrítmica música rap. Zabbatini miró hipnotizado a la pantalla en la que un hombre vestido de ratón bailaba en torno a un cubo de basura.

El infierno, pensó Zabbatini. Estoy en el infierno.

El establecimiento le recordaba su hasta entonces única experiencia con el LSD. Fue en 1969. Zabbatini acababa de terminar una actuación en los estudios de CBS, en la esquina de Fairfax Avenue con la calle Tres, y a continuación se fue al correspondiente guateque. La fiesta tenía lugar en una casa de gente adinerada, en las colinas de Hollywood, donde hombres de largas melenas y mujeres en camisetas multicolores y chaquetas de flecos se pasaban unos a otros porros y otras drogas. Insistieron en que también él,

que, único representante de una generación de edad más avanzada, se sentía bastante fuera de lugar, probara una pequeña pastilla blanca. «*Acid*», le dijeron. ¿Por qué no? Medio receloso, medio curioso, Zabbatini se tragó la pastilla. Primero no sintió nada. Pero al cabo de unos veinte minutos vio que la alfombra verde de flecos sobre la que estaban todos sentados se convertía en una maraña de inteligentes tentáculos que querían agarrarle a él y a los otros invitados. Alegre, comunicó esa experiencia a los que estaban sentados alrededor. Algunos empezaron a gritar y se levantaron de un salto. La alfombra de flecos se convirtió a partir de ese momento en zona de peligro, que todos evitaban dando un gran rodeo. Zabbatini no comprendía tanta excitación. Luego descubrió la piscina de hidromasaje que había delante de la casa. Se desnudó quedándose en calzoncillos y se sentó en el agua caliente y burbujeante, entre todos aquellos apuestos hombres desnudos con sus novias de opulenta pechera. El viaje de ácido empezó a gustarle. A los otros, menos. Él llevaba la conversación contando anécdotas de los campos de exterminio de los nazis. Ah, qué alivio, desahogarse hablando de sus experiencias, colocado, en una piscina de hidromasaje llena de hermosas mujeres y con vistas de la ciudad. De pronto recordaba detalles que había reprimido durante años. Al hacerlo no se daba cuenta de que sus oyentes le miraban fijamente cada vez más impresionados. Cuando describió el penetrante y dulzón olor a putrefacción que salía día tras día de las fosas comunes, de pronto una de las jóvenes salió de la piscina gritando. Tenía lágrimas en los ojos y se frotaba angustiosamente los brazos. «¡Quitadlos!», gritó. «¡Quitadlos! ¡Los escarabajos! ¡Los escarabajos!»

«¿Pero qué ocurre, querida?», preguntó Zabbatini con toda inocencia. Un joven de piel pálida y melena pelirroja con un peinado afro vomitó de pronto en la piscina. Las pequeñas toberas de los bordes arremolinaron el vómito y lo repartieron sutilmente por el agua. Entonces estalló el pánico como en el hundimiento del *Titanic*, todos luchaban por salir lo antes posible de la piscina. Cuando Zabbatini estuvo en terreno seco dijo al pelirrojo que él no habría sobrevivido en los campos ni un solo día.

«¡Vete a hacer puñetas!», le vociferó como respuesta.

Zabbatini se sintió como si alguien le hubiera abofeteado. Los jóvenes le miraban llenos de asco y de desprecio. Se avergonzó. Él no era como los otros. Sus experiencias, en la guerra y anteriores a la guerra, le convertían en un paria. En la gran familia humana no había lugar para él.

Envuelto en una toalla, se marchó tambaleándose. Se abrió paso a través de un matorral que había en la linde de la finca y orinó tranquilamente. Zabbatini podía ver la ciudad que se abría a sus pies. Los Ángeles era un paño de terciopelo bordado con joyas multicolores. Pronto se sintió otra vez bastante a gusto. Sí que tenía su efecto ese LSD, pero se juró que jamás volvería a probarlo. Era evidente que podía desencadenar todo género de cosas.

En medio de las luces parpadeantes y de la música estridente de Mickey's Pizza Palace, Zabbatini recordó aquella vista de la ciudad, la euforia que sintió entonces, y no notó en cambio que los Cohn ya se le habían adelantado un buen trecho. Deborah volvió corriendo, le tomó por el brazo y le condujo suavemente al grupo de mesas reservadas para la fiesta de cumpleaños de Max. Una hilera de mesitas de plástico cubiertas de papeles de colores. Sobre ellas había platos de cartón en forma de animales de los dibujos animados. Al final de la mesa había una gran tarta de cumpleaños rectangular y marrón que parecía un ladrillo de grandes proporciones. Solo las velas y las palabras «Happy Birthday, Max» escritas encima con alguna crema permitían adivinar su verdadera naturaleza.

Habían llegado numerosos familiares de Max. El tío Bernie y la no judía Heidi estaban allí, acompañados por los insoportables primos Esther, Mike y Lucas. También se apiñaban en torno a la mesa muchos compañeros de colegio, entre ellos Joey Shapiro y Myriam Hyung.

«¿Es él?», preguntó Joey.

Max asintió con orgullo.

Zabbatini insinuó una reverencia. «El Gran Zabbatini, a su servicio.» Luego sonrió y tendió la mano en dirección a la oreja de Myriam. «Debería lavarse las orejas, jovencita», dijo, y de pronto tenía en la mano una moneda que parecía haber salido de la oreja.

Myriam rió entusiasmada.

Zabbatini se sentía muchos años más joven. Tenía otra vez un público. Y, además, uno que no era tan exigente.

«¿Dónde está papá?», preguntó Max a su madre.

«Ni idea», dijo ella. «Quería recoger a la abuela.»

«¿Cuándo empiezo con la magia?», quiso saber Zabbatini.

«Tenemos que esperar a papá», pidió Max.

Zabbatini asintió. Era el momento de prepararse. Recorrió la sala para

inspeccionar el escenario. Era bastante pequeño y en los bordes derecho e izquierdo había dos ratones mecánicos de tamaño mayor que el natural y saludaban al compás. Esta será la primera vez, pensó, que unos roedores me quitan protagonismo. En el escenario comprobó satisfecho que ya había en él una mesita auxiliar. La colocó en el centro. Luego vació su bolsa y empezó a colocar en el suelo diversos accesorios, entre otros una vela, un bloc, cartas de baraja y un montón de cajitas de madera de distintos tamaños.

A continuación bajó y se sentó ante una mesa de plástico. «Ahora como pizza», anunció, pero no pareció interesar a nadie. De una gran fuente tomó varios trozos de pizza en su plato de cartón en forma de cabeza de ratón. Joey Shapiro le miraba con una expresión ligeramente melancólica. Luego se sirvió también un plato de pasta.

Myriam Hyung señaló el brazo deformado de Zabbatini y preguntó: «¿Qué le ha pasado en el brazo?»

«Fui torturado por la Gestapo», dijo Zabbatini mientras mascaba. «Pásame el parmesano, por favor.»

«¿Por qué?», preguntó Myriam.

«Porque», replicó Zabbatini, «la pizza sabe mejor con más queso por encima.»

«No, ¿por qué le torturaron?»

Zabbatini la miró un momento y se encogió de hombros. «A los nazis les gustaba hacerlo, simplemente.»

Myriam le dio un bote de cristal con parmesano rallado. «¿Sin ningún motivo?», preguntó incrédula. «¿Torturaban así, sin más?»

«Sí», dijo Zabbatini. «Sin más. ¿Quieres verlo?»

Myriam asintió. Zabbatini miró un momento alrededor, luego se subió la amplia manga de su túnica blanca de mujer.

Myriam soltó un grito. En aquella ocasión, los hombres de la Gestapo rompieron el brazo de Zabbatini por varios sitios, por la muñeca, por el antebrazo y por el codo. Las fracturas se habían curado con el tiempo, pero como nunca las entablillaron, su brazo tenía el aspecto de una rama extrañamente nudosa. Myriam la miraba como hipnotizada. Señaló un sitio blanco, con cicatrices en el antebrazo y preguntó: «¿Qué es esto?»

«Me echaron gasolina encima y acercaron un mechero», replicó Zabbatini dando un mordisco a la pizza.

«¿Como en la parrilla?», preguntó Myriam.

«Como en la parrilla», confirmó Zabbatini.

«Qué horror», dijo Myriam.

Zabbatini asintió con orgullo. Luego sacó de pronto el brazo hacia delante, como si quisiera agarrarla. Myriam soltó un grito agudo y dio un paso atrás.

Zabbatini se echó a reír. «No tengas miedo», dijo. «No voy a tocarte.»

Sin embargo en los ojos de Myriam asomó un extraño brillo.

«¿Puedo tocarlo?»

«Si quieres, por mí...», dijo Zabbatini.

Myriam pasó los dedos suavemente por el sitio de la cicatriz como si tratara de descifrar un mapa. «¿Le dolió?», preguntó.

«Claro», dijo Zabbatini con un suspiro. Poco a poco le estaba cansando aquella conversación. En realidad él solo quería comer su pizza en paz. «Por eso lo llaman tortura.»

Sin embargo, la fascinación de Myriam por el tema era inquebrantable. «Pero ¿por qué le hicieron eso?», preguntó. «Sea sincero.»

«Estaban empeñados en que traicionara a alguien a quien yo quería mucho.»

Myriam estaba visiblemente indignada y le miró con los ojos muy abiertos. «¿Y lo hizo usted?»

Zabbatini acababa de agarrar el bote de parmesano. Durante un instante pareció que se había quedado congelado en el tiempo. Luego volvió a poner sobre la mesa el bote. Su mirada perdida estaba clavada en la mesa.

Poco a poco levantó la vista y la dirigió a Myriam.

«Sí», dijo, y en su voz había un vacío que infundió más miedo a Myriam que su piel abrasada.

Entretanto, la madre de Max trataba de localizar al padre. En el restaurante, Deborah no tenía cobertura, así que salió al aparcamiento y lo intentó allí. Hacía frío y se envolvió bien en el abrigo. Se encendió un Marlboro Light.

Por fin Harry contestó al teléfono.

«¿Sí?» Sonaba agobiado.

«Tu hijo», dijo Deborah con voz glacial, «está esperándote. Todos te esperan.»

«Lo sé, lo sé», replicó Harry. «Enseguida estamos ahí. En la autopista hay un atasco.»

«¡Date prisa!», dijo Deborah apretando los dientes, y cortó la comunicación. Anduvo un rato de un lado a otro por el aparcamiento y dio furiosa varias chupadas al cigarrillo. Luego lo tiró al suelo, lo pisoteó concienzudamente y volvió a entrar.

El público reclamaba al Gran Zabbatini. Algunos de los niños daban palmadas rítmicamente y repetían: «¡Que empiece ya, que empiece ya, que empiece ya!»

Max miró a Deborah con tristeza. «¿Dónde está papá?»

Ella abrazó a su hijo. «Viene enseguida. Hay un atasco.» Se esforzaba por sonreír. «Quizá deberíamos empezar ya.»

«Pero yo quiero que papá esté también», dijo Max con un asomo de pánico en la voz.

«Lo sé», dijo Deborah. «Está en camino.»

Max suspiró y preguntó a Zabbatini en un susurro: «¿Funcionará el sortilegio amoroso también sin papá?»

Zabbatini chupaba de su paja, «Esto», se indignó, «es 7Up. Yo quería Coca-Cola. ¿Por qué en la vida nada es como debería ser?» Luego se volvió hacia Max: «El sortilegio solo funciona si están los dos.»

«¡Pero él no está!», dijo Max chillando.

«No te preocupes», dijo Zabbatini con magnanimidad. «Yo empiezo sin más con mi espectáculo. Dejo pasar el tiempo, y cuando llegue tu padre, hacemos la magia del amor eterno.»

A Max le pareció un buen plan. «Okay», dijo.

Zabbatini sorbió una última vez por su pajita, luego se colocó bien el turbante y se levantó. Alzó las manos y miró imperiosamente alrededor.

«Queridos niños», clamó. Al decir estas palabra se operó una transformación en él. Su voz sonaba segura y profunda. Ya no era un anciano provento: era el Gran Zabbatini. El estruendo cesó poco a poco y todas las miradas se dirigieron a él.

Estaba en pie, entre las sillas y las mesas, con su túnica blanca femenina y el turbante plateado en la cabeza. En otras circunstancias lo habrían tomado por loco. Ahora, sin embargo, parecía un profeta del Antiguo Testamento.

Zabbatini avanzó solemnemente por la sala en dirección al escenario que ahora estaba iluminado por focos multicolores. Sus brazos seguían levantados, las palmas de las manos vueltas hacia arriba. Ante él, se iba

abriendo en dos el mar de los niños. Respetuosamente se apartaban para dejarle pasar.

Con un quejido subió al escenario y se volvió hacia el público. «Lo que vais a ver ahora», dijo Zabbatini, «no es magia.»

Este anuncio levantó entre los niños un murmullo confuso y preocupado. Se miraron unos a otros. ¿Que no era magia? ¿Qué estaba diciendo?

Zabbatini sonrió apaciguándolos. «No hay arte mágica», explicó. «Solo hay la magia que lleváis en lo hondo del corazón. Lo que voy a enseñaros es el arte del mentalismo. La fuerza que habita en vuestros pensamientos.»

Los niños escuchaban fascinados. Sus palabras parecían tener buena acogida.

«La fuerza de vuestros pensamientos», continuó Zabbatini, «no tiene que ver con hechicerías ni fórmulas mágicas. Todos vosotros sabéis pensar. Y deberíais hacerlo.»

Algunos niños –sobre todo los empollones de la clase 4A aplaudieron. Zabbatini pensó en la primera vez que fue al circo, en Praga. Cuando ahora contemplaba los rostros infantiles de sus espectadores recordaba por qué había elegido ese camino: le gustaba ver en sus ojos la feliz estupefacción que él sintiera tantos años atrás.

Llevó a cabo un movimiento de brazo que, como él sabía, daba una impresión de misterio, un ademán breve y rápido que producía en su público el efecto deseado. Ya muy al comienzo de su carrera había aprendido que una parte esencial del espectáculo consistía en menear suave y persuasivamente los brazos.

Luego empezó. Lo admitía, la actuación empezó con cierta languidez. Zabbatini estaba oxidado, se fue calentando poco a poco. Hizo pensar a una niña en una hortaliza, «una cualquiera, da igual», ofreció diversos trucos de naipes y entremedias murmuraba palabras profundas para sí mismo. El público, sin embargo, aceptó con benevolencia el espectáculo más bien mediocre. Así pasaron unos veinte minutos.

Entonces se abrió la puerta vidriera de la entrada y algunos clientes entraron en Mickey's Pizza Palace. Max miró nervioso hacia atrás. Eran su padre y su abuela. Estaba infinitamente aliviado. Max se volvió de nuevo al escenario y reflexionó cómo podía dar a entender a Zabbatini que acababa de llegar la segunda víctima.

«¡Está aquí!», susurró Max, haciendo exageradas muecas y señalando en

dirección a su padre.

Zabbatini asintió y parpadeó de modo apenas perceptible.

Papá y la abuela corrieron hacia Max y le abrazaron.

«¡Siéntate!», dijo Max entre dientes a su padre.

«Pequeño», dijo la abuela en voz demasiado alta. «Muchísimas felicidades.»

«¡Chsss!», susurró Max.

Los dos tomaron asiento ruidosamente. Zabbatini echó una mirada inclemente a los recién llegados. La abuela clavó la mirada en el brazo desfigurado de Zabbatini. Algo en él parecía suscitar su interés.

«Para el truco siguiente», dijo Zabbatini, «necesito a dos voluntarios del público: ¡usted!» Señalaba a Harry.

Harry suspiró, pero Max le dirigió una mirada de súplica. Así que Harry se levantó, subió al escenario y se puso obedientemente a la izquierda, junto al ratón gigante.

«¿Cómo se llama usted, joven?», preguntó Zabbatini.

«Harry Cohn», dijo Harry Cohn.

Ahora Zabbatini pidió al padre de Max algún objeto personal.

«¿Cómo?», dijo Harry.

«Algún objeto que lleve con usted, por favor.», dijo Zabbatini tendiendo la mano a la espera. «Cualquier cosa, da igual. Solamente ha de ser de corazón.»

Harry exploró sus bolsillos. «¿Vale también un móvil?», preguntó.

Zabbatini asintió con aire de condescendencia aunque él habría deseado algo más romántico. Las primeras veces que llevó a cabo ese truco en Berlín, los objetos que le daban eran un poco más bonitos. En aquel entonces, la gente poseía aún relojes de bolsillo con declaraciones de amor que después podían leerse en público, o llevaban gemelos de camisa y alfileres de corbata con monogramas o tenían en los bolsillos pañuelos laboriosamente bordados. El mundo era entonces más personal. ¿Y hoy? Hoy cada cual tenía el mismo móvil de la misma marca y se consideraba un individualista.

De visible mala gana Harry dio su móvil al mago.

Zabbatini lo alzó en el aire. «Miren ustedes bien este objeto», dijo al público. «Después volveremos a encontrarnos con él.» Con estas palabras metió el móvil en una cajita de madera.

Luego Zabbatini miró alrededor buscando el segundo voluntario. La

mayoría de los amigos de Max levantaron las manos. Myriam Hyung hasta daba saltitos en el asiento como en el colegio cuando sabía la respuesta correcta: demasiadas veces, a juicio de Max.

Zabbatini se tomó tiempo sin prestar atención a las miradas implorantes de los niños. Luego señaló a Deborah, que estaba al fondo de la sala tecleando un SMS.

«¡Usted!», dijo Zabbatini con voz cortante.

Deborah dio un respingo. Y encima esto, pensó. El maldito conjuro amoroso. Ahora saldría todo a la luz. Tenía miedo de desilusionar otra vez a Max. Pero no le quedó otro remedio que seguir el juego.

«¡Sí, usted!», la increpó Zabbatini. «Venga aquí. Ha sido elegida por el destino.»

Deborah metió el móvil en su bolso, que estaba sobre una silla, y caminó sin ganas al escenario. Se situó lo más lejos posible de su futuro exmarido.

«¿Cómo se llama usted, joven?», murmuró Zabbatini.

«Usted sabe muy bien cómo me llamo», le dijo apretando los dientes.

«Sí», replicó Zabbatini. «¿Pero podría decírselo también a nuestro estimado público?»

«Ellos me conocen. Soy la madre de Max. Deborah Cohn. ¿Es necesario?»

«Es necesario», dijo con seriedad Zabbatini. «Es importante decir las cosas por su nombre.»

«Yo no soy una cosa», masculló Deborah.

«No», dijo Zabbatini. «Usted es la divina Deborah.»

«¿Cuánto va a durar esto?», exclamó la abuela ya con los nervios alterados.

«Durará lo que tenga que durar.» Zabbatini parecía ahora un poco irritado. Nunca le había gustado que los espectadores se entrometieran.

«¡Dese prisa!», apremió la abuela. «No quiero estar aquí todo el día.»

«Tranquilícese, señora», murmuró Zabbatini rechinando los dientes.

«¿Cómo se llama usted?», preguntó la abuela.

«Eso no importa», dijo Zabbatini con un gesto brusco.

«¿Ah no? Cuando me ha preguntado mi nombre, sí era importante», observó Deborah con sarcasmo.

«Sí», dijo Zabbatini con un tono como si explicara la tabla de multiplicar a un discapacitado mental. «Su nombre es importante; al fin y al cabo, este embrujo gira en torno a *usted*.»

Hizo de nuevo un suave movimiento de mano y de pronto tenía en la mano una cerilla encendida. Los niños cuchichearon con entusiasmo. Algunos aplaudieron. Zabbatini encendió con la cerilla la vela que había al borde del escenario.

«Queridos niños, en nuestra vida hay momentos que nunca olvidaremos. Momentos que se graban en nuestra memoria. Momentos que nos hacen cambiar para siempre.»

Entre los espectadores aumentó la tensión.

«Ahora viene el embrujo del amor eterno.» Levantó los brazos. «¡El amooor eteeerno!»

Max se incorporó, tieso como una vela, en el asiento. En el disco nunca pudo pasar de ahí. ¡Santo Dios! ¡Ahora empezaba!

Contuvo la respiración.

«¿Qué es eso..., el amor?», preguntó Zabbatini, y dirigió una mirada penetrante al público. Nadie se movía. Nadie respondía. Estos tontos, pensó Zabbatini. Un problema de la magia era que con ella se perdía por completo el respeto a la gente. Era tan fácil de manipular. Nadie sentía el desencanto del mundo de un modo tan inmediato como un encantador. Zabbatini esperó un segundo más, luego dijo: «Todos conocemos la respuesta. El amor es cuando se percibe cada pensamiento del otro. Cuando se sabe qué secretos esconde su corazón.» Zabbatini levantó de nuevo los brazos. «Amor es cuando se conoce el alma del otro mejor que la propia. El amor no es una ilusión. Es lo más verdadero del mundo. Es la razón por la que vale la pena vivir.» Ahora abrió las manos. «Nosotros no podemos crearlo. Es o no es. Solo podemos sentirlo. Podemos hacerlo visible. Si entre ustedes», señaló con la mano izquierda a Deborah y con la derecha a Harry, «sigue habiendo una especie de amor, lo sabremos enseguida.»

Se acercó a Deborah. «Permítame», dijo sacando un collar de plata de su brazo. Con un amplio gesto se lo colocó a Deborah en torno al cuello. De la cadena colgaba un candado pequeño y sencillo. Deborah lo miró perpleja.

Max se mordía las uñas. Sus nervios estaban a punto de estallar.

Zabbatini cogió un estuche de madera de la parte posterior del escenario y lo abrió ante el público. En él había docenas de llaves de idéntica apariencia. Brillaban a la luz de los focos.

«¿Encontrará el caballero la llave del corazón de la dama?», preguntó Zabbatini con acento misterioso. «Ha de ser la correcta.»

Metió la mano en el estuche. Sacó tres llaves y probó una después de otra en el candado. Ninguna era la adecuada.

«Así que, lamentablemente, no tengo la llave capaz de abrir su dulce corazón», dijo Zabbatini con un guiño a Deborah, que le dirigió una adusta mirada. Luego se acercó con el estuche a Harry. «¡Elija usted una!»

Harry miraba penosamente al suelo, luego metió la mano en el estuche y, después de revolver en él casi interminablemente, sacó una llave.

«Muy bien», murmuró Zabbatini. Le irritaba que Harry hubiera necesitado tanto tiempo para decidirse. Casi como si el tipo ese hubiera querido quitarle el protagonismo. Eso ocurría a veces entre los voluntarios que subían al escenario. Apenas estaban iluminados por los focos, se convertían en apasionados artistas. Y luego, muchos de ellos creían que podían engañarle. Como si importara algo qué llave o qué naipe sacaban. Al fin y al cabo, Zabbatini había preparado minuciosamente hasta el último detalle cada uno de sus trucos. No había lugar a errores. Y menos aún para esos listillos que creían poder sacarle los colores ante la gente. «Deme la llave, por favor, para que pueda enseñársela al público.»

Harry entregó la llave a Zabbatini, que la cogió con ambas manos y luego la levantó en el aire con la derecha como un árbitro que enseña la tarjeta roja. Con mirada severa caminó en una y otra dirección por el borde del escenario, antes de dirigirse de nuevo a Harry y devolverle la llave.

«No la pierda», dijo Zabbatini. «Ya ha perdido usted mucho.»

«Quién ha ido a hablar», replicó Harry metiéndose la llave en el bolsillo de la chaqueta. «¡Pero dormir en mi sofá cama sí que sabe!»

«Un momento, el sofá aún es mío», intervino Deborah. «Fui yo quien lo compró entonces, en Ikea...»

Zabbatini dio una fuerte palmada. «¡Silencio!», gritó. «¿Cómo va a funcionar el amor eterno si ustedes se pelean?»

Harry puso los ojos en blanco, furioso.

Zabbatini se dirigió entonces de nuevo a Deborah. «Quisiera ahora que piense usted en alguna ciudad», dijo. «Debe ser una ciudad que tenga algún significado especial para usted. Una ciudad para los grandes sentimientos.»

«De acuerdo», dijo Deborah, alegre de pronto. «Es P...»

«¡Guarda silencio, mortal!», vociferó Zabbatini de pronto, apartándose de ella. «¡Ni una palabra más! ¡No diga nada!»

Deborah cerró la boca, desconcertada.

«Buen truco», comentó Harry con admiración. «Yo nunca he podido hacerla callar.»

«¡Silencio!», vociferó Zabbatini de nuevo. Poco a poco, se estaba hartando. Había actuado en innumerables cumpleaños infantiles, pero nadie se había comportado de modo tan infantil como esos dos. «¿Está usted preparada?», preguntó a Deborah.

«Ah, ¿se me permite hablar ahora otra vez?», dijo ella.

«Si no hay más remedio», dijo Zabbatini. «Pero no me revele para nada el nombre de la ciudad.» Le ofreció un bloc y un bolígrafo. «Escríbalo. En letras grandes, por favor, para que todos vean lo que pone.»

Deborah tomó el bolígrafo y escribió algo en el bloc. Como esperaban de ella y siguiendo la consigna de «letras grandes», marcó con fuerza las letras en el papel. Cuando hubo terminado, miró a Zabbatini.

Este se llevó una mano a la frente y miró concentrado hacia arriba. Los ojos se movían en las órbitas. La voz era temblorosa. «Arranque ahora la hoja y muéstrela a los espectadores. Pero no a mí, por favor; y a él tampoco», dijo echando una ojeada a Harry, que, a su lado, se apoyaba alternativamente en uno y otro pie.

Deborah arrancó la hoja y la puso en alto. Max leyó bien las palabras. En la hoja ponía: «París.»

Max sabía que sus padres habían pasado allí su luna de miel. Fue en pleno verano, en un hotel antiguo y «romántico», sin aire acondicionado. Recorrían sudorosos a pie la enorme ciudad, corriendo de un museo a otro, y comían discretamente mal en sórdidos bistrós. Allí se pelearon de verdad por primera vez. ¡Ay, París!

«¿Lo habéis visto todos?», preguntó Zabbatini al público.

«¡Sí!», gritaron los niños. Había excitados cuchicheos. Max sentía cómo le palpitaba el corazón. No podía apartar la mirada del mago. Así se sentían todos los que estaban allí. Zabbatini ya no era un hombre viejo y caduco, era un mago, un sumo sacerdote, un descendiente de los medos.

«¿Me puede dar el bloc? Quédese con la hoja, por favor.» Zabbatini tomó el bloc de las manos de Deborah y le echó una discreta mirada mientras lo ponía a un lado. Luego fue a una caja pequeña, como un fichero, y la abrió. En ella había muchas postales, ordenadas alfabéticamente por ciudades. Con un estudiado gesto, sacó Zabbatini tres tarjetas y las mostró por el dorso al público. Había en ellas grandes números: del uno al tres.

A continuación, Zabbatini puso las postales, con la imagen hacia abajo, sobre la mesita.

Fijó la mirada en Harry. Dejó pasar unos segundos, porque sabía muy bien que el mayor potencial dramático estaba en la quietud y el silencio.

Luego dijo con voz patética: «Me gustaría que eligiera una de estas tres postales.»

Harry asintió y señaló la del número dos.

Ajá. Habría podido imaginárselo. Normalmente la gente elegía el número uno. Un uno tiene un efecto más mágico que un dos. Los doses eran banales. Pero Harry, no, nada de eso. Ese se complacía en el papel del no conformista. *Schmock*, pensó Zabbatini. Pero no dejó que se le notara. Y además daba igual. Porque él sabía lo que había en la otra cara de las postales.

«El dos», dijo en voz alta. «Muy bien. Coja la postal, dele la vuelta y enséñesela al respetable público.»

Harry hizo lo que le pedían. Al ver la foto en el anverso de la postal, la respiración se le aceleró un momento. Deborah le miró intranquila. La mano le temblaba ligeramente cuando dio la vuelta a la postal y la alzó en el aire.

Los espectadores vieron entonces una foto de la Torre Eiffel y la palabra «París».

Los niños se quedaron sin respiración. Luego un aplauso atronador. Max era quien aplaudía más fuerte. Pero también los adultos estaban sorprendidos, sobre todo Deborah. Parecía literalmente trastornada.

«Yo quiero saber cómo se llama ese mago», se oyó decir a la abuela.

Zabbatini ignoró la interrupción e hizo una ligera reverencia. Luego pareció caer en la cuenta de algo. «Pero el amor va en ambas direcciones.» Asentía como para sí mismo. «Porque si Deborah le ama a usted, si le ama sinceramente», ahora se volvió de nuevo hacia Harry, «también sabe leer sus pensamientos, adivinar incluso las huellas de su más íntima sustancia. Su *glm*.»

«¿Su qué?», preguntó Deborah con desconfianza. Solo esperaba que un *glm* no fuera algo indecente.

«Tus ojos vieron cómo surgía yo», dijo Zabbatini. «En tu libro estaba ya todo consignado; mis días ya estaban formados cuando aún no existía ninguno de ellos.»

Eso causaba impresión. Los niños aplaudieron. Solo Deborah miró a Harry confusa y sombría, con un gesto forzado. Max en cambio estaba radiante.

Zabbatini condujo entonces a Deborah a la mesita auxiliar que estaba en el centro del escenario. Ahora ella estaba justo enfrente de Harry. Solo medio metro separaba a ambos. Se notaba la tensión que había entre ellos. Zabbatini apartó las tarjetas postales y colocó sobre la mesa tres estuches de madera iguales, pero que llevaban también los números del uno al tres. Los dos primeros estuches estaban vacíos. En el tercero se encontraba el móvil de Harry.

«Uno de estos tres estuches esconde un objeto que es propiedad personal de este hombre». Zabbatini señaló a Harry. «Elija usted uno», dijo con voz firme.

Deborah señaló el estuche número uno.

«¡Muy bien!», exclamó Zabbatini aplaudiendo con entusiasmo. «Así que esta queda eliminada.» Abrió la cajita y mostró al público que estaba vacía. «Solo quedan dos.»

Deborah asintió perpleja, y Zabbatini apartó la cajita ya descartada, de forma que solo quedaban sobre la mesa los números dos y tres. Ahora, las posibilidades eran de un cincuenta por ciento.

Deborah apuntó al número dos.

Zabbatini abrió el estuche vacío, lo alzó un momento y lo apartó. Ya no tenía que decir nada, el público entendía así. Solo quedaba el número tres.

Deborah y Zabbatini miraron ambos fijamente al tres.

Con voz profunda dijo el mago: «De modo que este es su estuche.»

Deborah no se movió. Estaba nerviosa.

«¡Abra el estuche!», gritó ahora Zabbatini.

Deborah se estremeció y abrió torpemente el estuche. Con manos temblorosas sacó el móvil de Harry y lo enseñó a los niños.

Otro entusiástico aplauso. A Max le dolían las manos de tanto aplaudir. Estaba fuera de sí.

Pero aún no era el final, ni mucho menos. Zabbatini sacó de la manga un paquetito de cartas del tarot. De tal manera que parecía haber salido del aire. Los niños cuchicheaban entusiasmados. Había comprado el paquete muchos años atrás en Brooklyn, los dibujos eran de estilo art nouveau. Mostró al público diversas cartas –demonio, sol, bufón, muerte, rueda de la fortuna, etcétera, y después las apiló sobre la mesa con la cara dibujada hacia abajo.

Zabbatini se enzarzó en un monólogo sobre la fuerza mágica de las cartas del tarot. Antiquísima sabiduría, presentimiento del futuro, mirada en el

corazón de los hombres, y bla bla bla. Mientras hablaba daba vueltas en torno a la mesita auxiliar y colocaba una y otra vez la mano sobre las cartas. Su monólogo fue un poco largo pero muy efectivo.

«Quiero que ustedes saquen los dos juntos una carta», dijo Zabbatini a Deborah y Harry, y, en sus manos, abrió la pila en abanico. «Esa carta nos revelará si se quieren.» Luego añadió amenazadoramente: «O no.»

Deborah y Harry se miraron nerviosos.

«Al mismo tiempo, por favor», dijo Zabbatini. «Los dos juntos.»

Deborah agarró una de las cartas, Harry hizo el mismo gesto y agarró la carta por el otro extremo.

«¡Den la vuelta a la carta!», ordenó Zabbatini. «¡Y pónganla en alto!»

Levantaron juntos la carta y pusieron a la vista una escena que mostraba a dos amantes en íntimo abrazo.

Las dos figuras de la carta estaban desnudas. No podían reconocerse sus partes pudendas, el espectáculo era al fin y al cabo apto para menores. Pero la mujer del dibujo tenía una gran pechera, eso había sido determinante para Zabbatini cuando la compró.

«¡Los amantes!», exclamó Zabbatini.

El público estaba delirante. De tan conmovido, Max luchaba por contener las lágrimas.

Pero Zabbatini levantó las manos para que volviera la calma. «Falta aún una cosa», dijo en voz muy alta. «¡La llave!» Ahora se dirigió con pasos medidos a Harry. «¿La tiene usted todavía?»

Harry asintió. Zabbatini le miraba sombríamente. Harry sacó torpemente la llave del bolsillo y al hacerlo se le cayó al suelo.

Max dio un salto y gritó.

«¡No pasa nada!», exclamó Harry calmándole. Su hijo respiraba con dificultad y le dirigió una mirada de reproche. Harry se puso de rodillas y tanteó el suelo del escenario hasta que por fin encontró la llave. Triunfante la levantó. Luego se dirigió a Deborah, que estaba inmóvil como una estatua de sal.

Su mano se acercó a la cadena que llevaba al cuello.

«¿Y bien? ¿Entra en la cerradura?», preguntó Zabbatini.

«Un momento...», susurró Harry asiendo cuidadosamente el candado. Metió la llave y la giró. La cerradura dio un leve chasquido.

Luego se abrió.

«¡El amoorr eteernoo!», retumbó la voz de Zabbatini, que subía y bajaba patéticamente los brazos.

Max daba saltos de alegría en el asiento. Muchos niños tampoco podían quedarse ya quietos en las sillas.

«Estas dos personas», continuó Zabbatini, «están hechas la una para la otra. Sus almas están unidas entre sí para siempre aunque las dificultades de la vida lleguen a separarlas. Su amor, sin embargo, nunca se extinguirá. ¡Se pertenecen mutuamente desde el principio de los tiempos!»

Para poner el punto final, sacó de prisa una rosa roja de su manga y se la entregó a Harry. Este se la dio a Deborah, que ahora parecía también muy emocionada.

Max apenas podía comprenderlo. ¡Había funcionado, había funcionado de verdad! Daba saltos y seguía aplaudiendo. Zabbatini hizo una reverencia.

De pronto, Max oyó a sus espaldas una tos impaciente.

«¿Cómo se llama usted?», preguntó la abuela en tono adusto. «Quiero saberlo de una vez.» No estaba acostumbrada a que pasaran por alto sus deseos.

Zabbatini suspiró y dijo: «Soy el Gran Zabbatini.»

«¡Memeces!», exclamó la abuela. «Me refiero a su nombre auténtico.»

Zabbatini sonrió con indiferencia. No tenía la intención de decírselo. En el escenario él era el Gran Zabbatini y nadie más. Se inclinó y abrió los brazos. Luego dijo en voz alta: «*Istgahe Ghatar Kojast!*»

De pronto sonó un grito muy fuerte, luego un estrépito. Todas las cabezas se volvieron hacia la abuela. Había saltado del asiento y derribado su silla.

Rosl Cohn estaba blanca como la pared. Respiraba con dificultad, jadeaba, su boca se abría y se cerraba. Extendió la mano y señaló al viejo mago. «¿Dónde está la estación?», gritó.

Zabbatini se quedó petrificado y la miró parpadeando.

«¡Eres tú!», dijo ella. «¡Eres tú!»

Zabbatini parpadeó aún varias veces desconcertado. Por lo demás, no se movía.

«¡Goldenhirsch!», exclamó la abuela. «¡Eres Mosche Goldenhirsch!»

Se acercó despacio a él para verle mejor. Max, estupefacto, miraba alternativamente a su abuela y a Zabbatini. No entendía nada de lo que ocurría.

«¡Eres tú!», volvía a gritar la abuela. «¿Cómo es posible?» Ya estaba al

borde del escenario y temblaba de excitación. «¡Soy yo! La niña del tren.»

Del rostro de Zabbatini desapareció el color. Se llevó las manos al pecho, a la altura del corazón, y respiró ansiosamente. Luego cayó al suelo.

Max salió disparado de su silla y corrió al escenario. Mamá y papá estaban como tocados por el rayo.

«¡Ayudadme!», jadeaba Zabbatini. Los ojos se le salían de las órbitas y las manos se aferraban a la tela blanca de su túnica como las patas de un pájaro que se agarra a su rama.

«¡Me muero!», dijo. «¡Qué dolor! ¡Me muero!»

La abuela ya estaba en el escenario arrodillada junto a él. Los padres de Max despertaron de pronto de su estupefacción. Deborah señaló su bolso de mano, abajo, en la silla de la sala, y gritó: «¡Mi móvil! ¡Llamad a una ambulancia!»

Harry sacó su propio móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó tres números.

Cuando Max llegó junto a Zabbatini, el rostro de este estaba desfigurado por una pálida mueca de dolor. Los ojos tenían un cerco de sangre. El mago asió la mano de Max.

«Cógeme la mano», susurró. «Tengo miedo.»

El viejo sentía que había llegado su hora. El telón caería para siempre.

«La ambulancia llegará enseguida», dijo papá.

La abuela tenía en su regazo la otra mano de Zabbatini. Este, como pudo, volvió la cabeza hacia ella.

«Rosl. Eres tú», dijo.

La abuela, de pronto, apenas podía contener las lágrimas. Miró al anciano y asintió.

«Un milagro...», susurró Zabbatini.

Luego se estremeció y soltó un grito de dolor. Sus dedos soltaron la mano de Max y cayeron al suelo. Max notó que le invadía el pánico.

A la izquierda del cuerpo inmóvil de Zabbatini seguía saludando el enorme ratón.

31. LA DESPEDIDA DE SHEREZADE

Terezín, en alemán Theresienstadt, pasaba por ser la «ciudad de los judíos». Era el más hermoso campo de concentración que ofrecían los alemanes. Las paredes y las barracas estaban recién pintadas, debido a que la Cruz Roja había hecho una visita al campo hacía no demasiado tiempo para convencerse de que el Tercer Reich también sabía tratar decorosamente a los judíos. Pero una vez que los visitantes extranjeros se marcharon satisfechos, el cuadro que apareció era menos agradable.

Zablatini llegó allí tras un largo y fatigoso viaje en tren y, en realidad, solo quería que le dejaran en paz. El campo estaba en el terreno de una antigua plaza militar, muy cerca de Praga, su ciudad natal. Mosche y los centenares de personas que habían llegado en ese tren, estaban de pie, intranquilos, en medio de la llovizna.

A primera vista aquel lugar no tenía tan mal aspecto. Las fachadas estaban bien cuidadas, los moradores no demasiado flacos, y nada apuntaba a que allí se empleara la violencia, al menos, todavía no.

«A lo mejor no es tan horrible», susurró junto a la rampa uno de los recién llegados.

«A lo mejor», dijo Mosche, pero él no se lo acababa de creer. Le bastaba con mirar su brazo izquierdo para convencerse de cuáles eran las intenciones de los nazis. La esperanza era peligrosa, una ilusión, no muy distinta de las ilusiones con las que Mosche había ganado hasta hacía poco su pan de cada día. Una tabla de salvación a la que se agarraban los hombres y que los dejaba pensar hasta que exhalaban el último suspiro: a lo mejor no es tan horrible.

Sin embargo, para sorpresa de Mosche, Theresienstadt le reservaba una cálida acogida. Mientras él y los otros de su «unidad» esperaban junto a la rampa a que los «despacharan», un hombre alto y apuesto, con un uniforme recién planchado, se dirigió a la explanada. El hombre intercambió unos susurros con otros uniformados, luego se dirigió a Mosche con una amplia sonrisa y con la mano tendida para saludar.

«Quién iba a decirlo, el Gran Zablatini», dijo el oficial, visiblemente

contento. «Es para mí un honor conocerle por fin personalmente.»

Mosche, profesional hasta el final, insinuó una reverencia y dijo: «El honor es mío, señor comandante.»

El oficial dio un codazo en las costillas a su acompañante: «¿Qué te dije? El hombre es un adivino.»

El otro asintió y se frotó el costado.

Luego el oficial se dirigió de nuevo a Mosche y dijo: «¿Cómo ha sabido que soy el comandante?»

Mosche no lo sabía, solo se lo había imaginado fijándose en la seguridad en sí mismo con que actuaba el hombre. Y aunque se hubiera equivocado: sabía por experiencia que a los nazis les encantaba el tratamiento de «comandante».

Mosche se encogió de hombros y sonrió. «Perdone», dijo, «pero incluso a mí se me ocultan mis más íntimos pensamientos.»

Y sin embargo sus más íntimos pensamientos eran relativamente simples: casi se cagaba de miedo. Pero ese día el comandante, Siegfried Seidl, se sentía generoso. Cogió del brazo a Mosche y lo llevó a través del campo. Cuanto más amable y civilizado quería parecer, tanto más nervioso se ponía Mosche. Ya había comprobado que ante hombres sonrientes en uniforme, era mejor estar en guardia. Pero él era un hombre de feria, estaba al cabo de la calle tras centenares de actuaciones y sabía ocultar al público sus sentimientos. Además, no podía ser una desventaja dar coba al jefe del campo. Al parecer Seidl estuvo una vez en una representación de Zabbatini en el Wintergarten y se quedó impresionado. Había seguido de cerca y con gran atención la carrera del mago, porque él era un apasionado amateur en ese mismo terreno. Cuando se enteró de que Zabbatini en realidad era judío y había de ser deportado a Theresienstadt, a su propio reino, se alegró muchísimo. Llamó al cuartel general de la Gestapo y exigió que le enviaran a ese extraordinario artista, junto con sus pertrechos.

Ahora le tocaba a él causar impresión a su ídolo.

Seidl estaba tan orgulloso de su campo como un niño de su juguete nuevo. Empezó desde los orígenes y le contó un poco a Mosche la historia de aquel lugar. En 1780, Terezín había sido construida por el emperador José II como fortaleza autárquica que funcionaba como una pequeña ciudad. Seidl llamó la atención a Mosche sobre el cuartel de Magdeburgo, donde se reunía el «consejo judío». Le enseñó el patio interior, las barracas y, como advertencia

no demasiado sutil, las denominadas «cámaras de los muertos», en las catacumbas de la fortaleza, donde «los pocos desafortunados muertos de tifus» estaban enterrados en fosas comunes. Treinta y cinco por fosa.

En uno de los túneles subterráneos vio Mosche a enflaquecidos habitantes del campo que empujaban un carro de mano lleno de cadáveres hacia una fosa abierta. Otros prisioneros empezaron a descargar el carro y arrojaron los pálidos y huesudos cuerpos al negro hoyo. En la tosca pared de piedra al lado de la fosa había un rabino que, en pie, se balanceaba mecánicamente hacia delante y hacia detrás. Sus labios formulaban un tembloroso kadish.

A Mosche se le aflojaron las rodillas y se le hizo un nudo en el estómago. Recordó las largas noches pasadas en el depósito de cadáveres de Hannover. Respiraba con dificultad y cada vez que respiraba penetraba más y más en su cuerpo, como un gas, el bien conocido y odiado olor dulzón a putrefacción. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Los cadáveres le parecían marionetas a las que habían cortado los hilos. Sus miembros formaban grotescos ángulos con los cuerpos. Eso tiene que doler, pensó Mosche. Pero no les dolía, ellos estaban más allá del dolor. Mosche se llenó de asombro. Y de vergüenza. La muerte de cada uno de esos seres le avergonzaba. Le avergonzaba estar vivo, le avergonzaba la caducidad y la irreparable pérdida de todo lo que habían sido y habrían podido llegar a ser cada una de esas personas. ¿Quiénes eran? ¿Quiénes habrían sido si él se hubiera tropezado con ellas en la calle? Tuvo un arrebató de furia contra los ladrones que habían robado su futuro a aquellas personas.

Seidl le echó entonces paternalmente el brazo por los hombros y le llevó lejos de la fosa. «¿Quizá», dijo, «podría usted enseñarme alguno de sus trucos?»

Mosche se forzó a inclinar afirmativamente la cabeza y replicó: «Sería para mí un placer, señor comandante.»

Seidl se complacía en el papel de protector de las artes. La mayor parte de quienes iban a Theresienstadt eran hombres de letras, artistas y músicos. También había entre ellos algún que otro poeta. Se los animaba a llevar una vida creativa. Había en el campo pequeños parques, zonas verdes, macizos de flores y salas de conciertos; todo ello tenía un solo objeto, a saber, negar lo evidente: que Theresienstadt era una estación de paso en el viaje a la muerte.

Más pronto o más tarde, la mayor parte de los miembros de la intelectualidad allí reunida era enviada a los campos de exterminio. Allí no había parques ni salas de concierto, allí enseñaba el régimen su verdadero rostro. Mosche había oído rumores al respecto en Berlín, pero como tantos otros había cerrado los ojos y no quiso creerlo. Esa verdad era demasiado amarga y no podía, no debía ser cierta.

Durante los siguientes días, Mosche conoció el día a día del campo. Pese a los macizos de flores y los conciertos, era poco placentero. No digno de un hombre de su fama. La sopa –si se le podía dar ese nombre– le producía diarrea. Las noches en las barracas eran un horror. Mosche detestaba dormir en presencia de extraños. Tosían y resollaban, se quejaban, sufrían, cuchicheaban, se rascaban y hasta rezaban. Y el miedo, ese miedo constante. Apenas cerraba los ojos.

Aproximadamente una semana después de su llegada, justo cuando Mosche hacía cola para recibir un cucharón de sopa, ocurrió un milagro.

En la cola delante de Mosche esperaba un viejo, flaco como casi todos los de allí. Parecía frágil y caminaba inclinado, como si llevara la carga de muchos años y muchas injusticias. Su barba era blanca como la nieve. Mosche le miró fijamente. ¿Era él de verdad?

«¿Papá?», dijo Mosche vacilante.

El hombre no tuvo ninguna reacción. ¿Se habría equivocado?

«Papá», dijo Mosche un poco más fuerte. «¿No me reconoces?»

El viejo se dio despacio media vuelta. Y cuando el reconocimiento iluminó su rostro cansado y gris, Mosche sintió que los ojos se le llenaban de ardientes lágrimas.

Estrechó en sus brazos a su padre.

Laibl Goldenhirsch contó que un día los nazis derribaron su puerta y lo arrastraron fuera de su casa. Mosche preguntó qué había sido del cerrajero. Se había ahorcado, le contó su padre, y todas sus cerraduras ya no servían para nada. Al amigo de Laibl, al doctor Ginsky, ardiente admirador de Hitler, le habían obligado a llevar en su ropa un triángulo color de rosa que fue su perdición. Un grupo de hombres de las SS le había maltratado en plena calle y al final lo pisotearon hasta matarlo.

Cuando Laibl contó esto, empezó a llorar.

Por mi madre no lloró, pensó Mosche con amargura. Pero sí por su médico.

Laibl asió con ambas manos el martirizado brazo izquierdo de Mosche y dijo: «Lo siento tanto...»

A veces, el comandante del campo hacía ir al mago a su despacho lujosamente amueblado. Le ofrecía coñac, hablaban sobre el arte de la magia, y Zabbatini daba algunas muestras de su talento. Una vez hizo desaparecer las insignias del Partido que tenía Seidl, un pequeño pero atrevido acto de insubordinación. Pero Seidl solo se echó a reír y aplaudió entusiasmado como un colegial. Mosche empezó a enseñarle algunos trucos sencillos. Lo hacía teniendo cuidado de no explicarle demasiado de una vez, porque pronto vio con claridad que su supervivencia dependía de hasta qué punto entretenía él a Seidl. Era Sherezade, la princesa persa de *Las mil y una noches*. Y Seidl era el rey malo que cada noche se casaba con otra mujer solo para matarla al amanecer. A excepción de Sherezade, claro, que seguía con vida en la medida en que entretenía al rey con sus cuentos.

Y así fue como en el despacho de Seidl, en Theresienstadt, el Gran Zabbatini utilizó todo el saber adquirido con el Hombre de la Media Luna como moneda de cambio para su supervivencia. Enseñó al comandante todo lo que sabía: la transformación, la producción, la desaparición, la teletransportación y el mentalismo. Presentó trucos, rió chistes estúpidos y recibió a cambio una y otra vez varios días más de vida en la tierra creada por Dios. Unos días con su padre.

Pasaron las semanas. Semanas frías, duras, tristes. Un día Laibl enfermó de tifus, como tantos otros. Mosche se ocupó todo lo que pudo de su padre. En presencia de la muerte, padre e hijo se esforzaron por recuperar el tiempo perdido.

Como antes a Rifka, a Laibl le fue concedida la gracia de morir en los brazos de su hijo, pero su muerte no fue ni sencilla ni exenta de dolores. Fue de noche, en la barraca. Mosche sostenía el cuerpo ardiente de su padre.

Laibl temblaba. «Mosche», dijo. «Duele mucho.»

Mosche le puso un dedo en los labios y dijo «¡Chsss!», como si hablara con un niño.

«Tengo miedo», exclamó Laibl.

«No hay nada a lo que debas temer», replicó Mosche.

«¿Dónde está Rifka?»

Mosche guardó silencio un momento, luego dijo: «Está en casa. Te espera.»

Vio que su padre lloraba, y se preguntó si las lágrimas eran por ella o por su hijo o por él mismo, por todos los años perdidos.

«¿Cuándo podré verla?», preguntó Laibl en el delirio febril.

«Pronto», dijo Mosche. «Muy pronto. A lo mejor mañana mismo.»

Para Laibl ya no hubo un mañana. A la salida del sol, Mosche llevó a su padre a las cámaras mortuorias y vio cómo el cuerpo del hombre que lo había criado caía en el negro hoyo.

Era huérfano.

Las clases de magia con Seidl continuaron, Mosche iba obteniendo así días de vida. Su alumno no tenía grandes dotes, pero poco a poco iba progresando. A Mosche Seidl le recordaba un niño que sonreía, reía y aplaudía y que tomaba lo evidente por una revelación, pero que de pronto también podía perder el interés y se irritaba cuando algo le salía mal. El Gran Zabbatini era un maestro paciente y sereno. Se había desacostumbrado a sentir emociones de ningún tipo, allí no podía permitirse lujos de ninguna clase. No era feliz ni infeliz. Simplemente era.

Ese era su gran mérito: seguir viviendo en el matadero y hacer como si no se enterase de la matanza.

Mosche no se sorprendió cuando un día le dijeron que lo iban a transportar «al Este».

Sabía lo que eso significaba. Seidl se había cansado de él. La última vez que Mosche estuvo en su despacho, tuvo la impresión de que el comandante había perdido las ganas. Mosche se esforzó, gastó bromas y burlas, pero Seidl permaneció distraído y de vez en cuando rebuscaba entre los papeles de su escritorio.

Porque Mosche ya no tenía más secretos que revelar. Había explicado a Seidl cada uno de sus trucos. Ya no quedaba nada. Sherezade había contado su último cuento. Mosche metió sus pocas cosas en su maleta y esperó con cientos de condenados como él al tren que se lo llevaría de este mundo.

32. SU ÚLTIMO COMBATE

Habían pasado las horas y aún no había ninguna novedad. Max estaba con su familia en la sala de espera del hospital Glendale Memorial. De urgencias habían llevado enseguida a Zabbatini a la sala de operaciones. Max había querido ir con él, pero la doctora Arakelian, una enérgica armenia de enorme melena negra, le había dicho en un tono que no admitía réplica que se quedara fuera. Añadió que aún no se sabía nada preciso, que harían lo que pudieran.

El estado de Zabbatini seguía siendo crítico. A veces se abrían y cerraban las puertas dobles de la sala de operaciones, y Max se daba cuenta de que reinaba una actividad febril. Médicos y enfermeras rodeaban al anciano. Una máquina dejaba oír un largo pitido que no prometía nada bueno, eso Max lo sabía por innumerables series televisivas. Uno de los médicos parecía querer moverse a gatas por el pecho de Zabbatini. Sostenía una pala de metal pegada al cuerpo, luego daba una señal, y Zabbatini hacía movimientos bruscos como una marioneta cuando tiraban de los hilos. Cuando se cerraba otra vez la puerta era como si hubiera un descanso para la publicidad. La acción se interrumpía súbitamente. Max se levantó y paseó nervioso de un lado a otro de la habitación. Pasó junto a su abuela, que estaba sentada, inmóvil, en uno de los bancos de la sala de espera. Tenía la vista clavada en el suelo de linóleo. Él se sentó a su lado, por propia iniciativa, lo que no había hecho desde hacía tiempo.

«¿Abuela?»

Pasó un momento hasta que ella pareció percatarse de su presencia.

Max carraspeó y preguntó: «¿De qué lo conoces?»

Papá y mamá levantaron la vista. Papá se acercó más a la abuela.

«Sí», dijo, «a mí también me gustaría saberlo.»

La abuela dijo que no moviendo la mano como solía hacer. «Que no...», murmuró.

«¡Mamá!», dijo papá con voz llorosa. «Por favor.»

Por regla general, Max no podía soportar ese tono en su padre. La abuela

levantó la cabeza y los miró a los dos. De pronto parecía feliz, como un bebé que percibe por primera vez el mundo a su alrededor.

«Me salvó la vida», dijo.

Mientras médicos y enfermeras entraban y salían a todo correr de la sala de operaciones, Max y sus padres se acercaron más a la abuela.

«Agua», dijo a Harry. «Tráeme un vaso de agua. Tengo sed.»

Papá se levantó y fue a un dispensador de agua. Llenó un vaso de cartón y se lo llevó a su madre. Ella puso el vaso sobre la mesita que tenía al lado y no le hizo más caso.

«Cuando estalló la guerra», empezó, «yo acababa de nacer.»

«Lo sé», dijo papá. «Me lo has contado. Fue en Zirndorf...»

«Sí», dijo la abuela. «En Baviera.»

Max estiró las piernas. Había oído ya muchas veces esa parte de la historia. Pero, por lo general, los recuerdos de la abuela eran un poco como huevos batidos, un perfecto revoltijo. Nunca había hablado como en ese momento, con tanta claridad y concentración.

«Aunque la guerra llevaba años causando estragos, allí, en Zirndorf, no se notaba mucho. Allí aún había paz.»

«Mamá», dijo papá. «¿No quieres el agua?»

«No me interrumpas», le espetó la abuela «¡Nunca me dejas terminar!»

«Lo siento», dijo papá. «Sigue hablando.»

La abuela volvió a coger el hilo. «Allí se vivía en paz, al menos mamá lo decía siempre. Teníamos suerte, porque nuestros vecinos eran encantadores. Arriesgaron mucho por nosotros, nos dejaban vivir en su granero. En aquel entonces estaba prohibido ser judío.»

«¿Prohibido?», preguntó Max.

«O sea», dijo la abuela, «de pronto había muchísimas leyes, y si uno era judío, infringía automáticamente casi todas ellas.»

«¿Cómo es posible eso?», preguntó Max. «¿Cómo puede ser malo que uno simplemente exista?»

La abuela se encogió de hombros y echó mano del agua, lo que le dio la posibilidad de hacer una pausa dramática.

«Los alemanes», dijo, «hacían posible lo imposible.»

Tomó un sorbo, puso el vaso en su sitio.

«En aquel entonces», continuó la abuela, los alemanes eran muy pobres. Y entonces llegó Hitler y dijo: “Nosotros, simplemente, les quitamos el dinero a los judíos.” Así que le votaron a él. Y entonces nos lo robaron todo, y cuando ya no quedaba nada que pudieran robarnos, nos encerraron en guetos, y después en campos de concentración. E invadieron también otros países, Polonia, Francia, Rusia, para robarlo todo allí también. Los alemanes eran como urracas, a todo lo que brillaba le echaban la garra.»

«¿Y qué pasó después?», preguntó Max.

«Después tuvieron que matarlos a todos. No es prudente robar a la gente y dejarla con vida.»

«¿Pero vosotros estabais bien?»

«Al principio sí. Nuestros vecinos eran personas decentes que nos escondieron. No de balde, se entiende, papá les había dado dinero a cambio.»

«Ah», dijo Max.

«Al cabo de algún tiempo, yo ya tenía cinco años, a papá, a tu bisabuelo, se le acabó el dinero para pagar a los vecinos.»

«¿Y entonces?»

«Entonces fueron a la Gestapo. Y la Gestapo les dio dinero por mi madre y por mi padre.»

«¿Y qué es una Gestapo?», preguntó Max.

«Era la policía secreta de Hitler», intervino papá.

«¿Agentes secretos?», preguntó Max todo confuso. Por lo que él sabía, los agentes secretos eran en realidad los buenos. Hitler era malo, pero James Bond era bueno. James Bond nunca habría trabajado para Hitler.

«Eran agentes malos», explicó mamá con una sonrisa forzada.

Okay, pensó Max. Comprendo. James Bond también se tropieza a veces con agentes malos.

«Bueno», continuó la abuela, «la Gestapo llegó al granero en el que nos escondíamos.»

«¿Y querían que salierais?»

La abuela sacudió la cabeza. «No», dijo, «querían que nos quedáramos dentro.»

«¡Pero si yo pensaba que querían robaros!», dijo Max, hecho ahora un perfecto lío.

«Eso ya lo habían hecho. A mi padre se lo habían quitado todo, hasta su tienda. Era relojero.»

«¿Y luego qué?», preguntó Max.

«Aporrearon la puerta del granero. Mi madre me escondió en la paja y me tapó la boca con la mano, apretando con fuerza para que yo no dejara escapar ningún sonido. Permanecimos completamente callados. Y ellos, venga a aporrear la puerta y a gritar: “Sabemos que estáis ahí dentro, perros judíos.”»

«¿Pero vosotros no salisteis?»

«No», dijo la abuela. «No salimos. Teníamos la esperanza de que se marcharían al no encontrarnos.»

«¿Y entonces? ¿Se marcharon?»

«No. Cerraron el granero por fuera y luego le prendieron fuego.»

Max estaba espantado. Reflexionó un momento y luego dijo: «¿Pero salisteis con vida?»

La abuela asintió. «Cuando el fuego ya casi nos había alcanzado, mi padre se levantó de un salto y gritó: “¡Dejadnos salir, dejadnos salir!”»

«¿Y luego?»

«Abrieron la puerta del granero y salimos. ¡Ay, cómo se reían los alemanes!», dijo la abuela, y tuvo que sonreír también. «Solo los vecinos estaban furiosos. Su granero estaba reducido a cenizas.»

«Pues vaya», dijo Max, y casi le dieron pena esas personas decentes. Al fin y al cabo de algo tenían que vivir. «¿Qué hicieron?»

«Se quejaron a un oficial, y él les extendió un recibo. Recibos: eso sí que les gusta a los alemanes. Pero los vecinos no se calmaban, estaban furiosísimos.»

«¿Y tú?»

La abuela se encogió de hombros con un suspiro. «Mis padres tenían mucho miedo, así que yo también tenía miedo. Estuve todo el tiempo abrazada a mi osito de felpa. Tuvimos que montarnos en un coche y nos llevaron a Fürth, a la comisaría de policía. Y allí estuvimos esperando.»

«¿Y luego?»

«Después de unas horas nos metieron en un autobús a nosotros y a algunos otros judíos, y nos llevaron a Múnich, a la estación. Y de Múnich nos enviaron al Este.»

33. LA FÁBRICA DE MALETAS

Las fatigas no acababan para Rosl Feldmann y sus padres. Primero tuvieron que esperar varias horas en la estación, con un calor agobiante. A su alrededor había miles de personas. Cada una esperaba su destino. Estaban de pie en silencio, sudaban y sufrían. Al principio aún hablaban algunos entre sí, pero según pasaba el tiempo, las voces enmudecían en el calor de la tarde. Nadie quería hablar. Finalmente, llegó el tren. Rosl y sus padres se sentaron en un compartimento con cortinillas en las ventanas y asientos afelpados.

En Dachau, el tren aminoró la velocidad, y eso desconcertó a los padres de Rosl. ¿Dachau? Habían ido alguna vez a esa ciudad, para ver a amigos o para ir al mercado, y a ellos les extrañaba que el tren pasara con ellos por sitios tan familiares. Rosl hizo mirar por la ventanilla a su osito cuando se detuvieron en un lugar rodeado de una cerca de alambre de espino, una mala señal. Sin embargo el padre de Rosl insistía en que las cosas seguramente ya no podían ir a peor. No quería reconocer que eso era perfectamente posible. Porque, en cuanto a ir a peor, el destino tenía aún reservas casi inagotables.

En Dachau solo hicieron una breve parada, luego continuó el viaje. El destino era un pueblo pequeño de Polonia, llamado Osówiec. El viaje duró varios días. Fueron sin duda los días más desagradables vividos por los Feldmann hasta entonces. Los días de los asientos de felpa se terminaron. Tuvieron que cambiar de tren en una pequeña estación de Polonia. Junto con cientos de personas, a Rosl y a sus padres los metieron en un vagón de ganado. Nadie se había lavado, olía a transpiración y a miedo. El único lugar para hacer sus necesidades era un pequeño cubo en la esquina del vagón. Los viajeros lo llamaban «el retrete más bonito de Polonia». El hedor era insoportable.

A las pocas horas, el cubo estaba lleno a rebosar. Rosl tenía que hacerlo, no tenía más remedio, así que se abrió paso por el bosque de piernas que la rodeaba. Estrechaba contra el pecho a su osito. Cuando por fin estuvo delante del cubo, le vinieron las dudas. ¿Allí? ¿Así, sin más? Quizá podría ponerse en cuclillas por encima del cubo, lo que no era tan fácil en un tren en marcha. ¿Pero dónde, dónde estaba, por favor, el papel higiénico? Rosl miró alrededor

y vio a un hombre joven que tenía una expresión altiva y reservada. Estaba sentado sobre una gran maleta y llevaba una capa negra y deshilachada sobre un traje de rayas, como el que tenían muchos allí. Él notó su mirada.

«¿Qué quieres?», preguntó con aspereza.

Rosl miró al suelo. «Nada», susurró.

Pero el hombre vio que miraba al cubo, y comprendió. Se levantó.

«Venid aquí, alteza», dijo. «Os espera vuestro trono.»

Rosl se acercó con cuidado al cubo, en torno al cual ya se habían formado charcos apestosos. Oía cómo zumbaban las moscas y luchaba contra el asco. El hombre levantó su capa y la protegió de las miradas de los otros.

«Venga, hazlo de una vez», dijo. «Yo no miro, de verdad.»

Ella levantó la vista y le tendió el osito. Él suspiró, le cogió el oso y abrió otra vez la capa.

«Gracias», murmuró Rosl. Andando de puntillas se acercó al cubo maloliente. Se bajó las bragas y se levantó con prudencia el vestido. Luego se agachó encima y cerró los ojos.

«Date prisa», dijo el hombre apretando los dientes. «No dispongo del día entero.»

«Ah», dijo Rosl, a quien no le gustaba que la azuzaran. «¿Qué planes tienes para hoy? ¿Pasear por el parque a lo mejor?»

«No», replicó el hombre con forzada paciencia. «Pero mi brazo se cansa.»

«Oh», dijo Rosl. Se dio cuenta de que el brazo izquierdo del hombre tenía un aspecto raro. Se apresuró.

«¿Tienes papel higiénico?», preguntó.

«Claro», dijo el hombre. «¿Tal vez con olor a rosas?»

«Lo siento», farfulló Rosl. Comprendió que había dicho una tontería.

Para su sorpresa, sin embargo, el hombre se metió la mano en el bolsillo y le dio un trozo de papel. Era una especie de hoja volante. En él se veía a una mujer que, vestida con un traje blanco, flotaba en el aire. También había letras grandes y multicolores, pero Rosl aún no sabía leer bien. Dio las gracias con un murmullo.

«He terminado», anunció poco después.

«Esa ha sido mi vida», dijo de pronto el hombre.

«¿Perdón?», preguntó Rosl cortésmente, tal como le había enseñado su madre.

«Ese papel. Mi vida. Todo lo que he sido. Y ahora...» De pronto su voz

sonaba muy triste.

Rosl no sabía qué decir. Para distraerlo le preguntó: «¿Qué hay en la maleta?»

Él se obligó a sonreír. «El camino de la libertad.»

Rosl se puso en jarras y dijo con impertinencia: «Eso no es verdad. Cómo puede caber el camino de la libertad en una maleta.»

«Es magia», dijo el hombre, «Si te metes en la maleta, puedes escaparte de aquí.»

Durante un momento, estuvo tentada de creerle. «¿Y por qué no huyes tú?», preguntó.

«Soy muy grande. No quepo en la maleta.»

Ella asintió. Eso tenía su lógica.

«¿Y tú?», preguntó él con una sonrisa en la que había más tristeza que alegría. «¿No quieres marcharte de aquí?»

Ella reflexionó al respecto, luego sacudió la cabeza. «Eso no es posible. Tengo que quedarme y cuidar de mi papá y de mi mamá.» Con un movimiento de cabeza señaló al otro extremo del vagón, donde sus padres estaban apoyados en los maderos de la pared, medio despiertos, medio dormidos, con la boca abierta, como peces en un acuario seco.

«¿Y dónde están tus padres?», preguntó Rosl.

«Han muerto», respondió él.

«Lo siento.»

«No debes sentir pena», dijo el hombre. «Es mejor así. Aquí estamos todos presos, solo los muertos son libres.»

«Y los que caben en tu maleta.»

«Sí. Esos también, claro.» Luego preguntó a Rosl: «¿Quieres que libere a tu osito?»

Ella miró al oso, luego al hombre, y luego asintió: «Sí, por favor.»

Rosl era consciente de que aquel era un momento muy serio de su vida. Iba a separarse de su osito, tal vez para siempre. El osito la había protegido a lo largo de toda su vida, a partir de ahora ella tendría que arreglárselas sin él. Pero para él era mejor. Abrazó por última vez al animalito de peluche, luego se lo entregó al hombre.

«Dale un beso de despedida», dijo él.

Rosl besó al oso en su peluda cabeza. Luego hizo un gesto de valentía: «Dice que ahora está dispuesto.»

El hombre abrió la maleta. Estaba completamente vacía. Rosl solo vio el forro cuando miró dentro y arrugó la nariz. La maleta olía un poco a moho, a sudor rancio.

«Yo no veo ningún camino de la libertad», dijo.

«Fíjate bien», replicó el hombre.

La conversación entre la niña y el hombre de la capa había atraído entretanto la atención de algunos de los que estaban alrededor. Levantaron la cabeza en su dirección. El hombre le cogió con cuidado a Rosl el osito y lo puso en la maleta. Luego cerró la maleta y empezó a murmurar palabras misteriosas. Cerró los ojos. De pronto los abrió de golpe, como si se despertara de un profundo sueño.

«Mira bien ahora», dijo.

Cuando abrió la maleta, el oso había desaparecido. Rosl no sabía si reír o llorar. ¡Nunca había visto nada igual!

Entonces el hombre cerró otra vez los ojos y arrugó la frente. Murmuró algo.

«¿Qué pasa ahora?», preguntó Rosl.

El hombre abrió los ojos y dijo: «Quiere quedarse contigo.»

Con esas palabras cerró la maleta, la abrió de nuevo: ¡y allí estaba de pronto el oso otra vez! Rosl gritó de alegría. Cogió el oso y lo abrazó con fuerza.

El extraño sonrió y esta vez su sonrisa no era triste. «*Istgahe Ghatar Kojast!*», dijo haciendo una ligera reverencia.

«*Istgahe Ghatar Kojast*», repitió Rosl. «¿Qué significa eso?»

«Es persa.»

«¿Pero qué significa?»

«¿Lo quieres saber de verdad?»

Ella asintió.

El hombre pareció meditar un momento, luego se inclinó hacia ella. «No se lo he revelado nunca a nadie», le susurró al oído.

«¿De verdad?»

«Lo encontré en un diccionario. Significa: “¿Dónde está la estación, por favor?”»

Rosl soltó una carcajada. «*Istgahe Ghatar Kojast! Istgahe Ghatar Kojast!*», gritó entusiasmada. Luego preguntó: «¿Cómo te llamas?»

Él quiso primero presentarse con su nombre artístico, luego se lo pensó

mejor. «Soy Mosche», dijo no sin orgullo. «Mosche Goldenhirsch, de Praga.»

«Y yo soy Rosl», dijo ella. «Rosl Feldmann, de Zirndorf.»

«Encantado de conocerla, jovencita.» Hizo una profunda reverencia e insinuó un beso en la mano.

Rosl se rió bajito y se sonrojó. «Tengo que volver con mis padres», dijo después.

Mosche Goldenhirsch asintió.

Dos días después llegaron a Os´wiecim, ese lugar perdido al que los alemanes llamaron «Auschwitz». Cuando el tren aminoró la velocidad, la gente miraba nerviosa por las rendijas entre los tablones para ver lo que les podía esperar en la estación final.

Una mujer con signos de agotamiento, con un abrigo demasiado ancho, se abría paso en el vagón, a través del gentío, para llegar hasta Mosche.

«¡Oiga, señor!», gritaba. «¡Usted!»

Mosche le echó una mirada interrogativa.

«¡Por favor, ayúdeme!», dijo la mujer.

Mosche soltó una risa artificial y un poco condescendiente. «¿Ayudarla?», preguntó. «¿Y cómo? Si ni siquiera puedo ayudarme a mí mismo.»

El machaqueo rítmico de la locomotora le crispaba los nervios. Estaba irritable y de un humor sombrío. Sospechaba que al final del viaje no les esperaba nada bueno.

La mujer se acercó más a él, era casi un asedio. «Salve a mi hija», suplicó. «Se lo ruego.»

Detrás de ella había una niña. Mosche reconoció a Rosl Feldmann.

Volvió a mirar a la mujer. «¿Y qué gano yo con eso?», preguntó con frialdad.

La mujer enmudeció. Finalmente dijo: «No tengo nada...» La voz se le quebró. «No tengo nada para darle...»

Y entonces hizo algo que fue inconcebiblemente penoso para Mosche... Cayó de rodillas a sus pies. Justamente al lado del cubo. Se abrazó a las piernas de Mosche y empezó a sollozar. «Salve a mi hija, por favor... Su maleta...»

Mosche miró alrededor sin saber qué hacer. Los otros pasajeros hacían como si no vieran nada. Cada cual se ocupaba de su propio destino y de su

propia desesperación. Por doquier miradas sombrías, lágrimas, oraciones. Y la mujer seguía abrazada a sus piernas, llorando. «Es lo único que me queda en el mundo. Por favor. ¡Salve a mi hija!»

Mosche quiso poner fin lo antes posible a aquel asunto. «Bueno, vale», dijo. «Lo intentaremos.»

Ahora la mujer empezó a besarle la mano, lo que para Mosche fue aún más desagradable que sus lágrimas.

«Gracias», dijo ella respirando con dificultad.

Mosche retiró la mano. La mujer se levantó y empujó a su hija hacia delante.

«Hola», dijo Rosl con timidez.

«Hola, Rosl», replicó Mosche. «Tu madre dice que intente liberarte.»

La niña sacudió la cabeza. «Yo quiero quedarme con mi mamá.»

De pronto, el tren dio una sacudida hacia delante. Rosl y su madre casi cayeron al suelo, pero en el último momento pudieron sujetarse. Un quejido atravesó el vagón. La locomotora silbaba como un animal agonizante.

Mosche sabía que las puertas podían abrirse en cualquier momento. Abrió su maleta. «Ahora o nunca», dijo.

«Rosl, por favor», imploró su madre. «Hazlo por mí.»

Pero Rosl se arrojó a su cuello, la estrechó en sus delgados bracitos y empezó a llorar. «¡No!», gritó. «Yo quiero quedarme contigo.»

Mosche vio que ahora había junto a ella un hombre que debía de ser su padre. «¡Rosl!», bramó. «¡Haz lo que dice tu madre!»

«¡No!», gritó la niña pateando el suelo.

De pronto, el padre de Rosl tomó impulso con la mano derecha y le dio una bofetada a su hija. La niña le miró estupefacta. Su mejilla enrojeció. Luego, Rosl empezó a sollozar.

«¡Venga!», dijo su madre con voz opaca.

Intimidada, la niña asintió y se sometió. Se dio media vuelta y se metió en la maleta. El osito tuvo que meterse con ella.

Mosche se inclinó hacia ella y le enseñó el botón con el que se podía abrir la maleta desde dentro. Luego dijo: «Rosl, escúchame bien. Ni un movimiento. Pase lo que pase, oigas lo que oigas, no te muevas, no hagas el menor ruido y no salgas para nada. ¿Has comprendido? Solo cuando a tu alrededor todo esté en completo silencio.»

La niña le miró intimidada y asintió despacio con la cabeza. Luego miró a

sus padres.

Tenían lágrimas en los ojos, de la cara de su padre había desaparecido todo rastro de cólera. «Te quiero mucho», dijo su madre.

Rosl solo miraba con los ojos como platos.

Mosche cerró la maleta. Ni un segundo demasiado pronto porque en ese momento se abrieron las puertas. En el vagón entró aire fresco. Olía a ceniza y a algo dulzón que Mosche reconoció al momento. Oyó voces, ladridos de perros. Los soldados empezaron a arrastrar a la gente fuera del tren. Poco a poco se vació el vagón. Los padres de Rosl dirigieron una última mirada a Mosche y bajaron.

A la gente que pasaba al lado de Mosche no le importaba nada la niña metida en la maleta. Algunos habían visto lo sucedido, pero ¿eso qué tenía que ver con ellos? Un judío mayor, muy delgado, que lo había observado todo con detalle, miró a Mosche a los ojos, se permitió una breve sonrisa e hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Mosche se sintió aliviado. El público había comprendido el truco pero no quería ponerlo al descubierto. No quería echar a perder la representación.

Cuando el vagón ya estaba medio vacío, Mosche vio que en el suelo de madera yacían varios cadáveres, ancianos que no habían sobrevivido a las penalidades del viaje. La gente pasaba por encima, sin más.

Mosche agarró la maleta y se apeó. La niña era muy delgada, pero Mosche estaba extenuado. La maleta le pesaba en la mano.

Fuera anocheecía ya. Para la pequeña Rosl eso solo podía ser ventajoso, porque el exceso de luz es perjudicial para el ilusionismo. Mosche estaba ahora apiñado con cientos de personas desamparadas, como él, sobre una gran rampa de hormigón. Soldados de las SS marchaban de un lado a otro y vigilaban a los que llegaban. Más adelante Mosche vio perros, hombres en uniforme con fusiles, alambres de espino. Los guardias empezaron a dividir a los recién llegados en dos grupos. Mosche entendió al momento lo que eso significaba. Los meses pasados le habían enseñado cómo pensaban los nazis. No se le escapó que en uno de los grupos estaban los viejos, los débiles y los niños, y en el otro todos los que aún parecían gozar más o menos de buena salud. Tener salud significaba ser apto para trabajar, y apto para trabajar significaba: tal vez había esperanza. Mosche puso la maleta en el suelo para que no se le notara el agotamiento. Los soldados vociferaban como posesos. Y Mosche observó que la madre de Rosl, que ya en el tren le había parecido

extenuada hasta el extremo, era arrastrada por un vigilante con guantes negros hacia la izquierda, al grupo de los viejos y débiles. Su marido quiso seguirla, pero el del uniforme le empujó hacia atrás.

«Tú no», le espetó.

«Por favor», dijo el padre de la niña. «Déjeme quedarme junto a mi mujer.»

«Tú no», repitió el de las SS levantando la mano.

El padre de Rosl miró al uniformado a los ojos y dijo con toda calma: «A donde ella vaya, allí quiero seguirla.»

El hombre no resistió la mirada y dejó caer el brazo.

El padre de Rosl susurró: «Gracias.» Después pasó junto al vigilante, que guardaba silencio, y se fue a la izquierda, junto a su mujer. Ella le miró como si su marido hubiera perdido la razón.

Mosche vio que el uniformado sacaba una petaca del bolsillo del uniforme y echaba un largo trago. Su mirada era a la vez furiosa y ausente. Luego continuó, se abrió paso a través del gentío, apaleando y vociferando. La selección había de continuar.

Cuando el hombre llegó a él, Mosche contuvo la respiración, asustado.

«Tú vas a la derecha», dijo el SS. Luego la mirada resbaló hacia abajo, a la voluminosa maleta. «El equipaje se pone ahí.» Señaló un gran montón de bolsas, maletas y bolsos de señora, a unos cinco metros de distancia. «No olvides escribir el nombre encima, para que puedas recuperarla más tarde.»

Un macilento habitante del campo con traje de presidiario dio un trozo de tiza a Mosche. Este escribió «Zabbatini» en la maleta. Subrayó enérgicamente el nombre como en el Wintergarten cuando después de una representación firmaba autógrafos.

«¿Zabbatini?», preguntó el SS. «¿Qué clase de nombre es ese?»

«Soy persa», dijo Mosche.

«Qué estupidez, tú eres judío.»

«Soy de origen persa», insistió Mosche. «Los persas son arios.»

«Eres judío», dijo el SS. «Una basura, eso es lo que eres. No lo olvides nunca.»

Mosche asintió con desvalimiento.

«Dilo», ordenó el SS.

«Soy una basura», dijo Mosche.

«No tienes derecho a vivir.»

«No tengo derecho a vivir.»

«Así está bien.» El SS sonrió satisfecho, como un maestro que ha enseñado algo útil a su alumno. Luego hizo una señal con la mano y el prisionero macilento le cogió la maleta a Mosche y empezó a arrastarla junto al resto de los equipajes. Resollaba por el peso.

Mosche miró alrededor. Desde la cola de la izquierda, los padres de Rosl observaban nerviosos la escena. El SS también se había dado cuenta de que al preso le costaba trabajo llevar la maleta.

«¿Qué hay en la maleta?», vociferó.

«Nada», dijo Mosche. «Me lo han quitado todo. Es un modelo antiguo, pesa mucho.»

El SS le miró con escepticismo. «Ábrela!», dijo al preso.

Mosche confió en que el mecanismo de Conradi-Horster funcionara como de costumbre. Se forzó a no mirar hacia los padres de la niña.

El preso tenía problemas con el cierre. Sus dedos estaban entumecidos por el frío.

«¡Ábrela! ¡Rápido!», repitió el SS con un peligroso asomo de malhumor en la voz.

«Sí», dijo el preso. Temblaba de miedo y toqueteaba por todas partes el cierre. La maleta aún no estaba abierta.

El SS estaba ya harto. Sacó la pistola y disparó al preso en la cabeza. El estampido apenas se oyó en el estruendo y el vocerío de la rampa. El hombre cayó al suelo como un muñeco desinflado; en la cabeza había un enorme agujero. La maleta estaba ahora salpicada de sangre.

El SS se acercó en dos zancadas y abrió de golpe la maleta.

Mosche cerró los ojos.

Oh Dios. Dios mío, te lo suplico.

El corazón le golpeaba en el pecho. Si encontraban a la niña, morirían los dos.

Abrió de nuevo los ojos.

El SS inspeccionaba la maleta. Era de noche y el hombre había bebido, eso ayudaba. Sacudió la cabeza.

«Vacía», dijo. Sonaba un poco a frustración.

Hizo un gesto a otros dos presos que se acercaron y levantaron al muerto y lo echaron en un carro de mano lleno de cadáveres. El SS cerró la maleta y empujó a Mosche para que siguiera.

Solo entonces se atrevió Mosche a volverse hacia los padres de Rosl. El alivio se leía en sus ojos.

El SS pitó con su silbato, la selección había terminado. Los recién llegados estaban ahora colocados en dos filas ordenadas y se pusieron en marcha. Mosche vio que los padres de la niña iban cogidos de la mano. Luego desaparecieron a la vuelta de una esquina.

Antes de abandonar la rampa, Mosche echó una última mirada a la maleta, que quedaba, inadvertida, entre el resto de los equipajes.

34. LOS VIVOS

La puerta del quirófano se abrió, y salió la doctora Arakelian. Miraba en una carpeta que llevaba con ella, luego levantó la vista.

Los Cohn clavaron la mirada en ella. A excepción de la abuela, que roncaba. Su cabeza estaba apoyada en la pared. Harry estaba tendido en uno de los bancos, y Deborah tenía cogida la mano de Max.

Hacía solo un cuarto de hora que Max y su madre habían hablado por fin de la disputa después de la cual Max se había marchado por la ventana de su cuarto. De las cosas horribles que se dijeron a la cara. Desde entonces habían evitado ambos el tema en la medida de lo posible. Deborah había tomado a su hijo en los brazos diciéndole en voz baja: «Siento muchísimo lo que he dicho.»

Max se había apretado contra ella diciendo: «Yo también.»

A papá, que estaba sentado un par de asientos más allá, le irritó profundamente esa idílica escena, pero también la presencié emocionado. Se deslizó más cerca de mamá, pero ella se apartó.

La doctora Arakelian se aclaró la garganta.

«¿Son ustedes la familia?», preguntó.

Max y su madre se miraron nerviosos.

«No», admitió por fin Deborah. «No exactamente. Es un amigo de la familia. Un invitado. No tiene parientes vivos.»

«Comprendo», dijo la doctora Arakelian.

«¿Cómo está?», quiso saber Max.

La doctora Arakelian se encogió de hombros. «Es difícil decirlo. De momento su situación es estable, pero sigue siendo crítica. Aún no se puede cantar victoria. Le hemos pasado a la UCI. A su edad...»

«¿Podemos verle?», preguntó Deborah.

«Me temo que no es buena idea», dijo la doctora Arakelian. «Tiene que descansar.»

«¿Descansar?» La abuela se había despertado. «¿Qué es eso de descansar?», preguntó indignada. «Lleva horas tumbado en la cama sin hacer nada.» Se levantó y cogió su bolso de mano. «Vamos allá.»

«¿Dónde está la UCI?», preguntó mamá.

La doctora Arakelian señaló un ascensor. «Segunda planta. Pero ya han pasado las horas de visita. Ese hombre necesita descanso.»

«Pamplinas», dijo la abuela. «Se alegrará de verme.»

«La última vez que te vio», intervino papá, «sufrió un ataque al corazón.»

Tras varias deliberaciones la doctora Arakelian se declaró dispuesta a permitir una visita de cinco minutos. La voluntad férrea de la abuela no encontraba resistencia ni siquiera en una médica cargada de experiencia. En cualquier caso, el paciente no debía excitarse, dijo, pero pareció comprender que en esos momentos difíciles a Zabbatini le haría bien saber que no estaba solo.

El ascensor los llevó arriba, y cuando se abrieron las puertas, salieron a un pasillo pintado de verde claro con láminas enmarcadas de Monet. La doctora Arakelian los condujo a la habitación de Zabbatini.

El anciano yacía en el lecho conectado a diversos tubos y cables. Los monitores lanzaban pitidos con regularidad. Estaba consciente. Cuando los Cohn entraron en el cuarto, volvió la cabeza. Parecía una tortuga agonizante. Sonrió débilmente.

«Mosche Goldenhirsch», dijo la abuela acercándose a la cama. «Todavía no te he dado las gracias.»

Él meneó ligeramente la mano. «Bah», susurró. «Bueno, vale.»

«Sin este hombre», explicó ella, «yo no estaría viva.» Señaló a Harry y a Max. «¡Y vosotros no habrías venido al mundo, caballeros!»

A Max le sonó casi como una amenaza. Asintió y solo dijo: «Sí, abuela.»

Zabbatini hizo un gesto a la abuela de Max para que se acercara. «Podría...», empezó, luego tosió. «¿Podrías ahuecarme un poco la almohada?»

«Los hombres», murmuró la abuela suspirando. Le sacó a Zabbatini cuidadosamente la almohada de debajo de la nuca y la sacudió. Luego volvió a colocar encima la cabeza. «Sin nosotras estaríais perdidos», dijo, y a Max le pareció entender que se alegraba un poco de poder prodigarle sus cuidados.

Acercó una silla y se sentó junto a la cama de Zabbatini. Los dos se miraron con evidente asombro. Él veía aún en ella a la niña de entonces y ella en él al delgado y apuesto joven del tren.

«¡Me cuesta creer que estés viva!», susurró Zabbatini.

La abuela asintió, echó mano de su pañuelo y se secó furtivamente una

lágrima. «Nunca pensé que habrías sobrevivido al campo», dijo ella.

«Ya solo vivir», dijo Zabbatini, «es una oración.»

«¿Cómo?»

«Eso decía siempre mi padre», explicó Zabbatini en voz baja.

Ella tomó con cuidado la mano de él en la suya. Él la dejó hacer.

«¿Y a ti cómo te fue?», preguntó él.

La abuela respiró hondo y se enderezó las gafas. «Bueno, me metí en la maleta...»

«Sí, la maleta», la interrumpió Zabbatini con una sonrisa.

«El camino de la libertad», dijo la abuela.

35. EL TRUCO

Rosl Feldmann no se sentía libre en absoluto. Había creído que la maleta le abriría un túnel mágico, por el que llegaría a otro sitio, a un lugar donde hubiera aire fresco y brillara el sol. En lugar de eso estaba encerrada en la maleta angosta y oscura, como en un ataúd. El doble fondo estaba encima de ella. Poco a poco había entendido bien el mecanismo. Se encogió todo lo que pudo. Se esforzó por sosegar la respiración. Era como jugar al escondite. Ahora se trataba de no delatarse. Fuera se oía ruido de voces, gritos, perros que ladraban. Caos. Notó que levantaban la maleta, luego que la arrastraban por el suelo. Se apoyó con brazos y piernas en los lados para que no la sacudieran demasiado. Pusieron la maleta en el suelo, luego no ocurrió nada durante un rato. Oía hablar fuera.

De pronto, alguien empezó a trajinar en la maleta. A Rosl le entró miedo. Estuvo a punto de gritar, pero se apretó las manos contra la boca y se mordió la lengua. Ni el menor ruido, había dicho Mosche Goldenhirsch. Luego oyó otra vez voces y un disparo. Se sobresaltó pero se dominó. Guardó silencio con una obstinación que nunca creyó poseer. Al lado de la maleta pareció que caía algo al suelo. ¿Una persona?

De repente abrieron la maleta. Entró aire frío y se le puso la carne de gallina, no solo por el frío. Guiñó los ojos y se obligó a pensar que era invisible. Esa era al menos su esperanza, que fuese invisible. Y al parecer, lo era, en efecto. Porque a los pocos momentos se cerró otra vez la maleta. Aliviada y silenciosa, Rosl respiró hondo. Luego ya no ocurrió nada. Oyó un silbato, y poco a poco se alejaron las voces y los ruidos. Aquello duraba una eternidad. Sus extremidades estaban entumecidas. Los brazos y las piernas empezaron a picarle. Le dolía la espalda. Trató de trasladarse mentalmente a otro sitio. Pensó en los cuentos que siempre le contaba su padre en Zirndorf antes de dormir. Cuentos sobre duendes buenos y enanos joviales. Tenía que distraerse porque estaba segura de que cualquier ruido y cualquier movimiento falso podían delatarla. En algún momento, vencida por el miedo y el agotamiento, se quedó un rato medio dormida.

Cuando de pronto la maleta se movió despertó de golpe y trató al momento

de respirar otra vez tranquila y silenciosamente. Estaba sudando, pero el sudor de su frente era frío. Los brazos y las piernas estaban entumecidos. Movieron bruscamente la maleta, luego la levantaron y la pusieron en algún sitio, seguramente un carro de mano. Rosl se quedó en una incómoda postura oblicua. Dio un quejido y se arrepintió al momento.

La niña no lo sabía pero ya no se encontraba en peligro inmediato. Los SS estaban muy lejos y ocupados con otras cosas. Los hombres que transportaban la maleta eran prisioneros del campo. Chirriando y dando saltos, el carro de mano se puso en movimiento. Rosl se preguntó dónde estarían sus padres y cuándo volvería a verlos. Pensando en eso le vinieron lágrimas a los ojos, sin embargo hizo un esfuerzo por tranquilizarse. Tenía que seguir jugando al escondite, pasara lo que pasara.

Luego, bajaron del carro la maleta con su precioso contenido y volvieron a llevarla en la mano. Una vez más la colocaron bruscamente en el suelo. Esta vez Rosl estaba mejor preparada, buscó apoyo y no se quejó. Silencio. Oyó voces que se alejaban. Otra vez se le cerraban los ojos. Notó cómo se iba alejando de todo, aliviada, liberada.

No supo cuánto tiempo había dormitado, pero en algún momento los brazos y las piernas le dolían tanto que eso la hizo despertarse. Como aún no oía nada en el exterior, se forzó a tomar una decisión. Estaba hasta la coronilla de aquel escondite angosto e incómodo. Y Mosche Goldenhirsch había dicho que cuando todo estuviera en silencio podía salir. Determinó entonces abrir la maleta y atreverse a echar una ojeada fuera. Apretó cautelosamente hacia arriba el doble fondo con una mano y estiró la otra mano. Tanteó, junto a la hendidura, el botón que le había enseñado Mosche Goldenhirsch. Lo apretó muy despacito. La maleta se abrió un poco, y Rosl miró hacia fuera.

Estaba tendida en el borde de una gran montaña de maletas. Nunca había visto tantas maletas y bolsas amontonadas. Sobre cada bulto estaba escrito con tiza un apellido y algunos números. Cuando miró alrededor notó que se encontraba en un almacén.

¿Qué es esto?, se preguntó. ¿Dónde he acabado? Parecía una fábrica. Una fábrica de maletas.

Veía paredes de ladrillo y un techo de madera. Del techo colgaban lámparas que iluminaban pobremente la nave. En el centro del recinto había grandes mesas. Sobre ellas, maletas abiertas.

Luego Rosl oyó ruidos y cerró apresuradamente la maleta.

Ya no vio que un grupo de presos entraba en la nave, escoltados por dos SS. Los prisioneros empezaron a llevar maletas del montón a las grandes mesas y a abrirlas y a registrarlas ante los ojos vigilantes de los uniformados. Las prendas de vestir y los objetos sin valor los echaban a un lado. El dinero, el oro y las joyas habían de ser llevados inmediatamente a un hombre de uniforme que había llegado un poco después y se había sentado ante una de las mesas auxiliares. Cuidadosamente consignaba los objetos de valor en un gran libro abierto delante de él. Los dos vigilantes no apartaban la vista de los presos, lo que no les impedía charlar el uno con el otro.

Estaban muy cerca de la maleta de Rosl. La niña pudo oír algunas frases de lo que hablaban. Se trataba de los resultados de un partido de fútbol. Rosl oía las sacudidas de las maletas y trataba de imaginar lo que ocurría fuera. Una cosa estaba clara: era imposible salir ahora de la maleta sin que se dieran cuenta. Por tanto había de seguir teniendo paciencia. ¿Pero cuánto tiempo aguantaría allí dentro?

Cuando notó que levantaban de pronto la maleta, el corazón empezó a palparle furiosamente. ¿Qué harían con ella si la encontraban?, se preguntó. ¿Matarla? ¿O llevarla con papá y mamá? Qué estupendo sería eso, pero le parecía improbable.

Seguramente la matarían. Cerró los ojos. Trataba de imaginarse cómo se sentía uno cuando estaba muerto. Pero no se le ocurría nada. Quizá era como un sueño profundo del que nunca se despierta. Eso no sería tan grave. Comoquiera que fuese, pronto lo sabría.

La trasladaron unos metros y luego la depositaron otra vez. Y luego se abrió la maleta. Unos dedos flacos, huesudos, tantearon el doble fondo, lo levantaron. Rosl vio un rostro asombrado, demacrado. A Rosl le recordó una calavera. Le dio pena aquel hombre. Ella se puso el dedo delante de los labios.

El hombre reaccionó con presencia de espíritu. Puso su flaco cuerpo delante de la maleta abierta para que nadie pudiese ver su interior. Luego cogió una manta vieja y la echó encima de la niña. Ella se encogió todo lo que pudo debajo del sucio tejido de lana. De pronto oyó pasos.

«¿Qué tienes ahí?», decía alguien.

«Nada», replicó el hombre con voz temblorosa.

«Déjame verlo.»

«Solo es ropa vieja.»

Durante unos segundos no oyó nada, luego dijo la otra voz: «¡Venga, continúa!»

Notó cómo la agarraban las manos del preso. Envuelta en la manta, la sacó de la maleta como si no fuera otra cosa que un hatillo de tela. Luego la colocó sobre algo blando. Era un montón de ropa. Siguieron arrojando sobre ella otras prendas de vestir, y pronto yacía bajo una capa de trapos. Qué maravillosa sensación después de las horas pasadas en la maleta. Rosl se estiró un poco. Confiaba en que nadie la viera.

Luego se durmió. Esta vez, arrojada con tantos vestidos, cayó en un sueño largo y profundo.

Cuando se despertó, sintió movimiento. Estaba tendida, todavía en medio del montón de ropa, en un carro de mano, podía oír el rechinar de las ruedas. Olió aire fresco y el frío de la noche. Luego pusieron el carro en pie sobre uno de los extremos y ella resbaló hacia abajo.

¡Dio un grito! No había podido evitarlo. No vio nada, solo sintió la caída y estaba como obnubilada por el miedo. Sin embargo, aterrizó sobre blando.

Trató de calmar la respiración y los furiosos latidos de su corazón. Esperó unos minutos, luego se abrió camino despacio hacia arriba, al aire.

A su alrededor había ropa, zapatos. Restos de comida, excrementos. El hedor era terrible. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Por lo que podía ver, se encontraba en un vertedero de basuras..., fuera, en el campo abierto. A lo lejos vio reflectores y alambradas de espino. Luego se desmayó.

Cuando Rosl Feldmann se despertó, salía el sol. Ahora hacía menos frío que por la noche y la luz del día naciente iluminaba el mundo. Luego oyó ruidos. Alguien revolvió la basura. Su corazón dejó de latir un momento.

Una mano agarró la manta en la que estaba envuelta. Antes de que pudiera reaccionar, le quitaron de encima la tela y allí yacía, temblorosa y sin protección, en la luz despiadada.

Era un hombre envuelto en sucios harapos. Cuando la vio, retrocedió asustado. Luego la agarró con fuerza. Ella no podía distinguir el rostro, le parecía solo una sombra negra. La levantó y se la llevó de allí.

A los pocos metros, alcanzaron la linde del bosque. El hombre la puso

bruscamente en el suelo. Luego se agachó y la miró. Le dijo algo, pero ella no entendió su idioma.

Una cosa entendió, sin embargo: su mano tendida. Rosl la agarró y se dejó conducir al bosque.

Media hora aproximadamente caminaron así, cogidos de la mano. Luego torcieron por un sendero y llegaron a un pueblecito en el que, al parecer, a esas horas del día todos dormían aún.

El hombre le había echado sobre los hombros su abrigo maloliente. La atrajo más hacia él y fue con ella a una pequeña iglesia junto a la que había una casa de dos plantas, pintada de blanco. El hombre llamó a la puerta. Nadie respondió. Volvió a llamar, una y otra vez, hasta que la puerta se abrió por fin.

Ante ellos apareció una figura de negro. El hombre cambió con ella, en voz muy baja, unas frases apresuradas en su extraño idioma. Luego empujaron bruscamente a Rosl dentro de la casa y la puerta se cerró tras ella. El hombre había desaparecido. La niña levantó la vista hacia la figura vestida de negro. Parecía un fantasma, envuelta totalmente en tela negra. Pero por debajo salían dos pies. Eran de cuero y, por lo que vio Rosl, se trataba de zapatos como los que llevan las mujeres.

El fantasma le habló, pero Rosl no entendió ni una palabra. Entonces la figura de negro se inclinó hacia ella, y Rosl vio por primera vez su rostro. Era el rostro de una vieja. Sus ojos irradiaban amabilidad. En torno al cuello llevaba un crucifijo de plata. Sonreía.

Rosl le devolvió la sonrisa.

36. CAE EL TELÓN

«Y entonces me sonrió», dijo la abuela.

Miró a su alrededor, en el cuarto del enfermo. Su familia y el viejo mago la miraban en silencio.

Zabbatini hizo un gesto con la cabeza. «¿Era una monja?»

«Sí», respondió la abuela. «En el pueblo había un pequeño convento, allí me había llevado el ropavejero. Las monjas me escondieron hasta que terminó la guerra. Y viví con ellas en el convento. Me enseñaron polaco, y me explicaron su fe.»

Miró a Zabbatini. El hombre a quien Rosl Cohn, de soltera Feldmann, debía su supervivencia –a él, además de a muchos otros– parecía agotado y se recostó en la cama.

«¿Qué fue de mi padre y de mi madre?», preguntó con una voz que de pronto sonó infantil.

Zabbatini sacudió tristemente la cabeza. «Estaban en la fila de la izquierda», dijo.

Rosl asintió. Sabía lo que eso significaba.

«Lo último que vi de ellos fue cómo se los llevaban fuera de la rampa.» Miró desesperado a Rosl. «Iban cogidos de la mano.»

Durante un momento nadie dijo nada.

Luego Rosl dijo en un susurro apenas perceptible: «Te doy las gracias. Tú me salvaste.»

Zabbatini sonrió.

«No», dijo. «Tú me salvaste *a mí*.»

Cuando salieron del hospital era más de medianoche. Se fueron en el coche de Deborah primero a Mickey's Pizza Palace, para que Harry recogiera su coche, aparcado allí. Luego se despidieron. Harry llevó a su madre a Encino, mamá y Max se fueron a casa.

«¿Tengo que ir el lunes al colegio?», preguntó Max esperanzado.

«Sí», dijo mamá con cierta aspereza. «Tienes que ir.»

«¿Pero por qué?», murmuró Max.

«Para que aprendas algo de provecho.» Y luego añadió: «Para que no te conviertas en un mago.»

En casa, cuando Max vio la cama vacía de Zabbatini, sintió una gran tristeza. Pero esperaba que pronto mejoraría.

Ya era muy tarde. Mamá llevó a Max a la cama y le dio las buenas noches con un beso. «Muchas felicidades por tu cumpleaños», susurró apagando la luz.

Max se durmió al momento.

El lunes, en el colegio, Max se sentía como el testigo de cargo en un proceso contra la mafia. De pronto todos se lo disputaban. Joey Shapiro no podía esperar a saber cómo había terminado la historia de Zabbatini. Era sin duda alguna la fiesta infantil de cumpleaños más guay en la que había estado jamás.

Max contó que había ido con Zabbatini en la ambulancia y que había visto cómo luchaba por su vida en la sala de operaciones. Le pintó a su amigo con dramáticos colores la noche pasada en el hospital.

«¿Y luego?», preguntó Joey.

«Luego», dijo Max, «fuimos a verle a su habitación.»

Contó a Joey que por lo visto cuando era joven Zabbatini salvó la vida a su abuela. Joey estaba profundamente impresionado.

En el recreo, Myriam Hyung y una docena de niños, entre ellos algunos que él no conocía, rodearon a Max. Al menos por aquel día, Max fue una celebridad.

Después del colegio, papá fue a recogerlo. Fueron a Baja Fresh, y Max pidió una quesadilla.

Papá sacó de su cartera un bolígrafo y una hoja de papel.

«¿Qué haces?», quiso saber Max.

«Una lista», dijo papá.

«¿Qué clase de lista?»

«Una lista de todas las personas que no estarían hoy en este mundo si Zabbatini no hubiera escondido a tu abuela en la maleta.»

Había siete nombres en la lista: la abuela, el tío Bernie, los primos de Max: Mike, Lucas y Esther, y *last but not least* Max y su padre.

Papá soltó un suave silbido y se recostó en su silla de plástico. «Siete personas», dijo. «Nada menos.» Miró a su hijo.

Max se encogió de hombros y se metió un trocito de aguacate en la boca. ¿Era de verdad algo bueno que los chalados de sus primos estuvieran en el mundo?

«Tú y yo también. Ninguno de nosotros habría nacido», dijo papá. Miró por la ventana, a Los Feliz Boulevard, veía cómo pasaban los coches y cómo se reflejaba en los capós y en los parabrisas la luz clara y pura del sol del mediodía.

Max estaba sentado delante del televisor atareado con un videojuego cuando llegó la llamada de la clínica.

Mamá cogió el auricular. Acababa de volver de una entrevista con el abogado de su divorcio y parecía agotada. Nada más llegar, había empezado a limpiar furiosamente la casa, un signo infalible de que algo la atormentaba.

Los papeles del divorcio estaban sobre la mesa de la cocina. Aún no había firmado. Deborah se sentía desgarrada por dentro. No podía perdonar a Harry la aventura con la fulana del yoga. Pero también sabía que Max necesitaba a su padre, más que nunca. Y el sábado por la noche se dedicó completamente a su hijo, de eso no cabía duda. ¿Pero cómo iba a dar ella otra oportunidad a su matrimonio, si la confianza entre los dos estaba destruida para siempre? Necesitaba más tiempo.

«Tengo buenas noticias», había dicho esa mañana al teléfono Mr. Gutierrez. «El juez ha dado el visto bueno al divorcio. Tengo aquí los papeles. Solo han de firmar los dos esta tarde la notificación del divorcio, y asunto concluido.»

Asunto concluido.

Deborah había colgado pensativa.

Por la tarde había atravesado de nuevo la ciudad en dirección a Woodland Hills, al bufete de Mr. Gutierrez. Cuando entró en el despacho, Harry ya estaba allí. Estaba pálido.

«Bueno, así que manos a la obra», dijo jovialmente Mr. Gutierrez dando unas palmadas.

«Estupendo», murmuró Harry sin entusiasmo.

Deborah se limitó a asentir con la cabeza.

Mr. Gutierrez colocó los papeles con todo esmero sobre la mesa sosteniendo en el aire una estilográfica. «¿Quién quiere firmar primero?», preguntó.

Harry y Deborah se miraron. Ninguno de los dos se movió.

Mr. Gutierrez frunció el entrecejo.

Después de varios rodeos se decidió que Deborah se llevara a casa los papeles. Entonces podría leerlos con toda tranquilidad y enviarlos ya firmados.

En lugar de eso le entró la furia de la limpieza. Se puso unos guantes de goma amarillos. Ya era hora de limpiar bien las ventanas.

Y entonces sonó el teléfono.

Max levantó un momento la vista de su juego cuando su madre fue al aparato. Un minuto después se acercó a él. Max adivinó al momento que había algo raro. La miró. La expresión de su rostro no anunciaba nada bueno. Se quitó los guantes de goma.

«¿Qué pasa?», preguntó Max. Había miedo en su voz.

«Ven aquí», dijo ella con suavidad.

Max se levantó y se acercó a su madre. Ella lo tomó en los brazos.

«Tengo que decirte una cosa», empezó mamá, y en el mismo momento Max supo lo que era.

El Gran Zabbatini disfrutó muchísimo con su muerte. La doctora Arakelian, que entretanto había visto con claridad que el final era inminente, dio permiso a las enfermeras para que inyectaran generosamente morfina al paciente en sus últimas horas. Era absurdo dejarle sufrir. Su corazón estaba tan débil que podía dejar de latir en cualquier momento. Apenas empezó a circular la morfina por sus venas, mejoró el humor de Zabbatini. Se sentía arropado y tranquilo, como recién nacido. Cuando entró la enfermera para ver cómo estaba, él creyó tener delante a Julia Klein. Lleno de alegría abrió los ojos de par en par. Levantó levemente la mano y exhaló un corto quejido. La enfermera se inclinó hacia él. Zabbatini estaba feliz. Su princesa persa había regresado. Retrocedió en el tiempo hasta el momento en que él se inclinó sobre el cuerpo flotante de ella y la besó en los labios. Ahora era ella la que se inclinaba sobre él. Cerró los ojos y creyó sentir los labios de ella sobre los suyos. No había nada más suave y dulce en el mundo.

«Te quiero», susurró.

«¿Cómo dice?», se le escapó sin querer a la enfermera, que le miraba sorprendida. ¿Se refería a ella? Meneó asombrada la cabeza. Los agonizantes decían muchas cosas descabelladas.

El paciente tendido delante de ella en el fondo ya no estaba presente. Estaba ya en otro sitio. Era todo tan sencillo. Él solo tenía que dejarse caer.

Mosche aún creía sentir la mano de Julia sobre su vieja y arrugada mejilla.

Ella le miraba profundamente a los ojos y decía: «Todo está perdonado.»

Así pues, eso era morir. Perdonar a la vida, perdonar a los vivos. No tener ayer, ni hoy, ni mañana.

A su alrededor había silencio. Paz.

Junto a Julia estaban ahora su propio padre y su madre. Y, como comprobó con sorpresa, también el cerrajero de arriba.

Sus padres habían llegado para despedirse. Los tres.

Asomaron lágrimas a sus ojos, y tendió la mano. «Estáis aquí...», dijo.

Laibl, que en la muerte se había repuesto de las heridas de la vida, tomó la mano del hijo en la suya. Un gesto de ternura que raras veces le había concedido en vida. El cerrajero, silencioso y emocionado, miraba a Mosche. Su madre sonreía. Tarareaba una canción. Una melodía sencilla, simple.

Era una canción que ya le cantaba a Mosche cuando era un niño de pecho que llevaba en brazos.

Ríe el viento en el trigal,
ríe una y otra vez,
riendo está todo el día
y por la noche también.

Por fin había alcanzado la meta, era el final de un larguísimo viaje. El pequeño Mosche Goldenhirsch, de Praga, que había atravesado un océano y un siglo, había llegado a casa.

37. EL MUNDO TAL COMO ES

Mosche Goldenhirsch no tenía herederos. Su seguro de vida dio justo para pagar la factura del hospital y los costes del entierro. Deborah y Harry decidieron que se encargarían de que fuera enterrado debidamente, conforme a la tradición.

Mamá compró a Max un blazer oscuro e insistió en que se lo pusiera. Con él, Max se veía como un idiota. Atravesaron la ciudad en dirección al cementerio de Forest Lawn. En el parabrisas habían puesto una gran pegatina con la palabra «entierro». Era un día cálido y soleado en el sur de California, un cruel contraste con el frío en el corazón de Max. Max se sentía infinitamente abandonado.

Cuando llegaron a la gran puerta del cementerio, flanqueada de árboles, Max vio que prácticamente no había otros asistentes al entierro. El Gran Zabbatini no había hecho muchos amigos en la vida; más pronto o más tarde, se había apartado de casi todo el mundo. Lo mismo que de su padre. Nunca se casó y dejó siempre a sus amantes con el corazón destrozado. Apenas había nadie que lo recordara, y menos aún que quisiera despedirse de él. Max vio que Ronnie, el gerente de la residencia King David, estaba presente. Y Luis, el de Magic Shop. Además varios colegas y camareros del Magic Castle a los que Max no conocía.

Mamá aparcó el coche, y juntos fueron a una pequeña capilla que no pertenecía a ninguna confesión. Papá y la abuela ya los estaban esperando. Papá llevaba su mejor traje y la abuela su vestido oscuro. Max estaba sorprendido al ver que Myriam Hyung y sus padres también estaban. Más aún le sorprendió que a él le alegrara tanto verlos.

La ceremonia fue sencilla y breve. El rabino era un hombre pequeño ortodoxo con una poblada barba y ojos inquietos. Estrechó la mano a Max y a papá, pero no a mamá ni a la abuela. No podía tocar a las mujeres.

Mamá reaccionó molesta y retiró su mano tendida.

Tomaron asiento. Los bancos de madera eran duros e incómodos.

«Nos hemos reunido hoy todos aquí», empezó el rabino, «para despedirnos de...» Se detuvo un momento y echó una mirada a la chuleta.

«Goldenhirsch», acudió papá en su ayuda. «Moses Goldenhirsch.»

«Sí», dijo el rabino. «Moses Goldenhirsch.» Murmuró algo en hebreo, como estaba prescrito.

Luego un ayudante con un mono azul metió en la capilla el ataúd –una sobria caja de madera de pino sobre unas andas de metal– por una puerta trasera.

«¡Helo aquí!», dijo el rabino alegremente, como si hubiera llegado por fin un invitado esperado hacía tiempo. Luego proclamó en voz alta: «En la muerte somos todos iguales, el príncipe y el mendigo.»

El ataúd parecía muy pequeño para una vida así. A Max le entristecía que el Gran Zabbatini y todo lo que había sido siempre tuvieran que caber en una caja tan pequeña.

Al final no queda mucho, pensó.

El rabino preguntó a los asistentes quién quería empujar el ataúd. Papá y Max cruzaron una mirada y se levantaron.

Agarraron el frío metal de las angarillas y empujándolas las sacaron por la doble puerta de la capilla a la cegadora luz del sol. Empujar era más fatigoso de lo que habría creído Max.

Es un trabajo duro enterrar a los muertos, pensó.

Un empleado del cementerio, con un atuendo fluorescente de un estridente amarillo, como un policía de tráfico, marchaba con rostro marcadamente serio delante de ellos y les señalaba el camino.

Pronto llegaron a una tumba vacía. Al lado había un montón de tierra excavada y una especie de excavadora. Dos trabajadores mexicanos se apoyaban en ella y veían venir la pequeña procesión sin ningún interés.

Cuando el cortejo fúnebre se hubo congregado en torno a la tumba, los trabajadores se pusieron en movimiento. Se acercaron a las angarillas de metal y levantaron el ataúd. Con ayuda de dos correas que pasaron por debajo de la caja de madera, bajaron despacio a Zabbatini a su última morada.

Allá va, pensó Max con melancolía. Le resultaba difícil despedirse de Zabbatini. Aunque solo se habían conocido pocos días, era la despedida de un viejo amigo.

Cuando el ataúd estuvo abajo, los trabajadores sacaron las correas y las enrollaron. El rabino sacó su libro de rezos y empezó otra vez a recitar palabras hebreas.

Finalmente dijo en inglés: «Y así nos despedimos de Moses Goldenhirsch,

un alma buena y un fiel hijo de Israel.»

Papá tomó una palada de tierra y la dejó caer sobre el ataúd. La tierra hizo un ruido sordo, como la lluvia al golpear contra una ventana. Luego le tocó a Max. Luego mamá, luego la abuela y luego los demás.

El rabino preguntó: «¿Quién recitará el kadish?»

Papá se aclaró la garganta y dio un paso adelante. Nervioso, hizo un gesto afirmativo al rabino, se puso su manto de oración –aún lo tenía de su *bar mitzvá*, a la que Zabbatini nunca se había presentado– y empezó a recitar inseguro en hebreo. Poco a poco su voz se tornó más fuerte y más firme. Luego se acercó la abuela y recitó con él la oración. Luego mamá. Luego el tío Bernie. Luego la tía Heidi y sus tres hijos. Y al final, Max también.

Cuando miró a mamá y a papá, vio que se habían cogido de la mano. Eso no ocurría desde hacía meses.

¿Qué pasa aquí?, pensó.

Mamá le dirigió una mirada y tendió su mano libre. Max la cogió. A su izquierda estaba ahora Myriam Hyung, que también extendía la mano. Max la tomó indeciso. Al fin y al cabo Myriam era una chica. Sin embargo, cuanto más tiempo decía Max con los otros las palabras del kadish, tanto más tranquilo se sentía, tan tranquilo como no lo estaba desde hacía mucho tiempo. No sabía lo que le depararía el futuro, pero una cosa sabía ahora: sus padres le querían, los dos, y ocurriese lo que ocurriese, de una manera u otra él saldría adelante.

Bajó la vista a la tumba. Casi esperaba que Zabbatini saliera de ella al momento, como si todo aquello no hubiera sido sino una ilusión, un truco. Pero no era una ilusión. Allí abajo solo había tierra y oscuridad. Y sin embargo había mundos allí.

Sus voces se volvieron más fuertes, subieron a lo alto, camino del cielo, las voces de aquellos que vivían y que nunca habrían nacido si no hubiera habido un Mosche Goldenhirsch.

Cuando Max levantó la vista, al cielo azul y al sol que brillaba entre las copas de los árboles, sintió que debía a aquel hombre más que solo la vida. El Gran Zabbatini le había regalado toda la belleza de este mundo. Eso no era un truco, eso lo sabía Max ahora.

Era un milagro.

AGRADECIMIENTOS

Antes de que deje usted el libro, quisiera dar las gracias. Sobre todo a usted, querida lectora, querido lector. Le agradezco de corazón su tiempo, su confianza.

Mi agradecimiento también va dirigido a mis padres, cuya separación en mi infancia sugirió la idea de este libro, pero que también fueron unos padres maravillosos, llenos de cariño. También quiero dar las gracias a mis hermanos, Gabriel y Gideon. Simplemente porque existen y porque estoy orgulloso de ellos.

Gracias también a mis maestros y maestras, que en el camino de la vida me han acompañado y formado. En especial a la señora Scholl, mi profesora de alemán en el instituto Rothenbühl de Saarbrücken. Gracias también a la profesora Rhonda Guess, de Los Angeles City College, con la que aprendí mucho sobre cómo escribe el periodista y cómo se escribe en general.

A Elke Corsmeyer le doy cordialmente las gracias por haber descubierto el manuscrito y haberlo recomendado a la editorial Diogenes. Que este libro tuviera de pronto un hogar se lo debo también y sobre todo a mi intrépida editora Margaux de Weck, cuyos inteligentes consejos convirtieron al manuscrito en lo que ahora es. Un agradecimiento especial merece Philipp Keel, el jefe de la casa Diogenes. Es un artista, creyó siempre en este relato y no vaciló en correr el riesgo. Y naturalmente doy las gracias a Marc Koralnik, mi amigo y agente.

También he de dar las gracias a los magos: Andrew Goldenhersh, de Los Ángeles, que me permitió utilizar su apellido, Ashley Springer de Brooklyn, que respondió a mis preguntas, y el doctor Oliver Erens de Stuttgart, que, como asesor, se encargó de que los trucos mágicos de esta historia y los pasajes sobre historia de la magia tengan solidez y fundamento. Quien quiera saber más al respecto encontrará mucho en su página web www.zauberbuch.de. En cuanto a este tema, también ha sido una gran ayuda e inspiración el libro *Hiding the Elephant* de Jim Steinmeyer.

Por último doy las gracias de todo corazón a mi querida Lily. Eres una bendición en mi vida.

E. B.

Título de la edición original:

Der Trick

Edición en formato digital: julio de 2017

© de la traducción, Carmen Gauger, 2017

© Emanuel Bergmann, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3816-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

¹ En yidis, *goyim* (singular, *goy*) es todo aquel que no pertenece al pueblo judío. (*N. de la T.*)

2 Expresión de asombro, de sorpresa, en yidis. (*N. de la T.*)

3 En yidis, «tarugo, bestia». (*N. de la T.*)

4 En yidis, antes «mujer no judía», pero en la actualidad con connotaciones peyorativas, en el sentido de mujer atractiva y de vida fácil. (*N. de la T.*)

5 En yidis, «tunante». (*N. de la T.*)

6 En yidis, «memez». (*N. de la T.*)

7 Himno del movimiento sionista y, desde 1948, himno nacional del Estado de Israel. (*N. de la T.*)

8 Tirabuzones que les cuelgan de las sienes a los judíos ortodoxos. (*N. de la T.*)

9 La palabra *mitzvá* significa «mandamiento» y se utiliza en el judaísmo para referirse a los 613 preceptos de la Torá que debe cumplir Israel. (*N. de la T.*)

10 *Löwitsch* se deriva de *Löwe*, «león». (N. de la T.)

11 *Bocher*: en yidis, «adolescente judío». (*N. de la T.*)

12 En yidish, un tipo aburrido. (*N. de la T.*)

13 Insulto en yidis, con un amplio significado: persona fea, malhumorada, aguafiestas...
(N. de la T.)

14 La palabra procede del yidis y es un insulto equivalente a «necio, imbécil». (*N. de la T.*)

EMANUEL BERGMANN

El truco



ANAGRAMA
Panorama de narrativas